

Anne K. Austen



Las
NOCHES
Profundas
DE
Adele





Título: Las noches profundas de Adele.

© Anne K. Austen

ISBN: 9798878618083

Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen

Maquetación y composición: Anne K. Austen

Corrección: Sara Nogales

@annekausten

booksbyannekausten.com

annekausten@gmail.com

<https://www.facebook.com/Anne—K—Austen>

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

A Estefanía Cobo.

Tu chispa encendió el fuego de estas páginas. Gracias por ser la musa detrás de esta aventura, por tu apoyo incondicional y por creer en la magia de las palabras antes de que cobraran vida. Este viaje es tanto tuyo como mío.

Índice

[Cronología Histórica de Gran Bretaña](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Fin](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Bibliografía](#)

[*Biografía*](#)

[*Otras novelas de la autora*](#)

Cronología Histórica de Gran Bretaña (1750-1850)

1750-1770

- **Economía y Sociedad:** Inicios de la Revolución Industrial.
- **Literatura:** Auge de la novela como género literario.
- **1756-1763:** Guerra de los Siete Años. Británicos contra franceses y españoles, afectando colonias globales.
- **1760:** Jorge III se convierte en rey.

1770-1780

- **Gobierno:** Reinado de Jorge III; comienzan sus problemas de salud mental.
- **Conflictos:** Tensión pre-revolucionaria y Revolución Americana (1775-1783).
- **Literatura:** Publicación de "Fanny Hill" (1748, pero su influencia perdura). Inicios de la literatura gótica con "El castillo de Otranto" de Horace Walpole.
- **1775-1783:** Guerra de Independencia de Estados Unidos.

1780-1790

- **Sociedad:** Las Highland Clearances en Escocia comienzan, desplazamiento masivo.
- **Literatura:** Obras del Marqués de Sade destacan en Europa. Publicación de "Los sufrimientos del joven Werther" de Goethe, influyente en Europa.
- **La Ilustración Escocesa,** con figuras como Adam Smith.

1790-1810

- **Conflictos:** Guerras Napoleónicas (1803-1815).
- **Regencia:** Jorge, Príncipe de Gales, actúa como regente (1811-1820) debido a la enfermedad de su padre.
- **Literatura:** Jane Austen publica "Sentido y Sensibilidad" (1811), "Orgullo y Prejuicio" (1813), entre otras. Surge la figura de Lord Byron.

1810-1830

- **Gobierno:** La locura de Jorge III lleva a un período de Regencia por su hijo Jorge, Príncipe de Gales hasta 1820.
- **1820-1830:** Reinado de Jorge IV.
- **Literatura:** Walter Scott publica novelas históricas, influencia en la literatura escocesa y británica.
- **1818:** "Frankenstein" de Mary Shelley.
- **Conflictos:** La Masacre de Peterloo, represión de una protesta por reforma electoral.

1830-1850

- **Gobierno:**
- **1830-1837:** Reinado de Guillermo IV.

- **1837-1901:** Ascenso al trono de la Reina Victoria en 1837, marcando el inicio de la era victoriana.
- **Sociedad:** Reforma de las leyes electorales con la Ley de Reforma de 1832.
- **Literatura:** Charles Dickens y la novela social; proliferación de la literatura dirigida a las clases medias urbanas.
- **Colonias:** Expansión del Imperio Británico y el inicio del dominio colonial en Asia y África.
- **1840s:** La Gran Hambruna en Irlanda.
- **1847:** "Cumbres Borrascosas" de Emily Brontë y "Jane Eyre" de Charlotte Brontë.
- **1848:** Revoluciones en Europa, influencia en pensamiento político y social británico.



Prólogo

En el Londres de 1815, donde una dama debe elegir entre ser una sombra o un escándalo, yo, sin duda, estaba destinada a ser una tormenta.

Mientras paseo por Hampstead Heath, no puedo evitar sonreír ante mi propia osadía. Una dama con más ingenio que fortuna, caminando sola –un escándalo en sí mismo– y reflexionando sobre mi historia que, os aseguro, carece de la monotonía típica de las novelas de cortejo.

El Heath, con sus amplias vistas y la brisa que traviesa amenaza con llevarse mi sombrero como si quisiera desvelar mis pensamientos poco ortodoxos al mundo, parece el escenario perfecto para el inicio de cualquier relato romántico. Pero, queridos lectores, os advierto: esta no es una historia de amor ordinaria. Es un viaje a través de las complejidades del corazón y el costoso precio de la verdad en una sociedad que prefiere las apariencias a la autenticidad.

Así que acompañenme si se atreven, en esta aventura poco convencional. Prometo sucesos interesantes, humor, una pizca de ironía y, por supuesto, amor, pero en mis propios términos. Y ahora, permítanme llevarlos de vuelta al comienzo de todo: mi primer encuentro con Sir Balthair Chisholm, un momento que definió mi destino de maneras que nunca podría haber imaginado...



Capítulo 1

«¿Por qué será que los hombres interesantes siempre aparecen en las circunstancias más inoportunas?», me pregunto mientras miro a ese hombre herido y desorientado, en aquel rincón olvidado de Hampstead Heath. Aunque el dolor se dibuja en su rostro, no puedo evitar notar que sus rasgos son atractivos, menos pulidos que los de los caballeros que frecuentan los elegantes salones de Mayfair, pero con una virilidad cruda y cautivadora.

Me acerco con cautela, notando la gravedad de su herida. Es una laceración profunda en el torso, posiblemente de un enfrentamiento violento, y la sangre empapa su ropa en tonos oscuros de preocupación.

Está tendido sobre la hierba húmeda, un caballero por su atuendo, aunque ahora desaliñado y empapado, fundiéndose con el paisaje nocturno como si fuera una figura extraída de una pintura melancólica. Su aparición es tan inesperada como un claro de sol en un día de lluvia en Londres.

De día, Hampstead Heath es un cuadro de tranquilidad, pero bajo la persistente lluvia nocturna, se transforma en un escenario de misterio y sombras.

Estaba sumergida en las páginas de una novela, perdiendo la noción del tiempo hasta que la oscuridad ha tejido su red a mi alrededor y la persistente llovizna ha comenzado a caer, con gotas de lluvia bailando al compás de un secreto susurrado, entendido solo por los árboles y los senderos solitarios.

Con paso cauteloso y el libro aún en mano como un escudo improvisado, me acerco y le pregunto, intentando que mi voz suene firme a pesar de mi nerviosismo:

—¿Necesita ayuda?—. Sus ojos, profundos y oscuros, se encuentran con los míos, y por un instante, siento que pueden leer cada pensamiento que cruza por mi mente.

Él intenta responder, pero el dolor parece robarle las palabras. Cuando al fin habla, su acento escocés es claro, enroscándose en su lengua con una musicalidad ruda pero atractiva.

—Un poco de ayuda... sería bienvenida, señorita —articula con esfuerzo.

Su voz es fuerte a pesar de su estado, y me sorprende a mí misma sintiendo una mezcla de compasión y curiosidad.

—¿Cómo se ha hecho esa herida? —indago, mientras me arrodillo a su lado, olvidando por un momento las convenciones sociales.

Me inclino más hacia él, dejando que la lluvia empape mi sombrero y mi cabello.

Él esquiva mi mirada, pero asoma una sonrisa canalla en sus labios cuando me responde con una evidente mentira.

—Fue un accidente, un mal paso en la oscuridad.

Su condición es demasiado seria para dejarlo allí, esperando por ayuda externa.

—Voy a llevarlo a la posada más cercana —decido, más para mí misma que para él—. Allí podremos atender esa herida adecuadamente.

—No quiero... causarle problemas —murmura él, aunque la intensidad de su dolor hace que sus palabras sean apenas audibles.

—Los problemas son mi especialidad —replico con un destello de humor, tratando de aligerar la tensión del momento.

Con esfuerzo, lo ayudo a levantarse y lo apoyo en mí, pasando su brazo por mis hombros y sujetándole de la cintura. Es un hombre de gran envergadura, y me sorprende de mi propia fuerza mientras lo guío lentamente fuera del Heath. A pesar de su estado, noto la firmeza de sus músculos bajo mi agarre, un recordatorio de su fortaleza incluso en la vulnerabilidad.

—¿Cómo se llama? —pregunto, sosteniendo su mano en un intento de ofrecerle algo de consuelo.

—Callum —responde con voz débil, su acento escocés dándole un tono rústico a su nombre.

—Callum —repito, dejando que ruede en mi lengua—. Yo soy Adele. Va a estar bien, Callum. No se preocupe. Vamos a una posada donde no harán preguntas. No es el lugar más refinado de Londres, pero es perfecto para... situaciones delicadas como esta —digo, notando cómo sus ojos me estudian con una mezcla de sorpresa y aprecio.

El camino a la posada es un desafío bajo la persistente lluvia londinense, pero mi determinación no flaquea. Al llegar, llamo a la puerta con urgencia.

En la posada, el posadero nos lanza una mirada desinteresada, acostumbrado a ver todo tipo de clientela. Con una voz baja y firme, le pido una habitación y material para curar una herida. Sin preguntar, nos entrega la llave de una en el piso superior y promete traer lo necesario.

Tengo que abonar todo por adelantado y hurgo en mi retícula, no sin cierta dificultad, bajo la mirada de ambos hombres, en busca del dinero para entregárselo al posadero sin dejar de sentir el cuerpo de Callum sobre el mío, aunque de cierta forma parece que su intención es más protegerme de miradas indiscretas que buscar apoyo en mí.

Una vez en la habitación, Callum, con un esfuerzo visible, se sienta en la cama.

—No debe citar a un médico —dice con una voz ronca—. No puedo... no debo llamar la atención.

Asiento, comprendiendo las implicaciones. En una situación como esta, un médico podría verse obligado a reportar la herida, especialmente si parece ser el resultado de un conflicto violento. Decido tomar el asunto en mis propias manos.

—Entonces yo me encargaré de tu herida —afirmo con confianza.

Callum me mira con incredulidad.

—No es habitual que una dama... —comienza, pero le interrumpo con un gesto de la mano.

—Créame, he visto heridas peores. Tengo dos hermanos que siempre se están metiendo en líos. Esto no es nada nuevo para mí —le digo, tratando de sonar despreocupada.

Mientras permanezco a su lado, esperando que el posadero nos traiga el material para tratar su herida, el silencio se instala entre nosotros, solo roto por el suave sonido de la lluvia sobre el cristal de la ventana. La curiosidad me corroe, y no puedo evitar preguntar:

—¿De dónde viene? Su acento es con claridad escocés.

Hay una pausa antes de que responda.

—De las Tierras Altas. Vine a Londres por... negocios. —Su voz es cauta, como si cada palabra fuera medida.

La idea de un hombre de las Tierras Altas en la bulliciosa Londres me intriga.

—Debe ser un gran cambio para usted —comento, intentando aligerar el ambiente.

Él asiente lentamente.

—Es un mundo diferente. Y a veces, peligroso —añade, mirando su herida.

Su comentario despierta aún más mi interés.

—¿Es esta ciudad más peligrosa que su hogar en las Tierras Altas? —pregunto, no puedo evitar que mi tono revele mi fascinación.

Hay una sonrisa amarga en sus labios.

—En ciertos aspectos, sí. Aquí los peligros no siempre son tan claros como en las montañas escocesas.

Un toque en la puerta nos sobresalta cuando el posadero finalmente trae todo lo que le he pedido.

Callum comienza a quitarse la ropa superior. Se desabotona la chaqueta con movimientos torpes debido a su herida, revelando un chaleco de fina lana debajo. Su camisa, manchada de sangre, sigue el mismo camino. A pesar de mi experiencia con heridas, no puedo evitar que mi mirada se detenga un instante en su pecho robusto, tan diferente al de mis hermanos más delgados y menos musculosos.

La herida es una fea laceración a lo largo de su costado, con claridad infligida por un cuchillo. La gravedad de la lesión y el contraste de su piel bronceada con la tela ensangrentada me hacen tomar conciencia de la seriedad de la situación.

Mientras preparo los materiales para limpiar y coser la herida, nuestras miradas se encuentran de forma ocasional. Hay una tensión en el aire, una mezcla de preocupación, fascinación y una curiosa intimidad forjada por las circunstancias. A pesar de la gravedad de todo, una extraña conexión parece unirnos.

—Esto podría doler un poco —advierto, mientras empiezo a limpiar la herida con un paño empapado en whisky. Él asiente, cerrando los ojos y apretando los dientes, preparándose para el dolor.

Mientras trabajo, soy consciente de cada uno de sus movimientos, de su respiración entrecortada y del modo en que su pecho se eleva y se contrae. A pesar de su fortaleza, la vulnerabilidad de Callum en este momento es evidente.

—No esperaba encontrarme jugando a la enfermera esta noche —comento en un intento de aligerar el ambiente.

Él entreabre los ojos y me regala una débil sonrisa.

—Y yo no esperaba ser rescatado por una dama con tus... habilidades. Es valiente y muy ingeniosa —murmura sin dejar de observarme.

Nuestras miradas se sostienen por un momento, comunicando más de lo que las palabras podrían expresar. Hay una mezcla de gratitud y curiosidad en sus ojos, una pregunta silenciosa

sobre quién soy realmente.

Le sonrío, tratando de aliviar la tensión.

—No es la primera vez que me encuentro en una situación poco ortodoxa —respondo, intentando mantener la conversación ligera mientras trabajo en su lesión.

—Ahí está, la herida está limpia. Ahora debo coserla —le informo, preparando la aguja y el hilo—. Intentaré ser lo más suave posible.

La tarea de coserle es delicada y requiere toda mi concentración. Callum soporta el procedimiento con una estoicidad impresionante, y a pesar del dolor, no emite ni un gemido. A medida que la aguja y el hilo hacen su trabajo, me sorprende a mí misma por la habilidad que demuestro.

Mientras coso la herida, nuestras manos se rozan accidentalmente, un contacto breve pero cargado de electricidad. Callum mantiene su estoicismo, pero su respiración se hace más profunda, marcando el ritmo de nuestro inusual encuentro.

Mientras preparo los vendajes, nuestras miradas se encuentran, creando una atmósfera cargada de tensión y curiosa intimidad. Aunque intento mantener la seriedad, no puedo evitar sentir la conexión extraña que parece unirnos en este momento inesperado.

Con cuidado, empiezo a envolver su pecho con el vendaje, asegurándome de cubrir por completo la herida. Me concentro en la tarea, pero no puedo evitar ser consciente de su presencia tan cerca de mí.

El olor a sangre y sudor es fuerte, pero hay algo más, un aroma masculino y casi salvaje que es inconfundible de él. A pesar del entorno y las circunstancias, hay una fortaleza y una presencia en este hombre que es innegablemente atractiva.

En un momento, al pasar el vendaje alrededor de su torso, me inclino demasiado hacia delante y casi me doy de bruces con su pecho. Un ligero rubor tiñe mis mejillas mientras me enderezo con rapidez.

—Disculpe, no era mi intención... —balbuceo, tratando de recuperar la compostura.

—No hay problema —responde él con una sonrisa torcida, con claridad entretenido por la situación—. No todos los días acabo con la nariz de una dama incrustada en mi pecho.

Su respuesta me hace sonreír.

—Y yo nunca había estado tan cerca de un pecho tan... impresionante —suelto sin pensar e de forma inmediata lo miro horrorizada por mi comentario, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

Mi lengua siempre emancipada de mi razón me trae muchos problemas en las situaciones menos propicias.

Él se echa a reír, una risa rica y contagiosa que hace que mi vergüenza se desvanezca un poco.

—Vaya, eso es definitivamente un halago —dice aún sonriendo. Puedo sentir el calor de mi vergüenza intensificarse, pero él continúa con una risa suave—. No se preocupe, es un cambio agradable respecto a los comentarios habituales sobre las cicatrices o los músculos. Aprecio la sinceridad.

Su tono es juguetón, y aunque todavía siento el calor en mis mejillas, también me siento más relajada. Su actitud despreocupada me ayuda a calmarme.

—Bueno, supongo que es mejor que decir algo ofensivo —respondo, intentando unirme a su humor.

—Absolutamente —afirma sin dejar de sonreír.

Me siento un poco aliviada por su reacción, pero aún así, me apresuro a terminar de ajustar

el vendaje, evitando su mirada.

—Debería mantenerse cerrada. Pero necesitaré descansar y evitar esfuerzos —le aconsejo, con un tono serio.

—Gracias. Ha hecho más por mí de lo que cualquiera habría hecho —dice, su voz cargada de sincera gratitud y su mirada fija en la mía.

—Es lo menos que podía hacer —respondo, sintiendo una clara satisfacción.

Callum asiente, cerrando los ojos de forma breve antes de volver a abrirlos para mirarme.

—No sé cómo podré agradecerte adecuadamente —dice, su voz mostrando rastros de cansancio.

—No es necesario —le aseguro.

—Realmente sabe lo que hace —comenta, sin dejar de poder mirarme.

—Como dije, tener hermanos te prepara para casi cualquier cosa —respondo con una sonrisa.

—Eso es cierto —añade él con un tono de tristeza que soy capaz de percibir a la perfección.

Él mira por primera vez el anillo de mi mano.

—¿Un obsequio de un posible pretendiente o acaso está casada?

Observo el anillo en mi dedo anular derecho, una pieza de joyería egipcia de gran valor sentimental. Es un anillo antiguo, elaborado con intrincados jeroglíficos y finamente grabados y una pequeña piedra de lapislázuli en el centro, simbolizando la inmensidad del cielo nocturno, un recuerdo de los tiempos en que Egipto era un misterio para el mundo occidental.

Niego con la cabeza.

—Este anillo fue un regalo de un joven pupilo de mi abuelo —explico—. Perdí a mis padres cuando era muy pequeña y me crié con mis abuelos. Él, un hombre de gran intelecto y vastos conocimientos, actuaba como tutor para muchachos prometedores. Este joven, particularmente agradecido, se convirtió en oficial del ejército y participó en la campaña contra Napoleón en Egipto. Durante su estancia, adquirió esta joya como agradecimiento por su enseñanza y guía.

Callum escucha con atención, su interés evidente.

—Mi abuelo era un erudito. Se rodeaba de círculos ilustrados y siempre promovió en mí la curiosidad y el amor por el conocimiento. Ese anillo no solo es un recuerdo de los viajes y aventuras de aquel pupilo, sino también un símbolo de su legado.

—¿Está segura de que ese regalo era realmente para su abuelo? —pregunta Callum con una sonrisa socarrona.

Río ante su insinuación.

—Bueno, es posible que mi abuelo lo guardara con especial atención para mí, sabiendo cuánto me fascinan las historias y culturas antiguas. Aunque originalmente no fue para mí, ahora es uno de mis tesoros más preciados y una conexión con mi pasado familiar.

Callum asiente, mirándome como si yo fuera un misterio complicado para él.

—Es una pieza fascinante y una hermosa historia —comenta—. Parece que ha tenido una vida interesante.

—Ciertamente, no me puedo quejar —respondo con una sonrisa, mirando de nuevo el anillo y recordando con cariño a mi abuelo y los momentos que compartimos.

Se recuesta en la cama, y yo me siento en una silla cercana, observándolo. La habitación está bañada en la luz tenue de una vela, y la lluvia sigue cayendo con suavidad afuera, un recordatorio constante del mundo exterior.

—¿Continuará aquí cuando despierte? —me pregunta resistiéndose aún a caer en un sueño profundo que realmente su cuerpo necesita.

—Me aseguraré de que no tiene fiebre ni su herida se abre antes de marcharme —le respondo.

Eso lo complace y cierra los ojos dejándose llevar por un sueño intranquilo.

La habitación está tranquila, solo el suave sonido de la lluvia golpeando contra las ventanas y su respiración pausada llenan el espacio.

Con cuidado, me acerco a la cama para arroparlo adecuadamente, asegurándome de que esté cómodo. Observo su rostro sereno en el suave resplandor de la vela, marcado por las sombras danzantes en la habitación. Con un gesto delicado, coloco mi mano en su frente para verificar que no tiene fiebre, sintiendo el calor suave de su piel pero no el ardor preocupante de la fiebre.

Satisfecha de que su condición parece estable, echo un vistazo al reloj de bolsillo que descansa sobre la mesa de noche. La manecilla marca pasada la medianoche. Un suspiro escapa de mis labios al darme cuenta de que el tiempo ha volado y que mañana será otro día ajetreado.

Como institutriz de la familia Harrington, tengo la responsabilidad de acompañar a mi pupila, la joven Lady Elizabeth, a su lección de piano con el maestro Laurent, una tarea que requiere mi atención temprano en la mañana. Además, el señor Myers, el mayordomo de la familia Harrington, probablemente ya se habrá retirado a dormir y cerrado la puerta.

En la tranquilidad de la habitación, me quedo unos momentos más, observando a Callum dormir, comprobando que está en paz. Una vez más, me aseguro de que todo esté en orden, apago la vela con cuidado, y salgo de la habitación en silencio, cerrando la puerta con suavidad detrás de mí.



Capítulo 2

Mientras me desplazo por los amplios y elegantes pasillos de la mansión Harrington, no puedo evitar que mi mente se desvíe hacia los eventos de la noche anterior. El recuerdo de Callum, con su fortaleza y su sonrisa torcida, sigue fresco en mi memoria. Me pregunto qué habrá sido de él. Un hombre de su vigor seguramente no tendría problemas para recuperarse y ponerse en pie. Como precaución, había dejado en la posada el costo de una noche más, aunque hacerlo significaba apretar aún más mi ya ajustado presupuesto.

Mi trabajo como institutriz no es particularmente lucrativo, y gran parte de mi sueldo lo envío a Bath, donde mi querida abuela aún vive en nuestra casa familiar. Mis hermanos, inmersos en la lucha contra Napoleón, es probable que en España, apenas tienen tiempo o recursos para enviarme algo, y la situación económica de mi hermana mayor, Emily, está por completo en manos de su esposo, un hombre de carácter difícil y poco generoso. Por lo tanto, no tuve más opción que buscarme la vida como institutriz.

Por fortuna, el señor Harrington, habiendo sido pupilo de mi abuelo, confió en mí y me ofreció mi primer empleo. La desventaja, sin embargo, es que este trabajo está en Londres, lo que me mantiene alejada de mi abuela y de los recuerdos de mi infancia.

Hoy, mientras superviso las lecciones de Charlotte y Amelia, dos niñas inteligentes, pero bastante consentidas, me doy cuenta de que olvidé mi novela en la habitación de la posada junto a Callum. Ese libro era mi escape actual, mi pequeño refugio en el mundo de la literatura, donde las complicaciones de la vida real se desvanecían de forma temporal. Siento una punzada de pérdida al pensar en esa historia inconclusa, dejada atrás en la habitación de un hombre que probablemente nunca volveré a ver.

Las amistades peligrosas de Pierre Choderlos de Laclos es una elección de lectura, no precisamente convencional para una institutriz en mi posición, y de cierta forma de naturaleza

bastante escandalosa. Pero leerla en francés le otorga cierta clandestinidad elegante, un pequeño acto de rebeldía que me permite sentirme más libre y menos constreñida por las normas de la sociedad.

Esta novela, con sus intrincadas tramas de seducción y manipulación, me transporta a un mundo diferente del mío. Además, mantener mi francés afinado es una ventaja, y qué mejor manera de hacerlo que a través de una obra maestra de la literatura.

Es un placer que guardo solo para mí, un secreto que mantengo oculto entre las páginas de un libro que ahora se encuentra en manos de un desconocido. Aunque, pensándolo bien, quizás Callum ni siquiera se dé cuenta de su valor o contenido, sumido como está en su recuperación.

Mi amor por los libros siempre ha sido una constante en mi vida. Crecí rodeada de ellos, gracias a mi abuelo, quien me inculcó una pasión insaciable por el conocimiento y la aventura que se encuentra en las páginas de un buen libro. Ahora, en momentos de soledad o cuando el peso de mis responsabilidades se siente abrumador, me refugio en ellos.

Las niñas, Charlotte y Amelia, están enfrascadas en sus lecciones de geografía y matemáticas. A pesar de sus ocasionales protestas y traviesas distracciones, tienen mentes agudas y, con la guía adecuada, muestran un potencial sorprendente. Es gratificante verlas crecer y aprender, aunque a veces añoro la libertad de explorar mis propios intereses.

Mi vida en Londres es ajetreada y llena de obligaciones. Entre enseñar a las niñas, administrar sus horarios y asegurarme de que cumplan con las expectativas de sus padres, apenas me queda tiempo para mí misma. A veces, en la quietud de la noche, cuando la mansión duerme y solo se escucha el distante eco de los carruajes en las calles, me permito soñar con una vida diferente, una donde mis días no estén tan estructurados y pueda perseguir mis pasiones. Escribir mis propias novelas.

Pero esos sueños son efímeros, disipándose con el amanecer. Ahora, de vuelta a la realidad, me concentro en preparar a las niñas para su próxima actividad, mientras en mi mente sigo preguntándome qué será de Callum. Quizás, en algún momento, nuestros caminos se crucen de nuevo. Por ahora, guardo esos pensamientos y me enfoco en el presente, en mi deber como institutriz de la familia Harrington.



La puerta se abre con suavidad y Mary, una de las criadas más jóvenes de la casa Harrington, entra con su habitual aire de eficiencia. Su mirada se posa brevemente en Charlotte y Amelia, absortas en sus lecciones, antes de dirigirse hacia mí.

—Disculpe, señorita Harwood —comienza con su voz suave pero clara—. ¿Desea que prepare una taza de té en el invernadero para usted y las niñas?

Le sonrío, satisfecha por su consideración.

—Oh, sí, por favor, lo agradecería mucho. Gracias, Mary.

Una vez las niñas están enfocadas en sus tareas, Mary se acerca a mí y baja la voz, como si compartiera un secreto.

—Por cierto, señorita Harwood, respecto a su regreso a altas horas de la noche, nadie más se dio cuenta. Fue suerte que yo estuviera durmiendo cerca de la puerta para oír sus golpes.

Siento una oleada de gratitud hacia Mary. Su discreción siempre ha sido invaluable.

—Estoy en deuda contigo, por eso, Mary. Y te agradezco por mantenerlo en secreto.

Mary sonrío, un brillo travieso en sus ojos.

—Por supuesto, señorita. Y, si me permite, esos ensimismamientos en esas novelas podrían traerle problemas.

Río con suavidad ante su comentario.

—Lo tendré en cuenta. Aprecio tu preocupación, Mary.

Ella me mira con una expresión juguetona.

—Solo desearía que mi discreción fuera para ocultar algo más emocionante que una pasión por las letras. Ojalá se debiera a las atenciones de un galante caballero.

Respondiendo con un tono sarcástico, digo:

—Sería inimaginable que hubiera sido un hombre el que me entretuviera hasta esas horas. Son más apasionantes los libros, Mary. Las situaciones más galantes solo se encuentran en ellos, no en la vida real, por desgracia.

Mary sonríe, captando el tono de mi voz, y con un último gesto amable, se dispone a salir de la habitación. Observo cómo se aleja y luego vuelvo mi atención a las niñas, pero en el fondo, una parte de mí no puede evitar preguntarse qué tan cierto es eso que acabo de decir.



Superviso a Charlotte y Amelia preparándose para nuestro paseo vespertino. La rutina de vestuario de las clases pudientes es una costumbre que, a pesar de su rigidez, tiene su propia forma de arte.

Por la mañana, los atuendos son más discretos, adecuados para las tareas cotidianas dentro de la casa. Sin embargo, conforme avanza el día, la vestimenta cambia para adecuarse a las actividades sociales.

Por la tarde, los vestidos se vuelven menos discretos, diseñados para captar la atención durante paseos por las calles o parques, reuniones de té o compras. Es una especie de desfile donde las damas se exhiben ante los posibles pretendientes, como maniqués en un escaparate de confección.

En esta sociedad, una dama solo tiene posibilidades de prosperar si consigue un buen partido, y los caballeros desean a su lado un florero que sea complaciente, tranquilo y, por supuesto, hermoso. Los vestidos para la cena son aún más elegantes, especialmente deslumbrantes para los bailes. Deben ser claros y etéreos, destacando en el ambiente festivo de la noche.

Es una danza de apariencias y expectativas, donde cada detalle cuenta. Esta tarde, mientras acompaño a las niñas en un paseo por el parque St. James, soy consciente de que Charlotte, que pronto será presentada en sociedad, está siendo observada como una yegua de alta calidad en un mercado.

Los caballeros que pasean evalúan su andar, su sonrisa, asegurándose de que no sea demasiado estridente y que posea belleza. Y, por supuesto, su dote es un factor crucial.

Por otro lado, una dama de su estatus jamás se rebajaría a casarse con un caballero que tenga menos de diez mil libras de asignación anuales.

«¿Dónde queda el amor en todo esto?».

En ninguna parte, aparentemente. En esta sociedad, el matrimonio es un negocio, una transacción en la que el afecto real a menudo es un factor secundario, si es que se considera en absoluto.

Y mientras guío a Charlotte y Amelia por el parque, me siento agradecida por mi libertad,

aunque sea limitada, de no estar sujeta a esta mercantilización del matrimonio.

—Señorita Harwood, ¿podemos ir a ver los cisnes? —pregunta Amelia, interrumpiendo mis pensamientos con su voz llena de entusiasmo.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa, agradecida por el cambio de tema.

Mientras nos dirigimos hacia el estanque, observo cómo las niñas corren adelante, riendo y llamándose la una a la otra. Al llegar, Charlotte y Amelia se inclinan para observar a las aves, fascinadas por su gracia y belleza.

—Cuéntanos de nuevo esa historia sobre el patito feo —me pide la pequeña.

—Claro, Amelia —digo, acomodándome en el suave césped junto al estanque mientras las niñas se sientan a mi lado, con los ojos brillantes de expectación.

—Érase una vez —comienzo, recordando las palabras del propio Hans Christian Andersen—, un patito que era muy diferente a sus hermanos y hermanas. Desde el momento en que salió del cascarón, todos en el estanque se dieron cuenta de que no era como los demás patitos.

Mientras relato la historia del patito feo, mi mente vaga hacia aquellos días soleados de mi infancia, bajo el cielo abierto de la campiña inglesa. Recuerdo las reuniones de picnic de mis abuelos, donde Andersen, con su voz ronca y su acento danés, capturaba la imaginación de todos los presentes.

Era un hombre de gran talento y calidez, cuyas historias tenían la capacidad de transportarte a mundos maravillosos y lejanos.

—Y aunque al principio el patito se sentía solo y triste —sigo narrando—, al final descubrió que era un hermoso cisne. Lo que parecía ser una debilidad se convirtió en su mayor fortaleza.

Charlotte y Amelia escuchan con atención, por completo absortas en la historia. Puedo ver en sus rostros la mezcla de emoción y sorpresa al descubrir el final feliz del patito.

—Y así —concluyo—, el patito feo se dio cuenta de que la belleza está en ser uno mismo, y que a veces, solo necesitamos encontrar el lugar al que pertenecemos.

—¡Me encanta esa historia! —exclama Amelia.

Charlotte, con una sonrisa juguetona, se vuelve hacia su hermana menor y dice:

—Eso es porque sabes que tú eres el patito feo de la familia, Amelia, y estás esperando convertirte en un cisne.

Amelia frunce el ceño, preparándose para replicar, pero sus palabras son interrumpidas por el sonido de unas palmadas. Volteamos para ver la fuente de este sonido y nos encontramos con la figura de un caballero que nos observa con una sonrisa amable en su rostro.

—¡Hola, señor! —responde Amelia con cortesía, intrigada por el desconocido que nos ha sorprendido con su presencia.

—Perdón por la interrupción, señorita —dice el caballero con una inclinación respetuosa—. Mi nombre es Oliver. No he podido evitar detenerme al oír el final de su encantadora historia. La narración era tan vívida que me sentí como un niño otra vez.

Agradezco su cumplido con una leve reverencia.

—Gracias, señor Oliver. Es un placer conocerlo. Soy Adele Harwood, institutriz de las jóvenes Harrington. Charlotte, con la curiosidad propia de su edad, lo mira con interés.

—¿También le gustan las historias, señor Oliver? —Mucho —responde él con una sonrisa cálida dirigida a mí—. De niño, solía perderme en los cuentos de hadas y aventuras, pero esta me ha gustado especialmente.

El gesto de Oliver es inesperado y refrescante. Tiene una presencia refinada que habla de su elevado estatus incluso antes de revelar su nombre.

Viste con elegancia, su traje perfectamente cortado y de excelente calidad, los detalles en su chaleco y la forma en que su pañuelo estaba dispuesto en el bolsillo, todo ello indica que pertenece a la aristocracia. Sus modales llevan consigo esa confianza natural de quien ha crecido en los círculos más altos de la sociedad.

—Por cierto —añade antes de irse—, saluden de mi parte al señor Harrington. Soy Oliver Ashford, ha sido un placer disfrutar de su narración, señorita Harwood. Espero que tengamos la oportunidad de volver a encontrarnos. Con una última inclinación y una sonrisa, Oliver se despide y continúa su camino, dejándonos con una sensación de sorpresa y curiosidad.

Mientras lo observamos alejarse, Charlotte se vuelve hacia mí y comenta:

—Es Lord Ashford, un barón y un conocido de papá. Es muy mono, ¿verdad? —Me sorprendo ante su observación.

—Sí, parece ser un caballero muy respetable —respondo, aún procesando el encuentro.

—Y parecía interesado en ti, señorita Harwood —agrega Charlotte con una sonrisa traviesa. Con rapidez, desecho la idea.

—Un barón nunca se fijaría en una institutriz para algo más que... —Mi voz se apaga, dándome cuenta de lo que estaba a punto de decir y de las miradas de curiosidad genuina de las niñas.

Cambio ágilmente de tema, consciente del terreno delicado en el que me encontraba.

—Bueno, ¿qué les parece si seguimos disfrutando del parque? Hay mucho más que ver. —Las niñas asienten, aunque todavía con una chispa de curiosidad en sus ojos.

Mientras nos alejamos del estanque, no puedo evitar sentir una mezcla de curiosidad. La idea de que un barón como Oliver Ashford pudiera mostrar interés en alguien como yo era, en el mejor de los casos, improbable, y en el peor, algo que podía traer complicaciones innecesarias. Sin embargo, lo más profundo de mí no puedo negar una pequeña y secreta ilusión por aquel breve encuentro.

No era solo su apariencia lo que me había impresionado, sino la manera en que se detuvo para escuchar el final de mi narración y cómo apreció genuinamente el arte de contar historias.

En un mundo donde la mayoría de los aristócratas que he conocido tienden a ser distantes o meramente corteses, la actitud de Oliver se destacaba como algo refrescante y diferente. Había en él una especie de encanto natural, una mezcla de elegancia y una amabilidad sincera que rara vez se veía en los círculos de la alta sociedad.

No era solo su traje impecable o su porte distinguido lo que me había hecho notar su presencia; me había tratado con un respeto que iba más allá de las convenciones sociales que como institutriz, con una posición muy modesta, y mujer me invisibilizaban.

—Vamos, niñas, pronto llegará Antoine para daros vuestras clases de baile, y ya sabéis que no le gusta nada que le hagan esperar —les recuerdo con un tono amable, pero firme mientras nos dirigimos de regreso hacia la mansión.

Amelia frunce el ceño ligeramente y dice:

—Tiene muy malas pulgas.

—Lo que tiene es poca paciencia, pero sabe lo que hace y conseguirá que seáis las mejores bailarinas de todo Londres —les explico con una sonrisa, tratando de infundirles algo de entusiasmo por la lección que se avecina.

Charlotte, con un toque de desdén típico de su edad, pregunta:

—¿Para qué si una vez casadas solo podremos bailar con nuestros maridos y seguro que ellos ya no estarán interesados en los bailes?

—Charlotte, el baile es más que una simple danza con un hombre —respondo, guiándolas

por el camino de grava hacia la casa—. Es una forma de expresión, un arte y una habilidad que os hará sentir altamente complacidas con vosotras mismas. Además, nunca se sabe... vuestros maridos podrían disfrutar de la danza tanto como vosotras.

Aunque entiendo sus dudas y la limitación de sus expectativas espero inculcarles la idea de que el baile, al igual que cualquier otra destreza, es una forma de autoexpresión que puede brindarles alegría, independientemente de su futuro matrimonial.

—¿Usted baila, señorita Harwood? —me pregunta la pequeña aún con el ceño fruncido, nada convencida.

—Siempre que puedo —confieso—. Incluso, a veces, sin música. Solo con la melodía en mi cabeza.

—¿Y eso cómo se hace?

—Lo haremos esta noche —les prometo—. Sin reglas ni etiquetas. Veréis que divertido es.



Capítulo 3

Sentada en el invernadero, rodeada de un tranquilo verdor, me encuentro absorta en las páginas de "Orgullo y Prejuicio".

Aunque la autora no revela su nombre, firmándolo simplemente como "Una Dama", su obra habla con una voz clara y distintiva.

A través de los cristales del invernadero, se puede observar el jardín de los Harrington, un ejemplo perfecto del gusto por los espacios naturales meticulosamente cultivados que define la moda actual en Londres entre la clase pudiente.

Los jardines, con sus senderos sinuosos y arbustos cuidados, son un reflejo del deseo de control y belleza, un microcosmos donde cada elemento tiene su lugar designado. Pero las rosas, en particular, del invernadero son la joya de este jardín.

La señora Harrington dedica mucho tiempo y esfuerzo a cuidar cada planta, y su pasión se hace evidente en la forma en que habla de su participación en el concurso de rosas de Kensington. Es una pasión que va más allá de la simple jardinería; es casi un acto de amor, una dedicación que trasciende lo cotidiano para alcanzar lo sublime.

Mientras estoy absorta, oigo pasos aproximándose. Levanto la vista del libro y veo a Oliver Ashford, un visitante inesperado, en el umbral del invernadero. Su presencia, lejos de ser una simple coincidencia, parece tener una intención definida. Al verlo parado en la entrada, con una expresión de cortesía y algo de determinación, me doy cuenta de que su visita no es casual.

—Espero no interrumpir —dice él con una sonrisa—. Estaba visitando a los Harrington y me dijeron que podría encontrarla aquí.

—No, no interrumpes —respondo, cerrando el libro y dejándolo a un lado. Estaba disfrutando de un momento tranquilo con mi lectura.

—¿Y qué está leyendo, si puedo preguntar? —inquire, con un interés genuino.

—Orgullo y Prejuicio —le respondo, mostrándole la portada del libro—. Una obra

excelente.

Oliver se adentra en el invernadero, su mirada recorriendo brevemente las flores antes de fijarse en mí.

—En realidad, quería hablar con usted sobre la biblioteca de los Harrington. Me han dicho que disfruta mucho de la lectura y pensé que quizás podría recomendarme algunos títulos. Estoy buscando expandir mi colección personal y valoraría mucho su opinión.

Al escuchar esto, me siento un tanto sorprendida. No es común que un aristócrata busque la opinión de una institutriz sobre literatura, y menos aún que haga un esfuerzo para encontrarme y preguntarme directamente.

—Estoy halagada de que considere mi opinión, señor Ashford —respondo, intrigada por su interés—. La biblioteca de los Harrington es extensa y variada. ¿Hay algún género en particular que le interese?

Oliver se sienta en un banco cercano, su postura relajada pero atenta.

—Me gustan especialmente las obras que desafíen el pensamiento convencional.

—Es interesante que busque algo que ofrezca una visión crítica —digo, pensando en las estanterías de la biblioteca—. Hay varios títulos que podrían interesarle. Por ejemplo, “Cándido” de Voltaire, con su sátira y crítica a la sociedad. O “Los viajes de Gulliver” de Jonathan Swift, que aunque a menudo se ve como un relato de aventuras, es en realidad una aguda crítica social y política.

Oliver sonrío, asintiendo.

—Los conozco y los aprecio mucho. ¿Hay alguna obra más contemporánea que recomendaría?

—Quizás le interese “Justine” del Marqués de Sade —sugiero, consciente de la naturaleza audaz de mi recomendación—. Es una obra que, aunque controvertida, ofrece una perspectiva crítica y provocadora sobre la moral y la sociedad.

La mención de Sade hace que las cejas de Oliver se eleven ligeramente, una mezcla de sorpresa y curiosidad en su mirada.

—Eso sí que es una elección atrevida. Parece que no se limita a las lecturas convencionales, señorita Harwood. Me gusta cómo piensa. No solo se concentra en el entretenimiento de las historias, sino también en su substancia.

—Creo que las mejores historias son aquellas que nos hacen reflexionar —digo, sintiéndome cómoda en la conversación.

Luego, con una chispa de humor en sus ojos, dice:

—¿Conoce alguna novela donde un barón se enamora a primera vista de una institutriz, e, ignorando las normas sociales, se lanza a cortejarla? Sería una lectura fascinante.

Su comentario me hace sonreír.

—Esa trama suena demasiado ficticia incluso para los más románticos.

—Quién sabe, a mí me suena muy apropiada y creo que rompería varios convencionalismos como a usted le gusta —responde él, disfrutando del intercambio.

Aprecio la agudeza de su insinuación y juego con ella.

—En ese caso, el barón tendría que ser un personaje muy convincente, capaz de ver más allá de las estructuras sociales.

Oliver se inclina hacia delante, con claridad entretenido por la idea.

—Por supuesto —asiente él, su mirada brillando con humor e inteligencia—. Y la institutriz, sin lugar a duda, debería ser una protagonista con una mente aguda y un espíritu independiente, quizás incluso un poco rebelde, para igualar al barón en su desafío a las normas.

Alguien que no se conforma fácilmente y que no tiene miedo de vivir su propia historia, por poco convencional que sea.

—Por desgracia, no sería una lectura que me atraería —le digo sin dejar de sonreír—. No creo en el amor a primera vista y estas clases de aventuras no suelen acabar bien para las protagonistas.

—No sabía que era de las incrédulas, Señorita Harwood. Ya he oído esas palabras antes en mi buen amigo, Sir Balthair Chisholm. Un escéptico innato, pero usted es distinta. Lo sé. El amor a primera vista existe. No cree porque nunca lo ha experimentado, pero yo puedo afirmarle que es tan real y doloroso como cualquier otro padecimiento del corazón, sobre todo cuando no se tienen los afectos que se buscan.

—Suen a que le ha ocurrido en muchas ocasiones, Lord Ashford, luego no pueden ser sentimientos tan profundos y dolorosos como insinúa.

Oliver sonríe ante mi réplica, su expresión revelando que está disfrutando de nuestro juego verbal tanto como yo.

—Solo una en realidad, señorita Harwood —responde con un tono ligero—. Y he descubierto que cuando ocurre, deja una impresión duradera. Los sentimientos profundos no siempre necesitan de largos periodos de tiempo para desarrollarse. A veces, un solo momento puede ser suficiente.

—Entonces, ¿sugiere que un instante puede cambiarlo todo? —pregunto, manteniendo ligero.

—El amor es uno de los pocos misterios que incluso los más sabios no pueden descifrar por completo.

—No voy a negar que soy una romántica empedernida y que creo que el matrimonio debería sostenerse por algo más que conveniencias y normas, pero no estoy segura de querer arriesgar mi corazón por palabras bonitas. Los instantes que pueden cambiarlo todo, suelen venir acompañados de obstáculos.

—A pesar de los obstáculos se puede obtener un final feliz. Después de todo, incluso en las historias más improbables, a veces el amor encuentra un camino. ¿No es cierto que incluso en esa novela que está leyendo la heroína lo encuentra con Mr. Darcy a pesar de la distancia social y los obstáculos del principio?

—Acaba de desvelarme el final, Lord Ashford —le digo fingiendo indignación—. Ahora tendré que buscar otra novela cuyo desenlace siga siendo un misterio para mí.

Oliver ríe ante mi respuesta.

—Mis disculpas, señorita Harwood. Aunque, si he de ser honesto, creo que el encanto de “Orgullo y Prejuicio” no reside tanto en su final, sino en el viaje que lleva a él.

—Es cierto, por esa razón ya lo he leído con anterioridad, pero no vuelva a hacerlo. Me tomo muy en serio mis lecturas incluso cuando a veces nos venden sueños un tanto irreales.

—Es posible—concede Oliver—. Pero ¿no es eso lo que buscamos en la literatura? Una escapada de la realidad, un vislumbre de lo que podría ser. Y, de vez en cuando, una historia que nos inspire a creer en lo imposible.

—Lord Ashford...

—Estoy loco por usted. No puedo explicarlo, pero se me ha metido en la cabeza y el corazón de una manera que no soy capaz de controlar. Es como si mi cuerpo la hubiera reconocido de otra vida en que lo fuimos todo el uno para el otro y llevara siglos buscándola, anhelándola.

Me levanto de forma brusca con el corazón ya fuera de mi pecho mientras el libro cae desde

mi regazo al suelo con estrépito. Sorprendida por su repentina y apasionada confesión, me quedo un momento en silencio, mirándolo directamente a los ojos. La intensidad de sus palabras resuena en el aire, cargada de una sinceridad que no puedo ignorar.

—Lord Ashford, eso es... es muy inesperado —digo al fin, mi voz apenas un susurro—. No sé qué decir.

—Lo siento si he sido demasiado directo —responde él, manteniendo aún la mirada fija en mí—. No era mi intención desconcertarla, pero sentí que debía ser honesto con usted... y conmigo mismo.

Sus palabras son un torbellino que revolotea en mi mente. Respiro hondo, tratando de calmar el batir acelerado de mi corazón.

—Su sinceridad es... abrumadora, Lord Ashford. Y aunque me halaga, también me deja en una posición muy complicada. Las diferencias entre nosotros no son meras formalidades, son realidades que no podemos ignorar de forma fácil.

Oliver asiente, comprendiendo la delicadeza de la situación.

—Lo sé, y no espero que ignore esas realidades. Solo quería que supiera lo que siento, sin expectativas ni presiones —responde con pesar mirando al suelo, pero luego levanta la mirada con determinación—. No, no es cierto. ¡Lo quiero todo de usted!

La súbita vehemencia en la voz de Oliver me sorprende, y me quedo inmóvil, procesando sus palabras.

—¡Al diablo con las convenciones y las expectativas! —continúa Oliver, su voz cargada de una pasión que no puede contener—. Sí, las diferencias entre nosotros son reales, pero lo que siento por usted... eso también es real. Es algo que no puedo ni quiero ignorar.

Me quedo sin palabras por un momento, su intensidad me desarma. En sus ojos veo un destello de algo salvaje y genuino, una emoción cruda que no se ve a menudo en los salones refinados de la alta sociedad.

—Lord Ashford... —comienzo, buscando las palabras correctas—. Está completamente loco.

Él se ríe ante mis palabras de forma gloriosa.

—Se lo acabo de decir, Adele. Estoy completamente loco por usted.

El sonido de mi nombre en sus labios me hace estremecer. En ese instante, entre las plantas del invernadero y bajo la luz dorada del atardecer, siento la magnitud de lo que este momento podría significar.

—¿Y qué se supone que debo hacer con esa locura, Lord Ashford? —pregunto, una sonrisa apareciendo en mis labios a pesar de la seriedad de la situación.

La risa de Oliver vuelve a sonar franca y liberadora, resuena en el invernadero, rompiendo la tensión del momento con una alegría contagiosa.

—Lo único que le pido es que lo considere —responde él, todavía sonriendo—. Sé que es inusual, incluso escandaloso, pero creo que la vida es demasiado corta para dejar pasar lo que podría ser algo extraordinario y creo que usted no es una persona que se deje influenciar por convencionalismos. Las personas inteligentes tienen sus propias reglas morales. Lo sabe. Dudo mucho que deje que los demás piensen por usted lo que está bien o mal.

Resoplo y lanzo un quejido resignado.

—Usted juega conmigo. Utiliza sus palabras para tentarme.

—¿Eso quiere decir que se siente aunque sea un poco tentada? Tengo otras habilidades para lograr tentarla, Adele.

—¿Más habilidades para tentarme, dice? —pregunto, mi curiosidad despertada a pesar de

mí misma—. Eso suena más a una advertencia que a una invitación.

Oliver da un paso hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros y sonríe con un destello de picardía.

—La vida sin un poco de riesgo sería terriblemente aburrida, ¿no cree?

Hay un breve instante en el que nuestras miradas se entrelazan, un silencio cargado de expectativa. Entonces, con una lentitud que parece intensificar cada segundo, Oliver inclina su cabeza hacia la mía. Su aliento roza mi piel, enviando un escalofrío por mi cuerpo. Sus ojos permanecen fijos en los míos, buscando una señal, una aprobación que no estoy segura de poder dar.

Pero cuando sus labios finalmente encuentran los míos, toda duda se desvanece. El beso es suave al principio, una pregunta formulada en el lenguaje del deseo. Mis labios responden casi sin pensarlo, movidos por una fuerza que parece estar más allá de mi control. La sensación es abrumadora, una mezcla de dulzura y ardor que enciende algo en mi interior.

El beso se intensifica, y Oliver me toma en sus brazos, acercándose más a él. La cautela y la prudencia se disuelven en el calor del momento, en la pasión que se desata entre nosotros. Sus manos recorren mi espalda, firmes y seguras, mientras mis dedos se enredan en su cabello, anclándome a esta realidad que hace solo unos momentos parecía imposible.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos sin aliento, nuestros corazones latiendo de forma frenética. Oliver me mira, su expresión una mezcla de asombro y certeza.

—Eso fue más de lo que había soñado —dice con voz ronca y vuelve a cubrir mi boca con la suya. Doy un respingo cuando noto su lengua deslizándose entre mis labios como si fuera a lamerme...

«Como si fuera no... ».

Me lame como si fuera el último trozo de merengue de un pastel de limón, dulce y tentador. Su beso se profundiza, explorando y reclamando con una intensidad que me hace temblar.

Me encuentro respondiendo a su pasión, mi propia lengua encontrándose con la suya en un baile delicado pero intenso. Mis manos, inicialmente indecisas, encuentran su camino hacia su cuello, acercándolo aún más.

Me entrego al momento, dejándome llevar por la oleada de emociones que Oliver despierta en mí. Su cercanía es abrumadora, y la forma en que me besa, con tal seguridad y deseo, hace que me olvide del mundo a nuestro alrededor. La sensación es abrumadora, una mezcla de dulzura y ardor que me consume por completo.

Me abandono al momento, a la sensación de sus brazos alrededor de mi cuerpo, su presión firme pero gentil que me acerca más a él. Su mano se desliza por mi espalda, acariciando con una ternura que contrasta con la intensidad de nuestro beso. En este intercambio, cada toque, cada suspiro, se siente como una revelación, un descubrimiento mutuo de deseos y emociones largamente contenidos.

El mundo exterior, con sus reglas y expectativas, se desvanece hasta convertirse en un mero susurro en la distancia. Cuando el beso al fin termina, ambos nos separamos lentamente, como si romper ese contacto fuera la decisión más difícil. Oliver me mira con una mezcla de deseo y veneración, su aliento aún entrecortado.

—Nunca había sentido algo así —confiesa con voz baja, sus ojos reflejando la profundidad de sus emociones.

—Yo tampoco —admito, mi voz apenas audible. En sus brazos, en ese beso, he sentido algo que va más allá de la mera atracción física. Es como si nos conociéramos de una manera más profunda, más intrínseca. Al darme cuenta del poder que Oliver tiene sobre mí, una parte de mí

grita que debo huir de este hombre y sus seductoras habilidades. Sin embargo, otra parte, más audaz y aventurera, parece fascinada por la idea de explorar lo desconocido que él representa.

—Lord Ashford, usted es peligroso —le digo, intentando inyectar un tono de broma a mi voz, aunque la seriedad de mis palabras es innegable—. Y yo no soy lo suficientemente sensata como para no considerar lanzarse a la aventura más temeraria de su vida.

Oliver sonríe ante mi declaración, una mezcla de satisfacción y reto en su mirada.

—Entonces, ¿me considera una aventura, señorita Harwood?

—La más arriesgada —respondo, con una sonrisa que no puedo reprimir—. Y lo peor es que parte de mí está considerando seriamente aceptar el desafío.

Hay una chispa de emoción en sus ojos, un brillo que me dice que él también está considerando las posibilidades.

—La vida está hecha de riesgos, Adele. Algunos valen mucho la pena.

Asiento, sabiendo que tiene razón. A pesar de la confusión y la incertidumbre, este encuentro con Oliver ha despertado algo en mí, una chispa de curiosidad y deseo que no puedo ignorar.

«Debo huir de este hombre y su magnetismo como Cenicienta del baile a medianoche» me digo a mí misma, consciente del juego peligroso y emocionante en el que me estoy adentrando.

«Pero, a diferencia de Cenicienta, temo que no dejaré detrás un zapato de cristal, sino mi buen juicio».



Capítulo 4

Querida Emily:

Te escribo con una noticia que, incluso para mí, suena increíble. Estoy prometida, y no a cualquiera, sino a Lord Oliver Ashford, un hombre que además de título es miembro de la Cámara de los Lores.

Sé que esto te sorprenderá tanto como a mí; todo ha sucedido de manera tan rápida y repentina que aún me cuesta creerlo.

No puedo explicar cómo ocurrió exactamente. Fue una serie de encuentros, conversaciones, y un entendimiento mutuo que creció de manera inesperada. Oliver es... extraordinario. Es encantador, inteligente y, a pesar de todas las convenciones sociales que deberían separarnos, ha logrado hacer latir mi corazón de una manera que nunca imaginé posible.

Te pido, por favor, que por ahora no le cuentes nada a nuestros hermanos ni a la abuela. Temo que todo suene inverosímil, e incluso para mí lo parece. Necesito tiempo para procesar todo esto antes de que se convierta en tema de conversación familiar.

Nuestra relación ha sido un torbellino. Cada momento con él ha sido una mezcla de miedo y emoción. A veces, me pregunto si me he dejado llevar demasiado rápido, pero luego, cuando estoy con él, todas esas dudas desaparecen. Él me entiende de una manera que nadie más lo ha hecho, y eso me da esperanza de que, a pesar de lo inesperado de nuestra relación, esto podría ser algo verdaderamente maravilloso.

Por favor, guárdame este secreto un poco más. Necesito ordenar mis pensamientos y planificar cómo vamos a manejar esta situación. Prometo escribirte pronto con más detalles.

Con todo mi cariño,

Adele.

Al oír los gritos desde la ventana, me levanto de mi escritorio, sorprendida y curiosa. Es una noche tranquila, y los sonidos parecen aún más fuertes en el silencio. Al asomarme, veo a Oliver abajo, mirando hacia arriba, con claridad ebrio pero con una sonrisa juguetona en su rostro.

—¡Adele! —grita con un entusiasmo desenfrenado—. ¡Mi querida Adele!

Me cubro la boca para sofocar una risa. A pesar del escándalo que está armando, no puedo evitar encontrar humor en la situación.

—¡Oliver! ¡Chist! Debes irte antes de que despiertes a toda la casa —le susurro desde la ventana, intentando que mi tono sea serio.

—¿Irme? ¡De ninguna manera! —exclama él, haciendo un gesto grandioso con los brazos—. ¡Quiero que todo el mundo se entere de que amo profundamente a mi prometida! Que todos esos aristócratas estirados se mueran de envidia. Nunca podrán comprender la grandeza de lo que siento por ti.

—Oliver, estás ebrio —le digo, tratando de mantenerme seria a pesar de la risa que amenaza con escaparse.

Pero él sigue proclamando su amor, sin preocuparse por la hora ni por quién pudiera estar escuchando.

—¡No importa si estoy ebrio! Mi amor por ti es lo más claro que he sentido en mi vida.

Me quedo un momento observándolo, una mezcla de diversión y preocupación cruzando mi mente. A pesar de la situación cómica, no puedo evitar sentir un calor en mi corazón ante su declaración, aunque sea en una forma tan poco convencional.

—Oliver, por favor —insisto, intentando convencerlo de que se vaya antes de que alguien más nos oiga—. Mañana hablaremos, te lo prometo. Ahora, por favor, vuelve a casa con seguridad.

Finalmente, después de unos momentos más de protestas y declaraciones amorosas, Oliver parece ceder. Con un último grito que resuena en la noche mientras se aleja tambaleándose:

—¡Te amo, Adele!

Cierro la ventana, aún con una sonrisa en mi rostro. A pesar del alboroto, no puedo negar la sinceridad de sus sentimientos, aunque expresados de una manera tan inusual. Sacudiendo la cabeza ante la locura de la situación, vuelvo a mi escritorio, pensando en cómo esta noche será sin duda una de las historias que contaré en el futuro sobre el inesperado y extravagante amor de Oliver Ashford.

El cambio en mi vida desde aquella noche en el invernadero ha sido vertiginoso y por completo inesperado. Los encuentros con Oliver, algunos por casualidad y otros con claridad buscados por ambos, han ido minando mi resistencia poco a poco. Y es que resistirse a Oliver y a la intensidad de sus besos es una tarea hercúlea.

Cada vez que me mira con sus ojos verdes, brillantes de picardía, enmarcados por esos rizos dorados y esa sonrisa deslumbrante que revela sus hoyuelos traviesos, siento que todo de mí se rinde ante él. Cada encuentro se torna más intenso y apasionado, llevándonos a un punto en el que la única solución parecía ser separarnos definitivamente o unirnos en matrimonio. Y fue él, Oliver, quien, impulsado por la pasión que compartimos, me lo propuso.

La noticia, como era de esperar, cayó como un jarro de agua fría en la casa Harrington. La sorpresa y el disgusto se mezclaron en iguales medidas entre ellos. De alguna manera, concluyeron que yo había seducido al "pobre e indefenso" barón. Esta percepción llevó a que me rescindieran discretamente mis servicios como institutriz, bajo el pretexto de que ya no era una influencia apropiada para las niñas.

La separación con ellas ha sido lo más difícil de todo este torbellino. Las pequeñas, que me

suplicaban entre lágrimas que no las abandonara, ahora desvían la mirada cuando nos cruzamos, al igual que lo hace Mary. Como si hubiera cometido algún error imperdonable. Es un dolor que llevo en silencio.

Cuando Oliver y yo caminamos juntos, siento las miradas de sorpresa y, a menudo, de desaprobación. Nuestra unión ha roto las normas no escritas de nuestra sociedad: un aristócrata y una institutriz no son una pareja convencional. Pero la alegría y la indiferencia de Oliver frente a las opiniones ajenas son contagiosas, y me esfuerzo por enfocarme solo en eso, en la felicidad que encontramos juntos, incluso con todos estos obstáculos y los juicios.

A pesar de todo, hay un sentimiento de triunfo en mí, una sensación de haber encontrado algo verdaderamente especial que trasciende las barreras sociales y las expectativas. Con Oliver a mi lado, siento que podemos enfrentar cualquier desafío que venga, fortalecidos por el amor que nos une y la pasión que nos ha llevado a plantar cara al mundo por estar juntos.

Después de un día emocionante y agitado, me deshago lentamente de mi ropa de institutriz en la pequeña habitación de la pensión que ahora llamo hogar. Mis atuendos, aunque bien cuidados, reflejan mi anterior vida: vestidos de corte sencillo, confeccionados en telas duraderas y prácticas, en tonos sobrios que denotan mi estatus profesional. No hay lujos ni adornos superfluos, solo la funcionalidad y la modestia que se espera de alguien en mi posición.

Una vez con el camisón puesto, una prenda simple de algodón, me acomodo entre las sábanas de lino de la cama. A pesar de la sencillez del lugar, no me ataño; lo importante es que es un refugio temporal hasta mi boda con Oliver. Él asegura que no tendré que estar aquí por mucho tiempo, y confío en su palabra.

Cierro los ojos con una sonrisa en los labios, pensando en los próximos eventos. Lady Marjorie, la gobernanta de la pensión, probablemente me recrimine por el alboroto causado por Oliver la noche anterior. Pero mis pensamientos se centran más en lo que vendrá después, en el momento en que Oliver me llevará a su casa para presentarme a su familia y a ese amigo íntimo del que tanto habla.

Según Oliver, es un distinguido miembro de la Cámara de los Comunes y compañero de estudios en Cambridge, ha sido una especie de guardián para él, sacándolo de múltiples aprietos. La imagen de Oliver metiéndose en líos y cometiendo excesos no es difícil de imaginar, considerando su carácter impulsivo y su pasión por la vida.

A pesar de los nervios y la incertidumbre sobre cómo seré recibida por su familia y amigos, hay un sentimiento de expectativa y emoción. Estoy a punto de adentrarme en un mundo por completo diferente al mío, un mundo que hasta hace poco me era ajeno y prohibido. Con Oliver a mi lado, siento que puedo enfrentar cualquier desafío que se presente, confiando en la conexión que hemos construido juntos.

Mientras me adentro en el mundo de los sueños, me pregunto cómo será mi vida como la esposa de un barón. Una vida llena de nuevos retos y aventuras, sin duda.

Y a pesar de los desafíos y las incertidumbres, no puedo esperar a ver qué nos depara el futuro a Oliver y a mí.

Mientras me hundo en el suave abrazo de las sábanas, reflexiono sobre la verdad en las palabras del Marqués de Sade.

«Permítanos entregarnos indiscriminadamente a todo lo que sugieren nuestras pasiones, y siempre seremos felices... La conciencia no es la voz de la Naturaleza sino solo la voz del prejuicio».

Es una idea atrevida, casi escandalosa, pero en este punto de mi vida, siento que hay una profunda verdad en ella. La locura de Oliver, su capacidad para vivir de acuerdo con sus propias

reglas y pasiones, me ha mostrado un camino diferente, uno alejado de los rígidos confines de lo que se espera de mí.

La idea de que la locura y la cordura son dos caras de la misma moneda, ambas esenciales para nuestra completa realización como seres humanos, resuena en mi mente. La locura de Oliver no es falta de juicio, sino más bien un rechazo audaz a vivir una vida dictada por otros. Es una celebración de la individualidad, una aceptación jubilosa de todas las facetas de nuestro ser.

Y ahora, al borde de un nuevo capítulo en mi vida, decido que prefiero sumergirme en esa locura, en esa libertad de ser por completo yo misma, sin las cadenas del "qué dirán". Escojo correr el riesgo de ser juzgada, de ser considerada imprudente o incluso escandalosa, si eso significa vivir una vida auténtica, una vida guiada por mis propias pasiones y deseos.

Con estos pensamientos, me dejo llevar por el sueño, sintiéndome más viva y auténtica de lo que jamás me he sentido. Mañana traerá sus propios desafíos y juicios, pero por esta noche, me entrego a la dulce locura de mis sueños, donde Oliver y yo estamos libres para estar juntos sin restricciones, sin miedo y, lo más importante, sin prejuicios.



En un estado de shock, permanezco inmóvil, escuchando la conversación a través de la puerta. Las palabras de Balthair Chisholm, el amigo de Oliver, me golpean como un torrente frío y cruel.

—¡Menuda imprudencia, Oliver! Ella... Ella... No es para ti. No has pensado en esto con detenimiento. Puedo ver que te atrae, pero es una locura casarte con esa mujer. ¿La has hecho tuya? ¿Te ha entregado su virtud? ¿Por eso te ves obligado a casarte con ella?

Cada palabra me hiere, cortando profundamente en mi orgullo y en mi corazón. Pero lo que más me duele es la revelación de quién es en realidad este hombre.

Callum, el individuo que conocí aquella noche, que ayudé con compasión y gentileza. Balthair Chisholm. Su verdadero nombre me golpea con la fuerza de un puñetazo.

Siento una oleada de ira y traición. ¿Cómo pudo mentirme después de lo que hice por él con ese descaro tan rotundo? ¿Cómo puede ahora juzgarme, él, que estuvo en circunstancias tan cuestionables aquella noche que lo encontré? La hipocresía de su actitud me enfurece.

Todo desde que he llegado a la casa de los Ashford ha sido una sucesión de desafíos y juicios. La fría indiferencia de la madre y la hermana de Oliver ha sido fácil de soportar, pero esto era otra cosa.

Balthair Chisholm, con su sorpresa inicial al reconocermelo y luego su hostilidad abierta, había añadido una capa más de tensión a una situación ya de por sí complicada.

Con el corazón galopando en mi pecho y un revoltijo de emociones agitándome por dentro, empujo la puerta con determinación, lista para encarar lo que viene. No dejaré que Balthair Chisholm, con sus palabras venenosas, me defina.

—Qué interesante, tu "prometida" parece disfrutar del arte de escuchar a escondidas —dice Chisholm con un tono mordaz, lanzándome una mirada rápida y despectiva.

—Vamos, Balthair —interviene Oliver, su voz teñida de frustración—. Reconociste no hace mucho que el amor a primera vista es posible.

—No hablé de amor a primera vista —replica Chisholm, su voz cargada de desdén.

—Ah, es verdad —dice Oliver con una risa que no muestra ni un ápice de preocupación por sus acusaciones—. Hablaste de una obsesión infundada por una dama apenas conocida.

—Exactamente, eso es lo que te aflige, Oliver. Y dime, ¿qué sabes de ella aparte de su gusto por novelas poco adecuadas? Eso ya la cataloga como poco convencional —continúa Chisholm, desafiante.

Oliver ríe con ligereza.

—Oh, pensé que había guardado ese secreto. No te ofendas, Adele. Balthair me ha visto en mis momentos más indiscretos, cuando las palabras fluyen sin filtro.

Miro al escocés. Sé que se refiere a la novela que olvidé en la posada no a lo que sea que le haya podido decir Oliver sobre mí.

Al observarlo noto que su presencia es aún más imponente de lo que recordaba. Tal vez sea porque ahora luce por completo recuperado de su herida y está vestido impecablemente con pantalones ajustados, botas altas y una chaqueta que resalta su porte atlético. Pero aun así, hay en él una cualidad salvaje que no se puede disimular. Este hombre irradia una masculinidad cruda y sin filtros.

—Oliver sabe lo suficiente como para entender que mi “virtud”, como usted la llama, solo me concierne a mí y a mi cuerpo. Nadie más tiene derecho a entrometerse o reclamar algo sobre ella —le digo con un tono despectivo.

Balthair se cruza de brazos, su expresión un poco más suavizada.

—Tiene razón en eso, pero la vida no es un cuento de hadas una novela romántica. Las consecuencias de sus elecciones afectarán a más personas que solo a usted y a Oliver.

Interrumpo, mi voz firme.

—Estoy perfectamente consciente de las implicancias de un matrimonio, señor Chisholm. Pero también creo que el respeto y el cariño son fundamentales para cualquier unión, por encima de las reputaciones, las clases y los legados.

—Sin embargo, usted, señorita Harwood —dice Balthair con una sonrisa—, parece que ha logrado un gran salto en la sociedad. Debe estar muy orgullosa de su... proeza.

—No considero el amor como una proeza, señor Chisholm —respondo con calma, pero con firmeza—. Es más una cuestión de encontrar a alguien con quien compartir genuinamente la vida, más allá de las estructuras sociales.

—Ah, el amor —dice él, enfatizando la palabra con un tono de burla—. Una explicación conveniente para decisiones apresuradas. Pero dígame, ¿no le preocupa que su relación pueda ser vista solo como una caprichosa aventura por parte de Lord Ashford?

—No es mi trabajo preocuparme por lo que los demás piensan —replico, manteniendo la compostura—. Y Oliver no es el tipo de hombre que toma decisiones tan importantes a la ligera.

—Interesante lo poco que lo conoce —murmura Balthair, su mirada evaluándome—. Supongo que ya ha considerado todas las implicaciones de este compromiso. La presión social, los chismes, la posible desaprobación de ciertos círculos...

—Afrontaré lo que sea necesario —digo con confianza—. Mi relación con Oliver vale cualquier desafío que podamos encontrar.

Balthair sonríe, pero es una sonrisa sin calor.

—Admiro su valentía o su ingenuidad. Solo el tiempo dirá cuál de las dos es.

—El tiempo, efectivamente, lo dirá, señor Chisholm —concluyo, sin querer darle el gusto de verme afectada por sus palabras.

—No me diga luego que no se lo advertí.

—La verdad, es poco probable que vuelva a dirigirle la palabra después de este encuentro, señor Chisholm, o debería decir Callum.

Un destello de reconocimiento y quizás algo de remordimiento cruza su rostro por un

instante antes de que recupere su compostura.

—Callum es mi segundo nombre. Lo utilizo en ciertas circunstancias.

Oliver nos mira a uno y otro extrañado.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Balthair se ajusta la chaqueta, con claridad incómodo con el giro que ha tomado la conversación, pero se vuelve hacia mí, su mirada cargada de una emoción difícil de descifrar.

—Espero que esta vez mantenga su promesa y no huya de nuevo —dice, su voz teñida con un toque de reproche.

Aquella noche, yo había prometido cuidarlo hasta que despertara, pero la hora tardía me obligó a dejarlo sin despedirme.

—No creo que tenga nada que reprocharme.

—No, es cierto, pero me hubiera gustado tener una oportunidad de... No importa —se interrumpe y luego me ignora de forma deliberada para mirar a Oliver, que nos observa perplejo—. Quiero que quede absolutamente claro que esto me parece un error garrafal y que estoy en contra de este matrimonio.

—No necesitamos su aprobación, señor Chisholm —reitero llena de ira.

—Necesitaréis muchas cosas, pero efectivamente no mi consentimiento. Dicho esto, lo siento, pero debo irme. He perdido el apetito. Discúlpame con tu madre y tu hermana, Oliver, por favor.

Con esas palabras finales, Balthair se retira, dejando a Oliver y a mí solos una vez más. Oliver se acerca a mí, rodeándome con sus brazos y depositando un suave beso en mi frente.

—No te preocupes por Balthair —dice con suavidad—. Tiene sus propias batallas que luchar y siempre se comporta como un hermano mayor que debe protegerme.

Apoyo mi cabeza en su pecho, encontrando en él una fuente de fortaleza y sostén.

—Ha sido muy grosero.

—Balthair puede ser brusco y no tiene ni idea de cómo tratar a las mujeres. Pero debes saber que, a pesar de su exterior duro, valora la lealtad y el honor por encima de todo. Con el tiempo, espero que podáis entenderos mejor.

Respondo con un gruñido. Me siento algo escéptica. La protección que Oliver siente hacia Balthair es evidente, y aunque no comparto su opinión, respeto la profundidad de su amistad.

Cambio el tema, no queriendo que la noche termine en una nota amarga.

—Hablemos de algo más alegre. ¿Cuándo crees que deberíamos celebrar la boda?

Oliver sonríe, su estado de ánimo mejorando al instante.

—Tan pronto como sea posible. No puedo esperar para llamarte mi esposa, Adele. Podríamos escaparnos a Gretna Green mañana mismo y no esperar más.

—Eso haría nuestro enlace aún más escandaloso.

—Sí, ¿no te encanta la idea?

—Empiezo a pensar que estás más enamorado de la idea de casarte conmigo como acto de rebeldía que de mí.

—Todo forma parte del mismo encanto, Adele.

Su entusiasmo es contagioso, y una sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Creo que tu familia no piensa lo mismo.

—Se sienten amenazadas por tu presencia. Serás la próxima Lady Ashford y creían que aún tendrían años para hacerse a la idea. Dales tiempo.

Oliver me mira directamente a los ojos, su mirada llena de afecto y admiración.

—Y no hay nadie como tú para desafiar las normas y hacerlo con tanta gracia y

determinación —responde con una sonrisa—. Eres una fuerza de la naturaleza, Adele.

Sus palabras calientan mi corazón, y siento una oleada de amor y gratitud hacia este hombre que ha elegido estar a mi lado.

Coge mi mano con reverencia y se la lleva a los labios, mientras su mirada se detiene un segundo en mi anillo egipcio antes de acariciar mis dedos con sus labios.

—Y tú —le digo apoyando mi mano en su mejilla—, eres alguien que ve más allá de las apariencias y valora lo que realmente importa. Eso es raro y precioso.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la cercanía y del entendimiento mutuo que hemos desarrollado en este corto pero intenso tiempo juntos de forma simple.

Al fin, Oliver rompe el silencio.

—Hagamos esto a nuestra manera, Adele. No nos debe afectar lo que piensen los demás. Lo importante es lo que sentimos el uno por el otro y el futuro que queremos construir juntos.

Asiento, sintiéndome fortalecida por sus palabras.

—A nuestra manera, entonces.



Capítulo 5

Me encuentro en la alcoba de la hermana de Oliver, rodeada de más vestidos lujosos de los que he visto en toda mi vida. Los tejidos, bordados y colores son un festín para los ojos, pero me siento más como un ratón en un nido de serpientes que como una invitada en ese armario lleno de sedas. La hermana de Oliver, Lady Elizabeth, me observa con una mezcla de desdén y curiosidad obligada. Es una mujer de gran belleza, con rasgos delicados y una postura que grita nobleza en cada gesto. Es muy parecida a Oliver. Sin embargo, su mirada fría y calculadora me hace sentir más un objeto de escrutinio que una futura cuñada.

—Supongo que este servirá —dice con un tono de condescendencia, señalando un vestido de seda color marfil—. No es el último grito de la moda, pero dudo que alguien en el baile espere que tenga gustos refinados.

—Gracias por tal generosidad —respondo, mi voz impregnada de un sarcasmo que no intento ocultar—. Me aseguraré de que no se note mi ignorancia en asuntos de alta costura.

Lady Elizabeth frunce el ceño ante mi respuesta, con claridad no acostumbrada a ser contestada.

—Solo trato de ayudar —replica, con un tono que suena todo menos sincero.

En realidad, se ha visto obligada a ayudar a regañadientes.

Al llegar la invitación del Príncipe Regente Jorge para un baile en su corte, la urgencia de encontrar un vestido adecuado se hizo palpable. Conocido por su vida disoluta y excesos, el Príncipe Regente, que asumió responsabilidades debido a la locura de su padre, el Rey Jorge III, es una figura de extravagancia y escándalo. El baile promete ser un evento de gran magnificencia y boato, reflejo de su personalidad ostentosa.

La decisión de Oliver de pedirle a su hermana que me prestara un vestido fue un acto de autoridad que, a mi entender, refleja la dinámica de poder en la casa Ashford. Aunque Lady Elizabeth no se muestra entusiasmada con la idea, la influencia de Oliver es suficiente para que

acceda a regañadientes.

Lady Ashford entra en la habitación, su presencia imponente llenando el espacio con una elegancia innata y una autoridad que no requiere palabras. Es una mujer de mediana edad, pero su porte y gracia desafían los años. Sus ojos, afilados y penetrantes, parecen capaces de leer los pensamientos más ocultos, y su cabello, perfectamente peinado, resalta su rostro aristocrático.

—Señorita Harwood, querida, espero que encuentre algo a su gusto —dice con una voz que, aunque cordial, no puede ocultar por completo el desdén subyacente.

—Gracias, Lady Ashford. Estoy segura de que cualquier cosa que Lady Elizabeth me preste estará más que a la altura del evento —respondo, manteniendo la cortesía pero sin ceder ante su actitud condescendiente.

Lady Ashford me examina de arriba abajo con una mirada que no disimula su escepticismo.

—Espero que aprecie la oportunidad que se le está brindando. No todos tienen el privilegio de asistir a un baile en la corte del Príncipe Regente.

—Así es —asiento, consciente de la importancia del evento—. Estoy muy sorprendida por la invitación, aunque no sé si estoy agradecida del todo.

El Príncipe Regente George, conocido por su vida disoluta y sus excesos, ha tenido que asumir la regencia debido a la locura de su padre, el Rey Jorge III. Su fama de mujeriego y despilfarrador es bien conocida, y sus deudas han forzado al Parlamento a ajustar las arcas del reino en repetidas ocasiones. Es un hombre de carácter fuerte y gustos extravagantes, que se deleita en el esplendor y la pompa.

—Oliver ha tenido que intervenir para que pudiera asistir —comenta Lady Ashford, su tono insinuando que considera mi presencia en el baile como un capricho de su hijo y a mí una desconsiderada.

—Oliver siempre busca lo mejor para su familia y para aquellos a quienes ama —respondo, intentando suavizar mi respuesta sin concederle ninguna tregua.

Lady Ashford me observa un momento más antes de asentir ligeramente.

A pesar de su exterior frío y controlado, intuyo una turbulencia de emociones bajo la superficie. La autoridad de Oliver en la casa parece ser el único dique que contiene su abierta hostilidad hacia mí.

Me examina con una mirada que parece tratar de descifrar un enigma.

—Oliver siempre ha tenido un gusto peculiar para las amistades. Supongo que usted no es la excepción.

—Me enorgullezco de serlo —digo, enfrentando su mirada sin vacilar mientras me pregunto si se referirá a Sir Chisholm.

El ambiente en la habitación es tenso, y siento que cada palabra que intercambiamos está cargada de significados ocultos. A pesar de su hostilidad, no me permito intimidar. Estoy aquí por Oliver y por el amor que compartimos, y no consentiré que la actitud de su familia me haga retroceder.

La doncella de Elizabeth me ayuda a ajustar el vestido, sus manos ágiles trabajando con una eficiencia que carece de calidez.

—Espero que sepa comportarse adecuadamente esta noche —dice, no tanto como un consejo, sino como una advertencia.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa—. No se preocupe, Lady Elizabeth, estoy bien amaestrada.

Ella me lanza una mirada dudosa, pero no añade más. Se acerca a su joyero y, tras examinar su contenido con concentración, me extiende unos pendientes y un collar de perlas luminosas.

—Son prestados. Los quiero de vuelta antes de mañana. Solo quiero asegurarme de que no avergüence más a Oliver —dice con un tono que roza la amabilidad forzada.

—Gracias por su preocupación —respondo, tomando las joyas—. Aunque le aseguro que mi principal objetivo esta noche es honrar a Oliver con mi presencia, no con mi atuendo.

En ese momento, Lady Ashford interviene, su voz impregnada de una autoridad que no admite réplica.

—Elizabeth, debes ser más cortés con la futura Lady Ashford. Señorita Harwood, espero que entienda que estas joyas son una herencia familiar y deben ser tratadas con el máximo cuidado.

—Por supuesto, Lady Ashford —digo, asintiendo—. Seré extremadamente cuidadosa con ellas. Yo también conservo mi legado familiar con extremo cuidado.

El reflejo en el espejo me muestra una imagen de mí misma que apenas reconozco. El vestido, un deslumbrante diseño de corte imperio, realza mi figura con una elegancia y sofisticación que me deja sin aliento.

La cintura alta acentúa mis curvas, y el escote, generoso y delicadamente ribeteado con encaje fino, destaca mi pecho de una forma que nunca antes había experimentado. El corsé ajustado debajo del vestido crea una silueta impresionante, elevando mi pecho, otorgándole una prominencia que me hace sonreír con una mezcla de sorpresa y aprobación.

«¿Dónde habéis estado escondidas?» me pregunto a mí misma, mirando las redondeadas curvas.

El crepé claro del vestido contrasta de forma maravillosa con mi piel, y los detalles de bordado a lo largo del corpiño añaden un toque de intrincada belleza. Las mangas son cortas y ligeramente abullonadas, aumentando su aire de delicadeza y feminidad y haciendo que me vea y me sienta como una verdadera dama de la alta sociedad.

El moño alto adornado con rizos y plumas es una obra de arte en sí mismo, enmarcando mi rostro y destacando mis rasgos. El maquillaje aplicado es sutil pero efectivo, realzando mis ojos y dándome un brillo saludable en las mejillas.

Mientras me observo, casi no puedo creer la transformación.

Esta noche, en el baile, seré el centro de muchas miradas, la mayoría, probablemente, de juicio. Pero seré la encarnación de la gracia y el encanto, lista para afrontar todas ellas, junto a Oliver.

Cuando Oliver me ve, su mirada se llena de una mezcla de admiración y deseo apenas disimulado. El brillo en sus ojos es inequívoco, y siento un cosquilleo de emoción al darme cuenta de lo mucho que le impacta. Durante el viaje en carruaje hacia el baile, su mirada lasciva es una promesa silenciosa de lo que siente por mí, provocando que una sonrisa juguetona se forme en mis labios, a pesar de mi intento por mantener la compostura. Lady Elizabeth y Lady Ashford, sentadas frente a nosotros, no logran ocultar su desaprobación ante nuestra clara atracción, sus expresiones cada vez más tensas a medida que el viaje continúa.

En medio de la incómoda tensión, Lady Elizabeth se vuelve hacia Oliver con un interés que no puede ocultar.

—¿Vendrá Sir Chisholm esta noche? —pregunta, su voz revelando más que una mera curiosidad.

Lady Ashford frunce el ceño ante la pregunta de su hija y responde con un tono que sugiere que Elizabeth debería tener otros intereses.

—Deberías poner tus ojos en alguien más apropiado, como Lord Cavendish.

Pero Elizabeth se mantiene firme en su interés por Chisholm.

—Sir Chisholm es un caballero, y es la cabeza de su clan, posee un castillo en Escocia —defiende, su voz cargada de admiración.

—Escocia está cayendo a pedazos en las Tierras Altas —interviene Oliver sin poder resistirse a añadir un poco de realidad a su idealización—. Y son ellos, los porfiados terratenientes, los que están exacerbando la situación con sus expropiaciones. Solo Balthair, con su profundo sentido del honor y preocupación por los suyos, se resiste a la modernización y a llenar sus tierras de... ¿ovejas? ¿Territorios de caza? De lo que sea que crean que les dará más sustento.

—Hoy es una noche para celebrar. Vamos a disfrutar del baile y dejar las preocupaciones políticas y sociales para otro momento, Oliver —interviene Lady Ashford—. Y esta es una gran oportunidad para que tu hermana llame la atención de algún pretendiente apropiado.

—Llamaré la atención, pero no por buenas razones. Mi temporada ha quedado arruinada este año —se queja ella, lanzándome una mirada de reproche.

—Seguro que no, Elizabeth. Es indudable que tu costoso vestuario captará el interés de algún pobre incauto que te invite a bailar, ya que has dispuesto tanto dinero en él —bromea Oliver.

—Bailaré con Sir Chisholm. Él está en contra de esta locura y seguro que entiende mi situación mejor que nadie.

Lady Ashford levanta una ceja ante la firme declaración de Elizabeth y responde con una advertencia:

—Un baile con Sir Chisholm está bien, pero recuerda que no queremos malentendidos. No es apropiado que una joven soltera pase demasiado tiempo con un solo caballero, especialmente en un evento de esta magnitud.

Elizabeth asiente, aunque con evidente frustración en su rostro. Luego, Lady Ashford se vuelve hacia mí, con una expresión que mezcla la seriedad y la obligación de impartir lecciones.

—Señorita Harwood, como muchos caballeros sentirán curiosidad por usted esta noche debido a su reciente compromiso con Oliver, es importante que conozca las reglas de comportamiento en los bailes para las mujeres solteras —comienza Lady Ashford—. Debe ser especialmente cautelosa con sus interacciones. Aunque esté comprometida, una conducta impropia puede dar lugar a rumores y chismes innecesarios.

—Conozco las reglas de decoro, Lady Ashford. Soy institutriz.

—Era institutriz, ahora es la prometida de un aristócrata y mucho me temo que no es lo mismo ver el agua desde el río que saltar a ella. No debe hablar con ningún caballero si no ha sido presentada antes —comienza a enumerar—, pero es inapropiado rechazar una invitación a bailar sin una excusa válida. Es crucial no repetir con el mismo caballero. Por lo general, se consideraba aceptable bailar dos veces como máximo con el mismo hombre. También la conversación debe ser ligera y agradable, evite temas controvertidos o personales. Nada de contacto físico más allá de lo indispensable para bailar y cuando no lo esté haciendo, no deambule por el salón. Retírese a los asientos o lugares de descanso.

—Muy bien, Lady Ashford. Tendré en cuenta sus recomendaciones. Seré discreta, callada y la imagen de la gracia y la elegancia —aseguro con una sonrisa, buscando aligerar el ambiente.

—Todo estará bien mientras no saques a relucir tus lecturas sobre el marqués de Sade, Adele —bromea Oliver, lanzándome una mirada tierna—. Aunque pensándolo bien, eso forma parte de lo que me conquistó.

Lady Ashford me regala una mirada severa ante la broma de Oliver.

—No es el momento para tus bromas. Esta noche es importante para nuestra familia.

—Como si no fuera todo esto ya una broma. Una burla —murmura Elizabeth.
Oliver asiente, pero su sonrisa no desaparece.
—Estoy seguro de que Adele nos hará sentir orgullosos esta noche, madre.



Capítulo 6

El baile es un torbellino de colores, música y sonrisas veladas. Me muevo con cuidado, consciente de las miradas curiosas que nos siguen a Oliver y a mí. A pesar de la rigidez de las normas, encuentro un cierto placer en el desafío de navegar por este complejo mundo social.

Oliver me sostiene con seguridad mientras saluda a un lado y otro. Me presenta un caballero llamado George Brummel mientras me susurra que es conocido como “el bello Brummel” y que su forma de vestir es imitada por toda la flor y nata de la sociedad.

Cuando me solicita un baile, acepto con cortesía, muy consciente de que no puedo rechazarlo.

Me doy cuenta de que su fama de elegante y sofisticado no es infundada. Su porte es impecable y su traje, perfectamente confeccionado, destaca su figura atlética. Pero lo que más llama mi atención es su corbata, atada con un nudo que parece una obra de arte en sí mismo.

—Su corbata es impresionante, señor Brummel —comento con un toque de humor—. ¿Se requiere de un manual de estudio para lograr ese nudo?

Él sonríe, con claridad complacido con mi observación.

—Lo realmente increíble es el tiempo que dedico a perfeccionarlo. Una de mis muchas manías es hacerlo perfecto. A veces me lleva horas conseguir que esté a mi gusto.

—¿Dispone de tantas horas libres para arreglar el nudo de su corbata? —pregunto, no pudiendo evitar un tono de incredulidad mezclado con diversión.

Brummel ríe con suavidad.

—Veo que no lo considera esencial, señorita Harwood, pero a mí este nudo de la corbata y mis excentricidades como sacar brillo a mis botas con champán es lo que me han colocado en un asiento junto al Príncipe Regente. Lo que me hace preguntarme cuáles de las tuyas han cautivado a nuestro querido barón —añade con un brillo juguetón en sus ojos.

—No puedo revelarles mis secretos, señor Brummel. Podría imitarlos y perderían

exclusividad —respondo con una sonrisa cómplice.

Él se ríe de forma abierta, con claridad disfrutando de nuestra interacción.

—Creo que empiezo a entenderlo. Puede que le presente a su alteza más tarde.

—¿Cree que mi nudo estará a la altura?

—Al contrario, lo que necesita usted es libertad en esa lengua. Es refrescante, para variar —dice con una sonrisa que revela su aprecio por mi franqueza—. Aunque mucho me temo que esa elección de vestido que alguien ha hecho por usted es desafortunada. Tuvo su brillo hace una temporada, pero ahora está apagado, aunque es indudable que ese escote confeccionado para una mujer con menos encantos en él, lo convierte en una pieza interesante en usted. Lo que, sin duda, no era la intención de quien lo haya escogido.

—Veo que tiene un ojo entrenado para las peculiaridades, señor Brummel —digo mientras seguimos bailando—. Debe ser toda una hazaña mantenerse al día con las tendencias y caprichos de la aristocracia.

Brummel responde con una sonrisa juguetona.

—Uno debe conservar su agudeza en este mundo de apariencias, señorita Harwood. Uno aprende mucho sobre los deseos y el carácter de las personas observando cómo se mueven en estos bailes. Por ejemplo —señala con discreción hacia una dama en el otro extremo del salón—, esa dama ha cambiado de abanico tres veces esta noche, cada uno más extravagante que el anterior. Está enviando señales de humo más que aire fresco a cierto caballero.

Río ante su comentario.

—Y ese hombre ha estado tratando de impresionar al regente toda la noche hablando muy alto sobre sus hazañas durante la caza, pero su esfuerzo parece ser en vano. No creo que sea invitado a la próxima cacería.

—¿Y qué me dice del Príncipe Regente? ¿Alguna observación aguda sobre nuestro anfitrión?

—No debería lanzar flechas sobre la mano que me da de comer, señorita Harwood —dice con una sonrisa burlona—. Solo puedo admitir que tiene un gusto impecable para los eventos. Este baile es una muestra de ello.

—Y sobre mi prometido, Oliver —pregunto, curiosa por su percepción—. ¿Qué diría de él?

—Para ser honesto, creo que su amigo el escocés, Sir Chisholm, es aún más interesante. Es un verdadero enigma, capaz de sorprender incluso a aquellos que creen conocerlo bien. Su elección de dama, por ejemplo, es una prueba de ello.

Mi curiosidad se dispara.

—¿Y a quién ha elegido?

—No la encontrará fácilmente, porque prefiere observar desde las sombras —responde Brummel, con un aire de misterio—. Y es a cierta dama a quien no quita ojo de encima pero eso tendrá que descubrirlo usted misma. Creo que le resultará tan interesante como a mí.

Miro alrededor del salón, tratando de localizar a Balthair entre la multitud, pero es en vano. La idea de que tenga una dama en el baile, observándola desde lejos, añade un elemento de intriga a la noche.

Mientras la música llega a su fin y nos separamos, me siento agradecida por esta interacción inesperada. Brummel, con su inteligencia y agudeza, ha sido una compañía estimulante, un aliado imprevisto en esta compleja red social.

—Gracias por el consejo —digo con una sonrisa—. Y por la conversación. Ha sido... iluminadora, aunque creo que he roto una de las primeras reglas de Lady Ashford y es la de tener solo conversaciones superficiales y leves.

—Búsqueme de nuevo para romper más reglas, señorita Harwood. Es mi especialidad.

—Llevaré una lista de excentricidades para estar a su altura.

Tras despedirme de Brummel, busco a Oliver entre la multitud, pero parece haber desaparecido. Mientras lo busco, soy abordada por otro caballero, un joven de ojos claros que parece más interesado en mi escote que en mi cara. A regañadientes, acepto su invitación a bailar, recordando las reglas de etiqueta.

El baile con él es incómodo, su mirada insistente me hace sentir expuesta y objeto de un interés poco apropiado. Y así, uno tras otro, varios caballeros se acercan, cada uno mostrando un interés que va más allá de una simple danza. Empiezo a preguntarme si mi escote ha desatado una serie de fantasías, convirtiéndome en lo que parece una "institutriz fatal" a los ojos de los presentes.

Después del quinto baile desafortunado, me escabullo detrás de una columna, buscando un momento de respiro y tratando de pasar desapercibida. Mientras estoy allí, oigo la risa familiar de Oliver proveniente de una sala cercana. Aliviada, me dirijo hacia allí, esperando reunirme con él.

Sin embargo, en lugar de encontrar a Oliver, me topo con Balthair Chisholm. Nuestras miradas se encuentran y por un momento, el tiempo parece detenerse. Recuerdo nuestra primera interacción y cómo él se había presentado bajo un nombre falso. A pesar de la tensión inicial entre nosotros, no puedo negar la curiosidad que siento por él.

—Balthair Chisholm —digo, con una mezcla de sorpresa y cautela—. No esperaba encontrarme con usted aquí.

Su expresión es enigmática, y por un instante, parece medir sus palabras antes de hablar.

—Señorita Harwood, parece que ha sido el centro de atención esta noche. ¿Disfrutando del baile?

Hay un tono de desafío en su voz, como si me retara a admitir cualquier incomodidad o dificultad que haya enfrentado.

—Ha sido una experiencia interesante —respondo, manteniendo mi tono neutro—. Aunque he notado que algunas reglas de etiqueta son más fáciles de seguir que otras.

Balthair sonríe ligeramente, como si apreciara mi honestidad.

—La vida en la alta sociedad londinense rara vez es sencilla.

Hay una pausa en la que nuestras miradas se sostienen. Puedo sentir una tensión subyacente en nuestra interacción.

—Supongo que usted es un experto en romper las reglas cuando le conviene, Callum —digo, intentando mantener la conversación ligera a pesar de la intensidad de la situación.

Balthair se inclina ligeramente, su mirada fija en la mía.

—Solo cuando las reglas no tienen sentido, señorita Harwood.

—No puedo estar más de acuerdo —respondo con cautela.

Balthair me mira con una expresión que mezcla desdén y una curiosidad reticente.

—Esperaba que hubiera recobrado la cordura y reconsiderado su compromiso.

—¿Recobrar la cordura? —replico con una sonrisa irónica—. Me temo que mi definición de cordura difiere bastante de la suya, señor Chisholm.

—La mía se basa en la observación y la experiencia —dice Balthair, con un tono que sugiere una advertencia velada.

—Y en su vasta experiencia, ¿qué es lo que observa exactamente? ¿A una dama? pregunto, desafiante.

Mi pregunta le sorprende y por un momento se queda callado.

—Me había engañado. Pensaba que era un hombre arrogante y cínico que no podía sentir ninguna clase de desvelo y resulta que no es así.

—No sabe de lo que está hablando y le pido que modere su lengua, señorita Harwood, aunque desconfío de que pueda hacerlo.

—La desconfianza puede ser una prisión, señor Chisholm, y veo que derrocha mucho cuando se trata de mí. Yo prefiero correr el riesgo con la esperanza y aún la pongo en usted, aunque me lo pone difícil —digo, manteniendo mi postura.

Balthair me estudia por un momento, como si evaluara la sinceridad de mis palabras.

—Espero que su optimismo no la ciegue, señorita Harwood. Sería una lástima que una dama de su ingenio cayera en desgracia por un error de juicio.

—Creo que subestima mi capacidad para navegar en aguas turbulentas —replico, manteniendo la mirada firme.

Balthair me responde con una mezcla de ironía y un desafío velado en su tono.

—No parecía navegar tan cómodamente entre esos caballeros que se sentían más interesados en lo que muestra su vestido que en quien es usted en realidad —comenta, con una mirada que, por un instante, se desvía hacia mi escote antes de volver a mis ojos.

Siento una oleada de indignación, pero me mantengo firme.

—¿Por qué no puede apoyar la decisión de Oliver? Él lo aprecia realmente. ¿Tan malo es que quiera casarse conmigo?

—A veces, la verdadera lealtad implica decir las cosas que otros no quieren escuchar. Oliver es un hombre apasionado y carismático, pero a veces, es cegado por sus deseos. Solo... —. Niega con la cabeza—. No es mi lugar decirlo.

—Me sorprende que usted se calle algo. Me ha demostrado que no se priva de decirme lo que piensa por muy desagradable que suene.

Balthair me observa por un momento antes de responder.

—Si insiste en saberlo, señorita Harwood, diré que su compromiso parece más una decisión impulsiva que una elección bien considerada. No es inusual que un hombre como Oliver, enfrentado a ciertas... ambiciones, busque una solución rápida.

Siento que mi rostro se calienta con ira y frustración.

—¿Está insinuando que Oliver solo se está casando conmigo por conveniencia? ¿Que no soy más que una “solución rápida” a qué exactamente?

—Solo intento señalar que las decisiones tomadas bajo presión no siempre son las más sabias.

En un impulso de indignación, suelto,

—¡Así que sigue insistiendo en que esto es porque le he dado mi virtud!

Su sorpresa es evidente.

—¡No! Yo no... ¿Se la ha dado?

Me coge del brazo y me aparta aún más del salón del baile, a una de las terrazas abiertas.

—Le repito que no es asunto suyo —digo con firmeza, sintiendo que la conversación ha cruzado un límite—. Mi relación con Oliver y lo que compartimos o dejamos de compartir es privado.

Balthair parece darse cuenta de que ha ido demasiado lejos.

—No era mi intención insinuar... Eso no es lo que quise decir. Usted me está malinterpretando.

—Entonces, ¿qué quiso decir exactamente, señor Chisholm? Sea claro de una vez —pregunto, todavía irritada por su intrusión.

Él suspira, como si estuviera midiendo sus siguientes palabras.

—Mi intención era advertirle no ofenderla.

—Pues su talento para los discursos deja mucho que desear —replico, incapaz de ocultar mi irritación.

En un arrebato de frustración, Balthair responde con una dureza que me toma por sorpresa.

—Eso es culpa suya, señorita Harwood. Me saca de quicio. Esperaba menos ingenuidad y más ingenio en usted de lo que al final ha resultado.

Sus palabras son como un jarro de agua fría. Antes de que pueda responder, Lady Elizabeth aparece a nuestro lado. Su llegada interrumpe la tensión creciente y me da un momento para recobrar la compostura.

—¿Hay algún problema aquí? —pregunta, mirándonos con curiosidad.

—Solo estábamos discutiendo algunas diferencias de opinión —respondo con rapidez, tratando de suavizar la situación.

Balthair asiente con relativa calma, aunque la irritación todavía se percibe en su mirada.

—Nada de qué preocuparse.

—Pues mi madre lo está. Yo no llamaría a esto cautela y decoro precisamente —me reprocha.

—En realidad, ahora mismo el señor Chisholm me estaba diciendo que la buscaba para pedirla un baile, Lady Elizabeth.

Lady Elizabeth, sorprendida y con claridad complacida por mi respuesta, se vuelve hacia Balthair con una sonrisa radiante.

—Oh, ¿es así? Bueno, entonces, ¿qué espera, señor Chisholm?

Balthair, visiblemente sorprendido por mi intervención repentina, tarda un momento en recuperarse. Luego, con una leve inclinación de cabeza, ofrece su brazo a Lady Elizabeth.

—Sería un honor, Lady Elizabeth —dice, aunque su voz carece de su habitual seguridad.

Mientras se alejan juntos, me doy vuelta para buscar a Oliver, sintiéndome aliviada por haber evitado un incidente mayor. La expresión desconcertada de Balthair me hace sonreír de forma ligera.

Al entrar en la sala, me encuentro con Oliver sumergido en el mundo del juego y la camaradería. Se sienta en una mesa rodeada de caballeros, su rostro iluminado por una sonrisa despreocupada y una copa de vino en la mano. Me acerco discretamente, sin querer irrumpir en la escena, pero con la intención de atraer su atención.

—Oliver —llamo con suavidad, manteniendo un tono que mezcla afecto y ligera cautela. Él gira hacia mí, sus ojos brillantes de diversión y quizás un toque de sorpresa agradable al verme.

—¡Adele! —exclama con entusiasmo genuino—. Ven, únete a nosotros. Estamos en medio de una partida emocionante. Caballeros, les presento a mi prometida y futura esposa, la señorita Harwood.

Me quedo de pie al borde de la mesa, observando cómo se desenvuelve el juego. Los caballeros a su alrededor me saludan con una mezcla de respeto y jovialidad. Uno de ellos, con una sonrisa pícara, comenta sobre la buena fortuna que trae una dama a la mesa.

Oliver, entre jugadas, me lanza miradas cómplices y de forma ocasional me explica el estado del juego con un tono que revela su placer por compartir este aspecto de su mundo conmigo.

—Quería invitarte a un baile —digo después de un momento, lanzándole una sonrisa que pretende ser tanto una invitación como un suave reclamo.

Su respuesta es un susurro juguetón, lleno de afecto.

—¿Qué pensará Lady Ashford? Una dama invitando a un hombre a bailar. ¿Dónde está tu decencia, mujer?

Le respondo con una sonrisa igualmente juguetona.

—Creo que ya he roto suficientes reglas de decoro por una noche, y esta última la quería reservar para ti.

Oliver se levanta de su silla con una elegancia que desafía la ligera ebriedad de sus movimientos.

—No se hable más entonces —anuncia, extendiendo su mano hacia mí—. Ha sido suficiente juego por esta noche. Voy a disfrutar del baile con mi prometida, caballeros.

Tomando su mano, siento una mezcla de orgullo y ternura. Mientras nos dirigimos hacia la pista de baile, Oliver me lanza una mirada que habla de complicidad y un afecto profundo. Siento cómo su agarre se tensa ligeramente, una señal silenciosa de su compromiso y conexión conmigo.

Pero un murmullo amargo de un grupo de mujeres me llega con claridad. Sus palabras, teñidas de desprecio y envidia, se clavan en mí como espinas.

—Mira, no tiene donde caerse muerta, pero se lleva a uno de nuestros barones —dice una con tono venenoso.

—Es fácil ver cómo lo ha engatusado con esas sonrisas y esos escotes que parecen tener a la mitad de los hombres de este lugar muy entretenidos —añade otra.

—Por supuesto —continúa una tercera—, si tuviera un mínimo de decencia se casaría con uno de su clase. Las institutrices ya no son lo que eran. No se puede fiar una de nadie.

—Tengo entendido que viene de Bath y ya allí su madre era bastante libertina —murmura otra con desdén—. Una de esas mujeres empeñadas en poner a los hombres y las mujeres al mismo nivel. Y su padre un consentidor porque tengo entendido que ella era el centro de muchas atenciones masculinas. Pero ya sabes cómo son esos intelectuales, presuntuosos, que se creen por encima de las normas morales y sociales de los demás.

Las palabras me hieren, cada frase aguda como una cuchillada, pero no a mi dignidad y honor, sino al de mis padres que es lo que más me duele.

Antes de que pueda reaccionar, Oliver cubre mis oídos con sus manos y me obliga a mirarlo, negando con la cabeza.

—No pueden hacernos daño si no les damos poder —me dice con firmeza—. ¿De acuerdo, Adele? Solo es envidia y desidia porque, sin saberlo, están atrapadas en una vida que las hace infelices y desean esa misma infelicidad a los demás. No las escuches.

Sus palabras y su gesto de protección me brindan un consuelo inmediato. Me centro en sus ojos, llenos de apoyo y amor, y asiento, dejando que su presencia me aisle de las voces venenosas.

—Estoy contigo, Adele —me dice con una nueva determinación—. Nada de lo que digan puede afectarnos. No necesitamos su aprobación.

Asiento con la cabeza, con los labios apretados, y el dolor se convierte en un profundo cariño por él. No sé qué he hecho para merecer a este hombre, pero doy gracias a la providencia por darme la oportunidad de amarlo.

Al llegar a la pista, nos unimos en un baile que es un reflejo de nuestra relación: lleno de pasos cuidadosos pero decididos, una armonía que trasciende las complicaciones del entorno en el que nos encontramos. En ese momento, en los ojos de Oliver, veo reflejado no solo el amor, sino una promesa de futuro compartido, independientemente de los desafíos que puedan surgir.



Capítulo 7

Esa noche, tras el baile, me encuentro alojada en una de las habitaciones de invitados de la impresionante mansión Ashford. Una doncella, con una eficiencia y delicadeza que me recuerda a los cuidados maternos, me ayuda a desvestirme y me peina con suaves movimientos. Mientras lo hace, casi espero que proceda a arrojarme, como si fuera una niña en lugar de una mujer adulta. Una vez lista, se retira, permitiéndome estar sola con mis pensamientos.

Oliver, después de dejarnos a salvo en casa, ha salido de nuevo. La situación política es un telón de fondo constante en nuestras vidas. La sombra de Napoleón todavía se cierne sobre Europa. Tras sus reveses en Egipto y tras la invasión de Francia por parte de las fuerzas de la coalición y la captura de París, Napoleón se vio obligado a abdicar. Fue un momento histórico, uno que parecía señalar el fin de una era. Su exilio en la isla de Elba, situada entre Córcega e Italia, fue visto por muchos como un cierre apropiado para su turbulenta carrera.

Sin embargo, el emperador francés ha demostrado ser un adversario resiliente y astuto, capaz de sorprender incluso a sus enemigos más decididos. En un giro sorprendente ha escapado y vuelto a Francia retomando el control del país.

La tensión en Europa es palpable. Todos están pendientes de los próximos movimientos de Napoleón y de la respuesta de la coalición, a la que pertenece Gran Bretaña entre otros. En estos momentos de incertidumbre, la política y el destino de las naciones parecen estar en un delicado equilibrio.

Y eso retiene a mis dos hermanos en el frente.

Me recuesto en la cama, pensando en estos y los acontecimientos de la noche. Las palabras hirientes de las damas de la sociedad, la tensión con Balthair, el desprecio evidente de Elizabeth y la preocupación por mi familia.

Mientras la casa se sumerge en el silencio de la noche, mis pensamientos se dirigen hacia el futuro. Sé que no será fácil. La alta sociedad tiene sus reglas y expectativas, muchas de las cuales

ya he empezado a desafiar. Pero estoy decidida a mantenerme firme, a ser fiel a mí misma.

Al final, me quedo dormida, abrazada por la tranquilidad de la habitación. Pero una sensación inquietante se cuela en mis pensamientos. Hay algo extraño, un detalle que mi mente cansada lucha por identificar. Siento la ausencia del anillo egipcio en mi dedo.

Intento reunir la energía para levantar la mano y comprobar si el anillo sigue ahí, pero mis párpados son pesados como plomo, negándose a obedecer. La lógica me dice que es imposible que el anillo haya desaparecido; siempre ha estado con firmeza en mi dedo.

A pesar de este pensamiento racional, la duda persiste, creando una pequeña onda de preocupación. Con esta inquietud persistente, por fin me rindo al sueño, con la esperanza de que a la luz del día, todo esté claro y el anillo esté justo donde debería estar.



La tranquilidad de la noche se rompe de forma abrupta con unos ruidos alarmantes que me sobresaltan y me despiertan. Me incorporo en la cama, tratando de discernir el origen de las voces y los sollozos que perturban la calma de la mansión Ashford. Un grito agudo atraviesa el silencio, impulsándome a salir de manera precipitada de la habitación y bajar las escaleras hacia la primera planta, desde donde parecen provenir los aullidos desesperados.

Al entrar en una de las salas, me encuentro con una escena que jamás habría imaginado. Algunos hombres, cuya presencia y vestimenta sugieren que son agentes de un cuerpo de vigilancia, se congregan alrededor de Lady Ashford, quien yace medio desmayada sobre un sofá, asistida por una doncella. La desolación y la tristeza se reflejan en cada rostro.

Entre la multitud, mis ojos se encuentran con la mirada aturdida de Balthair Chisholm.

—¿Qué ocurre? —pregunto, mi voz llena de una creciente ansiedad.

Mi presencia en camión atrae la atención de todos los presentes, y los hombres de uniforme me miran con una mezcla de sorpresa y curiosidad. Balthair, reaccionando con rapidez, se despoja de su capa y la coloca sobre mis hombros para cubrirme.

—Oliver ha muerto, señorita Harwood —me responde Balthair con voz grave, sin ningún paliativo o cortesía previa. Sus palabras caen sobre mí como un golpe devastador.

Lo miro, incapaz de procesar sus palabras, mi mente negándose a aceptar la cruel realidad.

—¿Cómo... qué ha pasado?

—Han encontrado su cuerpo hace pocas horas en un callejón. Parece que fue un altercado violento —continúa Balthair, su voz teñida de dolor y seriedad.

El mundo a mi alrededor parece desvanecerse, y una sensación de vacío me invade. Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos mientras la realidad de la noticia intenta asentarse en mi cabeza. Oliver, mi prometido, el hombre con quien había soñado un futuro juntos, ahora se ha ido, arrancado de este mundo de manera trágica y repentina.

Incapaz de sostenerme por la conmoción, me derrumbo en el sofá más cercano, con la capa de Balthair aún envuelta alrededor de mis hombros. Las palabras de consuelo y las expresiones de pésame de los presentes se convierten en un zumbido lejano en mis oídos. En ese momento de dolor insondable, el mundo tal como lo conocía ha cambiado para siempre.

El shock inicial da paso a una atmósfera cargada de tensión e inculpaciones. Entre la confusión y el dolor, Lady Ashford, con los ojos hinchados por el llanto, se dirige a mí con una mirada acusadora.

—Esto es culpa suya —dice con voz trémula, apuntando hacia mí con un dedo

tembloroso—. Usted y sus maneras, enredando a mi hijo, han traído esta tragedia sobre nosotros. Ha creado enemigos por su culpa.

Sus palabras me golpean con una fuerza brutal, cada acusación como un puñal en mi corazón.

—Eso es injusto —balbuceo, todavía aturdida por el dolor.

Lady Elizabeth se une a su madre, sus ojos lanzando destellos de ira.

—Siempre supimos que no eras adecuada para él. ¿Ves lo que has causado? Has traído deshonra y ahora muerte a esta familia.

Balthair Chisholm, con su habitual frialdad y rigidez, se acerca a mí. Su voz es firme, casi cortante.

—Debe abandonar esta casa de forma inmediata, señorita Harwood. Vístase, yo la llevaré a su pensión.

Estoy demasiado aturdida para protestar, pero antes de que pueda moverme, Lady Elizabeth interviene con un tono de súplica.

—No, por favor, no se vaya, Sir Chisholm. Quédese... quédese conmigo, por favor.

En medio de este caos emocional, uno de los agentes de policía presentes se adelanta.

—Antes de que alguien se vaya, necesitamos hacer algunas preguntas a la señorita Harwood —dice con autoridad.

La sala se llena de un silencio tenso. Me siento atrapada en una tormenta de emociones y acusaciones, cada palabra de Lady Ashford y Lady Elizabeth clavándose en mí como espinas venenosas. Balthair, a pesar de su frialdad, parece ser el único que mantiene algún sentido de orden en la situación.

—Está bien —murmuro, sintiéndome por completo abrumada—. Responderé a sus preguntas.

Balthair asiente con aprobación, aunque su expresión sigue siendo inescrutable.

La perspectiva de ser interrogada por la policía, sumada a la hostilidad en la mansión Ashford, me hace sentir aún más vulnerable. A pesar de mi inocencia, el peso de la sospecha y la desconfianza me oprime el pecho.

El policía, un hombre de aspecto serio y profesional, me guía a un rincón más tranquilo de la sala para iniciar el interrogatorio. Su mirada es directa, pero no carente de compasión.

—Señorita Harwood —comienza con una voz calmada—, necesitamos entender mejor sus movimientos y actividades de esta noche. ¿Podría decirnos a qué hora dejó el baile y si notó algo inusual o sospechoso durante la velada, especialmente en relación con el señor Ashford?

Sus preguntas me hacen retroceder a través de los eventos de la noche.

—Dejamos el baile alrededor de la medianoche —respondo con voz temblorosa—. Oliver estaba... estaba de buen humor. No noté nada inusual. Él... él se fue poco después de dejarnos en casa.

El policía asiente, tomando notas.

—¿Recuerda si el señor Ashford tenía alguna discusión o encontronazo con alguien durante el baile? ¿O si parecía preocupado o alterado por algo?

Sacudo la cabeza, luchando por recordar cualquier detalle que pudiera ser relevante.

—No, nada que yo viera. Oliver estaba disfrutando. Parecía el mismo de siempre.

El agente me mira detenidamente, como si evaluara la sinceridad de mis palabras. "¿Y después de que dejara la casa, tuvo usted alguna comunicación con el señor Ashford? ¿Sabe si volvió?

Niego con la cabeza, sintiendo que cada palabra aumenta el peso de la realidad: Oliver ya

no está.

—Gracias, señorita Harwood —dice el policía, cerrando su libreta—. Por favor, permanezca disponible por si necesitamos más información.

Asiento ante el policía, mi mente aún abrumada por el torbellino de emociones y eventos de la noche. En ese momento, una oleada de pánico me recorre cuando echo un vistazo a mi mano y veo mi dedo desnudo, confirmando que mi anillo egipcio, de hecho, falta.

—Disculpe —llamo al agente antes de que se aleje demasiado—. Hay algo más... Mi anillo, uno muy especial para mí, ha desaparecido. Es una pieza egipcia, muy valiosa sentimentalmente.

Apenas termino de mencionar la desaparición de mi anillo, Lady Elizabeth estalla con una furia incontenible.

—¿¡A quién le importa esa baratija en estos momentos!? —grita, su voz llena de desesperación y enojo—. Mi madre y yo nos quedamos sin sustento y sin casa. El título recaerá sobre algún pariente lejano y mis posibilidades de contraer un buen matrimonio acaban de esfumarse, ¡estúpida!

Me siento abrumada por su reacción, pero intento mantener la calma.

—Pensé que podría estar relacionado con lo sucedido —explico con voz temblorosa—. Tal vez quien tomó el anillo...

Su interrupción es rápida y despectiva.

—¿Crees realmente que tu anillo tiene algo que ver con la muerte de mi hermano? ¡Qué ridícula!

Antes de que pueda responder, Elizabeth cambia de forma abrupta de tema, su voz llena de sospecha.

—El verdadero valor lo llevabas tú en tu cuello esa noche. Devuélveme el collar ahora mismo. ¿Lo tienes, verdad? ¿No lo habrás robado y tratas de ocultarlo con la desaparición de ese anillo?

La acusación me golpea como un puñetazo en el estómago.

—No, no he robado nada —respondo con firmeza, aunque mi voz tiembla por la emoción—. Tus joyas estarán en el tocador, donde las dejé anoche.

—¡Devuélvelo ahora!

Me siento acorralada por sus acusaciones infundadas y la intensidad de su dolor. Balthair se acerca, su expresión aún inescrutable, pero con un tono de voz que sugiere una intención de calmar la situación.

—Elizabeth, esto no nos lleva a ninguna parte —dice con autoridad y luego me mira con rudeza—. Vístase ya, la escoltaré a su pensión.

Asiento con la cabeza.

Con el corazón latiendo de forma frenética, regreso a la habitación de invitados que había abandonado apenas momentos antes. Mi mente está en un torbellino de confusión y desesperación. Lo primero que hago al entrar en la habitación es dirigirme al tocador, buscando furiosamente el collar y los pendientes que había dejado allí la noche anterior. Pero al llegar, me encuentro con un espacio vacío, sin rastro de las joyas. Un hueco que refleja la desolación que ahora siento en mi corazón. La ausencia de las joyas solo añade más desconcierto y temor a una noche ya cargada de tragedia y acusaciones.

—No entiendo nada —murmuro para mí misma, sintiendo cómo el pánico comienza a invadirme—. ¿Cómo voy a justificar esta desaparición?

Busco con desesperación por todos los rincones, bajo la mesa, entre las sábanas y no hay rastro de nada.

Llena de desconsuelo, me visto con un vestido sencillo, el mismo que había usado como institutriz, y me envuelvo en mi vieja pelliza, buscando algo de calor en la fría noche de enero. Mis movimientos son mecánicos, mi mente aún trata de procesar la magnitud de lo ocurrido.

Con pasos lentos y pesados, bajo de nuevo las escaleras. Al final de ellas, veo a Balthair esperándome, con un gesto compungido que parece fuera de lugar en su rostro habitualmente impasible. Una de sus manos cubre su rostro a la altura de los ojos, y en su postura se lee el peso del mundo.

En ese momento, me doy cuenta de que para él también esta noche ha sido una pérdida dolorosa. Oliver no era solo mi prometido, sino también su gran amigo, un hombre a quien valoraba inmensamente.

A pesar de la frialdad que siempre ha mostrado hacia mí, en ese momento veo en Balthair a un hombre que está sufriendo en profundidad, pero que trata de mantenerse estoico e inquebrantable.

Le tiendo su capa con un gesto ligero y respeto su silencio, entendiendo que hay líneas que no debo cruzar.

—Estoy lista para irme —digo con voz apenas audible, mis ojos encontrándose brevemente con los suyos antes de desviar la mirada.

Balthair asiente sin despegar los labios y juntos salimos de la mansión Ashford, dejando atrás una casa llena de recuerdos y un futuro que ya no será.

El dolor que siento es un abismo oscuro y profundo, un pozo sin fondo de angustia y desolación. Camino al lado de Balthair en un silencio sepulcral, cada paso un recordatorio punzante de la pérdida que ahora me envuelve. Dentro de mí, hay un peso abrumador, una sensación de opresión que se retuerce y anuda en mi estómago, un dolor tan agudo y penetrante que me roba el aliento.

Es un anhelo insoportable, una necesidad de Oliver que sé que nunca se calmará. La realidad de su ausencia es como una herida abierta, sangrando constantemente, sin esperanza de cicatrizar. Cada recuerdo, cada momento compartido, ahora se ha convertido en una tortura, un cruel recordatorio de lo que se ha perdido para siempre.

Siento un goteo constante de pena que se desangra de mi alma, desbordando cualquier intento de mantener la compostura. Mis pasos se hacen más lentos, más pesados, hasta que finalmente, un sollozo se escapa de mis labios y me detengo en seco. Cierro los ojos, intentando en vano contener el torrente de lágrimas que amenaza con desbordarse. Es un dolor que me consume, que me invade por completo, dejándome frágil y desgarrada por dentro.

Me apoyo en la pared más cercana, mi cuerpo temblando bajo el peso insoportable de mi duelo. Cada sollozo es un grito silencioso, una súplica desesperada por un alivio que sé que no llegará. En este momento, me siento por completo sola en mi sufrimiento, a pesar de la presencia de Balthair a mi lado. La pérdida de Oliver ha creado un vacío que nada puede llenar, una oscuridad que parece haberse apoderado de mí por completo.

En medio de mi dolor, apenas soy consciente del mundo que me rodea. Todo lo que importaba, todo lo que tenía sentido, se ha ido con Oliver. Y en su lugar, solo queda este dolor insoportable, esta tristeza infinita que me consume sin piedad.

—Vamos, señorita Harwood.

Asiento débilmente y me dejo guiar por la mano firme de Balthair en mi antebrazo. Apenas soy consciente de subir al carruaje, ni escucho sus instrucciones al cochero. Estoy sumida en mi propio mundo de dolor y desolación.

Cuando el carruaje se detiene frente a mi pensión, me bajo de forma automática y me dirijo

hacia la puerta sin siquiera despedirme de Balthair. Pero al llegar, no llamo. Recuerdo las estrictas normas de Lady Marjorie: no se abre hasta las seis de la mañana. Miro el reloj: faltan dos horas. A pesar del frío cortante y la fina lluvia, me resigno a esperar sentada en la escalera, dejando que el tiempo pase en su lenta agonía.

—¿Por qué demonios no entra? —La voz de Balthair, áspera y teñida de ira, me sobresalta. Su acento escocés se hace más pronunciado con la frustración.

—No se puede entrar a la pensión antes de las seis —le explico con voz apagada.

—¿Y por qué no me lo ha dicho? ¿Pensaba quedarse el resto de la noche esperando fuera? Su tono es acusatorio, pero también preocupado.

—No me ha dado alternativa —respondo, la voz quebrada por el dolor—. Ha sido muy insistente en sacarme de Ashford y... tiene razón, ese ya no es mi lugar.

—Quería hacerlo para librarla de la hostilidad de esas mujeres, pero no para dejarla en la calle. ¿Quién se cree que soy? —Su pregunta es retórica, llena de frustración.

—No importa. Buscaré alojamiento —digo, tratando de mantener la compostura.

—Sí, ya me imagino qué clase de alojamiento respetable podría encontrar a estas horas —replica con sarcasmo.

—No puse pegas la última vez que le llevé a una posada de dudosa reputación —le recuerdo, intentando evocar un atisbo de lógica en medio del caos emocional.

Hace una mueca con su boca que sube una comisura de sus labios.

—Las circunstancias eran otras y no iba sola. ¿Qué cree que podría ocurrirle si lo hace ahora? —pregunta, su preocupación evidente a pesar de su tono brusco.

—Pues me quedaré aquí —respondo, desafiante.

—¿Cree que es menos peligroso? —insiste, con claridad frustrado.

—¡Déjeme en paz! —exploto, incapaz de contener la tormenta de emociones que me asolan—. Estoy sobrellevando mi dolor como puedo y usted no deja de ser inoportuno. ¿No ve que su opinión no me importa en este momento?

Mi voz se quiebra bajo el peso de mi duelo, y las lágrimas comienzan a fluir de nuevo. Estoy exhausta, herida y desesperada, luchando por mantenerme firme en un mundo que de repente se ha vuelto extraño y hostil.

Balthair, a pesar de su frialdad habitual, parece dudar por un momento, como si estuviera considerando la mejor manera de actuar en una situación que está con claridad fuera de su control.

Balthair me agarra con firmeza del brazo, su voz adquiere un tono de mando que no admite réplica.

—Vamos —me ordena, con una decisión inquebrantable.

Sin esperar mi respuesta, me conduce hacia el carruaje. A pesar de mi estado anímico, soy vagamente consciente de la posible repercusión de sus palabras.

—La llevaré a mi casa —continúa, su expresión severa bajo la luz tenue de la calle—. Pero debo advertirle que vivo solo. Si alguien descubre que ha pasado la noche conmigo, su reputación quedará manchada sin remedio. Ni una sola casa de Londres la recibirá y mucho menos le darán trabajo ni aquí ni en los alrededores.

El peso de sus palabras me golpea con una nueva ola de preocupación. La idea de que mi reputación, ya frágil por mi compromiso con Oliver, pueda sufrir aún más daño parece lejana. La perspectiva de pasar horas al frío y a la intemperie es aún más desalentadora.

—Entiendo —murmuro con voz apenas audible, mi mente aún turbada por el dolor y la incertidumbre—. No tengo a dónde ir y... y confío en que usted... usted no... —No puedo

terminar la frase, la idea de expresar mi confianza en él me resulta extrañamente difícil.

Balthair asiente, su rostro impenetrable como siempre.

—No le haré ningún daño, señorita Harwood. Solo quiero asegurarme de que está segura.

Subimos al carruaje y nos adentramos en la noche silenciosa. A pesar de la promesa de Balthair, no puedo evitar sentir una mezcla de temor y alivio.

La idea de estar a solas con él, en su casa, es intimidante, pero al mismo tiempo, la posibilidad de refugio y un poco de calor es un alivio en esta noche de desesperación y pérdida.

Mientras el carruaje se aleja, me recuesto en el asiento, cerrando los ojos. La realidad de lo que acaba de ocurrir y de lo que está por venir se siente como un sueño distante, una pesadilla de la que deseo despertar. Pero en el fondo, sé que esta es mi nueva realidad, una realidad llena de incertidumbres y desafíos que apenas estoy comenzando a enfrentar.



Capítulo 8

Los cascos de los caballos resuenan sobre los adoquines, rompiendo el silencio de la noche. A pesar de la hora tardía, la llegada del carruaje no pasa desapercibida.

Balthair baja primero del carruaje, echando una mirada cautelosa a ambos lados de la calle antes de extenderme su mano para ayudarme a descender. Siento el calor de su enorme mano a través de la fina tela de mi guante.

Todo en este hombre es así: imponente y produce quemazón. Un contraste palpable con la cortesía más ligera y charlatana de Oliver.

Me cubre con su enorme cuerpo mientras me guía hacia el interior de su casa, protegiéndome de posibles miradas curiosas. La fachada es imponente, pero sin la grandiosidad de la mansión Ashford, indicando un estilo de vida más sobrio y menos ostentoso.

Dentro, Balthair se disculpa con su mayordomo por tenerlo despierto hasta tan tarde. El mayordomo, con un tono amigable, pregunta por Lord Ashford, lanzando una mirada curiosa hacia mí. Él niega con la cabeza, luego pide que encienda la chimenea de la habitación de invitados del ala sur y prepare todo para mi estancia.

—Acompáñeme a la biblioteca hasta que la habitación se caliente. Mucho me temo que esté vacía —me dice.

En la biblioteca, observo con interés los extensos estantes llenos de libros. Balthair me tiende un vaso con whisky, y lo acepto, bebiéndolo de un trago como una bebedora experimentada. Él arquea una ceja, sorprendido por mi destreza.

—Mi abuelo a menudo nos dejaba tomarnos una copa a mis hermanos y a mí —explico—. Decía que era una bebida espirituosa y despejaba la cabeza para las grandes ideas.

—Un hombre sabio, su abuelo.

Luego mueve un pesado sillón cerca de la chimenea con sorprendente facilidad.

—Siéntese, señorita Harwood. Intente recobrar un poco de color. Está muy pálida.

No puedo evitar preguntar, aunque temo la respuesta.

—¿Lo ha visto usted? ¿Ha visto su cuerpo?

Balthair asiente solemnemente.

—Me contactaron a mí para reconocerlo. —Su voz es baja, llena de una emoción contenida.

Balthair, a pesar de su exterior duro e impenetrable, está igualmente afectado por la tragedia. Nos sentamos en silencio, compartiendo el duelo y la soledad de una noche que ha cambiado nuestras vidas para siempre.

Se inclina hacia mí con un gesto inquisitivo.

—Hábleme de su anillo, señorita Harwood. ¿Qué historia lleva consigo? —me pregunta, su tono indicando un interés más allá de la mera curiosidad.

Reúno mis pensamientos, a pesar del torbellino emocional que me rodea.

—El anillo... es una pieza de gran significado para mí —comienzo, mi voz temblorosa—. Mi abuelo solía contarme historias sobre él, cómo estaba relacionado con antiguos misterios egipcios. Incluso decía que estaba vinculado a la historia de Napoleón, a la noche que pasó en la Gran Pirámide de Keops, intentando emular a Alejandro Magno. Según mi abuelo, Napoleón descubrió un profundo secreto esa noche, un secreto que cambió su visión del mundo.

Balthair me escucha con atención, asintiendo en ocasiones. Su expresión es difícil de leer, pero parece genuinamente interesado en lo que digo.

—¿Cree que la desaparición del anillo podría estar relacionada con la muerte de Oliver? —pregunto, ansiosa por saber su opinión.

—No lo creo —responde Balthair después de una pausa, su tono es firme pero considerado—. Al menos no de la forma que usted imagina. La realidad, me temo, es más mundana. Oliver tenía deudas... y sabemos que jugaba sin medida. Es probable que haya utilizado sus pertenencias, y posiblemente las suyas, para saldar sus deudas.

Sus palabras caen sobre mí como un manto de fría realidad. La posibilidad de que Oliver haya usado mis pertenencias, incluido el anillo de gran valor sentimental, para cubrir sus deudas, es un golpe duro de asimilar.

Me siento aturdida por la revelación, la historia de misticismo y aventura de mi anillo eclipsada por la cruda realidad de la situación. Balthair, con su característica franqueza, ha desvelado un aspecto del hombre al que amaba que desconocía por completo. La noche, ya sombría por la pérdida y el misterio, se vuelve aún más oscura con esta nueva comprensión.

Balthair sostiene mi mirada con una seriedad que refleja la gravedad de la situación.

—No sería capaz. Él nunca me haría eso —digo, negándome a creer en la posibilidad de que Oliver hubiera usado mis pertenencias para sus deudas.

—Lo haría con la intención de recuperarlo más adelante. Es probable que lo pretendiera tras perder y por eso acabó muerto —responde Balthair con una franqueza que me deja sin aliento.

Mis manos tiemblan al llevarme una a la boca, impactada por su crudeza.

—¿Se lo dijo a los agentes de seguridad? —pregunto, temerosa de la respuesta.

—No —contesta Balthair con firmeza—. No es algo que un caballero diga sobre un amigo.

Me quedo pensativa por un momento antes de preguntar:

—¿Y por qué me lo dice a mí?

Balthair me mira con una severidad llena de reproche.

—Lo hago porque usted tiene una tendencia a dejarse llevar por fantasías sobre misterios y secretos, alimentadas por su afición a las historias extravagantes —dice, su voz firme pero no sin un atisbo de entendimiento—. Esta inclinación suya a buscar explicaciones románticas y

caballerescas le llevó a aceptar la propuesta de Oliver. Necesita ver la realidad tal como es, señorita Harwood, para no repetir errores pasados.

Su reprimenda me hiere en un momento de vulnerabilidad profunda.

—¿Cómo se atreve a hablarme así ahora? —le desafío, mi voz temblorosa por la mezcla de ira y tristeza.

Balthair mantiene su postura, su mirada fija en la mía.

—Pensé que era lo suficientemente valiente para enfrentar la verdad, incluso cuando es dolorosa —responde—. Pero veo que sus fantasías tienen raíces profundas, quizás demasiado para permitirle ver las cosas con claridad.

Balthair me mira con un gesto que refleja una mezcla de frustración y compasión.

—Justo cuando creo que hay algo de bondad en usted, lo estropea todo con sus comentarios —le reprocho, mi voz vibrando con una mezcla de ira y decepción—. No estoy perdida en fantasías ni lleno mi cabeza de historias ficticias. Veo muy con claridad lo que es usted. Si sabía de las deudas de Oliver, ¿por qué no lo ayudó? ¿Por qué no le dio el dinero que necesitaba?

Su expresión se endurece ligeramente.

—¿Qué le hace pensar que no intenté ayudar a Oliver? Pero mi posición es diferente. Tengo la responsabilidad de un clan entero sobre mis hombros, y mis recursos no son tan ilimitados como podría pensar. Mi asignación no es tan generosa.

Siento un estallido de conflicto interior. Por un lado, entiendo las limitaciones de Balthair, pero por otro, me cuesta aceptar que no pudiera hacer más por Oliver.

—Entonces, ¿se limitó a ver cómo se hundía? ¿No había nada más que pudiera hacer?

Balthair, con un aire de pesar, suspira profundamente, como si llevara el peso del mundo en sus hombros.

—No es tan simple, señorita Harwood —dice con una voz cargada de cansancio—. Oliver era un hombre orgulloso, y en muchas ocasiones rechazó mi ayuda. No siempre se puede salvar a alguien que no desea ser salvado. Además, él... tenía planes de casarse con una heredera acaudalada para saldar sus deudas y mantener su estilo de vida, pero entonces usted apareció en su vida y...

Me detengo, las palabras de Balthair resonando en mi mente.

—Así que usted no quería que se casara conmigo porque yo no poseo fortuna —digo, la comprensión mezclándose con un sabor amargo en mi boca—. Una simple institutriz sin asignación alguna... Debió sorprenderse mucho.

Balthair, visiblemente incómodo con la dirección que ha tomado la conversación, cruza los brazos y se echa hacia atrás, apartando su mirada de mí para fijarla en las llamas danzantes de la chimenea.

—Entiendo —murmuro al fin, aunque las palabras apenas logran pasar por mi garganta. El silencio que sigue es pesado, cargado con la tensión de verdades no dichas y realidades no deseadas.

En este momento, la distancia entre Balthair y yo parece más profunda que nunca, un abismo de experiencias y entendimientos no compartidos que nos separa inexorablemente.

—Si me lo permite, descansaré aquí hasta que sea apropiado regresar a la pensión —digo, intentando mantener mi dignidad a pesar de la vulnerabilidad que siento.

Balthair, aunque reticente, asiente con un gesto de cabeza.

—No necesita irse tan pronto. La habitación de invitados está a su disposición para que descanse.

—No, insisto en irme —respondo con firmeza, sintiéndome más decidida a mantener mi

independencia en este momento de incertidumbre.

Balthair me observa con una mezcla de preocupación y respeto a regañadientes.

—¿Qué va a hacer a partir de ahora, señorita Harwood? ¿Volverá a Bath?

Con una resolución que nace del dolor y la determinación, respondo,

—Continuaré con mi vida como siempre. Debo enviar dinero a mi abuela, así que trabajaré y me mantendré alejada de cualquier caballero que tenga alguna pretensión.

Balthair parece querer decir algo más, pero finalmente se queda en silencio, aceptando mi decisión. A pesar de la complejidad de nuestras interacciones, hay un entendimiento tácito de que cada uno debe seguir su propio camino, por difícil que sea.

—No se vaya sin antes llevarse algo que le pertenece —comenta Balthair.

Observo cómo se levanta y se dirige a una estantería de su biblioteca, sacando el volumen que había olvidado aquella noche en la posada.

—Tengo que reconocer que lo he leído llevado más por la curiosidad que por el interés —comenta él, con una expresión indescifrable—. Y, bueno, no sabría qué decir de él, excepto que no es la lectura que se esperaría de una institutriz.

Mi respuesta es inmediata y algo desafiante.

—¿Y de quién esperaría este tipo de lectura, señor Chisholm? Tengo que decir que no me sorprende su prejuicio y su condena.

Balthair se da la vuelta para enfrentarme, pareciendo ligeramente desconcertado.

—Se equivoca. No la estoy juzgando. Solo... no suponía que... Bueno, que estuviera interesada en las artes amatorias y la seducción.

Sonrío con una mezcla de sarcasmo y desafío.

—¿Cree que por ser educadora y vestir con sobriedad no pienso en el sexo?

Balthair se ruboriza visiblemente y se muestra incómodo.

—Por Dios, señorita Harwood. No... No ponga esa palabra en sus labios. Haga el favor.

Repito la palabra de forma deliberada:

—Sexo —y disfruto del visible malestar que le causo—. Es una parte natural de la vida, señor Chisholm. No veo por qué debería evitarse el tema.

Se remueve incómodo.

—Es usted una provocadora —dice con una mezcla de reprobación y admiración a regañadientes.

Se aclara la garganta, visiblemente luchando por mantener la compostura.

—Solo digo que... bueno, no es un tema de conversación habitual entre caballeros y damas.

—¿Lo lleva a cabo sin hablar con su pareja? Debe ser desconcertante para la otra parte.

—No estoy casado.

—¿Eso quiere decir que no practica el sexo?

—No es un tema que hablaría con usted —se apresura a aclarar, con claridad desconcertado por la dirección que ha tomado nuestra conversación.

—Qué considerado de su parte guardar las palabras de cariño para otras damas —replico, no pudiendo evitar una sonrisa burlona.

Él frunce el ceño, luchando por articular sus pensamientos.

—No es eso lo que quería decir.

—Bueno, entonces sea más claro. ¿Es solo la palabra sexo en mis labios lo que le incomoda? ¿O es la idea de que pueda pensar en ello? ¿O quizás me ve como alguien asexual?

—De nuevo, no. Es imposible que la vea así. Todo en usted irradia... Usted... Bueno... Seduce sin darse cuenta. Tiene algo que atrae de forma irremediable las miradas, una sensualidad

innata que provoca y asusta a la vez y probablemente disgusta también.

La respuesta de Balthair me sorprende, mostrando una vulnerabilidad que rara vez deja ver.

—¿Qué yo qué? De verdad que no tengo idea de qué está hablando.

Balthair desvía la mirada, con claridad incómodo con la dirección que ha tomado la conversación.

—Es imposible no notarlo. Usted tiene una presencia, una... energía que es difícil de ignorar. No proyecta esa aura de inocencia y castidad típica de otras señoritas, y eso, en ciertos círculos, puede ser una maldición.

Mis labios se aprietan en una línea firme mientras asiento con la cabeza.

—¿Por eso pensó que me había entregado a Oliver y que esa era la razón por la cual él se comprometió conmigo? ¿Que fue un acto de honor que echaba a perder sus planes matrimoniales con una heredera o una viuda rica?

—No niego que lo sospeché —admite Balthair con reluctancia.

—¿Cree que así lo conseguí? ¿Qué seduzco a los hombres? Entonces permítame aclararle que, aunque no le incumbe, me complace informarle que, contrariamente a las apariencias, soy casta y nunca he tenido relaciones sexuales con ningún hombre —digo, mi voz temblorosa por la ira y la frustración.

—¡Nunca insinué que lo hubieras seducido! —responde Balthair, su voz elevándose ligeramente en defensa propia—. Solo pensé que tal vez ambos habían cedido a un arrebato de pasión. Aquella noche en la posada, no parecía ajena a la anatomía masculina y parecía sentirse cómoda como...

—¿Como una mujer que devora hombres a la hora de la cena? —interrumpo, mi voz cargada de sarcasmo.

—Deje de malinterpretar mis palabras —dice Balthair, con claridad frustrado—. No es lo que quise decir.

—No hay lugar para la malinterpretación, Sir Chisholm —replico, mi voz fría y cortante—. Si algo deja en claro es lo que ha pensado sobre mí.

Balthair se detiene. Se pasa una mano por el cabello, una señal clara de su frustración. Su postura, antes rígida y controlada, ahora muestra signos de agitación.

—No era mi intención hacerle sentir así —dice, su voz mostrando una rareza en él: vulnerabilidad—. Solo intentaba...

Mis emociones hierven, cada palabra suya aumentando mi ira y dolor.

—¿Intentaba qué? ¿Hacerme sentir peor? ¿Poner en duda mis decisiones, mis emociones? ¿Cree que necesito que alguien como usted me diga cómo debería sentirme o actuar?

El silencio que sigue es pesado, lleno de palabras no dichas y emociones crudas. Balthair al fin baja la mirada, con claridad derrotado por la situación.

—Lo siento —murmura, su voz apenas audible—. Mis palabras fueron impulsivas y mal elegidas. Estoy tratando de lidiar con la pérdida de Oliver también, y tal vez estoy proyectando mis propios conflictos y frustraciones.

Me doy cuenta de que, a pesar de sus palabras torpes y su comportamiento a menudo frío, Balthair también está lidiando con su propio dolor a su manera.

—Lo entiendo —respondo con un suspiro, sintiendo cómo la ira cede paso a la fatiga emocional—. Lo siento, también. Yo tampoco debería haber descargado mi desgracia en usted.

Se sienta en silencio después de devolverme mi novela. El fuego crepita en la chimenea, mientras compartimos un momento de duelo y reflexión, un frágil puente tendido sobre el abismo de nuestras experiencias.

Balthair, con su postura aún rígida pero menos imponente, contempla las llamas danzarinas.

—Y debo darle las gracias por su amabilidad —digo, rompiendo el silencio—. Si no llega a ser por usted, ahora estaría esperando en la calle muerta de frío.

Se vuelve hacia mí, un atisbo de suavidad en su mirada habitualmente dura.

—Usted me ofreció ayuda cuando me encontró herido, sin conocerme y sin hacer preguntas. Ayudarla ahora es lo mínimo que podía hacer.

Su respuesta me hace reflexionar sobre la extraña conexión que compartimos, una mezcla de hostilidad y comprensión forjada en circunstancias poco comunes.

—Aun así, le estoy agradecida —insisto, sintiendo una conexión inesperada con este hombre enigmático.

Balthair asiente, su mirada volviendo a las llamas.

—¿Está segura de que no quiere descansar en la habitación?

—No, creo que prefiero marcharme cuanto antes. Yo... tengo muchos pensamientos con los que lidiar y... Necesito estar sola y dejar que mi dolor me hable.

Balthair me observa con un respeto silencioso.

—Comprendo —dice con suavidad—. No insistiré más..



Capítulo 9

Desde aquel fatídico día, mi vida se transforma en una lucha constante por la supervivencia, una batalla contra un mundo que ya ha emitido su veredicto sobre mí. Los rumores sobre mi presunta noche con Sir Chisholm y el supuesto robo de las joyas de Lady Elizabeth se extendieron como un incendio voraz, consumiendo cualquier esperanza para mí.

Lady Marjorie, con un tono frío y decisivo, me informó que ya no era bienvenida en su pensión. Me vi obligada a buscar refugio en lugares menos respetables, donde las miradas eran suspicaces y los peligros constantes. Mis escasos ahorros se disipaban como humo mientras los días se sucedían sin ofrecerme una oportunidad de empleo, ni siquiera como doncella.

Me convertí en el tema de conversación predilecto de la alta sociedad, un juguete roto a merced de los caprichos y las habladurías de la aristocracia. Dondequiera que iba, las puertas se cerraban, las miradas se desviaban y los rostros se fruncían en desaprobación. Parecía llevar marcada una señal invisible que gritaba «indeseable», y la soledad se había convertido en mi única compañera constante.

La sociedad, que alguna vez me acogió aunque de manera superficial, ahora me rechaza con un desdén absoluto.

En los rincones más sombríos de mi mente, comienzan a anidar pensamientos oscuros, semillas de desesperanza que germinaban en la oscuridad de mi alma desamparada.

Cada día es una lucha por mantener la dignidad, por no dejarme vencer por el abismo que me llama con una voz seductora. En mi desesperación, empiezo a contemplar opciones que antes hubiera considerado impensables.

Necesito dinero. No hay nadie que pueda respaldarme y mi abuela depende de mí.

Mi vida, que una vez estuvo llena de sueños y esperanzas, ahora era un paisaje desolado, una tierra yerma donde la desesperación florecía con cada amanecer.

Los rumores y las habladurías llegan incluso a oídos de mi abuela en Bath. Sus cartas,

aunque llenas de amor y preocupación, no pueden ocultar la verdad amarga: incluso en la tranquilidad de su hogar, los chismes han sembrado sus semillas de duda y desconfianza.

—Es mejor que no vengas por aquí —me escribe ella—. Hasta que surja un nuevo chisme que haga que se olviden de ti.

La insinuación de que tuve algo que ver con la muerte de Oliver es una mancha que parece imposible de limpiar. Me encuentro condenada, no solo en los salones y las calles de Londres, sino también en los rincones más apartados.

Ladrona, asesina, sin reputación, odiada... esas palabras resuenan en mi mente como un eco constante de mi ruina.

Mis intentos de comunicarme con mi hermana resultan en vano. Las cartas que envío son devueltas sin abrir, una cruel confirmación de mi completo aislamiento que lleva el sello de mi cuñado.

Al acercarme a la pensión de mala reputación que ahora me sirve de refugio, me cruzo con mujeres que, obligadas por la necesidad, venden sus cuerpos en las calles. Una de ellas, con una sonrisa burlona, me lanza una mirada despectiva.

—¿Otro día más sin trabajo, señorita? —se mofa, con un tono que destila sarcasmo—. Pronto estarás aquí con nosotras. Ya lo verás.

—¡Déjala en paz! —interviene otra, con un atisbo de simpatía—. Ella es una mujer culta. Seguro que aún tiene alguna oportunidad.

Una tercera se ríe con desdén.

—Como si saber leer sirviera de algo a una mujer —dice, descartando la idea de que mi educación pueda salvarme de su destino.

En ese momento, un niño de la calle se acerca a mí. Es Jeremy, un diablillo que se dedica a hacer de recadero en el barrio para todo el mundo para sobrevivir.

—Señorita —dice con voz baja—, un hombre ha estado preguntando por usted, pero no le he dicho nada.

—¡Claro que le ha respondido! —exclama la primera mujer—. En cuanto ha sacado una moneda.

—Pero no le he dicho la verdad —se defiende él con seriedad—. Le envié a la otra punta de Londres.

—Gracias —le digo, sintiendo una punzada de gratitud hacia el pequeño—. Te lo agradezco mucho.

Mientras entro a la pensión, no puedo evitar pensar en los rumores que he escuchado: que los acreedores de Oliver me están buscando, creyendo que dispongo de dinero para saldar sus deudas. Aunque intento convencerme de que son solo eso, rumores, no puedo evitar mirar a mi espalda cada día y sospechar de cada rostro desconocido.

La idea de que esos hombres podrían ser los mismos que acabaron con la vida de Oliver me llena de un miedo helado. Cada sombra se convierte en una posible amenaza, cada susurro en una posible conspiración.

Entro en mi polvorienta habitación y cierro la puerta tras de mí con estrépito para que encaje. Me desmorono sobre la cama.

Hoy, el encuentro con las niñas Harrington ha sido un reflejo cruel de mi situación actual. Sus miradas llenas de desprecio y odio me han golpeado con la fuerza de un huracán, dejando una estela de dolor y desolación en mi interior. Ver a esas niñas, a quienes una vez enseñé y amé como si fueran propias, transformar su afecto en rechazo ha sido una de las experiencias más dolorosas que he enfrentado.

Llevada por la desesperación, me he encontrado suplicando la ayuda de George Brummel, una figura que una vez se movió con facilidad y gracia entre los más altos círculos sociales. Pero incluso él, el epítome de la influencia y el carisma, ha admitido que se encuentra en una situación precaria. Con un matiz de tristeza en su voz, me ha explicado que su propia posición se ha visto comprometida debido a su excesiva familiaridad con el príncipe.

Arrodillada ante él, buscando con desesperación cualquier rayo de esperanza, me he sentido más baja y desamparada que nunca. Mi orgullo, ya maltrecho, parece desvanecerse por completo. La sensación de que cada intento de salvarme solo me hunde más en el lodo de la desgracia es abrumadora.

Al alejarme de Brummel, con cada paso me pesa más la realidad de mi situación. No hay miradas de compasión, no hay manos extendidas para ayudar. Solo queda el eco de mi caída en los ojos de quienes una vez me conocieron. La sensación de haber tocado fondo, de haber caído tan bajo que ya no queda nada que perder, me envuelve como un manto frío. En este punto, cada susurro de esperanza parece una burla cruel a mi infortunio.

Mientras me sumerjo en un mar de lágrimas y autocompasión, un ruido estrepitoso me saca de forma abrupta de mi ensimismamiento. Escucho fuertes pisadas resonando en la vieja madera de las escaleras, seguidas de voces autoritarias que atraviesan el silencio de la pensión. Me sobresalto al escuchar mi nombre en sus labios.

—¡Abra la puerta, señorita Harwood! —ordena una voz severa desde el otro lado de la puerta.

Mi corazón late con fuerza mientras me acerco a la puerta. Al abrirla, me encuentro cara a cara con agentes de la guardia ciudadana. La gravedad en sus rostros no presagia nada bueno.

Sin tiempo para reaccionar o preguntar, me informan de que estoy siendo detenida bajo la acusación de Lady Elizabeth Ashford, quien ha denunciado la desaparición de sus joyas. Me informan que soy la principal sospechosa, ya que fui la última persona conocida en tener acceso a ellas.

Las siguientes horas son un torbellino de confusión y miedo. Me llevan esposada a través de las calles, ignorando mis protestas y mi insistencia en mi inocencia. La humillación de ser exhibida así ante los curiosos es casi tan dolorosa como el miedo que me invade.

Finalmente, me depositan en un calabozo: un lugar sombrío, sucio y maloliente, hacinado de gente. La atmósfera está impregnada de desesperación y miseria. Miro a mi alrededor, viendo rostros marcados por la dureza de la vida, y me doy cuenta con un golpe devastador que, en efecto, podía caer aún más bajo. Aquí, en esta celda oscura y lúgubre, rodeada de desconocidos y lejos de cualquier atisbo de compasión o justicia, siento que he llegado al punto más bajo de mi existencia.

La ironía de mi situación es amarga. De ser una institutriz respetada y prometida de un barón a ser tratada como una criminal común. Me abrazo a mí misma, tratando de encontrar algo de consuelo en mi desesperación, mientras las lágrimas siguen fluyendo por mi rostro. Aquí, en este oscuro calabozo, se desvanecen mis últimas esperanzas, dejándome sola con mi miedo y mi angustia.

Durante mi interrogatorio, los agentes me preguntan con insistencia sobre la noche del baile, presionándome para que revele cualquier detalle que pueda relacionarme con la desaparición de las joyas de Lady Elizabeth. Me siento abrumada por sus preguntas acusadoras y su tono implacable.

—¿Dónde están las joyas, señorita Harwood? ¿Las ha vendido o las tiene escondidas? —me pregunta uno de los agentes, su mirada fija en mí.

Respiro hondo, intentando mantener la calma a pesar del miedo y la ansiedad que me embargan.

—No sé dónde están las joyas —comienzo—. Después del baile, dejé las joyas que Lady Elizabeth me prestó sobre el tocador en mi habitación. Fue justo antes de que Oliver entrara para avisarme de que iba a salir.

—¿Y después de que el señor Ashford saliera, qué hizo con las joyas? —insiste otro agente, escrutando cada uno de mis gestos.

—No hice nada con ellas. No salí de mi habitación hasta que me llevó a su casa Sir Chisholm al amanecer. Las joyas deberían haber estado allí —afirmo, aunque mi voz tiembla de forma ligera.

—¿Y durante su estancia en la habitación con el señor Ashford, qué ocurrió exactamente? —pregunta el agente, su mirada intensa.

—Solo nos dimos un beso. Nada más sucedió. Oliver se fue poco después —explico, sintiendo cómo el rubor me sube a las mejillas, a pesar de la seriedad de la situación.

Los agentes intercambian miradas escépticas. Uno de ellos se inclina hacia delante, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Espera que creamos que todo lo que ocurrió entre usted y el señor Ashford fue un simple beso? ¿No es conveniente que él no esté aquí para confirmar su historia?

Mi corazón late con fuerza ante la insinuación.

—Es la verdad —insisto, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con brotar—. No tengo nada que ver con la desaparición de esas joyas. No sé dónde están.

El interrogatorio continúa por lo que parece una eternidad. Cada pregunta es un martillo que golpea mi ya frágil estado emocional. A pesar de mi insistencia en mi inocencia, siento que mis palabras caen en oídos sordos.

—Ya es el quinto día que me hacen las mismas preguntas y mi respuesta sigue siendo la misma —digo, sintiendo cómo la frustración y la fatiga se apoderan de mí. Cada interrogatorio es como revivir una y otra vez la misma pesadilla, y siento que estoy atrapada en un ciclo sin fin.

De repente, la puerta se abre y una voz interrumpe la monotonía del interrogatorio.

—Esto se ha hecho sin un abogado presente, lo que supone una violación de sus derechos —dice el hombre que entra. Es Balthair Chisholm. Su presencia en este lugar, en mi actual mundo de desesperación, parece por completo fuera de lugar.

Lo observo como si lo viera a través de una lente distorsionada. Balthair representa una parte de mi vida que parece haber pertenecido a otra persona: una Adele más afortunada, llena de pensamientos positivos y sueños bonitos. Ahora, en mi nueva realidad donde todo va mal, me siento por completo agotada, sin fuerzas para luchar o seguir adelante.

Me doy cuenta de mi aspecto desaliñado y sucio. Mi vestido está roto y manchado, mi cabello despeinado y sin lavar. La vergüenza me invade al comparar mi estado con la impecable apariencia de Balthair, un caballero en todo sentido.

—Sir Chisholm, no sabíamos que tenía abogado.

—Pero es lo primero que debían haber preguntado y después haber contactado conmigo, ya que yo soy su abogado.

Miro a Balthair, mi mente luchando por procesar su presencia y sus palabras. ¿Por qué estaría él aquí, preocupándose por mí después de todo lo que ha sucedido? Me siento perdida, confundida y por completo vulnerable, un contraste doloroso con la mujer fuerte y decidida que una vez fui.

Balthair se dirige a los agentes con una autoridad que no admite réplica.

—Tengo aquí una orden del juez que concede a la señorita Harwood su libertad provisional, siempre y cuando permanezca bajo mi custodia. Así que, por favor, finalicemos esto ahora.

Los agentes intercambian miradas, con claridad sorprendidos por el giro de los acontecimientos. Uno de ellos revisa la orden, asintiendo con resignación.

—Está bien, Sir Chisholm. La señorita Harwood puede irse con usted.

Me levanto, todavía en estado de shock y confusión. Balthair se acerca y ofrece su brazo, un gesto de apoyo que rechazo de forma inmediata.

Estoy tan sucia que parezco indigna de él. Ya no soy una dama de la sociedad. Soy algo mucho más bajo y despreciable. No puedo salir de allí de su brazo.

Balthair insiste, colocando mi mano en el interior de su codo sobre su chaqueta. Miro mis manos, mis uñas rotas y dedos sucios, manchados de hurgar en el pan duro y húmedo que me habían servido en el calabozo, acompañado de un mejunje de procedencia dudosa. Mi apariencia contrasta dolorosamente con su elegancia y compostura.

Él parece no inmutarse por mi estado.

—Vamos, señorita Harwood.

Su tono es firme, pero no carente de una gentileza que me sorprende. A pesar de mi reticencia, me dejo guiar por él hacia el carruaje que espera afuera.

Una vez dentro, el silencio se instala entre nosotros. Me siento en un rincón, abrazando mis rodillas.

Balthair se sienta frente a mí, observándome con una mirada que no logro descifrar.

—¿A dónde me lleva? —pregunto, con la voz temblorosa.

—A un lugar donde pueda asearse y descansar.

Mis ojos, llenos de lágrimas, se encuentran con los de Balthair.

—Yo no lo hice —susurro, la voz ahogada por la emoción.

—Lo sé —responde Balthair con firmeza—. Por eso estoy aquí.

El carruaje no se dirige hacia la casa de Londres de Balthair, y esto me desconcierta.

—¿A dónde vamos? —pregunto, con un atisbo de ansiedad.

—He cerrado mi casa en Londres. Nos dirigimos fuera de la ciudad —explica Balthair—. Ahora está bajo mi custodia y regreso a Escocia. Usted vendrá conmigo.

La noticia me golpea con fuerza. Escocia. Un lugar que nunca imaginé visitar, y mucho menos bajo estas circunstancias.

—Pero antes haremos una parada en un hospedaje —continúa Balthair—. Podrá comer algo, asearse y descansar. Es un viaje largo y necesitará estar preparada.

El peso de lo que significa estar bajo su custodia comienza a asentarse. Estoy a merced de las decisiones de Balthair Chisholm, un hombre que, a pesar de haberse convertido en mi salvador, sigue siendo un enigma para mí.

Asiento en silencio, consciente de que no tengo otra opción. La idea de alejarme de Londres, del escenario de mi desgracia y humillación, ofrece un pequeño alivio. Pero la incertidumbre sobre lo que me espera en Escocia y la nueva vida bajo la sombra de Balthair me llena de inquietud.

Rompo el silencio con una preocupación que me carcome:

—Disculpe, pero no puedo simplemente irme. Mi abuela necesita cuidados, y depende de mí.

Balthair me mira con una expresión inescrutable.

—No se preocupe por su abuela. Me aseguraré de que reciba todo lo que necesita.

Sus palabras me sorprenden.

—Pero ¿por qué haría eso? Usted no tiene ninguna obligación hacia mí ni hacia ella.

—Considerémoslo parte de nuestro acuerdo —responde él—. A cambio, usted trabajará para mí. Necesito una institutriz para mi hija.

—¿Tiene usted una hija? Creía que no estaba casado.

Me sorprende aún más.

—No lo estoy —afirma él, cerrando el tema con un tono final.

Aunque tengo muchas preguntas, opto por respetar su silencio y mantener las mías para mí. En este momento, lo único claro es que mi vida ha tomado un rumbo por completo inesperado, y que Balthair Chisholm es ahora una parte crucial de ella, por razones que aún no logro comprender del todo.

Me quedo en silencio, la gravedad de sus palabras impactando en mí con toda su fuerza. La realidad de mi situación es clara: estoy en una posición de vulnerabilidad extrema, y Balthair Chisholm, por razones de caballerosidad debido a la ayuda que le proporcioné ha decidido intervenir en mi vida de una manera decisiva.

—Entiendo —digo, intentando asimilar lo que él dice—. No tengo otra opción que seguirle y cumplir con lo que exige.

Balthair asiente, aunque hay un rastro de frustración en su expresión.

—No estoy pidiendo su consentimiento, señorita Harwood. Esto es una cuestión de necesidad. Presentaré informes sobre su comportamiento y haré lo posible por demostrar su inocencia. Pero si no logro convencer al tribunal, podría volver a ese calabozo.

Su tono es serio, pero hay una tensión subyacente, como si estuviera luchando contra una emoción más profunda.

—¿Está enfadado?

—¡Claro que lo estoy! Desaparece y la encuentro en una celda. ¿Qué ha hecho durante este tiempo?

—Mi vida... todo se desmoronó tan rápido —murmuro, sintiendo un nudo en la garganta—. Traté de sobrevivir.

—A partir de ahora, hará lo que yo le diga sin rechistar ni argumentos en contra ¿entendido? —La firmeza en la voz de Balthair no deja lugar a dudas de que espera que siga sus instrucciones al pie de la letra. A pesar de todo lo que ha pasado, la idea de someterme a la voluntad de otra persona me resulta extraña, pero en este momento, reconozco que no tengo muchas opciones.

—Haré todo lo posible para ser obediente y complacerlo.

Balthair me mira con una ceja arqueada, su expresión un mosaico de sarcasmo y desconfianza.

—¿Complaciente usted? Vaya... eso suena maravilloso en mis oídos, pero no sé por qué me cuesta creerlo.

Me siento un poco irritada por su sarcasmo.

—Bueno, no se preocupe, Sir Chisholm, no tengo intención de causarle más problemas. Ya he tenido suficientes por una vida —respondo, intentando mantener mi compostura.

Balthair se ríe con suavidad, un sonido que sorprendentemente no suena burlón, sino más bien comprensivo.

—Eso suena más a usted lo que en el fondo, me alegra.

—Lo que quiero decir es que haré un esfuerzo por mantener las cosas simples. Supongo que eso significa no hacer preguntas impertinentes o tratar de entender su mundo —digo con una ligera sonrisa.

Balthair inclina la cabeza, evaluando mi respuesta.

—Haga preguntas si lo necesita, señorita Harwood. No siempre garantizo respuestas, pero no pretendo mantenerla en la oscuridad. Y en cuanto a mi mundo, bueno, podría sorprenderse de lo mundano que puede ser.

—Usted es de todo menos mundano, Sir Chisholm. De eso no tengo ninguna duda.



Capítulo 10

El hospedaje donde Balthair y yo nos detenemos se encuentra en las afueras de Londres, en una pequeña localidad llamada Hertfordshire. Esta zona es conocida por su tranquila belleza rural, contrastando marcadamente con el bullicio y ajetreo de la ciudad. Alrededor, las campiñas verdes se extienden en todas direcciones, interrumpidos de forma ocasional por granjas y casas de campo.

Esta estructura de dos pisos, con sus paredes de piedra y techo de tejas rojas, está adornada por enredaderas que trepan por sus costados, confiriéndole un aspecto acogedor y levemente antiguo. Frente a ella, un pequeño jardín con flores de colores vivos añade un toque de alegría al lugar.

Ubicada junto a una carretera poco transitada, la posada está lo suficientemente lejos de Londres para ser un refugio de paz, pero también lo bastante cerca para resultar accesible. El ambiente es sereno, dominado por el canto de los pájaros y el susurro del viento entre los árboles.

Levanto la vista hacia el cielo; es media mañana. La noción del tiempo se había diluido en aquel calabozo oscuro.

En su interior, el hospedaje ofrece un ambiente cálido y acogedor, con una decoración que, sin ser lujosa, resulta confortable. Un salón común alberga una gran chimenea que emite un calor reconfortante. Las habitaciones, limpias y bien mantenidas, exhalan un aroma a leña quemada y a comida casera en preparación.

Balthair me guía hasta una habitación modesta, aunque cálida, superando con creces las condiciones de mis alojamientos anteriores. Se detiene en el umbral, conservando una distancia respetuosa.

—He ordenado que preparen un baño para usted y algo de comer —manifiesta, su tono

denotando seriedad pero también preocupación—. Luce usted muy delgada, señorita Harwood. Da la impresión de no haber comido en semanas.

Tras una breve pausa, en la que parece reflexionar sobre qué decir a continuación, plantea:

—¿Requiere la asistencia de un médico? ¿Hay algo que le aqueje o algún daño que haya sufrido?

Con un movimiento de cabeza, niego, mostrándome agradecida por su preocupación, aunque deseosa de mantener mi privacidad.

—Estoy bien, gracias.

La sombra de duda en el rostro de Balthair se atenúa ligeramente, aunque no desaparece del todo.

—Si ha experimentado alguna aflicción que prefiera no revelarme, algo demasiado íntimo o... —inicia, su voz evidenciando una mezcla de incomodidad y consideración.

Aprieto los labios, firme. Entiendo la pregunta, pero duele pensar que incluso Balthair, pese a su firmeza, contemple tal posibilidad.

—No, Sir Chisholm —respondo, manteniendo un tono sereno pero decidido—. Mi integridad permanece intacta, a pesar de las circunstancias.

Por un instante, Balthair parece confundido, seguido de un visible desconcierto.

—Cielos, señorita Harwood, no era mi intención sugerir eso... Aunque, de haberse visto obligada a... —se interrumpe, buscando las palabras adecuadas—. Lo que quiero decir es que no emitiría juicio alguno. A veces, las circunstancias nos empujan a tomar decisiones complicadas.

Su expresión es grave, sincera. A pesar de su apariencia reservada y distante, la preocupación en sus ojos es genuina.

—Agradezco su preocupación, Sir Chisholm, pero le aseguro que no he recurrido a tales extremos.

Él asiente, permaneciendo en el umbral.

—Bien, si hay algo que necesite, estoy a su disposición. No dude en solicitármelo.

—¿No va decírmelo? —le inquiero antes de dejarle ir.

Él me mira sin comprender a qué me refiero.

—¿No va a decirme que me lo advirtió? ¿No quiere regodearse de su acertada predicción?

Sir Chisholm sonríe levemente, una sonrisa que no llega a sus ojos, todavía cargados de preocupación. Se apoya en el marco de la puerta, cruzando los brazos con una elegancia innata que le es característica.

—No, no soy de los que se regodean en la desdicha ajena, ni encuentro placer en tener razón en circunstancias tan... delicadas. Mi única intención era proteger, no presumir de mi perspicacia.

Su tono es suave, genuino. Por un momento, la máscara de distancia y reserva se desvanece, permitiéndome ver la sinceridad de sus intenciones. Es un recordatorio de que, a pesar de las formalidades y las expectativas que nos separan, hay una conexión humana, un deseo de ayudar al otro sin esperar nada a cambio.

—Entiendo —respondo, sintiendo una oleada de gratitud hacia este hombre que, a pesar de las circunstancias, se ha mostrado un aliado inesperado. —Le agradezco su discreción y su apoyo. No es común encontrar a alguien que...

Me interrumpo, buscando el vocabulario adecuado, pero él asiente, como si comprendiera lo que intento expresar sin necesidad de palabras.

—Es lo menos que puedo hacer. —Se aleja del marco de la puerta, preparándose para partir.

—Recuerde, mi oferta sigue en pie. Cualquier cosa que necesite, solo tiene que pedirlo.

Con un gesto de cabeza, le agradezco de nuevo y lo veo alejarse. Su partida deja un silencio reflexivo, un espacio para considerar no solo la inusitada amabilidad de Sir Chisholm sino también la complejidad de las circunstancias que nos han llevado a este momento.

Me quedo sumida en la soledad de la habitación. Sin embargo, la presencia de Balthair Chisholm, ahí fuera, de alguna manera, mitiga mi sensación de aislamiento, brindándome compañía por primera vez en mucho tiempo.



El baño se convierte en un oasis. El agua caliente y el vapor ofrecen un alivio inmediato. Durante unos momentos, olvido mis penurias y me deleito en la sensación de limpieza y renovación.

La distancia de los ojos inquisitivos de Londres, sumada al cuidado, aunque distante, de Balthair Chisholm, me proporciona un consuelo inesperado.

Su tono preocupado revela que, más allá de su exterior impenetrable, es un hombre de principios y compasión. Aunque su preocupación pueda estar mal encaminada o ser el resultado de un compromiso no solicitado, no deja de ser un gesto de bondad en un entorno que a menudo se muestra hostil.



Al sonar la puerta, una voz femenina anuncia la llegada de ropa limpia. Invito a pasar a quien espera al otro lado.

Me encuentro con una joven sirvienta, apenas mayor de dieciocho años. Su cabello castaño está recogido en un moño sencillo, y sus ojos azules destellan con una curiosidad juvenil. Viste un uniforme de servicio simple pero inmaculado y carga un vestido ostensiblemente más lujoso.

Con cuidado, deposita la vestimenta sobre la cama, provocando mi sorpresa inmediata. La prenda, de seda azul profundo y adornada con encaje delicado, presenta un escote pronunciado. Sus mangas abullonadas y un lazo de terciopelo en la cintura acentúan la silueta. Sin duda, es un atuendo mucho más suntuoso de lo que estoy acostumbrada a llevar.

—¿Es tuyo? —pregunto, incapaz de ocultar mi asombro.

—No, señorita —responde con timidez—. Fue enviado por un caballero para usted.

—¿Se refiere al hombre que llegó conmigo?

—No, es otro señor que se unió a él en uno de los salones. El caballero más alto me indicó que bajara a cenar cuando me sintiera preparada.

Mi curiosidad se despierta al instante, preguntándome quién será ese otro caballero y por qué me habrá conseguido un vestido tan llamativo. Desde lo de Oliver he llevado trajes sencillos de tono oscuro, guardando su luto. Esto parece fuera de lugar del todo.

Mientras me visto, no puedo evitar sentirme como si estuviera envuelta en un misterio que apenas comienza a desvelarse.



Balthair resopla ante la respuesta de Alexander.

—Aunque a veces no lo parezca, él suele ser de gran ayuda —dice con un toque de sarcasmo.

—No lo dudo —respondo, dirigiendo una sonrisa a Alexander—. El vestido es precioso, aunque no es lo que elegiría para un acto religioso.

—Ni para nada respetable —añade Balthair con severidad.

—Yo... no sabía que la señorita... lo rellenaría tanto en ciertos lugares —se defiende Alexander, visiblemente divertido.

Balthair resopla de nuevo, con claridad frustrado por la situación.

—Consigue una capa o un abrigo para ella y trae a esa mujer que has contratado de carabina —ordena—. Hay suficientes rumores sobre nosotros como para añadir más. Además, la reputación de Adele ya está bastante comprometida. Viajar solos y juntos hasta mis tierras solo empeoraría las cosas y atraería más habladurías.

—Llegará todo junto en breve —replica Alexander, sin apartar la mirada de mí.

Ignoro su mirada mientras me siento a la mesa, tratando de contener mi hambre y mantener un poco de dignidad.

Al tomar el primer bocado de mermelada de fruta, no puedo evitar gemir con suavidad, saboreando el dulce placer.

Lamo mis labios, disfrutando cada gota del delicioso sabor.

La mesa está repleta de exquisiteces que hace tiempo que no pruebo: sándwiches de pepino, pastelitos de crema y una variedad de dulces que hacen agua la boca. El té humeante complementa el almuerzo, y me pierdo en la sensualidad de cada bocado, consciente de las miradas de Balthair y su primo sobre mí.

Alexander lanza una broma con una sonrisa juguetona:

—Dios santo, vas a necesitar mucho más que una simple carabina y una capa para evitar cualquier tentación. Es comprensible entender por qué Oliver perdió la cabeza.

Balthair, con un tono firme y serio, responde:

—No se trata de evitar tentaciones, Alexander, sino de no padecerlas...

—Lo que tú digas —le responde el otro, encogiéndose de hombros, pero con una sonrisa que indica que no toma demasiado en serio la advertencia de su primo.

Interrumpo la conversación entre los caballeros con una nota de desaprobación:

—Los caballeros siempre tienen esa mala costumbre de hablar delante de una dama sobre ella como si no entendiera lo que dicen —digo, mirando de forma directa a Alexander—. Tiene que saber, señor... ¿Cómo se apellida?

Alexander, ligeramente sorprendido, responde con una sonrisa:

—Gordon, señorita Harwood. Alexander Gordon.

—Bueno, señor Gordon, debe saber que la única tentación que siente Sir Chisholm en mi presencia es la de correr en dirección contraria.

Balthair, captando la ironía en mi voz, no logra contener una leve sonrisa. Alexander, por su parte, parece divertirse con el intercambio.

—Pero aquí está, prestando su ayuda. ¿No es así? —inquire.

—Solo porque se siente en deuda conmigo. Le asistí cuando estaba herido, en

circunstancias misteriosas —revelo.

Balthair abre la boca para hablar, pero es Alexander quien interrumpe, su expresión una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Espere un momento... ¿Está diciendo que fue usted la señorita que lo llevó a una posada y lo cuidó?

—Efectivamente, esa fui yo.

—¿La señorita de la posada y la prometida de Lord Ashford son la misma persona?

—¿Le sorprende, señor Gordon?

—Cada vez esto se vuelve más fascinante —comenta Alexander, su interés con claridad picado por la revelación—. ¿Por qué no me lo dijiste? —le increpa a Balthair.

—He aprendido que cuanto menos información te proporcione, más seguro me siento —responde Balthair con un tono firme.

—Ya te dije que lo siento —replica Alexander, aunque su expresión muestra cierta diversión.

Los observo a ambos con una mirada de suspicacia. En ese momento, Alexander se fija en algo y se dirige a mí.

—Oh, tiene una pepita de fresa en la comisura del labio —dice Alexander, extendiendo una servilleta hacia mi boca.

Pero antes de que pueda alcanzarme, Balthair intercepta su brazo con un movimiento rápido, sujetando su muñeca con una mano firme.

—Es suficiente con ofrecerle la servilleta para que se limpie por sí misma —dice Balthair, su voz firme y autoritaria.

—Solo intentaba ser caballeroso —se defiende Alexander, aunque hay un destello de humor en sus ojos.

—La verdadera caballerosidad hubiera sido no mencionarlo, señor Gordon, permitiéndome darme cuenta por mí misma —respondo con firmeza.

—Tiene razón. Pero, esa pepita en su labio ofrecía demasiado distracción para ignorarla. Mis disculpas —admite Alexander, con una mezcla de arrepentimiento y encanto.

—No se preocupe. Solo no olvide que entre mis talentos está el de limpiarme sola.

Alexander se ríe abiertamente ante mi comentario.

—Entonces ya sé que puede cuidar a los heridos, limpiarse sola y... vestirse con elegancia —dice, todavía sonriendo.

Balthair, asintiendo, añade con un tono de diversión:

—Sí, y también que no tiene miedo de decir lo que piensa.

—Oh, pero en eso, usted me supera, Sir Chisholm, especialmente cuando se trata de expresar su desaprobación —le respondo, con una sonrisa irónica.

—Es algo que he tenido que cultivar en el Parlamento —responde él con un tono de seriedad.

—Y dígame, ¿no echarán de menos en la Cámara sus comentarios reprobadores? ¿Cuándo tiene previsto volver? —pregunto, curiosa.

Hay un intercambio de miradas entre Balthair y Alexander, cargado de significado pero incomprensible para mí.

—No volveré. He renunciado a mi cargo —responde Balthair con franqueza—. Creo que hay mucho trabajo por hacer en las Highlands, y allí seré más útil.

—¿Qué demonios pintaba un Chisholm en el Parlamento? Nuestro clan era famoso en el pasado por ser grandes ladrones de ganado y jacobitas —comenta Alexander con un tono

juguetón.

—Eso fue hace mucho, Alexander. Aunque yo no esté, necesitamos un representante del condado de Inverness. He dejado algunas propuestas importantes para mejorar nuestra situación —explica Balthair con solemnidad.

—¡Ah! Lo de las escuelas en las Highlands —observa Alexander, y luego se dirige a mí—. ¿Sabe que aún hay un fuerte analfabetismo en las Tierras Altas?

—¿Eso es lo que hacía en el parlamento? —le pregunto con curiosidad.

—¿Qué creía que hacía? ¿Pasar el rato disfrutando del té y los scones? No, estaba allí para hacer un verdadero cambio, aunque parece que no todos lo notaron —responde Balthair con una sonrisa sarcástica.

Le devuelvo una mirada desafiante.

—No, simplemente pensé que su tiempo en el Parlamento era una extensión de su actitud usual: prejuiciosa y ruda en sus desaprobaciones. Parece que me equivoqué en cuanto a la primera parte, pero no tanto en la segunda —digo con una sonrisa burlona.

Balthair, sorprendido por mi respuesta directa, no puede evitar soltar una risa. Es la primera vez que le oigo reír, y su risa es profunda y genuina, transformando por completo su rostro usualmente serio. La sorpresa me hace sonreír aún más.

Hay un brillo en sus ojos de color gris oscuro que no había notado antes, y por un breve momento, la atmósfera entre nosotros se siente más ligera y cálida.

—Tiene razón en que la lengua de Balthair puede ser tan afilada como una espada escocesa, señorita Harwood. Pero cuando golpea, golpea con propósito —comenta Alexander con un brillo de aprecio en sus ojos reflejando su admiración hacia Balthair.

—Y a veces, ese propósito es simplemente mantener a la gente a una distancia segura —añado con una sonrisa, mirándolo de forma abierta.

Balthair asiente, su sonrisa aún presente.

—A veces, la distancia es necesaria. Pero no siempre es deseada —dice con un tono más suave, su mirada encontrando la mía por un momento más largo de lo esperado.

Alexander carraspea, llamando nuestra atención de vuelta al momento presente.

—Aquí está la señora MacTavish. Ella será nuestra carabina —anuncia, mientras una mujer de mediana edad entra en el comedor—. Es viuda y acaba de venir de visitar a su hijo y su familia. Es de Cannich, que está muy cerca del castillo Erchless. Ha sido una bendición encontrarla.

La señora MacTavish, con su pelo recogido en un moño y vestida con sencillez, nos ofrece una sonrisa amable y asiente con educación hacia nosotros.

Me levanto para saludar a la señora MacTavish, uniéndome a los caballeros en su gesto de cortesía. Observo cómo sus ojos se detienen un momento en mí y luego en ellos, con un brillo astuto y experimentado.

—¿Les has elegido tú ese vestido? —le dice con voz firme a Alexander—. ¿Qué pretendías? ¿Que pareciera una mujer de la calle acaso? ¿Es que nunca cambiarás?

—Es mi tía —me explica Alexander—. La hermana mayor de mi padre.

—No soy la mayor. He dicho muchas veces que él nació un minuto antes. ¿Es que nadie escucha lo que digo en esta familia? —replica la señora MacTavish con un tono que mezcla la exasperación con el cariño.

—Vamos, señorita, cúbrase con esto antes de que estos pobres diablos se queden sin ojos —dice la señora MacTavish con un tono medio en broma, medio serio, extendiéndome una capa roja que coloca sobre mis hombros y anuda con cuidado alrededor de mi cuello.

Balthair, al oír el comentario de la señora MacTavish, no puede evitar sonrojarse ligeramente, una reacción que no pasa desapercibida para nadie.

—Gracias, señora MacTavish. Es muy amable de su parte —respondo, agradecida por su intervención.

—Me alegra que vuelva, laird Chisholm —dice dirigiéndose a Balthair—. Y estoy segura de que Briony también se alegrará de verlo.

—Lo dudo mucho. Ese pequeño demonio no me tiene nada de aprecio —responde él con un tono de resignación.

—Eso no es cierto. Solo se siente un poco perdida desde que... desde el, accidente, pero usted es su única familia ahora —aclaro la señora MacTavish, mostrando una comprensión profunda de la situación.

Me siento por completo perdida en este tema, sin saber cómo reaccionar ante la mención de una tragedia familiar. Balthair es un auténtico libro cerrado cuando se trata de hablar de sí mismo.

Alexander, tratando de aliviar el ambiente, comenta:

—Estoy seguro de que la señorita Harwood será de gran ayuda con su educación.

Balthair asiente levemente, aunque se mantiene reservado.



Capítulo 11

Narrador omnisciente

En el carruaje que serpentea hacia Strathglass, Balthair Chisholm se sienta junto a Alexander y frente a Adele, sumido en profundos pensamientos. Su mirada se desliza con frecuencia hacia la mujer dormida. A su lado, la señora MacTavish parece sumida en el mismo estupor. La fatiga en el rostro de Adele es evidente, una sombra del cansancio que la vida en Londres le ha infligido en los últimos tiempos. Balthair siente remordimientos por no haberla dejado descansar más, pero la urgencia de alejarse de la ciudad era imperante.

La tranquilidad de su semblante contrasta con las imágenes que Balthair no logra borrar de su mente: la figura de Adele en el calabozo, su delgadez, la suciedad y el sufrimiento marcado en su rostro. Esas visiones lo atormentan.

La información de Thomas Brummel sobre Adele había sido un golpe inesperado. Él fue el que le puso al corriente de su situación una vez recuperado el favor del príncipe.

Balthair no puede evitar sentir una mezcla de gratitud y consternación. Adele, en su corta estancia en la sociedad londinense, había logrado captar la atención de Brummel, algo que no le sorprendía del todo.

La visita a Lady Elizabeth había sido reveladora; la hostilidad irracional de la mujer hacia Adele era palpable.

Le dijo que retiraría la denuncia si Balthair se casaba con ella y la libraba de un matrimonio con alguien que ella consideraba indigno.

La propuesta, lejos de tentarlo, solo aumenta su repulsión hacia Lady Elizabeth y su manipulación.

En esos momentos, su mente está llena de preguntas sin respuesta y una preocupación creciente por Adele, cuya fragilidad y fortaleza parecen entrelazarse en un enigma que él no

puede descifrar.

—¿Has conseguido los libros? —le pregunta a Alexander en un susurro, cuidando de no despertar a Adele.

—Cuando llegué ya no quedaba nada en ese cuartucho. Lo habían desvalijado. El papel es caro, Balthair —responde Alexander, su voz teñida de frustración.

—Pararemos en Glasgow y visitaremos las librerías —declara él con determinación.

Alexander lo observa con una mezcla de curiosidad e incredulidad.

—¿Por qué no se lo dijiste? —pregunta con ligereza.

Balthair, visiblemente confundido, responde:

—¿El qué?

—Que te habías enamorado de ella esa noche —revela Alexander con una sonrisa burlona.

—¿Cómo puedes decir algo así tan a la ligera? —Balthair se muestra visiblemente perturbado por la acusación.

—¿No la estuviste buscando como un cazador a su presa después de ese encuentro? —insiste Alexander.

—Para agradecerle —se defiende, su voz tensa.

—Lo que tú digas. ¿Y ahora? —presiona Alexander.

—¿Ahora qué? —Balthair parece esquivar la pregunta.

—Te has vuelto loco tratando de encontrarla desde que perdiste su rastro —comenta Alexander con astucia.

—Era la prometida de Oliver. Mi deber, como su amigo, era velar por su seguridad —argumenta, tratando de justificar sus acciones.

Alexander, con una mirada pícara, se inclina hacia Adele, observándola más detenidamente.

—¿Es un pezón lo que sobresale? ¿Eso es lo que mirabas tan con atención? —bromea.

De repente consciente de la situación, Balthair actúa con rapidez para cubrir a Adele con la capa, aunque no sin antes notar cómo su escote revelaba más de lo debido.

—¡Yo no...! ¡Maldita sea, Alexander, deja de provocarme! —exclama, con claridad molesto y avergonzado por la insinuación de su primo.

El carruaje sigue su camino, meciéndose con suavidad, mientras Balthair se esfuerza por ocultar su creciente incomodidad. Alexander, satisfecho con la reacción que ha provocado, se reclina en su asiento con una sonrisa de satisfacción.

Balthair, tratando de recuperar la compostura, se pierde en sus pensamientos. La preocupación por la seguridad y el bienestar de Adele lo atormenta. Aunque intenta convencerse a sí mismo de que sus acciones son meramente por deber y amistad, no puede negar la conexión especial que siente hacia ella. La cercanía física en el carruaje solo intensifica estos sentimientos conflictivos.

El silencio se instala en el carruaje, solo interrumpido por el sonido de los cascos de los caballos y el ocasional chirrido de las ruedas. Balthair mira por la ventana, contemplando el paisaje que se despliega ante ellos, pero su mente sigue enfocada en la mujer dormida a su lado y en los complejos sentimientos que ella despierta en él.

La primera vez que se encontró con Adele, su ayuda desinteresada e incluso ingenua lo dejó fascinado, y fue una gran decepción descubrir que ella había desaparecido cuando él despertó. Todo lo que sabía era su nombre, Adele, y su gusto por la literatura provocativa.

Y sí, la buscó incansablemente, en los salones, en las calles, en aquel parque, esperando encontrar su rostro entre la multitud, sin éxito. Hasta que, de manera inesperada, Oliver le presentó a su prometida, la señorita Harwood, y descubrió que ella era su Adele.

La sorpresa y decepción lo abrumaron tanto que reaccionó de la peor manera, comportándose de un modo que ahora lamenta profundamente.

Y así, Balthair se impuso una distancia física y emocional necesaria, un muro de protección contra la turbulencia de sus propios sentimientos. Aunque en su interior sabía que su reacción no era la más justa ni la más amable hacia Adele, era su manera de lidiar con la complejidad de la situación y sus propias emociones en conflicto. Esta barrera que se había construido era tanto un escudo como una prisión, protegiéndolo y, al mismo tiempo, limitándolo en su relación con ella.

—¿Tampoco le dirás que te has visto obligado a renunciar a tu cargo para conseguir esa orden de custodia del juez? —pregunta Alexander, indagando más intensamente en la situación.

Balthair, con un tono firme y definitivo, responde:

—No. Ni tú.

En su respuesta, hay un peso de responsabilidad y sacrificio, una decisión tomada no solo por el bien de Adele, sino por un sentido más profundo de deber y protección. Su determinación de mantener esto en secreto revela su deseo de no preocupar o implicar a Adele más de lo necesario en sus asuntos personales.

—Si esto no es amor, ¿entonces qué es? —pregunta Alexander con una mezcla de seriedad y broma.

—Te aseguro, Alexander, que estás por completo equivocado —responde Balthair con un tono que bordea la frustración.

Alexander, con una sonrisa pícaro, lanza un comentario provocativo:

—Entonces me alegra, primo, porque eso significa que tengo el camino libre para cortejarla.

Balthair reacciona al instante, su voz cargada de una emoción que no puede ocultar:

—Por encima de mi cadáver.

Esta declaración provoca una risita en Alexander, quien parece disfrutar la reacción de su primo.

—Tú no le convienes, y yo estoy velando por su seguridad —añade Balthair, tratando de justificar su reacción con un tono que busca ser práctico.

—Sí, claro. Lo que tú digas. De nada por las vistas, por cierto.

—¿Crees que en eso está mi interés? ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—De los que se resisten a admitir que sus ojos vagan demasiado por esas cremosas y abundantes colinas. Vamos, Balthair, no te hace menos estoico reconocer tu humanidad.

—Detente.

—De verdad, ¿piensas que no me he dado cuenta? Ese escote parece ser un imán para tus ojos —dice Alexander, con una sonrisa traviesa.

Balthair, cada vez más incómodo, intenta mantener la compostura.

—Eso es absurdo. Como caballero, mi deber es proteger su honor, no...

—¡Venga ya! Admítelo, estás hipnotizado por su... “paisaje” —Alexander no puede contener una risa.

Finalmente, superado por la situación y exasperado, Balthair cede:

—¡Está bien! Sí, la visión de esa porción de pecho de Adele es... una tentación para mis ojos. ¿Satisfecho ahora?

En ese preciso instante, Adele y la señora MacTavish abren los ojos, mirando a Balthair con una mezcla de sorpresa y desconcierto. La cara de él se tiñe de un rojo intenso, reflejando su vergüenza y desconcierto ante la situación en la que se ha metido. Desea poder desaparecer en ese instante.

El carruaje se llena de un silencio muy revelador, interrumpido solo por una risa sofocada

de Alexander, disfrutando con claridad del momento.

La señora MacTavish lo mira con censura, mientras Adele abre los ojos, con claridad perpleja.

—Laird Chisholm, cámbieme de asiento, por favor —le ordena la viuda con firmeza.

—Por supuesto —accede Balthair sin protestar.

Se agarra a un asidero del techo con una mano para ponerse de pie con elegancia y agilidad, extendiendo la otra mano a la señora MacTavish para ayudarla a ocupar el asiento frente a Adele. Sin embargo, su situación no mejora cuando se sienta a su lado y su gran envergadura hace que tanto sus piernas como hombros rocen con ella, aumentando su incomodidad.

Casi salta del susto cuando Adele pone una mano sobre su muslo y se inclina hacia él. Ella acerca sus labios a su oído y, con una voz cargada de ironía, le susurra:

—No se preocupe, Sir Chisholm, su caballerosidad no está en peligro de ser eclipsada por su... afirmación. No sabía que era capaz de estimular su excitación, pero lo tendré en cuenta.

Balthair, sorprendido y algo molesto por la interpretación de Adele, responde:

—No me tome por un mojigato, señorita Harwood, si me incita debe estar preparada para ser devorada.

Adele traga saliva atónita por la intensidad de su respuesta y aclara:

—Me refería justamente a lo contrario, Sir Chisholm, a que lo tendré en cuenta para evitarlo.

Balthair, sobrepasado por su propia malinterpretación, cierra los ojos y baja la cabeza.

—¿Y por qué demonios se acercaría tanto y pegaría su pecho a mi brazo para insinuar justamente lo contrario? —pregunta él, confundido.

—No, no era consciente —responde Adele, bajando la mirada al punto de encuentro entre su cuerpo y el de él.

—Ese es el problema con usted, que provoca sin darse cuenta.

—Oiga, es fácil culpar a otro de las debilidades de uno —responde Adele—. Si una porción de mi anatomía le tienta, no es mi culpa, sino su falta de resistencia.

—¿Mi falta de... —aprieta los dientes con furia contenida— resistencia? No sabe de lo que está hablando, señorita Harwood. ¿Acaso me considera un hombre fácil?

—No, en absoluto, pero creo que no nos referimos al mismo tipo de facilidad.

Balthair desvía la mirada un segundo a sus otros dos acompañantes. La conversación entre Adele y él cargada de tensión y malentendidos, es observada con interés por la señora MacTavish y Alexander, aunque sus susurros probablemente no lleguen a sus oídos.

—Será mejor que retomemos esta conversación en otro momento. No, será mejor que la olvidemos. Desde el principio —dice, intentando poner fin al incómodo intercambio.

—Lo que usted diga, jefe —dice Adele con un tono juguetón.

—¿A qué viene eso ahora? —pregunta Balthair, confundido.

—¿No es ahora mi jefe? ¿No me está dando una orden? —responde ella.

—Adele... —comienza Balthair.

—¿Adele? —replica ella.

—Señorita Harwood, ¿podría dejar de acercarse tanto para hablar y de restregarse contra mí? —le pide exaltado.

La señora MacTavish interviene de nuevo:

—Laird, cámbieme de sitio de nuevo, por favor. Creo que no acabo de estar cómoda del todo en este asiento.

—Sí, por supuesto, señora MacTavish —dice Balthair, dispuesto a cambiar de lugar una vez

más.

Después de acomodar a la señora MacTavish, ella se acerca a Adele:

—Señorita Harwood, deje que le ate bien la capa. Hay corrientes en este carruaje —dice, enlazando fuertemente los nudos de la prenda de Adele.

—Es usted muy considerada —le agradece Adele con una sonrisa.



Capítulo 12

Durante nuestro viaje, hacemos varias paradas en distintas ciudades como Northampton, Sheffield y Carlisle. En cada una de ellas, Balthair se ocupa meticulosamente de nuestros hospedajes, asegurándose de que tanto la señora MacTavish como yo estemos confortables. Con un cuidado que no deja de sorprenderme, también me procura un nuevo vestuario, adecuado para el clima escocés: prendas con más tela, abrigos, guantes, un gorro y unas botas calentitas. Todo lo hace con una dedicación absoluta, sin emitir palabra alguna ni aceptar objeciones.

Cuando llegamos a nuestra primera parada en Escocia para cambiar los caballos en Moffat, nos alojamos en una posada acogedora y bien cuidada, un lugar que rezuma un encanto rústico y una cálida bienvenida. Tras un breve descanso, Balthair me invita a explorar la ciudad, y juntos comenzamos a caminar por sus calles empedradas.

Mientras paseamos, me señala un edificio en particular, impresionante: Moffat House. Me explica que fue diseñado para el Conde de Hopetoun y destaca por su arquitectura elegante y sus jardines meticulosamente cuidados. El edificio es imponente, hermoso y muy moderno.

Balthair me explica que Moffat es conocida por ser una ciudad balneario.

—Se cree que las aguas sulfurosas y salinas de aquí tienen propiedades curativas —me dice, con un tono que mezcla interés histórico con un toque de escepticismo.

Mientras caminamos, observo los pequeños detalles que hacen de este lugar algo especial: las fachadas de las casas, el suave murmullo del agua y la gente que pasea tranquilamente, disfrutando del ambiente relajado de la ciudad.

Es evidente que Balthair conoce bien la historia y las peculiaridades de Escocia y su manera de compartir estos detalles añade una nueva dimensión a nuestro paseo, haciéndolo más interesante y enriquecedor.



Mientras caminamos por Moffat, nos detenemos ante una pequeña multitud que se ha congregado alrededor de un hombre que afirma ser médico. Está vendiendo un aparato que llama "vibrador mecánico", asegurando que cura todo tipo de males. Su discurso es cautivador y lleno de promesas extravagantes: desde aliviar los dolores de las amas de casa hasta estimular el crecimiento del cabello en hombres calvos.

Balthair mira la escena con evidente desdén.

—Es solo un charlatán, uno de esos curanderos con medicina alternativa que no cumple lo que promete —comenta con una mueca.

Sin embargo, no puedo evitar sentir cierta curiosidad. Observo cómo varias personas, con claridad convencidas, se acercan para comprar el aparato. Una mujer mayor, que se mueve con dificultad, pregunta tímidamente si podría ayudar con su artritis. El "médico" le asegura con entusiasmo que sí, demostrando cómo el aparato puede aplicarse en las articulaciones doloridas.

Una idea me cruza la mente y murmuro a Balthair:

—¿Y si lo compramos para la señora MacTavish? Podría ser efectivo para aliviar sus dolores de espalda durante el viaje.

Él me mira sorprendido por un momento, pero luego asiente, resignado.

—Si cree que podría hacerla feliz, adelante.

Hacemos la compra, pese al escepticismo de Balthair. El supuesto médico nos explica cómo funciona y lo coloca sobre mi mano para que sienta la vibración y el agradable cosquilleo que proporciona en la piel.

—La señora puede utilizarlo en la intimidad de su alcoba también cuando se sienta que su marido pasa largas noches fuera.

Realizamos la compra a pesar de las dudas de Balthair. El vendedor, con una sonrisa astuta, nos muestra cómo funciona el aparato. Lo coloca con suavidad sobre mi mano, permitiéndome sentir la vibración y el cosquilleo agradable que emana, provocando una sensación inesperada en mi piel.

—La señora podría encontrarle un uso especial en la intimidad de su alcoba, especialmente en esas noches en que su marido está fuera —dice el vendedor con un guiño cómplice.

Confundida por su comentario, pregunto:

—¿A qué se refiere?

El hombre me mira con una sonrisa pícaro y luego dirige su mirada hacia Balthair:

—Tal vez su esposo pueda explicarle mejor los detalles.

Balthair frunce el ceño, con claridad incómodo con la insinuación del vendedor, mientras yo me siento entre sorprendida y divertida por la situación. El vendedor, aparentemente satisfecho con su juego de palabras, nos entrega el aparato.

Aún confundida pero no pudiendo evitar una sonrisa, me dirijo a Balthair:

—¿Esposo, podría explicarme a qué se refería exactamente? —pregunto, enfatizando la palabra "esposo" con un tono de broma.

Él, con evidente incomodidad con la situación, se aclara la garganta y responde con una rigidez inusual:

—Bueno, según entiendo, estos aparatos se utilizan para... proporcionar una especie de alivio o satisfacción personal en momentos de soledad. Supongo que el vendedor insinuaba que

una mujer podría usarlo para... encontrar cierto placer, digamos, en la ausencia de su marido.

Mis ojos se abren de sorpresa y no puedo evitar una sonrisa divertida.

—¿Quiere decir que se refiere a utilizarlo ahí? —pregunto, mi curiosidad picada por la revelación.

Balthair, confundido por un momento, repite:

—¿Ahí?

—Entre las piernas, ¿no es cierto? —insisto, intentando no reír.

—Sí, creo que sí —responde él, finalmente entendiendo a qué me refiero.

La sinceridad y el evidente malestar de Balthair ante este tema tan delicado me causan una mezcla de asombro y diversión.

La curiosidad me lleva a indagar más:

—¿Y qué clase de placer provoca?

Balthair, con una sonrisa irónica, responde:

—Creía que una lectora del Marqués de Sade sería capaz de saberlo.

—Lo he leído con curiosidad intelectual —aclaro—. No he explorado sus métodos, aunque creo que está en lo correcto al asegurar que debemos disfrutar de nuestra propia sexualidad más allá de los pudores y de las limitaciones que nos imponen la cultura y la educación.

Balthair parece cada vez más nervioso, mientras continúo:

—Si bien he sentido ciertas... inquietudes y ganas de explorar, he de confesar que mi conocimiento práctico en estas materias es bastante limitado.

La incomodidad de Balthair es palpable. Trata de mantener la compostura, pero es evidente que la conversación lo ha llevado a un territorio desconocido y quizás incómodo.

—Bueno, no es algo de lo que se hable abiertamente, en especial en círculos... respetables —dice Balthair, con claridad esforzándose por encontrar palabras adecuadas—. Pero, eh, la exploración personal es un asunto muy... privado.

A pesar de su nerviosismo, hay un atisbo de respeto en su tono, como si entendiera la importancia de conocerse a uno mismo, incluso en temas tan delicados.

—Entiendo —respondo, con una mezcla de aprecio y diversión por su intento de abordar el tema.

Mirando a Balthair directamente, decido profundizar más en el tema.

—¿Cree que el dolor provoca placer? —le pregunto, curiosa por su opinión sobre un tema tan controvertido.

Balthair, con claridad sorprendido por la pregunta, toma un momento antes de responder.

—Creo que la relación entre el dolor y el placer es compleja —comienza, eligiendo sus palabras con cuidado—. En algunas circunstancias, el dolor puede intensificar la experiencia del placer, pero no siempre es así. Depende en gran medida del contexto y de la persona.

—Es una respuesta muy diplomática —comento con una sonrisa, apreciando su intento de abordar el tema con seriedad.

—Es un tema delicado —añade Balthair—. Lo importante es el consentimiento y la comprensión mutua en cualquier... exploración de esa naturaleza. Aunque yo prefiero otro tipo de estímulos.

Intrigada, pregunto:

—¿Cómo cuáles?

—Señorita Harwood...

—Sí, usted es un clásico, ¿verdad? —digo, con una sonrisa juguetona—. Le gustan los besos, las caricias...

—Sí, me gustan —admite, con cierta resistencia.

—Y los escotes —añado, recordando su reacción anterior.

Balthair se sonroja ligeramente, pero asiente con una sonrisa resignada.

Aprovecho la oportunidad para volver al tema del aparato que acabamos de comprar.

—¿Cree que ese aparato de verdad podría funcionar? —pregunto, mi curiosidad genuina mezclada con un toque de humor, dada la naturaleza de nuestra reciente conversación.

Balthair parece sorprendido por un momento antes de detenerse para mirarme con más atención.

—¿Quiere probarlo? —pregunta, evidentemente estupefacto y sin aliento por la sugerencia.

—No, este es para la señora MacTavish —aclaro con rapidez, intentando disipar cualquier malentendido.

Balthair, recuperando su compostura, me mira con una mezcla de alivio y asombro.

—Señorita Harwood... las conversaciones con usted nunca son sencillas —comenta, con una sonrisa que revela tanto exasperación como una suerte de aprecio por la complejidad de nuestra interacción.

Su comentario provoca en mí una carcajada sincera y espontánea.

—Lo siento. Mi abuelo siempre me decía que tengo una insaciable curiosidad por saber y experimentar todo, y quizás tenía razón —digo, aún sonriendo por su observación.

Balthair me mira con una mezcla de sorpresa y reflexión.

—Quiere experimentar el placer entonces... —comenta.

—Verá, Sir Chisholm, he aprendido que la vida es tremendamente impredecible. Un día se tiene el cielo al alcance de la mano y al siguiente uno se encuentra en el infierno más profundo. Mi experiencia... mi terrible experiencia me ha enseñado que no hay nada seguro en este mundo. Eso me ha hecho replantearme muchas cosas, mirar la vida de una manera diferente. No quiero dejar pasar oportunidades por miedo o por adherirme a unas convenciones que no significan nada ante la inmensidad de la vida y sus giros inesperados —explico, con un tono de voz que revela mi convicción y la profundidad de mis reflexiones.

Balthair me escucha con atención, y puedo ver en sus ojos un destello de comprensión y respeto por mi perspectiva y las experiencias que me han llevado a ella.

—Pensé... —comienza Balthair, titubeante—. Pensé que quizás ya había explorado más... en esos temas, dada su aparente familiaridad con el pensamiento del Marqués de Sade y su interés en el placer.

Mi sonrisa se ensancha al escuchar su suposición.

—Es fácil confundir curiosidad con experiencia, Sir Chisholm. Pero la verdad es que, aunque he sentido cierta inquietud y deseo de explorar, hay muchos aspectos de la vida y del placer que aún me son desconocidos —respondo, dejando claro que, a pesar de mi apertura mental, todavía hay mundos por descubrir para mí.

Finalmente, llegamos al hospedaje, donde la señora MacTavish nos espera con una expresión de desaprobación.

—¿Cómo se atreven a pasear solos? —nos reprende con severidad.

Balthair, con calma pero firmeza, responde:

—Un paseo en plena luz del día, por calles concurridas, no tiene nada de malo, señora MacTavish.

—Eso no importa, ya hay demasiados rumores —insiste la señora MacTavish, con claridad molesta por lo que considera una imprudencia.

Antes de que yo pueda responder, Balthair interviene con una mezcla de exasperación y

firmeza.

—Ya empiezo a cansarme de todas estas tonterías —dice con desdén—. Soy su custodio, por el amor de Dios. Eso me concede cierta impunidad. Además, estamos en Escocia ahora. Las convenciones estrictas aquí no lo son tanto.

La señora MacTavish nos mira con una mezcla de sorpresa y desaprobación.

—Laird Chisholm, cuando estén en las Tierras Altas, en su propiedad, podrán dar todos los paseos a solas que deseen, pero esto está lleno de turistas.

Antes de que Balthair replique, le entrego el aparato que compramos.

—De hecho, señora MacTavish, queríamos darle una sorpresa —digo, mostrando el vibrador—. Es para su relajación y bienestar. Creemos que le será de ayuda.

—¡Oh! ¿De verdad? ¡Qué gran detalle!

Al explicarle cómo utilizarlo, la sorpresa se transforma lentamente en curiosidad en el rostro de la señora MacTavish. Aunque todavía escéptica, parece apaciguada por nuestro gesto.



Capítulo 13

En la privacidad de mi habitación, comienzo el ritual de desvestirme para la noche. Primero, me quito el vestido, una prenda elegante de la regencia con un cuerpo ajustado y una falda amplia que cae en pliegues hasta el suelo. Luego, con movimientos metódicos, me deshago del corsé, sintiendo cómo mi cuerpo se libera del abrazo restrictivo de las ballenas y los cordones.

Debajo del corsé, llevo una camisa de algodón ligero, suave al tacto, que proporciona una barrera entre mi piel y el corsé. Los pantaloncillos, que llegan hasta la rodilla, son de un algodón igualmente suave y práctico. Mis piernas están cubiertas por medias de seda que llegan hasta los muslos, sujetadas por ligas delicadas y prácticas. Completo el conjunto con varias enaguas, que añaden volumen y modestia bajo el vestido.

Después de quitarme todas estas capas, me pongo un camisón sencillo pero cálido, dejándome las medias de lana para combatir el frío nocturno. Con un chal sobre los hombros, me dispongo a avivar el fuego de la chimenea para calentar la habitación.

Justo cuando voy a meterme en la cama, escucho unos golpes discretos en la puerta. Me envuelvo más en el chal, cubriendo mi camisón, y abro la puerta. Me encuentro con Balthair en el umbral, su figura imponente apenas iluminada por la luz tenue del pasillo.

—¿Sir Chisholm, ocurre algo? —pregunto, intentando descifrar la razón de su inesperada visita.

Balthair, visiblemente incómodo pero decidido, mira con rapidez a ambos lados del pasillo para asegurarse de que estamos solos. Luego, con un movimiento algo torpe, me extiende un paquete envuelto.

—Le he traído algo —dice, su voz revelando una mezcla de determinación y nerviosismo.

Tomando el paquete, lo desenvuelvo lentamente, y para mi asombro, descubro que es un vibrador, similar al que compramos para la señora MacTavish. Por un momento, me quedo

atónita, sin saber qué decir.

—He pensado que... después de nuestra conversación, podría estar interesada en... bueno, en experimentar —explica Balthair, evitando mi mirada.

La situación es tan inesperada y surrealista que no sé si reír o agradecerle. Finalmente, opto por la gratitud, consciente del esfuerzo y la incomodidad que debió haberle causado volver donde el charlatán para comprarme semejante obsequio.

—Gracias, Sir Chisholm, por su... consideración —digo, intentando ocultar mi sonrisa y sorpresa. Balthair asiente brevemente—. Creo que lo probaré esta misma noche —añado con una chispa de audacia en mi voz.

—¿Ahora? —pregunta Balthair, desconcertado.

—Sí, claro. ¿No me lo trajo por eso en este momento? —replico, jugando un poco con la situación.

—Yo... haga lo que quiera —responde, a ojos vistas incómodo.

—Podría, por favor, quedarse un momento fuera de la puerta por si acaso —sugiero, intentando mantener la seriedad.

—¿Qué? —Balthair parece por completo sorprendido.

—Por si acaso no sé usarlo bien o me produce dolor o algún contratiempo —explico.

—Señorita Harwood, si alguien pasa por este pasillo y me ve apostado en su puerta, pensará lo peor —argumenta Balthair.

—Entonces, pase ahora que no hay nadie y manténgase de espaldas a la puerta —insisto.

—¿Que esté dentro de la habitación mientras usted... hace eso? Señorita Harwood... —Balthair parece luchar con la idea.

—Tómeselo como una asistencia mientras me adentro en una situación desconocida. Pero si se siente perturbado o incómodo... Olvídelo. Ha sido una petición absurda —digo, retrocediendo un poco.

Balthair, tras asegurarse de que el pasillo está despejado, se desliza dentro de la habitación con la rapidez y la agilidad de un felino, cerrando la puerta detrás de él.

Retrocedo instintivamente cuando me encuentro frente a él, tan cerca de su pecho ancho e imponente. De repente, me doy cuenta de la fuerza y la potencia que debe ocultar tras esa apariencia de caballero refinado. Recuerdo el día que lo curé, la evidencia de su fortaleza física bajo la piel.

—¿Su herida se curó bien? —le pregunto.

—Sí, gracias a usted —responde Balthair.

Asiento con la cabeza mientras me muerdo los labios nerviosamente. Sus ojos se detienen un segundo en mi atuendo.

—¿Va a hacerlo? —me pregunta, tragando saliva.

—Sí, désela vuelta, por favor —digo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y determinación.

Él obedece y apoya su frente en la puerta con un gesto de resignación, mientras su cuerpo se tensa de forma visible.

—Podrá irse en cuanto compruebe que no ocurre nada malo —le aseguro.

—De acuerdo —responde él, su voz apagada.

Observo el aparato con detenimiento. Es una pieza de ingeniería elegante para su tiempo, con una estructura metálica pulida y un mango de madera tallada. El extremo del aparato tiene una cabeza redondeada, diseñada para la vibración. Con cierta duda, aprieto el mecanismo que lo pone en funcionamiento, y el aparato cobra vida con un zumbido suave.

—¿Es esto lo que debo poner en mi... intimidad? —pregunto, mi voz reflejando

incertidumbre.

Al oír mi pregunta, se gira levemente para observar lo que le indico. Extiende las manos para coger el aparato y, en ese momento, nuestros dedos se rozan. Ambos saltamos, sorprendidos por el contacto inesperado. El vibrador casi cae al suelo, pero Balthair lo atrapa en el aire con un reflejo increíble.

Cuando nuestros ojos se encuentran, hay una intensidad en su mirada que me deja sin aliento. Hay algo oscuro en ellos que arde con una emoción no expresada, una chispa que parece encenderse en ese breve momento de contacto.

Balthair, con una voz ligeramente ahogada y un tono que intenta ser profesional, me da instrucciones:

—Debería tumbarse en la cama, abrir sus piernas y probar con la cabeza redonda... Ir colocándola donde le resulte más placentero —explica, con claridad, luchando por mantener la compostura.

Su explicación, aunque llena de incomodidad, es detallada y pretende ser útil. Asiento, tomando el aparato con una mezcla de curiosidad y nerviosismo. Me dirijo a la cama, sintiendo la intensidad de su mirada en mi espalda.

Me siento sobre las sábanas de lino y, en ese momento, él vuelve a girarse hacia la puerta con un gesto lánguido, como si se forzase a sí mismo a hacerlo.

El colchón cruje bajo mi cuerpo cuando me tumbo y me muevo sobre él. Separo las piernas y pongo el mecanismo en funcionamiento.

El sonido del aparato es bajo pero persistente, llenando la habitación con una vibración casi hipnótica. Con sumo cuidado, subo mi camisón hasta la cintura, sintiendo cómo el frío muerde mi piel desnuda, agradecida por haberme dejado las medias que cubren mis muslos.

Al colocar el aparato vibrante en mi sexo, la sensación es tan inesperada y abrumadora que me hace sobresaltarme. Un pequeño grito de sorpresa escapa de mis labios, lo suficiente alto como para alertar a Balthair. Él se da la vuelta velozmente, su expresión mezcla de preocupación y asombro.

—¿Está todo bien, señorita Harwood? —pregunta, con claridad incierto sobre si debe acercarse o mantenerse a distancia.

Mi corazón late con fuerza, tanto por la sorpresa de la sensación como por la repentina atención de Balthair. Intento calmarme y le aseguro:

—Sí, sí, estoy bien. Solo fue... inesperado. No necesita preocuparse.

Balthair asiente, aunque parece dividido entre la preocupación y la necesidad de respetar mi privacidad.

Se queda un momento en silencio, observándome con una mirada que no logro descifrar por completo, antes de volver a darse la vuelta con un suspiro ahogado.

Continúo explorando con el aparato, ajustándolo y moviéndolo hasta encontrar un lugar que me provoca una sensación increíblemente intensa. Se me escapan varios gemidos y suspiros mientras sigo experimentando las sensaciones que me provoca. Aunque debería ser el momento de avisar a Balthair que puede irse, me encuentro atrapada en el torbellino de placer, incapaz de hablar.

Mientras el aparato continúa vibrando contra mi piel, no puedo apartar mis ojos de la espalda de Balthair. Él se mueve inquieto, aflojándose la corbata con movimientos tensos antes de quitársela por completo. Luego, con un suspiro casi imperceptible, se deshace de su chaqueta, dejándola caer sobre un sillón cercano, sin darse la vuelta.

Los músculos de su espalda se ondulan bajo la camisa y el chaleco, y mis ojos, casi sin

darme cuenta, se deslizan hacia abajo por su cuerpo, deteniéndose en sus nalgas, fuertemente marcadas por sus ajustados pantalones. Un nuevo gemido escapa de mis labios, un sonido que parece resonar en el silencio de la habitación.

La tensión en el aire es palpable, una mezcla de excitación y reserva. A pesar de la distancia física entre nosotros, hay una conexión intensa e inesperada, una danza sigilosa de deseos y emociones no expresadas.

En ese momento, el silencio de la habitación se llena con el sonido de mi respiración entrecortada y los suaves zumbidos del aparato. Balthair, aún de espaldas a mí, se queda quieto por un momento, como si pudiera sentir la tensión en el aire. Luego, con movimientos que denotan una mezcla de indecisión y ansiedad, se pasa una mano por el cabello, con claridad agitado.

Finalmente, me obligo a hablar, aunque mi voz sale temblorosa y cargada de la intensidad del momento.

—Sir Chisholm, puede... puede irse ya. Estoy bien —consigo decir, aunque cada palabra parece un esfuerzo.

Balthair se gira ligeramente, y por un momento, nuestros ojos se encuentran. En su mirada hay una profundidad que trasciende las palabras, revelando emociones y pensamientos que ninguno de los dos se atreve a verbalizar. Mientras asiente con lentitud, sus ojos se desvían de forma involuntaria, recorriendo mis piernas abiertas y el pecho que sube y baja con cada respiración agitada, visible bajo la tela delgada de mi camisón.

Este breve pero significativo desvío de su mirada añade una capa de complejidad a la situación.

Luego, con un esfuerzo visible, se gira sin pronunciar palabra y abre la puerta. Su salida libera la tensión que impregnaba la habitación.

Cuando la puerta se cierra tras él, me quedo sola con mis pensamientos y sensaciones, reflexionando sobre la inesperada intimidad compartida y los límites que ambos hemos rozado sin cruzar por completo. La noche en Moffat promete ser larga y llena de reflexiones.



Capítulo 14

A la mañana siguiente, al entrar en el comedor, encuentro a Balthair, Alexander y la señora MacTavish ya inmersos en el desayuno. El ambiente parece ligero, marcado por el sonido de las conversaciones matutinas y el aroma del té caliente y el pan recién horneado.

—¿Se le han pegado las sábanas esta mañana, señorita Harwood? —bromea Alexander, levantando una ceja en señal de diversión.

La pregunta, aunque inocente, me hace sonrojar ligeramente, recordando la intensidad de la noche anterior. Me apresuro a sentarme, tratando de ocultar mi turbación bajo una sonrisa.

—Algo así —respondo, intentando sonar despreocupada.

Miro brevemente a Balthair, cuya expresión es inescrutable.

La señora MacTavish me ofrece una taza de té con una sonrisa amable, mientras Alexander continúa con su comida, ajeno a la tensión subyacente entre Balthair y yo. La conversación en el desayuno se centra en los planes para el día y temas más neutrales.

—Es una pena que no podamos disfrutar de las termas de Moffat ya que estamos aquí —suelta Alexander con un tono de lamento fingido.

Balthair le dirige una mirada llena de sarcasmo antes de responder:

—¿Tienes dolencias de algún tipo?

—De espíritu, mayormente —responde Alexander, con un aire dramático que apenas consigue ocultar su sonrisa.

—Pues me temo que eso no te lo curará un poco de agua con exceso de sal —replica Balthair con un tono que bordea entre lo serio y lo burlón.

Alexander finge una expresión de desdén y se queja:

—Siempre le quitas el romanticismo a todo.

—Soy pragmático —se defiende Balthair, con una leve sonrisa que sugiere que disfruta de

este intercambio tanto como Alexander.

—Un aguafiestas, más bien —insiste Alexander, dirigiéndose a mí con una sonrisa juguetona—. ¿Qué opina usted, señorita Harwood?

—¿De las aguas termales o de Sir Chisholm? —pregunto, intentando mantener la neutralidad en mi voz.

—Bueno, ahora que ha propuesto un tema tan interesante, no puedo dejarlo pasar —dice Alexander, con un brillo travieso en sus ojos—. ¿Qué opina de nuestro aguerrido y pragmático laird?

Me tomo un momento para considerar mi respuesta, consciente de que Balthair está escuchando con atención.

—Creo que Sir Chisholm es un hombre de muchas capas —respondo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Pragmático, sí, pero también profundamente considerado cuando se trata de aquellos a quienes cuida. Y en cuanto a ser un aguafiestas... creo que eso depende del momento.

Alexander asiente, con claridad satisfecho con mi respuesta diplomática, mientras Balthair parece sorprendido, quizás incluso ligeramente complacido, por mi descripción de él.

Alexander, manteniendo su tono juguetón, lanza otra pregunta:

—¿Se siente bien cuidada por él?

Miro a Balthair por un momento antes de responder. Su expresión es seria, pero hay una suave expectativa en sus ojos.

—Sí, me siento bien cuidada por Sir Chisholm —respondo sinceramente—. Su preocupación por mi bienestar ha sido evidente desde que me sacó de ese aprieto. Es un caballero en todos los sentidos de la palabra, con buenas intenciones.

Alexander, con su habitual curiosidad, me mira esperando una explicación más detallada:

—¿Un momento... qué ha pasado aquí? Hasta hace poco, lo considerabas intratable y bastante prejuicioso —insiste él, con un tono de genuino interés.

—Como he dicho, es un hombre de muchas capas y no soy conocedora de todas ellas, aunque voy vislumbrando algunas —respondo, manteniendo un tono neutral.

Balthair, con una chispa burlona en sus ojos, responde:

—Tengo que decir que ciertas circunstancias recientes también me han permitido ver algunos aspectos suyos que no conocía. Aspectos... bastante reveladores, diría yo.

Su comentario, cargado de doble sentido, provoca que Alexander suelte una risa contenida, aunque no entienda del todo a qué se refiere, mientras la señora MacTavish levanta una ceja, con claridad interesada en el subtexto de sus palabras.

Sintiendo que mi rostro se enrojece ligeramente, replico con un toque de ironía:

—Retiro lo dicho sobre las buenas intenciones de Sir Chisholm.

Balthair intenta mantener una expresión seria, pero una sonrisa traicionera se dibuja en sus labios mientras se lleva una taza de té a ellos con parsimonia, mirándome por encima de ella.

Encuentro un momento discreto, antes de subir de nuevo al carruaje, y detengo a Balthair con una mano enguantada sobre su brazo.

—Se dejó su chaqueta y la corbata en mi habitación anoche. Las he guardado en mi equipaje con mi vestuario —le digo en un tono bajo.

Balthair asiente con un gesto serio.

—Cierto, gracias —responde. Tras varios titubeos, decide preguntar—: ¿Consiguió lo que buscaba anoche?

—Si bien fue agradable, creo que no alcancé ese clímax del que se habla en los libros —

respondo con cierta incertidumbre.

—¿Cree? —repite Balthair, su tono mostrando un leve asombro.

—Sí, creo. No estoy segura —contesto.

—Señorita Harwood, si lo hubiera conseguido, no tendría dudas —afirma él con firmeza.

—Oh —respondo, sorprendida por su conocimiento del tema—. ¿Es que usted nunca ha tenido un orgasmo? ¿No sabe lo que es?

—Me temo que no —admito con honestidad.

—¿Y Oliver nunca...? —pregunta Balthair, su voz indicando una curiosidad real.

—No, ¿cómo iba a hablar de él de esto? Era mi prometido —explico, sintiendo la ironía de la situación.

—Entonces... no podía preguntarle sobre estas cuestiones porque era su prometido, pero sí a mí, que solo soy un hombre de muchas capas desconocidas —dice Balthair con un tono que mezcla el sarcasmo y la sorpresa.

—Como le confesé recientemente, mi percepción de la vida ha cambiado, y ahora quiero experimentarlo todo —le explico.

—¿Todo? —repite él.

—Si es posible, sí —afirmo.

—¿Está pensando en tener un amante, señorita Harwood? —pregunta Balthair con una advertencia implícita—. Porque le recuerdo que va a ser la institutriz de mi hija, y hay ciertas conductas que desaprobaría en usted para realizar esa función.

—Y sin embargo, usted tiene una hija sin estar casado. ¿Fue concebida por carta? ¿No le parece eso de una doble moral bastante hipócrita? —le reprocho.

—Es mi sobrina —corrige Balthair—. La hija de mi hermano. Cuando sus padres fallecieron en un accidente de carruaje, la adopté.

—Oh, entiendo —digo, sintiendo que le he juzgado demasiado rápido al aclarar ese malentendido.

—Entonces, he de suponer que usted nunca ha tenido un amante desde que esa niña está bajo su responsabilidad —continúo con sarcasmo.

—Así es —responde él, sorprendiéndome—. ¿Por qué le extraña tanto?

—No... es que no es lo usual. Sin embargo, conoce la anatomía femenina —comento, aún incrédula.

—He dicho que no era un desvergonzado, no que fuera virgen —aclaro él.

—Entonces ha tenido experiencias, pero no me las permite a mí —replico, sintiendo cierta injusticia en su actitud.

—¿Quiere disfrutar de un orgasmo? Muy bien. Yo le enseñaré cómo obtenerlo —dice Balthair de repente como si hubiera perdido la paciencia conmigo.

—¿Y cómo lo hará? —pregunto, sorprendida por su propuesta.

—Con suma dedicación. No le quepa duda —responde él con una firmeza que me deja sin palabras.

—¡Pues muy bien! —exclamo, aceptando su desafío.

—¡De acuerdo entonces! —conviene él con determinación—. ¡Suba al carruaje ahora mismo! Y rece para que no me arrepienta de haberla tomado bajo mi protección y la envíe de vuelta a ese calabozo en Londres.

—¡Ah! Así que vuelve a aflorar su lado más despreciable de nuevo. ¿Haría eso incluso sabiendo que soy inocente? —le reprocho.

—No, no lo haría, pero sí podría encerrarla yo mismo. Hay un calabozo en mi castillo —

amenaza él.

—Oiga, escúchese, parece salido de la Edad Media —comento, intentando no mostrar aprensión.

—Y también hay cadenas y grilletes muy versátiles —añade Balthair con un tono oscuro.

—No me da miedo —respondo, tratando de mantenerme firme.

—Pues debería. No tiene ni idea de cómo me gustaría atormentarla con la misma intensidad con la que usted me lo hizo ayer —dice Balthair, su voz cargada de una furia desconcertante.

—¿Que se sintió atormentado? —pregunto, incrédula.

—Sí, torturado para ser más exactos —afirma Balthair con un tono que denota una mezcla de frustración y sinceridad—. Ya veo que sus muchas lecturas no le han servido en absoluto para conocer la verdadera naturaleza de un hombre... y lo que una mujer intrigante como usted, con las piernas abiertas y gimiendo de placer, le puede provocar.

Sorprendida por su franqueza y la crudeza de sus palabras, solo puedo responder con un débil:

—Oh.

—Sí, exacto, oh —repite Balthair, con una mirada intensa que subraya la seriedad de sus palabras. Con un tono que mezcla advertencia y un control precario, dice—: Ahora suba a ese carruaje antes de que no pueda reprimir las ganas de remangarle la falda y darle unos cachetes en el trasero.

Mis ojos se abren amplios, sorprendida por su osadía y directa amenaza.

—No se atrevería —le desafío, aunque una parte de mí duda de mi propia afirmación.

Balthair me mira fijamente, su expresión rígida pero sus ojos ardiendo con una emoción que no puede ocultar.

—No me ponga a prueba, señorita Harwood. Ahora mismo me contengo a duras penas —afirma con una firmeza que deja poco lugar a dudas sobre su sinceridad.

En ese momento, la línea entre el desafío y la provocación se vuelve borrosa, dejándonos a ambos en un peligroso juego de tensión y otras emociones más profundas no resueltas.

Con un último vistazo desafiante, me doy la vuelta y me dirijo al carruaje, consciente de su mirada sobre mí. La atmósfera cargada de conflicto nos acompaña mientras nos preparamos para continuar nuestro viaje.



Durante el trayecto en el carruaje, Balthair opta por sentarse en el pescante junto al cochero, dejándome en el interior con Alexander. Su ausencia cambia notablemente la atmósfera dentro del vehículo, y la conversación se vuelve más distendida y animada.

Alexander, siempre dispuesto a compartir una buena anécdota, aprovecha el momento para contarme historias de su infancia. Con su habitual entusiasmo, relata aventuras y travesuras, algunas bastante cómicas y otras sorprendentemente atrevidas. Sus historias están llenas de vida y color, pintando un cuadro vívido de su pasado y de los personajes que lo poblaron.

Mientras escucho, me encuentro riendo genuinamente por primera vez en mucho tiempo. Las historias de Alexander, aunque a veces exageradas, son un recordatorio refrescante de la alegría y la simplicidad de la vida, contrastando fuertemente con la tensión y la complejidad de mis recientes interacciones con Balthair.

A lo largo del viaje, también comparto algunas anécdotas de mi propia infancia,

encontrando en Alexander un oyente atento y entusiasta. La señora MacTavish, aunque más reservada, de forma ocasional interviene con comentarios agudos y observaciones perspicaces, añadiendo profundidad a nuestra conversación.

El viaje se desarrolla en un ambiente de camaradería y entretenimiento, un respiro bienvenido después de la intensidad de los últimos días.

La distancia física con Balthair en el exterior del carruaje parece haber dado espacio para respirar y reflexionar, aunque su presencia sigue siendo palpable, como una sombra silenciosa que acompaña nuestro viaje.

Mientras observo el paisaje que pasa por la ventana, me encuentro pensando en lo que dije sobre las capas de Balthair. Este hombre, en efecto, se parece más a aquel que socorrí herido, más amable y relajado, aunque en ese momento el trastorno de su herida fuera predominante en nuestra interacción.

Ahora, alejado de las exigencias inmediatas de la sociedad londinense y en un entorno más tranquilo y natural, las facetas más suaves y reflexivas de su personalidad parecen aflorar con más facilidad.

Sigue siendo un hombre severo y distante, pero con el paso de los días, he comenzado a ver los diferentes aspectos de su carácter: su firme sentido de la justicia, su sorprendente capacidad para la gentileza y su sutil sentido del humor. Tal vez podamos llegar a una especie de acuerdo en que ambos nos podamos sentir cómodos...

«¿Habría en serio con lo de ayudarme a conseguir el clímax? ¿Y cómo...?».

La idea de que Balthair, con su comportamiento tan formal y su aparente distanciamiento emocional, pueda ofrecer tal tipo de ayuda es desconcertante y, al mismo tiempo, fascinante. Me pregunto cuán en serio hablaba y cómo abordaría una situación tan íntima y delicada.

La carretera se despliega ante nosotros, y con ella, el potencial de un viaje que va más allá de los simples desplazamientos físicos.



Capítulo 15

Al llegar a Glasgow, Balthair se encarga de asegurar nuestro alojamiento. Una vez completado este deber, se acerca a mí con una propuesta inesperada.

—Señorita Harwood, ¿le gustaría visitar algunas de las librerías de la ciudad? —pregunta—. Tal vez encuentre uno de esos libros que no ha podido recuperar.

—¿En serio? —indago, casi sin creerlo.

La sugerencia me ilumina el rostro. La posibilidad de explorar estanterías llenas de libros, de reencontrarme con títulos queridos o descubrir nuevas joyas literarias, es una perspectiva emocionante.

—Eso sería maravilloso, Sir Chisholm —respondo con entusiasmo—. Aprecio mucho la oportunidad.

Balthair asiente con una leve sonrisa, como si estuviera complacido de haber propuesto algo que genuinamente me interesa.

—Entonces, después de que nos hayamos instalado, podríamos dirigirnos a las librerías —sugiere.

Sin embargo, una preocupación práctica cruza mi mente:

—Pero no dispongo de dinero para adquirirlos.

—Puede elegir los que quiera. Yo se los compraré. Tómeselo como un anticipo por su trabajo —ofrece Balthair, con una generosidad que me toma por sorpresa.

La oferta me deja sin palabras. La posibilidad de reemplazar algunos de los libros perdidos y sumergirme en nuevos mundos literarios es un regalo inesperado y muy bienvenido.

—Señora MacTavish, ¿nos acompaña? —pregunto, girándome hacia ella.

—Me temo que estoy demasiado cansada. Mi espalda está resentida después de tantos días en el carruaje. Mi sobrino tendrá que ser suficiente carabina —responde ella con un tono de

resignación.

Asiento, comprendiendo su necesidad de descansar. La idea de pasar la tarde en las librerías de Glasgow, un lugar lleno de historias y conocimiento, hace que el corazón me lata con expectativa.



Glasgow se revela como una ciudad vibrante, con una mezcla de arquitectura moderna y edificios históricos que cuentan la historia de su actual industrialización y cultura pasada. Nuestro paseo nos lleva a un par de librerías importantes, cada una con su propio carácter y encanto.

La primera que visitamos, situada en la sombra de la majestuosa Catedral, es la venerable John Smith & Son, una institución entre las librerías de Glasgow, cuya fama y respeto trascienden los confines de la ciudad. Fundada en el siglo XVIII, esta librería ha sido un faro de conocimiento, ofreciendo tanto a los eruditos como a los entusiastas literarios un vasto compendio de obras, desde tratados académicos hasta novelas que capturan el espíritu de nuestra era.

Su fachada, adornada con tallados de piedra que evocan el rico pasado de la ciudad, nos invita a explorar sus tesoros literarios.

Aquí, encuentro y adquiero las novelas de la autora de Orgullo y Prejuicio, incluyendo su última obra, "Emma", una aguda observación social con personajes inolvidables.

También selecciono "Waverley" de Walter Scott, una novela histórica que captura el espíritu de Escocia, y "Los misterios de Udolfo" de Ann Radcliffe, con una emocionante trama gótica llena de suspense y romance.

No puedo resistirme a añadir "Cecilia" de Fanny Burney, una historia que explora las complejidades de la sociedad y las relaciones personales.

La segunda parada es en una librería emblemática cerca de la Universidad de Glasgow, William Blackwood & Co, conocida por su colección especializada en literatura escocesa y textos académicos raros.

Este establecimiento, con su ambiente íntimo y sus estanterías hasta el techo de libros antiguos, nos sumerge en un mundo donde el tiempo parece detenerse.

Balthair, impresionado por la erudición que emana de cada rincón, opta por adquirir "Robinson Crusoe" de Daniel Defoe, una historia de aventura y supervivencia que parece resonar con su propio carácter resiliente y práctico.

Caminando por las calles empedradas, pasamos junto al icónico George Square, donde los monumentos y estatuas rinden homenaje a figuras históricas clave de Escocia. La mezcla de lo antiguo con lo nuevo en Glasgow ofrece un telón de fondo fascinante para nuestra jornada literaria, un recordatorio de que, al igual que los libros que ahora llevamos con nosotros, cada rincón de esta ciudad tiene su propia historia que contar.

Mientras disfrutamos de la tranquila atmósfera de estos establecimientos, Alexander nos habla de otra librería con una sección de libros considerados escandalosos e incluso condenados. Mi entusiasmo ante esta noticia es evidente, lo que hace que Balthair gire los ojos con una mezcla de resignación y diversión.

La librería en cuestión se encuentra en una calle más lúgubre y menos transitada de Glasgow. Al caminar por ella, Balthair se muestra visiblemente protector, manteniéndose cerca

de mí mientras atravesamos la mirada atenta de personas de dudosa respetabilidad.

—Estoy más familiarizada con este ambiente de lo que cree —le comento.

—Eso no me importa —me responde de forma lacónica.

La librería a la que nos lleva Alexander se encuentra en una calle estrecha y sombría de Glasgow, conocida como Trongate. Esta calle tiene reputación de ser un poco peligrosa y menos respetable que otras partes de la ciudad. Los edificios, envejecidos y con fachadas desgastadas, se alinean a ambos lados, proyectando sombras que añaden un aire de misterio y cautela.

Al entrar en la librería, nos encontramos con un ambiente lúgubre y misterioso. Las estanterías de madera, cubiertas de polvo, albergan montañas interminables de libros. El aire está impregnado del olor a papel viejo y tinta. Un anciano de pelo blanco, con pequeñas gafas asentadas en la punta de su nariz, nos mira por encima de ellas con una mueca de curiosidad y ligera desconfianza.

—Los libros que buscan están detrás de esa cortina —nos informa el anciano, asumiendo sin preguntar que estamos interesados en las novelas censuradas.

Entusiasmada por la perspectiva de descubrir estos tesoros literarios ocultos, me apresuro a aventurarme detrás de la cortina. Balthair me sigue, aunque con una expresión de cautela y una mirada atenta que sugiere que está preparado para cualquier eventualidad.

Detrás de la cortina, nos encontramos con una colección de libros que, por su naturaleza controvertida, han sido escondidos de la vista del público general. Mis ojos brillan con la emoción de explorar estos volúmenes, algunos de los cuales nunca habría imaginado encontrar. Mientras hojeo con cuidado las páginas, siento una mezcla de asombro y un cierto aire de rebelión al tener en mis manos estos libros que han desafiado las convenciones de su tiempo.

—Este tiene imágenes muy... oh, Dios santo, ¿esta postura es posible? —comenta Alexander, con una mezcla de asombro y humor.

—Se llama Kamasutra y es una traducción de un libro hindú —informa el anciano de la librería desde su mesa como si estuviera acostumbrado a esa reacción y hubiera dicho esa frase en mil ocasiones distintas.

Me acerco para echar un vistazo, pero pasa de página y me encuentro con una ilustración en la que una mujer parece llevarse el miembro de un hombre a la boca. La imagen es explícita y descriptiva. Balthair, que está justo detrás de mí, reacciona de inmediato cerrando el libro con un movimiento rápido.

—No le des ideas, Alexander. Ese libro no es adecuado —dice Balthair con una mezcla de seriedad y preocupación.

—El prólogo dice que en el libro las fantasías sexuales tienen menos importancia que el culto al cuerpo mediante una vida sana o el respeto a los sentimientos del otro antes de consumir el acto sexual —se defiende Alexander, mostrando la página del comienzo.

Balthair resopla y me mira con la cabeza inclinada en espera de mi decisión. Lo cojo.

—Solo para ampliar conocimientos sobre el cuerpo humano —me justifico, intentando mantener un tono serio.

Alexander se ríe entre dientes ante mi excusa, con claridad divertido por la situación. Balthair, por su parte, muestra una reacción más contenida. Observa el libro en mis manos con una mezcla de resignación y leve diversión, entendiendo mi curiosidad pero aún preocupado por las implicaciones.

—Como desee, señorita Harwood —dice finalmente, su tono indicando que respeta mi elección, aunque no deja de preocuparse por las posibles consecuencias de mi curiosidad—. Pero recuerde, cualquier conocimiento adquirido debe ser abordado con sabiduría y responsabilidad.

—Justo mis dos palabras favoritas —le digo, con un brillo travieso en los ojos.

Balthair me mira, y aunque intenta mantener una expresión seria, una leve sonrisa se asoma en sus labios.

—Me alegra oír eso —responde, su sonrisa ahora más evidente.

Continuamos rebuscando entre los libros, y al final, decido llevarme un ejemplar de "Filosofía en el tocador" del Marqués de Sade.

—¿Mejor este? —pregunta Alexander, ofreciéndome "Fanny Hill" de John Cleland.

—Oh —respondo, reconociendo el título.

—¿Lo conoce? —inquire, curioso.

—Es, sin lugar a duda, la madre de todas las novelas picantes —explico—. Fue publicada en 1749 y fue de forma inmediata censurada y prohibida, y su autor y editor acabaron en la cárcel.

—Vaya, ¿cuál es su historia? —pregunta Alexander, con claridad intrigado.

—Describe la vida de una mujer licenciosa y su sexualidad en detalle y de forma intencionadamente obscena —respondo, distraída ya entre sus páginas.

Balthair, escuchando nuestra conversación, interviene:

—¿Va a leer eso también? —pregunta con un tono que denota tanto desaprobación como curiosidad.

—Sí, creo que lo haré —afirmo, decidida a explorar esta obra prohibida y su contenido provocador.

Alexander me mira con una mezcla de admiración y sorpresa.

—Es usted muy diferente a cualquier mujer que haya conocido antes —me dice, con claridad impresionado.

Su comentario me saca una sonrisa modesta. Sin embargo, Alexander continúa, ahora con un tono más juguetón:

—Dígame, ¿qué piensa hacer luego con todos esos conocimientos?

Balthair, que ha estado siguiendo nuestra conversación con una expresión cada vez más seria, interviene con una advertencia:

—Alexander —dice, su voz cargada de una advertencia implícita.

Pero Alexander, imperturbable, continúa:

—¿Qué? Estoy intrigado. Creo que su futuro marido será muy afortunado.

No puedo evitar sonrojarme ante su insinuación, pero también siento una chispa de desafío ante la idea de hacer frente las normas convencionales.

—Bueno, Alexander, a veces el conocimiento es un fin en sí mismo —respondo con una sonrisa misteriosa—. No siempre debe tener una aplicación práctica inmediata.

—Lo volverá loco —añade Balthair, con un tono que parece mezclar humor y una pizca de seriedad.

Alexander y yo le miramos, inicialmente sin comprender del todo su comentario.

—A su futuro marido —aclara—. Lo volverá loco del todo. Me compadezco de ese pobre hombre.

Mi sonrisa se ensancha al oír el comentario de Balthair, un poco sorprendida por su aportación.

—Es posible que no me case. Menos aún si eso me coloca junto a un hombre gruñón y dominante que trate de controlar mis inquietudes —comento como una profunda reflexión.

—No cierre la puerta a un futuro matrimonio, señorita Harwood —me aconseja Alexander—. Le aseguro que no todos los hombres son así y que alguno podría ser capaz de valorar su...

curiosidad.

—No, creo que no —repito, convencida—. Mi experiencia como prometida me ha enseñado ya una lección muy importante. Estoy decidida a alejarme de cualquier pretensión de matrimonio.

Alexander me mira con una mezcla de comprensión y una pizca de desafío.

—Es una lástima —dice—. Un hombre con la mente abierta y el corazón generoso estaría encantado de compartir su vida con alguien tan ilustrado y apasionado como usted.

Balthair, quien había estado escuchando nuestra conversación en silencio, habla al final con una voz suave, pero con una firmeza que refleja la seriedad de sus palabras:

—Entiendo su postura, señorita Harwood —comienza, midiendo con cuidado sus palabras—. Sin embargo, debe considerar que el matrimonio a menudo trasciende las preferencias personales y se convierte en una cuestión de conveniencia social y familiar.

—Debería ya saber que esos no son motivos que me influyan —respondo con firmeza, manteniendo mi postura.

Balthair me mira fijamente, y después de una pausa, agrega:

—¿Y qué me dice del amor? Estuvo a punto de hacerlo por ese motivo.

—Y usted estaba totalmente en contra —le recuerdo, recordando su firme oposición a mi compromiso anterior.

Balthair me mira con seriedad, sus ojos reflejando una sinceridad profunda.

—Estaba en contra por otras razones —explica.

Sus palabras me hacen reflexionar, y con cierta curiosidad, le pregunto:

—No creía que usted creyera en el amor.

Balthair me sorprende una vez más con su respuesta:

—Está equivocada. Creo en él —afirma, y hay algo en su tono que me hace pensar que habla desde experiencias personales profundas y posiblemente dolorosas.

La revelación añade una nueva dimensión a mi comprensión de Balthair. La idea de que un hombre de su estatura y aparente pragmatismo pueda albergar creencias románticas y emocionales me hace verlo bajo una luz diferente, una que humaniza aún más su figura enigmática y reservada.

—Entonces, ¿qué tipo de amor cree que vale la pena? —le pregunto, aprovechando la oportunidad para conocer más sobre sus pensamientos en un tema tan personal.

Balthair toma un momento antes de responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Un amor basado en el respeto mutuo, la comprensión y una conexión genuina —responde finalmente—. No es solo una cuestión de atracción física o conveniencia, sino algo más profundo y duradero.

—Ya entiendo. Cree que eso era lo que nos unía a Oliver y a mí, una simple atracción física.

Balthair me mira, su expresión es seria, pero no hay rastro de crítica en sus ojos.

—No, no es mi lugar juzgar la naturaleza de su relación con Oliver, pero... es posible que la atracción física entre los dos fuera... importante —responde con cautela—. Solo quería expresar mi visión del amor. Cada relación es única y solo quienes están involucrados pueden entenderla verdaderamente. Solo me molestaba... la imprecisión de su decisión, el carácter irresponsable y poco reflexionado de su compromiso y... que no supiera toda la verdad sobre la situación de Oliver.

—¿Cree que de haber sabido que estaba endeudado mi decisión hubiera sido distinta? ¿Qué eso hubiera cambiado mis sentimientos?

—No dudo de sus sentimientos ni de sus intenciones, señorita Harwood. Solo quería que estuviera segura de su elección y protegida de posibles consecuencias dolorosas. La honestidad y la transparencia en un compromiso son fundamentales —dice con sinceridad.

—Tiene razón —admito, sintiendo una nueva apreciación por la profundidad de su análisis—. Quizás en ese momento no quise ver más allá de lo que deseaba creer. Reconozco que, aunque la deuda es común entre los caballeros, la forma en que Oliver manejó la suya y la falta de apertura al respecto eran indicativos de problemas más profundos.

Alexander interrumpe nuestra conversación con un tono ligero pero subrayando una preocupación práctica:

—Siento interrumpir una conversación tan profunda y... tan poco apropiada en medio de una librería de reputación dudosa, pero empieza a oscurecer ahí fuera y no es una calle en la que me guste caminar de noche —dice, echando un vistazo hacia la ventana con una expresión de cautela.

Su comentario rompe momentáneamente la intensidad de nuestro diálogo y nos devuelve al presente. Mirando hacia fuera, veo que la luz del día comienza a desvanecerse, dando paso a las sombras de la noche.

—Tiene razón, señor Gordon —digo, cerrando el libro que tenía en mis manos y preparándome para salir—. Será mejor que volvamos.

Después de abonar las nuevas adquisiciones, nos dirigimos hacia la salida de la librería, con Balthair liderando el camino, asumiendo de nuevo su rol protector. Sin embargo, apenas nos adentramos en la creciente oscuridad de la calle, un grupo de rateros surge de las sombras, sus intenciones claras en sus ojos codiciosos.

Balthair reacciona instantáneamente, posicionándose entre nosotros y los atacantes, su postura defensiva y decidida.

—Alexander, llévate a de aquí —ordena con firmeza, mientras enfrenta a los rateros, preparado para defenderse.

Los hombres nos rodean, Alexander exclama con una mezcla de asombro y preocupación:

—Mierda, ese tipo es enorme.

Uno de los atacantes, particularmente grande y amenazador, se lanza hacia Balthair con un aire de confianza brutal. La pelea se intensifica con rapidez, con Balthair defendiéndose con habilidad y experiencia. Pese a su destreza, el hombre enorme logra asestarle un golpe directo en la mandíbula, girando la cabeza de Balthair por el impacto y provocándole una herida en el labio. Por un momento, parece que el ladrón podría ganar ventaja.

Sin embargo, aprovecho la oportunidad que surge cuando el hombre, concentrado en su ataque a Balthair, deja sus piernas descuidadamente separadas. Con un movimiento rápido y decidido, golpeo con fuerza entre sus piernas usando mi sombrilla. El impacto es directo y contundente, y el hombre enorme se dobla de dolor antes de caer al suelo, incapacitado.

La situación se torna caótica para los demás, quienes, viendo caer a su compañero más formidable, comienzan a dudar. Balthair, recuperándose con rapidez del golpe, aprovecha este momento de confusión entre los asaltantes para contraatacar con más fuerza. Alexander, aunque inicialmente atónito por la rapidez de los acontecimientos, se une a la lucha, utilizando lo que puede para ayudar a mantener a los atacantes a raya.

Al final, superados y conscientes de que no pueden ganar, los atacantes restantes retroceden y huyen, desapareciendo en la oscuridad de la calle. Nos quedamos solos, recuperando el aliento, con la adrenalina aún corriendo por nuestras venas y el silencio de la noche interrumpido solo por nuestras respiraciones agitadas.

Balthair se toca la mandíbula con una mezcla de dolor y alivio y se restriega el dorso de la mano sobre el hilo de sangre que cae de su labio.

—Gracias —me dice, mirándome directamente, aunque añade con tono de reprimenda—. Aunque le pediría que la próxima vez, por favor, se mantenga a salvo.

Su pronunciación se acentúa con su enfado y me resulta muy intrigante. Sin embargo, siento la necesidad de afirmar mi independencia.

—No siga empeñado en decirme lo que debo hacer, Sir Chisholm. No es mi padre —replico, un poco molesta por su tono protector.

Balthair me mira fijamente, sus ojos oscuros reflejan un destello de algo que no logro descifrar.

—Lo cierto es que no siento nada paternal por usted —responde él, su voz baja y firme—. Valoro su independencia y capacidad para cuidar de sí misma, pero ahora está bajo mi protección y siempre miro por el bien y la integridad de los míos.

Mi comentario surge con una mezcla de humor y provocación:

—Usted parece salido de un libro de caballería, Sir Chisholm. Creo que le faltan siglos de evolución.

Balthair reacciona con una sonrisa leve, casi imperceptible, ante mi observación burlona.

—Tal vez tenga razón —admite con un tono que sugiere que está jugando al mismo juego—. Pero algunos valores de la caballería, como la protección y el honor, son atemporales.

Su respuesta es lúcida, y aunque se mantiene firme en sus principios, hay un brillo en sus ojos que revela que disfruta de este intercambio de ingenio.

Alexander, que había estado observando nuestro intercambio con una mezcla de diversión y paciencia, al final interviene, recordándonos la situación actual:

—Perdón por interrumpir vuestra encantadora batalla de ingenio, pero parece que cuando empezáis a hablar entre vosotros, os olvidáis del mundo de alrededor —dice con un tono ligeramente exasperado—. Es la segunda vez que tengo que advertiros de que debemos salir de esta calle cuanto antes.

Su comentario nos saca de nuestro ensimismamiento. Me doy cuenta de que, efectivamente, habíamos caído en una especie de burbuja, ajena a lo que nos rodeaba.

—Tiene razón, señor Gordon —digo, volviendo a la realidad—. Será mejor que continuemos.

Balthair asiente en acuerdo y se apresura a liderar el camino, asumiendo de nuevo su rol de guardián.



Capítulo 16

Llegamos al hotel después del agitado incidente en las calles de Glasgow. Antes de la cena, noto que la herida en el labio de Balthair, resultado del golpe recibido durante el altercado, aún no ha sido atendida adecuadamente.

Me acerco a él con una mezcla de intranquilidad y audacia.

—Debe curarse esa herida en el labio —le digo—. Venga a mi habitación, pediré algo para tratarle a una de las mucamas.

Balthair me mira un momento, sorprendido por mi oferta. A pesar de su habitual reserva y autosuficiencia, asiente, reconociendo la necesidad de tratar la lesión.

—Está bien, gracias —responde con un tono de gratitud que suaviza su habitual seriedad.



En la habitación, mientras preparo el desinfectante de hierbas y los paños limpios de lino proporcionados por una de las doncellas, hay un aire de concentración. Balthair se sienta en una silla, manteniendo esa postura reservada y digna que le caracteriza.

Me acerco a él para tratar su herida. Sujeto su mandíbula con cuidado y la elevo para aplicar el paño sobre su labio, notando el bello suave de su barba entre mis dedos.

Mientras realizo este gesto, no puedo evitar observar la tensión que se dibuja en su cuello. La piel parece estirarse sobre los músculos firmes, destacando la prominencia de su nuez que ahora se mueve visiblemente mientras traga fuerte.

Una sensación inexplicable comienza a envolverme. Es algo que no puedo definir con

claridad, una mezcla de nerviosismo y una conciencia aguda de su cercanía. Nuestros ojos se encuentran.

Observo de cerca sus iris de un gris oscuro, una tonalidad profunda y enigmática poco usual. Son ligeramente rasgados, dándole una apariencia intensa y un poco misteriosa. Hay algo en ellos que me atrapa, una profundidad que me hace preguntarme qué pensamientos y emociones ocultan.

El silencio en la habitación se llena con el sonido de nuestra respiración. Balthair se mantiene inmóvil, su mirada fija en mí. La proximidad entre nosotros hace que mi vestido roce sus piernas.

De repente, rompe la calma con una voz baja.

—Señorita Harwood...

—Guarde silencio o no podré curarle bien —le interrumpo, concentrada en mi tarea—. Le está saliendo un moratón en la mandíbula.

Balthair parece contemplar mis palabras por un momento antes de responder.

—Esa no es mi mayor preocupación ahora mismo —dice, con un tono profundo.

Intrigada por su comentario, no puedo evitar preguntar:

—¿Y cuál es?

—Cuando termine de curar la herida, mantenga la puerta de la habitación abierta, pero coja el libro que ha escogido, el de Sade.

Me siento un tanto desconcertada por su petición. ¿Por qué quiere que tome el libro de Sade? Con una mezcla de cautela y curiosidad, hago lo que me dice.

Me dirijo hacia donde dejé el libro y lo tomo en mis manos. Sabiendo su contenido y dada la rigidez actual, esto añade una capa extra de tensión al ambiente.

—Lo tengo —digo, sosteniéndolo. Mi voz revela mi incertidumbre—. ¿Qué quiere que haga con él?

Parece contemplar sus siguientes palabras con cuidado. Su expresión es seria, un atisbo de la autoridad que suele caracterizar su trato se hace presente, pero hay un brillo en sus ojos que sugiere algo más profundo.

—Quiero que lea en voz alta —responde finalmente—. Creo que sería... instructivo para ambos.

La propuesta me sorprende, pero también despierta mi curiosidad. ¿Qué pretende Balthair con esta solicitud? La idea de leer en voz alta un libro tan provocativo y en su presencia crea un nuevo nivel de intimidad y audacia en nuestra interacción.

Con el libro abierto en mis manos, me preparo para leer, consciente de la presencia de Balthair y del ambiente cargado de expectación que hemos creado.

Mientras leo el pasaje de "Filosofía en el tocador", siento cómo la sorpresa va ensanchando mis ojos. Había anticipado algo atrevido, pero el contenido de este libro traspasa todo lo que conocía. Las descripciones explícitas de la joven siendo explorada sexualmente, siendo instruida sobre su propio cuerpo de maneras tan íntimas, me dejan sin aliento.

«Masturbarse..., darse placer. Pero, espera... cambiemos de postura: examina mi coño..., así es como se le llama al templo de Venus. Examina bien este antro que la mano cubre; voy a entreabrirlo [...]. Esta lengüeta, que está debajo se denomina clítoris; es el punto más sensible de las mujeres y ahí es donde se concentra toda la sensibilidad [...] Masturbadme con un dedo.»

Las palabras, crudas y descaradas, describen no solo actos físicos, sino también una franqueza sobre el deseo y el placer que es por completo nuevo para mí. Al levantar la mirada hacia Balthair, encuentro en sus ojos una mezcla de seriedad y una intensidad que nunca había

visto antes.

Me trabo con la palabra clítoris y coño y no sé cuántas veces digo semen mientras el caballero del libro le explica a la mujer cómo masturbarle y acariciarle con la lengua.

—Continúe —me ordena Balthair, su voz baja pero firme.

Retomo la lectura, aunque cada palabra parece resonar en la habitación con una fuerza propia.

«Apretad más el miembro para masturbar. Cuando la punta se pone morada es que está a punto de eyacular.».

—Dios mío —susurro, dejando de leer por un momento cuando llega al pasaje en que la mujer está a punto de ser penetrada analmente abrumada por las descripciones.

La habitación se llena de un silencio tenso, cargado con la energía de las palabras que acabo de leer y la presencia imponente de Balthair.

Siento su mirada sobre mí, profunda y analítica.

—¿Qué piensa sobre lo que ha leído? —me pregunta Balthair, su voz baja pero clara, resonando en el silencio que nos rodea.

Me quedo pensando, buscando las palabras adecuadas. Este momento y estas lecturas están sacudiendo mi mundo, desafiando lo que pensaba saber sobre el deseo y la sensualidad.

—Es... abrumador —admito, aún procesando los intensos detalles del libro—. Nunca había considerado... estas posibilidades.

Balthair me observa, su expresión indeleble. Puedo decir que está evaluando mi reacción, quizás incluso tratando de entender cómo estas revelaciones están resonando en mí.

—Huelga decir que debe evitar a toda costa que este tipo de literatura caiga en manos de Briony y tampoco toleraré que comparta este tipo de información con ella.

Su comentario sobre Briony y la literatura me enerva, sintiendo que cuestiona mi profesionalidad.

—Por supuesto que no compartiré esto con Briony. Sé muy bien lo que es apropiado para una niña. He realizado mi trabajo antes con absoluta profesionalidad —respondo con firmeza, mi tono reflejando mi molestia.

—Como usted dijo, ahora ha cambiado su visión del mundo —me recuerda él— y quiere experimentarlo todo, según sus propias palabras.

—Tal vez decir “todo” fue algo apresurado por mi parte —contesto, intentando mantener la calma.

—¿Hay algo de lo que ha leído ahí que no le haya gustado? —pregunta él, con un tono que sugiere que está tratando de entender hasta dónde llega mi curiosidad.

—No voy a contestar a eso. Esos pensamientos íntimos solo me corresponden a mí —respondo con firmeza. No estoy dispuesta a compartir mis reflexiones más personales con él, en especial en un tema tan delicado.

La discusión continúa calentándose. Balthair insiste en su posición.

—Yo cuidaré de sus libros —dice—. Puede pedírmelos cuando quiera leerlos.

Su comentario me indigna aún más.

—¿De verdad tendré que pedirle permiso para leer? ¿Quién se cree que es? —replico con enojo.

—Su custodio y más vale que obedezca o ejerceré ampliamente los derechos que me da ese título sobre usted —responde Balthair con una severidad que no había mostrado antes.

Su amenaza me deja atónita. La idea de que ejerza algún tipo de control sobre mí, incluso en algo tan personal como la lectura, me resulta insoportable.

—No necesita recordarme su posición —digo de forma cortante.

El tono autoritario de Balthair me provoca una mezcla de ira y desafío. Se levanta de su asiento, imponiendo su altura sobre mí, pero no me amedrento. En un acto impulsivo, coloco mi mano sobre su pecho, estableciendo una barrera física entre nosotros.

Balthair baja la mirada hacia mi mano sobre su pecho y luego vuelve a mis ojos, una tormenta interna se refleja en su expresión.

—No debería tocarme ahora, Adele —su voz grave vibra con un matiz de conflicto que no logra ocultar.

—¿Por qué no? —insisto, sin mover mi mano, sintiendo el acelerado ritmo de su corazón bajo la palma.

—Porque soy muy humano y al oírla leer esas palabras... me imaginaba a nosotros en su lugar —confiesa, su respiración entrecortada.

La sinceridad de Balthair me deja sin aliento. Mi mano, aún posada en su pecho, siente cómo el ritmo de su corazón se intensifica con cada palabra compartida. Su confesión, tan directa, dispara una cascada de emociones y pensamientos.

—Era lo que le decía la joven al caballero —digo, intentando parecer serena a pesar del torbellino que sus palabras han desatado en mi interior.

—Pero ¿le gustaría experimentarlo? ¿Aún desea que le muestre cómo alcanzar ese placer, que le ayude a descubrir el clímax? —pregunta, su tono serio, casi retador.

—¿Con contacto físico? Creía que se refería a explicaciones verbales —mi voz vacila, la posibilidad de lo sugerido provoca un temblor interior.

Él da un paso más hacia mí, su mano se eleva hacia mi rostro en un gesto inesperado. Su pulgar acaricia la comisura de mis labios, presionando suavemente, invitando a mi boca a abrirse. El sabor salino de su piel se mezcla con mi aliento cuando mi lengua roza su dedo.

La respiración de Balthair se profundiza, sus ojos fijos en mi boca, capturando toda mi atención.

—¿Lo desea? —su pregunta es un susurro cargado de anticipación.

—Sí —respondo, mi propia respiración reflejando la profundidad de mi anhelo.

—Cierre la puerta —ordena con voz baja y urgente, marcando un punto de no retorno. En ese momento, la decisión de continuar, parece ser la única respuesta posible a la tensión palpable que nos envuelve.

Me quedo en silencio por un momento, luchando con la sorpresa y la tentación que sus palabras provocan en mí.

Mis dedos abandonan su pecho mientras doy unos pasos hacia la puerta. Mi mente está en un torbellino de emociones y pensamientos. Cierro la puerta con suavidad, me giro para enfrentar a Balthair.

El acto de cerrar la puerta se siente trascendental. Una puerta cerrada, es una barrera que rompe nuestra voluntad de contenernos y que nos condena a ojos de la sociedad.

Y entiendo que me está dando la oportunidad a mí de elegir.

Balthair, con un tono que mezcla mando y seducción, me instruye con claridad:

—Deshágase de los pantaloncillos y siéntese sobre la mesa cerca de la chimenea.

Sus palabras, aunque sorprendentes, me hacen sentir un torbellino de emociones. La idea de que Balthair sea mi mentor en este viaje de descubrimiento es a la vez intimidante y emocionante.

—Puesto que ha accedido a que yo sea su guía, no buscará a otro para experimentar mientras esté bajo mi protección —continúa, estableciendo un límite claro—. Me buscará solo a

mí para este menester. Puedo satisfacer... todas sus curiosidades.

Me acerco a la mesa, aún procesando la situación, y sigo sus instrucciones con nerviosismo. Subo el vestido de mi falda bajo su atenta mirada para deshacerme de la ropa interior.

Con cada paso que doy hacia la mesa, mi nerviosismo se intensifica. Balthair observa cada uno de mis movimientos con una mirada intensa que parece ver más allá de lo superficial. Al llegar a la mesa, me detengo un momento, tomando una respiración profunda para calmar los nervios que se agitan en mi interior.

Levanto lentamente el dobladillo de mi vestido, sintiendo la tela deslizarse entre mis dedos. Mi respiración se vuelve más pesada, cada inhalación y exhalación resonando en la habitación silenciosa. Balthair sigue observándome, su expresión es una mezcla de control y una expectativa palpable.

Con un movimiento tembloroso, me deshago de mis pantaloncillos, sintiendo la frescura del aire en mi piel. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada latido un eco en el silencio entre nosotros.

Balthair da un paso hacia mí, reduciendo la distancia que nos separa. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, añadiendo tensión al aire. Sus ojos no se apartan de los míos, y en ellos veo un torbellino de emociones contenidas.

Se inclina hacia mí, sus manos alcanzan mi cintura y me alza para sentarme sobre la mesa como si no tuviera paciencia suficiente para esperar que yo lo haga.

Alcanza el dobladillo de mi vestido. Sus dedos rozan mi piel al subir la tela lentamente, y cada roce envía un escalofrío a través de mi cuerpo. La cercanía de sus manos a mi piel expuesta es eléctrica, cargada de una energía que parece vibrar en el espacio que nos rodea.

Nuestras miradas se encuentran y se sostienen, un diálogo silencioso que dice más de lo que las palabras podrían expresar. La respiración de Balthair es profunda y controlada, pero puedo detectar una leve aceleración, un indicio de su propia respuesta a la proximidad entre nosotros.

Al final, cuando el vestido queda recogido a la altura de mi cintura dejándome por completo expuesta.

Balthair se detiene, como si permitiera que la realidad del momento se asiente entre nosotros y observa el vello entre mis piernas.

—Abra más las piernas.

La orden de Balthair, aunque firme, es suave, y sus manos en mis rodillas son delicadas pero insistentes mientras me ayuda a hacerlo. El contacto directo de sus manos con mi piel envía una ola de sensaciones a través de mi cuerpo, y siento una mezcla de vulnerabilidad y expectativa.

A medida que él se coloca entre mis muslos, puedo sentir el calor de su cuerpo tan cerca del mío. La proximidad es abrumadora, y mi corazón late con una fuerza y una velocidad que nunca había experimentado antes. Mi respiración se vuelve errática, cada inhalación más agitada que la anterior, mientras la realidad de nuestra situación se hace más palpable.

Sus dedos comienzan a ascender por mis piernas, ejerciendo una suave presión que me hace estremecer. Cada movimiento es calculado, explorando y despertando sensaciones en cada centímetro de mi piel. Puedo sentir cómo la tensión en mi cuerpo aumenta con cada caricia, un torbellino de emociones y deseos que se acumulan en mi interior.

Miro a Balthair, y nuestros ojos se encuentran. Hay una intensidad en su mirada que refleja la gravedad del momento, un reconocimiento de la intimidad y la conexión que estamos compartiendo. Su rostro está serio, pero sus ojos revelan un deseo contenido, un anhelo que parece resonar con el mío.

A pesar de mi nerviosismo, hay una parte de mí que se siente intrigada y embriagada por la experiencia. La idea de que Balthair sea mi guía en este viaje de descubrimiento sensual es tanto intimidante como inmensamente excitante.

—¿Ha estado atenta a la lectura, señorita Harwood? ¿Ha entendido con precisión lo que es el clítoris y donde se encuentra y lo que provoca? —me pregunta con una mezcla de autoridad y suavidad en su voz.

A pesar de la tensión que me envuelve, asiento con la cabeza, incapaz de encontrar mi voz en ese momento.

—Bien, busquémoslo.

La orden de Balthair me hace temblar ligeramente, pero el deseo de explorar supera mi nerviosismo. Asiento en silencio, entregándome a su guía.

Siento su pulgar deslizarse con un tacto cauteloso pero firme, trazando el contorno de mi sexo. Su toque es educado, pero íntimo e inicia un viaje de descubrimiento y sensaciones nuevas.

—Gima como el otro día, señorita Harwood. Déjeme oírla de nuevo —reclama Balthair, su voz baja y persuasiva.

Siento sus dedos paseándose por toda la hendidura, explorando con una curiosidad metódica. Luego, con una delicadeza que me sorprende, separa mis labios con dos dedos y observa mi interior.

—¿Siente la humedad? —dice, su voz casi un susurro—. Eso es porque a su cuerpo le gustan mis caricias.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada latido resonando en mi cuerpo. Siento su dedo jugando con mi clítoris, provocando oleadas de sensaciones que nunca había experimentado. Balthair me pregunta si coloqué el vibrador sobre ese lugar, y mi respuesta es un mero asentimiento, mi voz perdida en la maraña de emociones y placer.

—Ahora voy a introducir un dedo —anuncia, preparándose para el siguiente paso de nuestra exploración.

Me aferro a sus hombros, buscando algo de estabilidad en medio de la marea de sensaciones que me embarga. Él, con una comprensión innata de lo que necesito, levanta una de mis piernas y la coloca en su cintura, abriéndome más a él. Inclinando mi cabeza hacia atrás, emito un gemido involuntario cuando su dedo se desliza dentro de mí con exquisito cuidado, desencadenando un torrente de sensaciones nuevas y profundas.

Con cada movimiento de su dedo, siento cómo mi cuerpo responde instintivamente. Mis caderas comienzan a moverse, buscando su tacto cuando comienza a retirar su dedo, solo para que él lo vuelva a introducir con más firmeza y determinación. Cada penetración es más profunda, más significativa, y me encuentro atrapada en una danza de placer y descubrimiento.

—Este es el movimiento que haría el miembro masculino dentro de su cuerpo para derramarse —explica, su voz baja y educativa—. Cuanto más rápido, antes se vierte el semen.

Su explicación añade otra capa a la experiencia, haciéndola tanto educativa como inmensamente placentera. Cada palabra suya, cada movimiento de su dedo, me lleva más cerca del borde de un abismo desconocido, un lugar de intensidad y liberación que nunca había explorado.

Mientras continúa su minuciosa exploración, me siento cada vez más envuelta en un mundo de sensaciones que borran todo lo demás. Solo existe el momento presente, Balthair y yo, y el viaje íntimo y revelador en el que nos hemos embarcado juntos. El placer se acumula dentro de mí, creciendo en intensidad y urgencia, prometiendo una culminación que sé que será diferente a todo lo que he conocido antes.

Mis palabras salen como un suspiro, un ruego apenas audible en medio de la marea de sensaciones.

—Por favor... —gimoteo, sintiendo cómo mi cuerpo busca más de su contacto, más de esa intensidad que Balthair está provocando en mí.

Se detiene por un momento, sus ojos clavados en los míos. Hay un brillo de sorpresa y algo más en su mirada.

—Señorita Harwood, creo que es la primera vez que le oigo pedirme algo por favor —dice, su voz baja pero cargada de una intensidad que refleja la nuestra.

Su comentario, a pesar de ser simple, resuena con un significado profundo. Es un reconocimiento de la vulnerabilidad que he mostrado, un momento de intimidad y sinceridad que va más allá de lo físico.

Balthair reanuda su movimiento, ahora con una mayor intensidad y un propósito claro. Su dedo se mueve dentro de mí en un ritmo que me lleva cada vez más cerca del borde. Me aferro a él, mi respiración se convierte en jadeos cortos y rápidos, y cada célula de mi cuerpo parece vibrar en respuesta a su toque.

Introduce otro dedo, su tacto se vuelve más audaz y exploratorio. Siento cómo se hunde más profundamente, sus dedos curvándose y rozando las paredes internas de una manera que despierta sensaciones nuevas y abrumadoras.

El pulgar de Balthair regresa a mi clítoris, presionándolo con una precisión que me hace arquear la espalda. Cada toque es un chispazo eléctrico que recorre mi cuerpo, aumentando la intensidad del placer que se construye dentro de mí.

Con su mano libre, me sostiene por la espalda, brindándome un soporte necesario a medida que mi cuerpo comienza a perder fuerza. Cada movimiento suyo es una ola que me lleva más cerca de un clímax que se siente inminente y transformador.

Mis manos se aferran a él, buscando algo a qué sostenerme en medio de la tormenta de sensaciones que me embarga. Mi respiración es errática, cada jadeo un testimonio del placer que estoy experimentando. Me rindo por completo a las sensaciones, permitiendo que me inunden y me lleven hacia un lugar de intensa liberación.

El ritmo de Balthair se vuelve más insistente, más enfocado. Puedo sentir cómo cada movimiento suyo está diseñado para llevarme al límite. Mi cuerpo responde con un deseo creciente, cada célula pareciendo anhelar ese momento de éxtasis.

Cierro los ojos, entregándome a la experiencia, dejándome llevar por la corriente de placer que Balthair está creando. Estoy al borde del abismo, preparada para sumergirme en el desconocido mundo del clímax que se avecina.

El mundo se reduce a las sensaciones que él evoca en mí: la presión rítmica de sus dedos dentro de mí, el roce insistente de su pulgar sobre mi clítoris, y la firmeza de su mano en mi espalda, sosteniéndome en un abrazo que es tanto físico como emocional.

De repente, como una ola rompiendo contra la orilla, el clímax me alcanza con una fuerza que me deja sin aliento. Es un estallido de placer que irradia desde mi centro, ondas expansivas que se propagan por todo mi cuerpo. Cada músculo se tensa y luego se libera en una secuencia de contracciones que me llevan a través de un torrente de emociones y sensaciones.

Mi mente queda en blanco, consumida por la intensidad de la experiencia. Puedo oírme a mí misma gemir, un sonido que parece venir de lo más profundo de mí. Mi cuerpo se mueve involuntariamente, ondulando y arqueándose al ritmo de las olas de placer que Balthair ha desencadenado.

En medio de la intensidad del momento, él se inclina hacia mí con cuidado y susurra con

suavidad, pidiéndome que modere mi voz. Con una delicadeza que contrasta con la pasión del momento, lleva mi cabeza hacia su hombro, amortiguando los sonidos de mis gemidos.

Apenas consciente de mis acciones, me aferro a su cuello, mis uñas se clavan en su piel sin darme cuenta. La proximidad de Balthair, su calor y su presencia, me brindan un ancla en medio de la marea de sensaciones que me abruman.

Con una paciencia y una ternura que no esperaba, sostiene mi cuerpo tembloroso mientras el clímax se desvanece lentamente. En ese abrazo, siento una seguridad y una conexión que va más allá de lo físico, un vínculo que se ha forjado en la vulnerabilidad y la confianza.

El orgasmo parece durar una eternidad, cada segundo lleno de una euforia indescriptible. Cuando al fin comienza a disminuir, me siento exhausta pero profundamente satisfecha, un sentimiento de plenitud y realización me invade.

Abro los ojos lentamente, encontrándome con la mirada de Balthair. Hay una expresión de asombro y satisfacción en su rostro. Retira con suavidad sus dedos, manteniendo su contacto conmigo, su cuidado evidente en cada movimiento.

A medida que me recupero del clímax, noto algo más: la evidente excitación de Balthair. Al bajar la mirada, me topo con una clara muestra de su deseo, una erección pronunciada que no puede ocultar bajo sus pantalones ajustados. La visión es sorprendente y un poco desconcertante, una prueba física del efecto que el momento compartido ha tenido en él.

Él se da cuenta de hacia dónde se dirige mi mirada y, con una mezcla de embarazo y resignación, comenta:

—Bajará enseguida —dice, su voz ligeramente tensa, consciente de su estado y recolocando el bulto con una mano.

«Es fascinante y de un tamaño muy considerable. Demasiado».

A pesar de la situación incómoda, hay un toque de humanidad en su reacción que me hace verlo bajo una nueva luz. Aquí está Balthair, un hombre que a menudo parece inquebrantable e impenetrable, mostrándose vulnerable en un momento de desnudez emocional y física.

—Supongo que ya no le quedan dudas sobre haber conseguido ese clímax —comenta tratando de impregnar ligereza a su voz.

—Evidentemente no —respondo, todavía procesando lo que acabo de experimentar—. Ha sido muy esclarecedor. Gracias por su ayuda.

Mientras bajo la pierna de su cintura, Balthair sigue el movimiento, y sus ojos se detienen brevemente en mi sexo. Hay en su mirada un destello de deseo crudo, una especie de hambre que no se disimula.

—Bien —carraspea, intentando recuperar su compostura—. Me alegra haber sido de ayuda.

—Sí, así ha sido —digo, reconociendo su contribución a mi reciente descubrimiento. Me invade una sensación de gratitud mezclada con una curiosidad renovada hacia él—. ¿Puedo hacer yo algo por usted?

Balthair se toma un momento antes de responder, como si estuviera luchando con la idea.

—No se preocupe por mí —dice finalmente, su voz mostrando una mezcla de firmeza y una leve frustración—. Ya le he dicho que bajará enseguida. Esto era sobre usted y su búsqueda de experiencias, no sobre mí.

Hay una cierta resignación en su tono, como si estuviera intentando mantener una distancia emocional y física, a pesar de lo que acabamos de compartir.

Reconociendo su deseo de mantener las cosas en esos términos, asiento con comprensión, aunque no puedo evitar sentir una chispa de curiosidad sobre lo que podría estar pasando por su mente. Este intercambio, aunque breve, ha añadido otra capa a nuestra relación, una que sugiere

que hay mucho más en Balthair de lo que se ve a simple vista.

Al observar más de cerca, noto que tiene arañazos en el cuello, marcas que yo misma he dejado en medio de mi abandono a las sensaciones. Me invade una mezcla de preocupación y vergüenza.

—Oh, lo siento. Le he hecho daño. ¿Quiere que le cure el cuello? —pregunto, extendiendo la mano hacia él en un gesto instintivo de cuidado.

Pero antes de que pueda tocarlo, Balthair detiene mi mano con rapidez.

—No ayuda que me toque a que... las cosas vuelvan a su sitio, señorita Harwood —dice con una tensión evidente en su voz. Puedo ver la lucha en sus ojos, una batalla interna entre el deseo y el autocontrol—. Creo que... mejor me marcho cuanto antes.

Se gira con rapidez para recoger su chaqueta, que había dejado a un lado antes de empezar a curar su labio. Se la coloca delante del cuerpo, una barrera simbólica entre nosotros, y se dirige a la puerta.

Al acercarse a la salida, Balthair se detiene un instante, como si estuviera escuchando algo al otro lado. Tras un breve momento de duda, abre la puerta con un gesto rápido y sale de la habitación de manera precipitada.

Me quedo sola, procesando los eventos recientes. El calor de su toque todavía arde en mi piel, y las marcas en su cuello son un recordatorio tangible de la intensidad de nuestra interacción.

Esbozo una sonrisa.

«Esto es mucho más apasionante de lo que imaginaba».



Capítulo 17

Llegamos al valle de Strathglass después de varios días de viaje desde Londres. El viaje había sido largo, atravesando paisajes cambiantes y ciudades diversas, cada una dejando su propia impresión en nuestro viaje.

Finalmente, el castillo de Erchless se despliega ante nosotros, un magnífico refugio anidado en el abrazo verde de los pinares de Caledonia. Su silueta blanca resalta contra el esmeralda intenso de los árboles, con torres que se elevan de manera grácil hacia el cielo, coronadas por tejados de tejas grises que brillan bajo el sol de la tarde.

La fachada del castillo está adornada con detalles elegantes; ventanas enmarcadas por piedra cuentan historias de tiempos pasados. Su estructura principal se ve robusta pero acogedora, como si, a pesar de su impresionante presencia, invitara a todos aquellos que se aproximan a encontrar refugio y calor en su interior.

El césped que rodea el castillo está cuidado meticulosamente, un tapiz verde que se extiende hasta el borde del bosque, ofreciendo un contraste natural con la blancura de las paredes. Bancos de madera se dispersan por el jardín, invitando a los visitantes a sentarse y disfrutar de la paz y la serenidad del lugar.

El aire está impregnado de la frescura de la naturaleza y la solemnidad de la historia; mientras me aproximo, puedo sentir la majestuosidad de la herencia de Balthair, una conexión tangible con el pasado y una promesa de estabilidad en el futuro. El castillo de Erchless no es solo una estructura de piedra y mortero, sino un hogar que se erige orgulloso, guardián de generaciones y custodio de las historias de un clan.

Este será mi nuevo hogar, un lugar de comienzos y descubrimientos, donde cada paso me llevará por pasillos impregnados de historia y cada amanecer me despertará con vistas a los pinares de Caledonia.

Durante el viaje, la presencia de Balthair ha sido una constante, aunque se ha mostrado más callado de lo habitual, sumido en sus pensamientos. Algo en su mirada sugiere que se encuentra en un estado de reflexión profunda, quizás contemplando cuestiones que van más allá de lo inmediato.

Sentado enfrente de mí cada vez que viajaba en el interior del carruaje, a menudo al levantar la vista me encontraba con sus ojos fijos en mí, como si estuviera tratando de leer algo en mi rostro o quizás perdido en sus propias cavilaciones.

En una ocasión, mientras conversaba con la señora MacTavish, el tema derivó hacia Oliver y cómo él me había conquistado. Mientras relataba con un toque de añoranza ese primer abordaje en el parque, el cuento que le conté a mis pupilas que captó su atención y los encuentros posteriores, coincidencias orquestadas que no eran más que excusas para encontrarse y desplegar sus encantos. Noté que Balthair desviaba su atención hacia el paisaje que se deslizaba más allá de la ventana del carruaje. Su interés en lo que sucedía fuera era más marcado de lo usual. Su perfil, usualmente tan atento a la conversación, se recorta ahora contra el marco de la ventana, como si buscara refugio en las vistas que se despliegan o se esforzara por ocultar su reacción a las historias compartidas.

Cada vez que el nombre de Oliver surgía en la conversación, Balthair parecía alejarse mentalmente, como si la mención de su viejo amigo y los detalles de su cortejo lo transportaran a un lugar de reflexión que lo aislaba aún más del aquí y ahora.

Tal vez, la idea de un romance tan abierto y apasionado contrasta con su propia naturaleza reservada y pragmática, llevándolo a buscar consuelo en la inmutabilidad del paisaje escocés.

Sin embargo, a pesar de su introspección, Balthair no se retira por completo. Su presencia es constante y su silencio no se siente como una barrera, sino como una pausa reflexiva, un espacio donde las emociones y los pensamientos se agitan bajo la superficie de su habitual compostura.

—Venga, le presentaré a Briony —me dice en cuanto cruzamos el umbral de la puerta, sin apenas tiempo para que pueda empaparme del lugar.

El interior del castillo es un mundo aparte, un entramado de tradición y elegancia. Las paredes están adornadas con tapices y cuadros que retratan la historia del clan Chisholm, y las amplias ventanas dejan entrar la luz que se filtra a través de las cortinas de terciopelo, haciendo que los pisos de madera pulida brillen. Las antorchas y candelabros de hierro forjado iluminan nuestro camino, proyectando sombras danzantes que realzan el misterio del lugar.

Mientras avanzamos, un número de sirvientes se acercan a saludar a su señor. Sus rostros reflejan una mezcla de respeto y afecto hacia Balthair. Se inclinan ligeramente o asienten con sus cabezas al pasar, algunos con una sonrisa contenida, otros con una formalidad más marcada. El aire es de eficiencia y calidez, y cada persona parece tener un papel preciso en el funcionamiento de esta gran casa.

El castillo resuena con los ecos de los pasos, conversaciones distantes y los sonidos de la vida cotidiana que se desenvuelve dentro de sus muros. Los techos altos y los corredores amplios transmiten una sensación de grandeza y poder, en consonancia con la posición de él como laird.

Al observar a Balthair en este entorno, su presencia se siente aún más poderosa. Su porte es el de un verdadero líder, alguien que lleva sobre sus hombros el peso de una herencia y la responsabilidad hacia su gente. La imagen de su dedo trazando caminos de placer sobre mi piel parece pertenecer a otro mundo, uno mucho más privado y secreto, contrastando con la formalidad y la estatura de su rol aquí.

Este castillo es un testimonio de la estirpe de Balthair y ahora, al verlo en su elemento, rodeado de su gente y en el corazón de su hogar, siento una nueva ola de respeto hacia él.

Una mujer de mediana edad, con una expresión de fatiga dibujada en su rostro, se detiene en seco al ver a Balthair. Sus ojos, marcados por la experiencia y un toque de resignación, revelan cierta sorpresa ante nuestra llegada.

—Esta es la señora Fergusson —me presenta Balthair—. Ha cuidado de Briony como niñera desde que era un bebé.

—¿Cómo está? —le dice a la mujer con la cortesía que le caracteriza—. Le presento a la señorita Harwood, ella será la nueva institutriz de Briony y se ocupará de su educación a partir de ahora.

La niñera, la señora Fergusson, me examina de arriba abajo con una mirada que parece medir mi resistencia y luego exhala, como si dejara escapar con ese suspiro años de desafíos contenidos.

—Que Dios coja confesada a esta pobre criatura —dice, con una mezcla de humor y exasperación—. Yo ya me he ganado el cielo y necesito un merecido descanso.

—Señora Ferguson, ¿dónde está Briony? —insiste Balthair.

—Cualquiera sabe —responde la mujer con un tono que denota su frustración—. Nunca está quieta.

Al advertir movimiento desde la ventana, me acerco curiosa y descubro a una niña de unos siete años colgada de una rama de un árbol, observándonos con una expresión desafiante. Al darse cuenta de que la he visto, la niña me muestra una sonrisa traviesa y me saca la lengua de forma descarada.

Sin dudarle, me acerco a la ventana y la abro.

—Tú debes ser Briony, —digo, intentando esbozar la más amable de mis sonrisas.

—Y tú debes ser una bruja con esa cara tan fea —me responde ella, sin un ápice de miedo o duda.

Contengo una carcajada al escuchar su franca insolencia y miro a Balthair, cuyos ojos expresan una mezcla de exasperación y sorpresa.

—¿Es a este demonio al que debo educar? —pregunto, aún luchando por mantener mi compostura.

—Oye, bruja fea, que te he oído —retoma Briony desde su atalaya arbórea—. ¿Para qué has vuelto? —pregunta dirigiéndose a Balthair—. Estábamos mejor sin ti. Ahora tendré que volver a sentarme a la mesa y hacer cosas que no me gustan solo porque tú me las ordenas, Balthair, y no quiero.

Él frunce el ceño.

—Te he dicho mil veces que no me llames por el nombre —le reprende con severidad.

—Tiene razón en que eres bastante mandón —le digo a él, y luego me dirijo a la niña—. Y también en que se está mejor en los árboles que en las mesas. Pero creo sin lugar a duda que tú pareces más bruja que yo.

La niña se cruza de brazos y me observa con descaro.

—Si yo parezco una bruja, entonces tú debes ser un gato negro —contesta con rapidez, sin perder su actitud desafiante.

—No tengo el pelo lo suficientemente oscuro para eso, querida —replico, manteniendo el tono ligero y juguetón—. Además, los gatos negros traen suerte, así que tal vez deberías reconsiderarlo.

Balthair, con claridad con la paciencia al límite, se masajea la sien como si intentara contener una cefalea incipiente.

—Briony, basta ya de hablar así —dice con firmeza—. La señorita Harwood está aquí para

ayudarte y merece tu respeto.

—No necesito ayuda, y menos de una bruja fea —insiste, aunque la rebeldía de su voz se atenúa un poco frente a la autoridad de Balthair.

—Bueno, yo podría bajar de ese árbol con una agilidad asombrosa.

—¿Y cómo harías eso?

—Soy un gato, ¿recuerdas? No hay nadie más ágil.

—No te creo. Seguro que no te has subido nunca a un árbol. Tienes pinta de remilgada.

Balthair suspira, con claridad no convencido de que nuestra interacción vaya a ser fácil.

—Briony, acompaña a la señorita Harwood y muéstrale el castillo. Es tu deber como anfitriona —ordena.

—No, tú las has traído. Ocúpate tú de ella.

—La verdad es que no tengo ganas de caminar junto a una niña tan antipática. Prefiero hacer cosas más divertidas yo sola.

—¿Cómo qué? —pregunta la niña con burla—. ¿Bordar, escribir sin parar y leer cosas aburridas?

—Yo no leo nada aburrido. De eso puede dar fe el propio Sir Chisholm, pero no me refería a eso, sino a cosas divertidas de verdad.

Briony arquea una ceja, su curiosidad con claridad picada.

—¿Cosas divertidas de verdad? No hay nada divertido en este viejo castillo —desafía, escéptica.

Sonríó, captando su interés.

—¿Qué tal si te digo que sé cómo hacer las galletas más peculiares del mundo?

—Bah, cocinar. Eso no tiene nada de especial. Leah siempre me pide que la ayude en la cocina y es un rollo.

Briony frunce el ceño, pero puedo decir que está intrigada a pesar de su tono despectivo.

—Pero mis galletas no son como nada que hayas probado nunca. Unas llevan pimienta y ponen al rojo vivo a cualquiera que las come, otras tienen un sabor tan peculiar que podrías jurar que estás lamiendo un sapo e hinchán la lengua, las hay con sabor a vómito y las mejores son las que saben a caca de perro —Le guiño un ojo—. Imagínate la diversión de ver a alguien morder una sin saber lo que le espera.

Sus ojos se iluminan con la posibilidad de la travesura, y una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro.

—Eso suena... interesante. ¿De verdad llevan caca de perro?

—Oh, no exactamente, pero el sabor es tan genuino que bien podría serlo y lo que las prueban se lo llegan a creer lo que es divertidísimo —digo con confianza, anticipando su entusiasmo por la broma.

Balthair nos observa, una mezcla de consternación y diversión en su semblante.

—Ahora tengo dos demonios en el castillo en lugar de uno —dice, aunque la esquina de su boca traiciona su intento de parecer molesto.

—Vamos, Sir Chisholm, admita que le encanta la idea de un poco de caos inofensivo —le digo con una sonrisa.

—Caos inofensivo, dice... —murmura Balthair, pero la preocupación en su mirada no puede ocultar el afecto por su sobrina, y tal vez, solo tal vez, un poco de afecto por la bruja fea que ha traído este nuevo espíritu al castillo.

Briony agarra mi mano, su reticencia previa reemplazada por una chispa de complicidad.

—Bien, bruja fea, enseñémosle a este aburrido castillo lo que es la diversión de verdad —

declara, y algo me dice que acabo de ganarme una pequeña aliada en esta gran casa de piedra y tradiciones.



Capítulo 18

El salón del castillo Erchless está lleno de risas y expectación. La cocinera, una mujer regordeta y amable llamada Mrs. Griggs, mira con recelo la bandeja de galletas, su mano temblorosa mientras elige una.

El mayordomo, un hombre de aspecto noble llamado Mr. Fenton, con sus cabellos plateados peinados hacia atrás, inspecciona las galletas con el ceño fruncido, eligiendo otra después con cuidado tras el resultado favorable de la elección de la cocinera.

Leah, la joven doncella de ojos vivaces y sonrisa fácil, parece emocionada por el juego, y su entusiasmo contagia a los demás. Uno tras otro, los miembros del personal toman una galleta, algunos con resultados deliciosos y otros con consecuencias menos agradables.

Cuando a uno de ellos, un hombre robusto llamado Mac, le toca una galleta que hace que sus ojos se llenen de lágrimas como si estuviera cortando cebolla, Briony ríe a carcajadas, y todos los demás no pueden evitar unirse a ella.

Balthair aparece en la puerta, su figura imponente recortada contra la luz que entra desde el corredor. Ahora, al haber llegado a Escocia, Balthair a menudo elige vestir de manera tradicional, optando por un kilt en lugar de los habituales pantalones ajustados.

El kilt, confeccionado en lana pesada, presenta un tartán de colores profundos que representan su clan, cuyos pliegues caen con elegancia hasta sus botas.

Sobre el kilt, lleva un chaleco a juego y una chaqueta sobria, que complementan su atuendo con un aire de dignidad. Los patrones intrincados y los colores del tartán destacan contra la simplicidad de su camisa blanca, anudada en el cuello con una corbata sutil.

Este cambio de vestimenta acentúa la fuerza y la nobleza de su presencia.

—No mentía —me dice, señalando la bandeja de galletas.

—Vamos, prueba una —le anima Briony, con una sonrisa diabólica en su rostro. Alexander,

siempre listo para fomentar la diversión, incita a Balthair.

—Si te toca una con picante, la señorita Harwood te dará un beso mágico para que se le pase. Con Briony ha funcionado —le explica, guiñándome un ojo.

—Creo que no —responde él, pero sus ojos destellan con una mezcla de diversión y desafío.

Entonces, el jardinero, un hombre llamado Lachlan con ojos verdes y sonrisa desenfadada, se adelanta.

—Yo lo haré —dice, escogiendo una galleta al azar y fingiendo que le pica la lengua.

Todo el mundo se une a la broma, animándome a darle un beso. Me acerco y le doy un casto beso en la mejilla, lo que provoca una oleada de aplausos y risas.

Lachlan, con claridad complacido y aún fingiendo malestar por la picante galleta, se toca la mejilla con una sonrisa exagerada.

—Curado por arte de magia —anuncia, provocando otra ronda de risas. Briony, con la astucia de una detective en miniatura, agarra la galleta y después de olerla, exclama:

—¡Esa galleta no pica, nos ha engañado para que Adele le diera un beso!

La habitación se llena de carcajadas y entonces, Balthair, con una expresión resignada, decide probar su suerte. Escoge una galleta y, tras masticarla, su expresión se tuerce en un gesto de disgusto absoluto y comienza a toser.

—Mi lengua... se está hinchando —logra decir entre toses, y aunque todos sabemos que está exagerando, su actuación es tan convincente que no podemos evitar reír aún más. Briony se acerca y le da un golpecito en la espalda.

—Vamos, Balthair, por mucho que te quejes, Adele no parece dispuesta a darte un beso. Creo que le gusta más Lachlan —le dice y eso despierta risitas encubiertas.

A pesar de la diversión general, no puedo evitar notar la forma en que los ojos de Balthair buscan los míos.

—Si realmente le duele, puedo intentar curarle —le ofrezco con una sonrisa, consciente de que estamos actuando para una audiencia. Él me mira, y hay un destello de algo indefinible en su mirada.

—Ya hablaremos —dice al fin, en voz baja—. Después.

Asiento confusa. Briony, sin embargo, nos arrastra de vuelta al momento presente.

—¿Vamos a seguir con las galletas o no? —exclama, poniendo las manos en las caderas.

Y así, el juego continúa, pero hay un cambio sutil en el aire. Balthair y yo ahora estamos en una especie de juego propio, uno con reglas que ninguno de los dos entiende del todo, pero que ambos estamos dispuestos a explorar.

Mi mirada se cruza con la de Alexander. Este levanta las cejas con una sonrisa enigmática.

—Espero que a mí también me toque una picante para que la señorita Harwood pueda darme un beso —dice con burla.

—Increíble, tan fea... y todos quieren sus besos. Balthair observa la escena con un aire de diversión resignada. Sin embargo, puedo notar que su mirada a menudo se desvía hacia mí, como si estuviera considerando cada palabra, cada gesto.

—Creo que ha sido suficiente diversión por hoy —dice con firmeza. Con eso, la multitud comienza a dispersarse, llevándose con ellos las últimas galletas de la bandeja. Briony, aún con una sonrisa traviesa en su rostro, me mira y dice:

—Adele, creo que deberíamos planear nuestra próxima travesura. Esto ha sido demasiado divertido para no repetirlo.

—Definitivamente —respondo, sabiendo que mi estancia en el castillo

Erchless está resultando ser mucho más interesante de lo que había anticipado.



—Sir Chisholm, ¿quería hablar conmigo? —pregunto, entrando en la biblioteca donde parece refugiarse por las noches.

El lugar está en penumbra cuando entro, con solo una lámpara encendida sobre el escritorio donde Balthair trabaja. Levanta la mirada hacia mí y asiente.

—Lachlan, el jardinero, me ha pedido permiso para enseñarle las plantas del invernadero —comienza.

—Oh, eso suena maravilloso —respondo, entusiasmada—. Me gustaría enseñarle a Briony también. No hay mejor forma de aprender que con algo divertido que capte su atención.

—¿Es por Briony entonces? —pregunta con un tono que no logro descifrar.

—Claro, aunque... —dudo un instante—. ¿Por qué lo pregunta?

—Me había parecido que habían forjado una buena relación, Lachlan y usted. Y me parecía que él estaba especialmente encantado con la idea de enseñarle sus habilidades —comenta con un toque de sarcasmo.

—Señor Chisholm, ¿qué insinúa?

—Nada en particular. Solo observaciones —responde con una media sonrisa.

—No se preocupe, Sir Chisholm. Mi interés es puramente pedagógico —aseguro, aunque me pregunto si él detecta algo más en mi voz.

—A veces creo que traerla aquí va a ser mi perdición, señorita Harwood —murmura, casi para sí mismo.

—¿Se ha arrepentido?

—No, lo cierto es que no. No creía que pudiera hacerse con la niña tan pronto. Reconozco que ha hecho huir antes a otras institutrices —admite con sinceridad.

—Creo que la entiendo. Yo también perdí a mis padres muy joven y está enfadada. Su única forma de poder demostrarlo es con esos actos de rebeldía —comento, sintiendo una conexión inesperada con Briony.

—Espero que en otra ocasión, la convenza para sentarse a la mesa a cenar. No me gusta hacerlo solo —dice, cambiando de tema.

—Estaba con el señor Gordon y la señora MacTavish y para nosotras fue mucho más divertido hacerlo en la cocina mientras preparábamos las galletas —respondo con una sonrisa.

—No lo dudo, pero quiero que ambas se sienten a la mesa a cenar. Y que le enseñe a comportarse durante ella, aunque no sé si usted... será un buen ejemplo —comenta con un tono que no logro descifrar.

—¿A qué se refiere? Mis modales a la mesa son intachables. Nadie me ha dicho nunca lo contrario —replico, un tanto sorprendida.

—Señorita Harwood, usted no come simplemente, usted... disfruta de cada bocado... Eh... Ya le he dicho en alguna ocasión que hay en usted una naturaleza con exceso de sensualidad y cuando mueve su boca alrededor de... Bueno, dejemos este tema por ahora —dice, con claridad incómodo—. ¿Quiere seguir leyendo? —me pregunta, cambiando de forma abrupta de tema.

—¿Se refiere a los libros que vilmente me ha confiscado? —pregunto, recordando nuestras conversaciones previas sobre mi selección literaria.

—Solo trato de mantenerlos seguros en un lugar adecuado —se justifica.

—De acuerdo. Devuélvamelos —digo, cruzándome de brazos.

—No, señorita Harwood, se sentará y los leerá aquí y cuando termine volveré a guardarlos —dice con firmeza.

—Muy bien, aunque no entiendo sus razones —acepto al fin, aunque interiormente me siento frustrada por su control.

—No hace falta que lo entienda todo —responde, y con ese comentario, comienza una noche de lectura bajo la atenta y misteriosa vigilancia de Sir Balthair Chisholm.

Me acomodo en un sillón mullido, sintiendo el cálido resplandor de la chimenea iluminar la habitación. Balthair, tras rebuscar en un cajón, se acerca y me extiende el libro de Sade. No puedo evitar sonreír con picardía.

—¿Cómo está su lengua, Sir Chisholm? —pregunto, ocultando maliciosamente mi diversión.

—Supongo que bien, aunque esa galleta no fue precisamente un placer. ¿Qué demonios le puso? —pregunta, frunciendo el ceño un poco.

—No puedo revelar mis secretos —digo con una sonrisa juguetona, disfrutando de este pequeño juego entre nosotros.

—¿Pero si dar besos para curar sus efectos?

—Ese fue un tema que se me fue de las manos —admito, recordando el caos divertido de la noche.

—Pero no conmigo. No me ofreció uno —señala Balthair, con un tono que no logro descifrar por completo.

—¿Quiere un beso? ¿Todavía siente pesadez en la lengua? Tengo que decirle, por si no lo sabe, que todo era un juego, que mis besos no son mágicos —le digo, burlándome abiertamente.

—Adelante, señorita Harwood —me desafía.

Me levanto y me acerco a él, planeando depositar un beso casto en su mejilla como al jardinero. Sin embargo, Balthair me sorprende al detenerme con un brazo firme en la cintura.

—No fue ahí, señorita Harwood.

—¿A qué se refiere? —pregunto con el corazón en la mano.

Pero sus ojos, intensos y profundos, me dan la respuesta sin palabras.

Con cautela, acerco mis labios a los suyos. Balthair responde abriendo ligeramente su boca. Al unir nuestros labios, pienso que será un contacto breve, pero él me sujeta con firmeza por la nuca, reteniéndome.

—Sir Chisholm...

—Fue mi lengua la agraviada, Adele.

Sus palabras me dejan sin aliento. Con un movimiento audaz, lame mis labios y los presiona para que yo los abra. Me rindo a su petición, permitiendo que su lengua se deslice en mi boca, donde comienza a acariciar la mía con un ritmo hipnótico.

El beso que empieza con una suavidad engañosa, como el roce de un pétalo, con rapidez se transforma en algo más crudo y exigente. Es un baile de lenguas y alientos, un juego de seducción y entrega.

La boca de Balthair es un lugar de calor intenso y humedad, su lengua explora la mía con una urgencia que me hace temblar. El sabor de él es una mezcla embriagadora de té recién bebido y la madera ahumada del fuego de la chimenea, un aroma masculino que se filtra por mis sentidos.

La textura de su lengua es suave, pero firme, dibujando patrones que me hacen estremecer, un contraste con la suavidad habitual de los besos que había conocido antes.

Es un beso que no pide permiso, que demanda y toma, que revela una necesidad profunda y hasta ahora reprimida. Su mano aprieta mi cintura, un recordatorio de su fuerza, mientras la otra mano, que sujeta mi nuca, me mantiene en su agarre firme y seguro.

Mis manos, que al principio se habían quedado colgando a mis lados, ahora encuentran su camino hacia su pecho, sintiendo bajo la tela de su camisa el latido rápido de su corazón. Balthair responde a mi toque con un gemido suave, una confirmación silenciosa de que este beso significa algo más que un simple remedio para una galleta mágica.

Nuestras respiraciones se mezclan en un ritmo acelerado, un sonido casi animal que llena la habitación. El beso se vuelve más intenso, más profundo, como si cada uno tratara de marcar al otro con su esencia. No hay dulzura en este beso; es una lucha de poder y pasión, un enfrentamiento de deseos.

Siento cómo su cuerpo responde al mío, cómo sus músculos se tensan bajo mi tacto. Balthair no es un hombre que se entrega fácilmente, pero en este beso, hay una entrega mutua, una aceptación de la atracción cruda y poderosa que nos une.

Cuando al fin nos separamos, lo hacemos con la renuncia de quienes han compartido un momento de conexión profunda e inolvidable. Las mariposas en mi estómago revolotean con una energía renovada, un testimonio silencioso de la intensidad de lo que acabamos de experimentar.

—No vuelva a besar a nadie de mi personal —me advierte Balthair con una severidad que resuena en cada palabra—. Le dije que me buscara a mí para cualquier experiencia que necesitara para saciar su curiosidad.

—No puede estar hablando en serio, Sir Chisholm —respondo, intentando mantener la voz firme aunque su cercanía y la reciente intimidad del beso me descolocan.

Hay un brillo en sus ojos que no logro descifrar por completo, algo entre la seriedad y un desafío latente.

—Yo siempre soy serio con lo que digo, señorita Harwood —responde con una firmeza que no admite dudas—. Usted está bajo mi protección y responsabilidad. No permitiré que se comprometa con nadie más mientras esté aquí.

—No sabía que mi... curiosidad era motivo de tal preocupación para usted.

—Yo soy un hombre que... bueno, digamos que no me tomo a la ligera la promesa de custodiarla y cuidarla —dice, y aunque su tono es serio, hay una profundidad en su mirada que sugiere algo más, una conexión que va más allá de las palabras.

—Entiendo su inquietud por mantener las apariencias, pero puedo asegurarle que tengo pleno control sobre mis acciones —afirmo, tratando de sonar más convencida de lo que realmente me siento.

Balthair se cruza de brazos, su postura refleja una mezcla de resolución y algo más que no logro descifrar.

—Muy bien —dice con una voz que intenta ser calmada—, puede continuar con su lectura. No se olvide de leer en voz alta.

Mis cejos se fruncen en sorpresa.

—Pero ¿por qué? —pregunto, confundida por su petición.

—Considero que sería una experiencia... educativa para ambos —responde él, y aunque su rostro permanece impassible, hay un destello de algo indescifrable en sus ojos—. Y quiero estar al tanto de sus reacciones, de su comprensión del material y sus recién adquiridos conocimientos.

Sintiendo que esta es una batalla que no puedo ganar, abro el libro y comienzo a leer. Balthair se sienta frente a mí, su mirada clavada en mí mientras pronuncio cada palabra. La tensión en la habitación crece, un aire cargado de un entendimiento tácito y una curiosidad

mutua.

Leo directamente de la novela:

—*Dolmance: Quisiera que Eugenia me masturbase un poco. (Ella lo hace.) Sí, así..., un poco más rápido, corazón... Mantened siempre descubierta esa cabeza rojiza, nunca debéis cubrirla... Cuánto más tenso pongáis el frenillo, mayor será la erección que provoquéis... No se debe volver a reencajar la cabeza del miembro que se masturba... ¡Bien! Así es que como preparáis el miembro que os va a perforar... ¿Veis cómo se decide?... ¡Dadme vuestra lengua, bribona!... Posad vuestras nalgas sobre mi mano derecha, de modo que con la izquierda os acaricie el clítoris.*

Cada página que paso añade una nueva capa a nuestra relación, una mezcla de deseo, respeto y una inquietud palpable. Puedo sentir cómo sus ojos no solo siguen el movimiento de mis labios, sino que también exploran cada cambio en mi expresión.

Al terminar ese capítulo particularmente intenso, levanto la mirada hacia él. Su rostro está inescrutable, pero sus ojos... en sus ojos hay un fuego que parece arder solo para mí.

—Creo que es suficiente por hoy —declara Balthair, cerrando la distancia entre nosotros con un movimiento decidido. Su mano alcanza y cierra el libro con suavidad, pero con una firmeza que pone fin a nuestra sesión de lectura.

Me quedo sentada, aún sintiendo el eco de las palabras que acabo de leer, palabras que parecen haber tejido una atmósfera de tensión y expectativa entre nosotros. La habitación parece más pequeña de repente, llena del peso de lo no dicho, de lo implícito en cada mirada y en cada pausa.

—¿Está todo bien, Sir Chisholm? —pregunto, tratando de ocultar el temblor en mi voz.

Él se pasea ligeramente por la habitación antes de responder, como si estuviera luchando con sus propios pensamientos.

—Sí, todo está bien. Es solo que... —se detiene y se vuelve hacia mí, sus ojos buscando los míos—. Esto también es nuevo para mí, señorita Harwood. No estoy acostumbrado a este tipo de... franqueza.

Asiento, comprendiendo su dilema. Balthair es un hombre de honor y responsabilidad, un hombre que lleva el peso de su posición y su historia familiar con seriedad. Esta exploración de la sensualidad y el deseo parece estar abriendo puertas que él había mantenido cerradas durante mucho tiempo.

—No tiene que preocuparse, Sir Chisholm. No tengo intenciones de sobrepasar esos límites que considera apropiados.

—No estoy seguro de conocer esos límites cuando se trata de usted —admite, y hay una sinceridad en su voz que me altera.

Nos quedamos en silencio por un momento, cada uno perdido en sus pensamientos. Finalmente, Balthair se detiene detrás de su mesa y comienza a revolver entre sus papeles.

—Mañana acompañaré a la señora MacTavish a Cannich, quería pedirle que venga también. Podría conocer mejor este lugar.

—Me encantaría —respondo, sintiendo una chispa de anticipación por el día que vendrá.

—Ahora váyase —me ordena con precipitación.

—Buenas noches —le digo.

Salgo de la biblioteca, pero a medio camino, me doy cuenta de que se me ha olvidado preguntar si saldríamos pronto por la mañana. Decido volver para aclarar ese detalle. Al acercarme a la puerta, escucho un sonido adolorido y apagado desde el interior. La preocupación me invade, temiendo que algo le haya sucedido a Balthair.

Sin pensarlo dos veces, abro la puerta sin llamar. Pero la escena que se despliega ante mis ojos es por completo diferente a lo que esperaba.

Él está sentado en el mismo sillón en el que estaba momentos antes, pero su figura imponente se ve envuelta en una tensión diferente. Su mano está con firmeza agarrada a su miembro, que se encuentra fuera de su pantalón. El sonido de su respiración agitada llena la habitación, mezclándose con el crujir de la madera y el chisporroteo de la chimenea.

Por un instante, el tiempo parece detenerse. Mis ojos, incapaces de apartarse o reaccionar, se clavan en él. La imagen de su intimidad expuesta así, tan abiertamente, me impacta de una manera profunda e inesperada.

Lo que veo es un reflejo de su virilidad; su miembro es notablemente grande, una protuberancia prominente en su cabeza lo hace parecer aún más imponente. Las venas están con claridad definidas, recorriendo su longitud como ríos sobre un mapa, cada una marcada y resaltante, acentuando su tamaño y potencia.

La piel de su miembro tiene un tono ligeramente más oscuro que el resto de su piel, y su grosor es tal que me hace cuestionar si eso es lo normal.

La vista de él así, tan expuesto y vulnerable a pesar de su evidente masculinidad, me deja sin aliento.

Balthair levanta la mirada, encontrándose con la mía. Su expresión es una mezcla de sorpresa, azoramiento y una especie de desafío resignado. Durante un momento que parece eterno, ninguno de los dos dice nada. La atmósfera se carga de una intensidad palpable.

Me dispongo a salir de la habitación, mi mente aún procesando lo que acabo de ver, pero él es más rápido. Con un movimiento vertiginoso, Balthair pone su mano sobre las llamas de la puerta, cerrándola con un golpe seco, impidiéndome la salida.

Desde detrás, su voz llega tensa, con los dientes apretados.

—Espere, por favor. Permítame explicarlo —me ordena.

—No hay nada que explicar, Sir Chisholm —digo con firmeza—. No es necesario que se justifique conmigo. Creo que ambos traspasamos ciertos límites cuando usted me asistió.

Me quedo inmóvil, sintiendo el calor de su cuerpo detrás del mío, un calor que se intensifica con cada respiración agitada. Balthair apoya su frente en mi hombro con un suspiro profundo, y su voz es apenas un murmullo.

—No es tan fácil —musita cerca de mi oído.

—¿Quiere que me vaya? —pregunto, confundida por la mezcla de señales.

—No, no se vaya —responde con rapidez, su mano aún impidiendo que abra la puerta.

Siento el impulso de girarme hacia él, pero su otra mano me detiene con suavidad.

—No se gire. Por favor, quédese así —pide, con un tono que es una mezcla de súplica y orden.

Su pecho se presiona contra mi espalda, y siento la rigidez de su miembro contra mí. Cierro los ojos, consciente de cada uno de sus movimientos.

Su respiración se vuelve más pesada, y puedo sentir la tensión en su cuerpo mientras su mano se mueve contra mí y rodeando su sexo en un ritmo constante y deliberado. Puedo sentir la urgencia en su movimiento, un deseo que parece consumirlo por dentro.

Permanezco inmóvil, consciente de cada punto de contacto entre nuestros cuerpos, cada pequeña presión de su mano, cada movimiento de su cadera. Estoy atrapada en este momento, una testigo y al mismo tiempo una participante involuntaria en su liberación.

Sus jadeos son profundos y contenidos, tan discretos como sus propios movimientos detrás de mí. Retira su otra mano de la puerta y la coloca sobre mi pecho a través de la ropa,

presionándolo con suavidad.

Gimo sin poder evitarlo y yo misma muevo mi cuerpo contra él cuando baja la tela que lo cubre y la yema de su dedo se desliza por mi pezón desnudo.

La sorpresa de su contacto directo con mi piel me hace jadear con suavidad, un sonido que parece resonar en la habitación silenciosa. Su dedo acaricia mi pezón con una mezcla de ternura y firmeza que me hace arquear ligeramente hacia atrás, buscando instintivamente más de ese contacto.

Mientras tanto, detrás de mí, Balthair continúa con su propia búsqueda de alivio. Puedo sentir el movimiento constante de su mano, el ritmo que va aumentando en intensidad. La proximidad de su cuerpo, el calor que emana de él, y el sonido de su respiración entrecortada crean un ambiente cargado de tensión y deseo.

Sus jadeos se vuelven más profundos y frecuentes, y siento cómo su agarre en mi pecho se vuelve más firme. La combinación de su propio placer y la atención que me presta es abrumadora. Me muevo ligeramente contra él, mi cuerpo respondiendo a sus caricias con un calor creciente.

En este momento, nos encontramos atrapados en una danza silenciosa de necesidad y satisfacción. La intimidad del acto, la conexión tácita entre nosotros hace que cada segundo se sienta eterno y fugaz al mismo tiempo.

Finalmente, siento cómo su cuerpo se tensa detrás de mí, un último jadeo contenido escapa de sus labios, y luego la tensión se disipa con lentitud. Nos quedamos en silencio, cada uno procesando lo que acaba de ocurrir, una mezcla de alivio, confusión y una comprensión mutua inesperada.

En ese momento, en la quietud de la biblioteca, con la única luz proveniente de la chimenea, hay algo profundamente humano y crudo en nuestro intercambio.

Noto el movimiento discreto de Balthair ajustándose el pantalón, un gesto rápido pero significativo. Es un recordatorio silencioso de lo que acaba de ocurrir entre nosotros, un momento de intimidad inesperada y cruda.

—Póngase mi bata —sugiere, yendo hacia un colgador cercano. La forma en que lo dice, con un tono neutral, evita darle más importancia al hecho de que mi vestido ahora tenga una mancha provocada por él.

Regresa con una bata amplia y pesada, su textura gruesa y su olor, una mezcla de lana y una fragancia masculina sutil, impregnada en la tela.

Sus manos son firmes pero cuidadosas al colocarla sobre mis hombros. Puedo sentir el leve temblor de sus dedos, una evidencia de la tensión aún presente en el aire.

Una vez cubierta con la bata, me giro hacia él, encontrando sus ojos oscuros fijos en mí. En su mirada, hay una mezcla de emociones complicadas, un reflejo de la intensidad y la complejidad de lo que acabamos de compartir.

—Gracias —logro decir, con voz apenas audible, un susurro que parece llenar el silencio entre nosotros.

—Me encargaré de que el vestido sea limpiado mañana —promete.

Nos quedamos callados por un momento, cada uno perdido en sus pensamientos. Finalmente, Balthair rompe el silencio con su habitual seriedad.

—Buenas noches, señorita Harwood. Si necesita algo más, no dude en pedírmelo —dice antes de darse la vuelta y salir de su biblioteca, dejándome sola allí con una mezcla de emociones y reflexiones.



Capítulo 19

Narrador omnisciente

Chisholm, el taciturno caballero de ojos grises como el acero, observa desde el carruaje en movimiento el paisaje lluvioso de Escocia. Su mente, de forma habitual un fuerte inexpugnable de lógica y reserva, se ve ahora invadida por una mezcla inesperada de emociones. El viaje a Cannich, piensa, parece un mero pretexto; una excusa tejida con habilidad para seguir compartiendo espacio con la inquietante señorita Harwood. Briony, sentada frente a él, dibuja garabatos en el vaho del cristal, su rostro reflejando una inocencia que hacía tiempo no veía en su propio mundo.

Adele, con esa sonrisa suya que desafía las convenciones y está llena de sensualidad, ha propuesto la idea a Briony de que los acompañara con el pretexto de adquirir en el pueblo los materiales necesarios para una competición de pintura al aire libre, prometiendo un día soleado que ahora parece una quimera bajo la persistente lluvia.

Balthair observa cómo Adele interactúa con Briony. La niña, inicialmente hostil, se va abriendo gracias a la calidez y el ingenio de Adele.

Balthair siente una admiración creciente hacia ella, no solo por su inteligencia y fuerza, sino también por su habilidad para conectar con Briony. Es una conexión que él mismo, hasta ahora, ha encontrado difícil de establecer. Sus clases no eran meras lecciones, sino aventuras llenas de imaginación y alegría.

—¿Hay algún día de sol en Escocia? —pregunta Adele, con una burla amable en su voz mientras mira hacia el cielo encapotado.

EL comentario arranca una sonrisa a Balthair, un gesto raro en su rostro habitualmente serio. Encuentra un placer inesperado en la facilidad con la que Adele se adapta a su nuevo entorno, enfrentando el clima y las circunstancias con humor y gracia.

La señora MacTavish, sentada al otro lado del carruaje, ríe con suavidad. —Oh, claro que los hay, señorita Adele. Y cuando salga el sol, podrá pasear por los alrededores de Strathglass a placer. Son realmente hermosos. Además, el laird debería pensar en organizar pronto un Céilidh para celebrar su vuelta. Sería una buena ocasión para que sus arrendatarios puedan verle.

Adele inclina la cabeza, curiosa. —¿Un Céilidh?

—Es una reunión social tradicional —explica la señora MacTavish—. Se recitan cuentos, poemas, romances, refranes y adivinanzas. También se baila y se canta. Es algo maravilloso.

—Suena fantástico —conviene Adele, su interés con claridad despertado.

La señora MacTavish asiente.

—Así es. Y ya es hora de que el laird convide a los suyos, en especial ahora que las cosas se ponen feas en otros clanes. Balthair ha estado mucho tiempo en Londres, entre esos políticos. La gente necesita ver que sigue siendo uno de ellos.

Adele se vuelve hacia Balthair.

—¿A qué se refiere con que se están poniendo las cosas feas?

Él, que ha estado escuchando en silencio, suspira.

—Las Clearances —responde con un tono sombrío—. Con la industrialización y la modernización, muchos terratenientes están encontrando más rentable dedicar sus tierras al pastoreo extensivo o a los territorios de caza, desahuciando a su gente en el proceso.

Los ojos de Adele buscan los de Balthair, tratando de encontrar una comprensión más profunda. La señora MacTavish interviene.

—El laird Chisholm es uno de los pocos que sigue cuidando de los suyos. Muchos desahuciados, ya sean Fraser o de otros clanes, vienen a él en busca de un lugar donde asentarse. Balthair siempre ha tenido un gran corazón para su gente.

Adele asiente, reflexiva, mientras parece procesar la información. La señora MacTavish, con una mezcla de severidad y preocupación, se dirige a Balthair.

—Además, laird Chisholm, ya es hora de que empiece a pensar en buscarse una esposa adecuada y una madre para Briony.

—Yo no necesito una madre —suelta Briony de inmediato, con un tono desafiante que sorprende a todos en el carruaje.

—Mírela, está asaltada, Laird Chisholm —comenta la señora MacTavish, mirando a la niña con una expresión que mezcla preocupación y reproche.

—Para eso he traído a la señorita Harwood —responde Balthair, defendiendo su decisión—. Ella será una buena influencia para Briony.

—Pero es muy distinto el papel de una madre de una institutriz —insiste la señora MacTavish—. Y, la verdad, si la señorita... Si ella no fuera tan... tan ella. Ya sabe cómo son los rumores. Un hombre soltero en el momento más vigoroso de su vida, compartiendo el mismo techo que una mujer como ella... Eso solo atraerá rumores, por muchas diferencias sociales que haya entre ambos.

—¿Una mujer como ella? —repite Adele en voz baja, con extrañeza pero sin que la sonrisa se borre de sus labios.

Balthair siente una punzada de incomodidad ante el comentario de la señora MacTavish. Observa a Adele, notando la forma en que su sonrisa no desaparece a pesar de las implicaciones de las palabras de la anciana. La señora MacTavish, por su parte, parece ignorar la tensión creciente en el carruaje.

Lo cierto es que Adele comenzó a alterar el equilibrio de su vida desde el primer encuentro. Admira su espíritu libre y su capacidad para manejar situaciones complejas con gracia. Eso es

algo que no puede evitar.

La señora MacTavish, notando la reflexión silenciosa de Balthair, agrega con un tono que mezcla seriedad y un toque de picardía:

—Además, laird Chisholm, no olvidemos que usted mismo reconoció cierta tentación por ciertas vistas...

Balthair siente cómo sus mejillas se tiñen ligeramente de rojo ante el comentario de la señora MacTavish. Mira discretamente hacia Adele, preguntándose si ella también recuerda ese comentario exasperado en respuesta a la insistencia de Alexander sobre el escote de ella. La sonrisa de Adele, ahora con un matiz de comprensión, le dice que sí.

La señora MacTavish continúa hablando, pero Balthair apenas la escucha. Su mente está ocupada con la idea de la “tentación” que ha mencionado. No era solo la belleza del paisaje lo único que lo cautivaba. Algo en la presencia de Adele, en su espíritu indomable y su aguda inteligencia, lo atraía más allá de lo prudente.

—¿Por qué las viejas señoras siempre se empeñan en decir a los demás lo que deben hacer? —pregunta Briony con un mohín de descontento.

—¿Lo ve? —responde la señora MacTavish, con una elevación de cejas.

—Briony, es importante ser respetuosa —le recuerda Balthair con gentileza.

—He dicho vieja «señora» y no creo que ella esté siendo respetuosa con lo que los demás quieren. Trata de imponer su opinión. Eso no es justo tampoco. Tú me has dicho a mí en muchas ocasiones que yo no debo hacerlo —replica Briony, su voz mezclando la sinceridad infantil con un toque de desafío.

Adele, sonriendo con complicidad hacia Briony, se inclina hacia ella.

—Sabes, Briony, a veces las personas mayores olvidamos que hay muchas formas de ver el mundo. Y tú tienes razón, todos deberíamos escuchar un poco más antes de decidir lo que es mejor para los demás. Es una lección valiosa que incluso las señoras de todas las edades pueden aprender.

La señora MacTavish se muestra con claridad disgustada. Sus labios se aprietan en una fina línea, y sus ojos destellan una mezcla de sorpresa y desaprobación.

—Bueno, nunca pensé que vería el día en que una joven dama enseñaría modales a sus mayores —murmura con un tono que intenta ser despreocupado, pero que no puede ocultar su incomodidad.

Balthair, notando la tensión creciente, decide intervenir.

—Señora MacTavish, la señorita Harwood no está equivocada. A veces, las perspectivas frescas pueden ser tan valiosas como la experiencia.

—Briony nos ha recordado la importancia de la comprensión y la empatía —le responde Adele sin perder la sonrisa ni su tono neutro.

La señora MacTavish se reclina en su asiento, con claridad insatisfecha con el giro de los acontecimientos, pero el ambiente en el carruaje se ha suavizado gracias a la diplomacia de Balthair.

En ese momento, Briony, con un gesto de afecto espontáneo, se acerca a Adele y se pega a su lado. Ella, respondiendo al cariño de la niña, le pasa un brazo por los hombros, envolviéndola en un abrazo protector. Briony le sonríe a Adele, sus ojos brillando con la admiración y el cariño que siente hacia su nueva amiga.

La señora MacTavish observa la escena, su descontento inicial dando paso a una expresión de resignada aceptación. A pesar de sus reservas, no puede negar la conexión evidente entre Adele y Briony.

Adele, con una voz baja pero clara, dirige sus palabras hacia la señora MacTavish.

—No se preocupe, señora MacTavish, soy como un gato, como dice Briony —le dice—. Un día, cuando llegue el momento, me marcharé sin decir adiós, tal como lo hacen las personas que no quieren dejar huellas detrás de ellas.

El comentario casual de Adele cambia el ambiente en el carruaje de manera instantánea. La sonrisa de Briony se desvanece, pero es Balthair quien parece llevar la carga más pesada. Su rostro se endurece ligeramente, revelando apenas una fracción de la tormenta interna que las palabras de Adele han desatado.

Desde el primer momento en que la vio, Adele dejó una impresión indeleble en Balthair, un torbellino de admiración y deseo que ahora lucha por contener. Recuerda con una punzada de desilusión el día en que descubrió que Adele era la prometida de su mejor amigo, un golpe que le dejó un vacío en el pecho. La atracción que siente hacia ella es intensa y clara, pero se encuentra restringida por la realidad de su situación.

Adele, sumida en el luto por su prometido, es una figura de amor y pérdida entrelazados. Balthair es dolorosamente consciente de las barreras emocionales que persisten entre ellos, un recordatorio constante de sus anhelos y las limitaciones que debe imponerse.

La pasión que arde con fuerza en su interior, se ve sofocada por el deber de honrar la memoria de su amigo y su propio sentido de la ética.

A pesar de la calma que intenta proyectar, dentro de Balthair hay un huracán de emociones, un deseo reprimido que busca su lugar en el complicado entramado de su realidad.

Mientras la lluvia golpea con suavidad las ventanas del carruaje y Briony se acurruca junto a Adele, ignorante de la lucha interna de Balthair, él observa este gesto con una mezcla de anhelo y reflexión. Se pregunta qué hubiera pasado si él hubiera sido el caballero en el parque aquel día, y no Oliver. Si hubiera sido él quien le preguntara su nombre y buscara encuentros fortuitos solo para estar con ella. Tal vez así, Adele se hubiera ahorrado el sufrimiento que siguió a la muerte de Oliver.

Se cuestiona qué hubiera pasado si, en vez de mostrar enfado en la casa de Oliver, le hubiera confesado a Adele que la había estado buscando desde aquella noche, mostrándole un lado más humano y no la bestia que no pudo ocultar su rechazo al compromiso...

Tal vez en esa realidad alternativa, podría reclamarla por completo sin culpa alguna, perdido en esa pasión y sensualidad que ella emana y entregado en arrancarle esos gemidos que solo él podría provocar.

Al llegar a Cannich, el carruaje se detiene con suavidad frente a la casa de la señora MacTavish. Mientras los demás comienzan a descender, la señora MacTavish se acerca discretamente a Balthair. Con un tono bajo pero firme, le susurra palabras que lo toman por sorpresa:

—Y si no es capaz de vencer la tentación, cátese con ella. Eso es lo que pienso y desde luego mi edad y experiencia me dan todo el derecho a expresarlo, digan lo que digan.

Balthair, sorprendido, responde con una mezcla de respeto y cautela:

—Se olvida usted, señora, de que soy su custodio y que la señorita Harwood tiene aún un requerimiento legal que solucionar.

La señora MacTavish lo mira fijamente, su expresión revela que comprende la complejidad de la situación, pero su mirada insiste en que las soluciones existen incluso en los enredos más complicados.

—Entonces debería dejar de mirarla como si fuera un apetitoso manjar. Su actitud hará retroceder a otros pretendientes y una mujer sí que necesita casarse —le advierte con un tono que

mezcla la preocupación con una pizca de desafío.

Balthair, sorprendido por su comentario, se pregunta sutilmente:

—¿Otros pretendientes?

—¿Está ciego? Mi sobrino, su primo, se acercaría más a la señorita gustosamente si no fuera por usted —revela la señora MacTavish, añadiendo una nueva capa de complejidad a la situación—. Ella es esa clase de mujer que hace que los hombres se giren a mirarla. Solo que la pobrecita no tiene ni idea.

Estas palabras hacen eco en la mente de Balthair, y por un momento, se ve forzado a contemplar la realidad desde una perspectiva diferente. La idea de que Adele, ajena a su propio efecto en los hombres, pudiera ser objeto de interés para otros, lo inquieta. Hasta ahora, había estado tan consumido por su propio conflicto interno y su lucha por mantener una distancia apropiada, que no había considerado la posibilidad de que otros hombres pudieran ver en Adele lo que él veía.

La revelación de la señora MacTavish hace que Balthair mire hacia Adele, quien se encuentra hablando con Briony a cierta distancia. Observa cómo la luz del sol se filtra a través de las nubes, iluminando su figura, y no puede evitar sentir una oleada de emociones: una mezcla de admiración, deseo y una sensación protectora que lo sorprende por su intensidad.

—Es triste decirlo, pero las mujeres como Adele a menudo enfrentan destinos difíciles en estos tiempos. Por lo general, terminan siendo deshonradas o sometidas a los caprichos de algún hombre... o peor aún, de varios.

—¿Se refiere a que...?

La señora MacTavish, con un tono grave y una mirada llena de seriedad, aclara:

—Me refiero a que en nuestro mundo, las mujeres como la señorita Harwood, libres de espíritu y sin la protección de un marido, a menudo se encuentran en situaciones peligrosas. Sin un hombre que las defienda o un matrimonio que les ofrezca seguridad, pueden ser blanco fácil para aquellos que buscan aprovecharse de su vulnerabilidad. Es una realidad cruel, pero muy presente. Y aunque sé que usted, laird Chisholm, es un hombre de honor, no todos los hombres lo son.

Balthair, al escuchar las palabras de la señora MacTavish, siente una oleada de inquietud.

«Él no había sido comedido precisamente con sus impulsos».

Se da cuenta de que, en su deseo de estar cerca de ella, debe ser aún más consciente de las normas sociales y de su papel como su custodio. La protección de Adele, tanto de los peligros externos como de las complicaciones que él mismo podría traer a su vida, se convierte en una prioridad clara en su mente.

Con un asentimiento silencioso hacia la señora MacTavish, Balthair reconoce la validez de sus preocupaciones. Se compromete a sí mismo a ser un guardián más cuidadoso de Adele, asegurándose de que, mientras esté bajo su techo y su cuidado, ella estará a salvo no solo de los demás, sino también de cualquier imprudencia que él pudiera cometer.

Después de su conversación con la señora MacTavish, Balthair percibe un discreto gesto de un hombre que parece esperar para hablar con él. Con cautela, se dirige hacia el desconocido, alejándose un poco del grupo.

El hombre, con una mirada astuta y hablando en un tono bajo, se dirige a él:

—He oído que usted me ha estado buscando, laird Chisholm.

Balthair, manteniendo una expresión neutral, asiente ligeramente.

—Es posible. ¿Qué información tiene para mí?

El hombre se asegura de que nadie esté escuchando antes de continuar.

—Habrá una subasta de mercancías de contrabando este próximo viernes en la vieja destilería de Glenravis, en las afueras de la ciudad. Creo que podría ser de su interés.

Balthair procesa las noticias sin revelar nada de sus intenciones o intereses.

—Le agradezco la información.

Tras un breve asentimiento, el hombre se retira tan discretamente como llegó.

Volviendo al grupo, él retoma su papel, manteniendo su compostura y guardando para sí mismo los pensamientos que la conversación con el desconocido ha desencadenado.



Capítulo 20

Mis días en el castillo de Balthair transcurren con una tranquilidad sorprendente. La mayor parte del tiempo lo paso con Briony, una niña cuya imaginación parece no tener límites. A menudo, ella insiste en llamarme "bruja fea", especialmente cuando se trata de actividades que no son de su agrado, como vestirse de manera apropiada para la cena con su tío y el señor Gordon. Pero, en su mayoría, nuestros días están llenos de juegos y aprendizaje divertido.

Le hablo en francés mientras le enseño a hacer collages, mi pasatiempo favorito. Es una actividad que nos permite ser creativas y, al mismo tiempo, ella va asimilando el idioma de una manera muy natural. También le enseño a bailar, moviéndonos por la sala con risas y pasos improvisados, y a tocar el piano. Nuestras canciones ficticias y desastrosas hacen sonreír a la mayoría del servicio, especialmente cuando nos inventamos las letras que las acompañan. Esas son las pequeñas alegrías que llenan nuestros días.

En cuanto a Balthair, no ha vuelto a llamarme a su biblioteca. Aquellas conversaciones intelectuales y debates sobre libros y filosofía me parecen ahora lejanas. Sin embargo, he seguido experimentando con el regalo que me hizo, descubriendo que, una vez que se coge el truco, no es tan difícil alcanzar esa sensación de enorme placer. Es una exploración propia, una revelación sobre mi sexualidad que, de alguna manera, me empodera y me hace sentir más en control de mi propio cuerpo y deseos.

Cada día en el castillo me trae algo nuevo, ya sea una sonrisa compartida con Briony, un momento de reflexión en solitario, o la continua curiosidad sobre lo que Balthair podría estar pensando o haciendo. A pesar de la tranquilidad aparente, hay una corriente subterránea de expectativa, de preguntas sin respuesta que se mantienen en el aire, como un misterio aún por resolver.

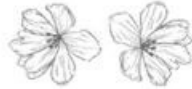
En los momentos de soledad, mis pensamientos a menudo se desvían hacia Oliver, mi

prometido muerto. La nostalgia me envuelve como una bruma, recordándome los sueños y planes que una vez tejimos juntos.

Oliver, con su sonrisa fácil y su eterno optimismo, parece un fantasma dulce en estos pasillos antiguos, un recuerdo de un futuro que nunca será.

Me pregunto qué habría pensado de mi vida ahora, de las decisiones que he tomado y del camino inesperado que estoy recorriendo.

Aunque el dolor de su pérdida se ha suavizado con el tiempo, la huella que dejó en mi corazón es indeleble, un recordatorio constante de lo que fue y lo que pudo haber sido.



—¿Quiere dar un paseo en calesa conmigo, señorita Harwood? —me pregunta Alexander, su voz rebosante de una cordialidad que me invita a aceptar—. Tengo entendido que a estas horas suele salir a caminar. Tal vez le apetezca probar mi nuevo vehículo.

Accedo, intrigada por la propuesta y agradecida por la distracción. Alexander me asiste con caballerosidad al subir a la elegante calesa tirada por caballos, un reflejo de su atención a los detalles y su deseo de hacerme sentir cómoda.

Nos alejamos del castillo de Balthair, tomando un camino que nos lleva a través de una exuberante campiña. La región, apartada de la costa, carece de playas, pero lo compensa con su belleza rural: campos verdes que se extienden hasta donde alcanza la vista, salpicados aquí y allá por bosques densos y pequeños arroyos que serpentean por el paisaje.

Alexander dirige la calesa por un sendero que bordea un amplio río, cuyas aguas reflejan el azul del cielo. A lo largo de nuestra ruta, el paisaje cambia gradualmente, ofreciendo vistas de colinas con suavidad onduladas y praderas donde el ganado pasta tranquilamente. La serenidad del entorno añade un encanto especial al paseo, permitiéndonos disfrutar de una conversación amena sin las distracciones habituales del día a día.

La calesa se mueve al ritmo constante de los caballos, y Alexander comparte historias y anécdotas sobre la región, sus gentes y sus costumbres. Este paseo se convierte en una perfecta escapada a la naturaleza, una oportunidad para conectar con el encanto único del campo escocés.

Mientras el sol comienza a descender en el horizonte, tejiendo oro y rosa en el cielo, me siento agradecida por este momento de tranquilidad y la compañía de Alexander. El paseo en calesa no solo me ha permitido apreciar la belleza del paisaje de una manera diferente, sino también conocer mejor a Alexander, quien ha demostrado ser un anfitrión considerado y encantador.

El cielo, antes despejado y tranquilo, se oscurece repentinamente, anunciando una tormenta inminente. Alexander y yo intercambiamos una mirada preocupada, conscientes de que deberíamos haber regresado al castillo antes. Pero antes de que pudiéramos actuar, las primeras gotas de lluvia comienzan a caer, gruesas y rápidas, seguidas por un trueno que retumba a lo lejos.

Alexander intenta dar la vuelta, pero un relámpago cercano asusta a los caballos. La calesa se sacude violentamente mientras él lucha por controlarlos. De repente, un estruendo ensordecedor, seguido por un impacto que me hace perder el equilibrio. La calesa se vuelca, y somos arrojados al suelo.

El mundo gira a mi alrededor. Me duele todo el cuerpo, y por un momento, solo puedo quedarme allí, tratando de procesar lo que ha sucedido. Alexander, aunque con claridad

adolorido, se apresura a mi lado.

—¿Está bien, señorita Harwood? —me pregunta, con una voz cargada de preocupación.

Asiento con la cabeza, aún en shock. La calesa está inutilizable, y estamos a mitad del camino de regreso al castillo. La lluvia se intensifica, golpeando sin piedad. Alexander mira a nuestro alrededor, buscando algún refugio.

—Ahí —dice señalando una pequeña estructura a lo lejos—. Una cabaña de pastores. Podemos guarecernos allí hasta que pase la tormenta.

A medida que la lluvia aumenta su furia, intento ponerme de pie, pero un dolor agudo en mi tobillo me hace retroceder con un grito ahogado. Alexander se apresura a mi lado, su rostro refleja una preocupación profunda.

—¿Qué sucede? —pregunta, su voz teñida de ansiedad.

—Creo que me he lastimado el tobillo —confieso, luchando contra las lágrimas de dolor y frustración—. No puedo apoyarlo en el suelo.

Sin dudar, Alexander actúa. Con cuidado, me levanta en sus brazos, sosteniéndome con una fuerza que me sorprende y tranquiliza al mismo tiempo. La proximidad repentina y la necesidad de confiar en él me hacen sentir vulnerable, pero también agradecida por su presencia y su ayuda.

Nos dirigimos hacia la cabaña de pastores bajo la lluvia implacable, con Alexander llevándome con paso seguro a pesar del terreno irregular y resbaladizo. Cada paso es un recordatorio de nuestra situación precaria, de lo rápido que un paseo placentero se ha convertido en una lucha por refugio y seguridad.

Al llegar a la cabaña, Alexander me deposita con suavidad en el suelo del interior rústico pero seco. La cabaña es pequeña, apenas más que un refugio para los pastores durante las tormentas, pero en ese momento, se siente como un santuario.

Estamos solos, aislados, y cualquier rescate se verá retrasado por la tormenta. Alexander parece preocupado, y no solo por nuestra seguridad inmediata.

—Esto podría tener implicaciones serias —dice con voz sombría—. Si pasamos la noche aquí, solos... —murmura Alexander, mirándome con una mezcla de preocupación y disculpa—. Pero no se preocupe, señorita Harwood, haré todo lo que esté en mi mano para proteger su honor y su reputación.

Por un lado, la rebeldía en mí rechaza la idea de que nuestra situación actual pueda definir mi honor o mi reputación. No estoy del todo convencida de la necesidad de seguir ciegamente las normas sociales que dictan lo que una mujer puede o no puede hacer.

Sin embargo, la memoria del ostracismo que sufrí en Londres sigue siendo una herida abierta. Sé demasiado bien lo cruel que puede ser la sociedad con una mujer que desafía sus convenciones. La idea de enfrentar de nuevo ese rechazo, esa marginación, me llena de un temor que no puedo ignorar por completo.

Sus palabras son bienintencionadas, pero dentro de mí, una voz se rebela contra la idea de que mi “honor” necesite ser protegido por un hombre, o que este incidente tenga el poder de definir mi valor. Aun así, la realidad de mi situación es innegable. Estoy en una cabaña, con un tobillo lesionado, en compañía de un hombre que no es mi esposo ni mi familiar. Las consecuencias sociales de esta noche podrían ser devastadoras.

A pesar del dolor de mi tobillo y el frío que empieza a calarme los huesos, no puedo evitar que mi mayor preocupación esté en Balthair y en cómo reaccionará cuando descubra que no hemos regresado.

Alexander, tras buscar en la cabaña, encuentra una manta áspera, pero cálida y la coloca

sobre mis hombros con un gesto cuidadoso.

—Esto debería ayudar un poco con el frío —comenta, intentando mantener un tono ligero a pesar de la tensión que se siente en el aire.

—Gracias, señor Gordon —respondo, agradeciendo el gesto y la manta que me ofrece.

Se sienta frente a mí con una mirada preocupada.

—Señorita Harwood, necesito revisar su tobillo. ¿Me permite quitarle el zapato y la media para ver mejor la lesión?

Asiento, sintiendo una mezcla de agradecimiento y nerviosismo.

—Por supuesto.

Con cuidado, Alexander desata con suavidad los cordones de mi zapato, retirándolo con delicadeza. Luego, con igual suavidad, desliza la media por mi pierna, revelando mi tobillo hinchado.

La preocupación se dibuja en su rostro al ver la inflamación.

Alexander examina mi tobillo con manos expertas pero suaves.

—Parece un esguince, pero afortunadamente no creo que esté roto —dice, su voz mezclando profesionalismo con un tono reconfortante—. Voy a intentar hacerle un vendaje para que esté más cómoda.

Mientras trabaja en mi tobillo, intento mantenerme distraída hablando de temas triviales, pero Alexander, con su característica picardía, me saca una sonrisa a pesar de la situación.

—Usted sabe, señorita Harwood, no es la noche romántica que uno esperaría en una cabaña —bromea, intentando aliviar la tensión.

—Tampoco es exactamente lo que tenía en mente cuando acepté su invitación para un paseo —respondo, siguiéndole el juego—. Pero al menos la compañía es buena.

Alexander me devuelve la sonrisa, inyectando un poco de su humor característico en la conversación.

Terminando de vendarme el tobillo con un trozo de tela que encuentra en la cabaña, se reclina hacia atrás.

—Ahí está. Espero que eso la haga sentir un poco mejor. Eso debería ayudar a reducir la hinchazón y a mantener el tobillo inmóvil. Y ahora, ¿cómo planeamos sobrevivir a esta larga noche de tormenta y escándalo?

—Supongo que con su ingenio y mi capacidad para encontrar diversión en las situaciones menos esperadas —respondo, tratando de mantener un tono positivo—. Y tal vez inventando historias para olvidarnos de la tormenta.

—Entonces, señorita Harwood, creo que estamos en una buena posición. Después de todo, ¿quién podría resistirse a una noche de cuentos bajo la tormenta? —responde Alexander con una sonrisa.

—Sabe, esta cabaña guarda historias —comienza, un gesto melancólico asomando en sus labios—. De niños, Balthair y yo nos escondíamos aquí, era nuestro santuario secreto, un lugar para pequeñas travesuras y grandes aventuras.

La idea de un joven Balthair, libre y despreocupado, jugando en estas mismas colinas, despierta en mí una curiosidad tierna.

—Es difícil imaginar a Balthair siendo un niño travieso —le comento, mi voz teñida de sorpresa y diversión.

Alexander me mira, un brillo de nostalgia en sus ojos.

—Balthair siempre ha llevado un peso enorme sobre sus hombros. Nació en una familia noble, herederos de un legado histórico. Pero tras la batalla de Culloden, perdieron todos los

títulos. Su padre murió cuando él era muy joven, y toda la responsabilidad del clan recayó en sus hombros siendo apenas un niño.

Escuchar sobre los desafíos y las pérdidas tempranas de Balthair me conmueve profundamente.

—Siempre se ha mostrado fuerte y responsable —murmura—. No solo tuvo que crecer rápido, sino que también brilló en sus estudios en Cambridge y, al regresar, transformó el legado de su familia. Trabajó incansablemente para mejorar la vida de sus inquilinos, modernizar las prácticas agrícolas y sostener las tradiciones en una tierra que a menudo se siente olvidada por el progreso de las Tierras Bajas.

Asiento con comprensión. Esta revelación añade una capa nueva sobre Balthair.

Alexander me sonríe cálidamente.

—A veces olvidamos que detrás de cada título y responsabilidad, hay una historia humana, un corazón que ha soñado y ha sufrido. En ocasiones puede parecer severo, pero solo lo es con aquellos que le importan. Él... se volverá loco cuando descubra que no regresamos. Espero usted lo entienda y no se lo tenga en cuenta.

Seguimos hablando e incluso Alexander acerca su silla a la mía y me permite dormirar sobre su hombro mientras el sonido de la tormenta nos arrulla.

La conversación con Alexander fluye con suavidad, y en algún momento, él acerca su silla a la mía. Con una gentileza que aprecio profundamente, me ofrece su hombro para que pueda descansar. Me acomodo, sintiendo un confort inesperado en su presencia, mientras la tormenta continúa rugiendo fuera. El sonido de la lluvia y los truenos se convierte en un arrullo que me lleva al borde del sueño.

Estoy a punto de dormirar, envuelta en la calidez de la manta y la seguridad de la compañía de Alexander, cuando un estruendo en la puerta nos sobresalta. Por un momento, ambos pensamos que es el viento y la lluvia, un azote más de la tormenta que nos ha mantenido prisioneros en esta cabaña.

Pero no es la tormenta. La puerta se abre de un golpe, revelando una figura alta y empapada. Es Balthair, con la lluvia escurriendo por su cabello y su abrigo, los ojos buscando frenéticamente en la penumbra de la cabaña hasta que se posan en nosotros. Su expresión es una mezcla de alivio y una intensa preocupación.

Por un instante, el tiempo parece detenerse. La sorpresa de verlo aquí, en medio de la tormenta, luchando contra los elementos para encontrarnos, me llena de una emoción complicada. Su presencia, tan imponente y preocupada, despierta en mí sentimientos de alivio y alegría.

—¿Están bien? —Su voz es ronca, cargada de emoción, mientras sus ojos recorren con rapidez la escena, deteniéndose en mi tobillo vendado.

Asiento, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Sí, estamos bien. Alexander ha cuidado de mí —logro decir, mi voz apenas un susurro.

Balthair se acerca, su mirada alternando entre Alexander y yo. Puedo sentir la tensión en el aire, un torbellino de emociones no expresadas que llenan la pequeña cabaña.

Alexander se levanta, ofreciendo una explicación sobre lo que sucedió, pero puedo ver que Balthair apenas escucha. Su preocupación por mi bienestar es evidente, y su llegada bajo la tormenta solo refuerza la complejidad de los sentimientos que estamos todos tratando de manejar.

Balthair se vuelve hacia Alexander con un tono severo.

—¿Cómo se te ocurre aventurarte en un paseo con la amenaza de tormenta en el horizonte?

—le reprocha, su voz cargada de reprimenda.

Alexander se encoge de hombros, con claridad, incómodo.

—Yo no puedo predecir el clima —se defiende, pero su excusa suena débil incluso a sus propios oídos.

—¿Eres consciente de las repercusiones de lo que podría haber ocurrido si no hubiera sido yo quien los encontrara? —Balthair continúa, su tono endureciéndose con cada palabra—. ¿Entiendes las implicaciones?

—Sí, lo sé, Balthair, y estaba dispuesto a asumir mi responsabilidad —responde Alexander, intentando mantener la compostura.

Balthair le lanza una mirada severa.

—No me digas. La señorita Harwood es mi protegida, y yo soy quien se ocupa de su bienestar, no tú. La llevaré de regreso al castillo ahora mismo, y para todos los efectos, ella no ha salido de su habitación en toda la tarde debido a un malestar. Tú has salido a pasear solo, ¿de acuerdo? Por la mañana enviaré a alguien a buscarte.

—¿Vas a dejarme aquí toda la noche solo? —protesta, aunque hay un atisbo de humor en su voz.

—Si te asusta tanto la idea, puedes volver andando —replica Balthair con sequedad.

Alexander sonríe con resignación.

—No, gracias. Seré valiente. Después de todo, creo que ya me he enfrentado al peor demonio que podría aparecer esta noche.

Balthair le lanza una mirada irónica sin responder.

Se acerca y me cubre con su capa empapada. Luego, con un cuidado inesperado, me levanta en brazos. Siento la humedad de su ropa contra mi piel, pero también la calidez y la firmeza de su agarre.

—La señorita Harwood y yo nos vamos ya —anuncia Balthair, dirigiéndose hacia la puerta conmigo en brazos.



Capítulo 21

Mientras salimos de la cabaña bajo la lluvia persistente, me aferro a Balthair, consciente de la tensión que fluye en su cuerpo. La proximidad y el contacto físico hacen que mi corazón lata con fuerza, y no puedo evitar preguntarme qué pensamientos cruzan por su mente en este momento.

—Sir Chisholm...

—Ahora no, Adele, estoy muy enfadado —me corta, su voz tensa y llena de frustración. Pero no puedo contener mi confusión.

—¿Por qué debería estarlo? No ha ocurrido nada malo.

Balthair aprieta los labios, con claridad luchando por mantener la calma.

—Cierta conversación con cierta persona me ha hecho suponer lo peor y... ahora no quiero hablar de ello.

No hay más palabras entre nosotros mientras llegamos a donde un caballo enorme nos espera, impaciente y nervioso bajo la lluvia. Con un cuidado exquisito, Balthair me acomoda sobre él antes de subir él mismo con una agilidad impresionante.

Sentada delante de él sobre el animal, siento la firmeza de su agarre al sujetarme. Cada movimiento de Balthair detrás de mí es calculado y protector, pero también hay una distancia emocional que no logro entender por completo. La lluvia sigue cayendo, mezclándose con las emociones que bullen bajo la superficie.

Mientras el caballo nos lleva de regreso al castillo, me quedo inmersa en mis pensamientos, preguntándome qué pudo haber dicho esa "cierta persona" para alterar tanto a Balthair.

La cabalgata hasta el castillo es rápida y urgente. La oscuridad, intensificada por la lluvia torrencial, me envuelve, impidiéndome ver el camino por delante. Sin embargo, él parece guiarse por un sexto sentido, manejando el caballo con una certeza que me asombra. A pesar de la visibilidad limitada y el terreno resbaladizo, él avanza con confianza, como si conociera cada

piedra y cada curva del camino de memoria.

Al llegar a nuestro destino, Balthair no pierde tiempo. Con una eficiencia sorprendente, se ocupa personalmente de llevar el caballo al establo. Luego, con la misma discreción y cuidado que ha mostrado toda la noche, me recoge en sus brazos y me lleva hacia el interior del castillo.

Atravesamos los corredores en silencio, ambos conscientes de la necesidad de evitar ser vistos. La preocupación por las posibles repercusiones de nuestra ausencia y el temor a ser descubiertos en esta situación comprometedora pesan sobre nosotros. Siento la tensión en el cuerpo de Balthair, cada paso un reflejo de su preocupación y su determinación por proteger mi reputación.

Una vez en mi habitación, Balthair me deposita con suavidad sobre la cama. La luz tenue del cuarto ilumina su rostro, revelando un alivio palpable entremezclado con preocupación.

—Quítese la ropa mojada —dice con firmeza—. Yo me ocuparé de ponerla a secar en un lugar discreto. Póngase el camión y déjeme echar un vistazo a ese tobillo.

Se da la vuelta, dándome privacidad. Intento quitarme el vestido sin apoyar el pie en el suelo, pero es una tarea difícil, llena de incomodidad y torpeza.

—¿Podría ayudarme? —le pido, mi voz cargada de una mezcla de timidez y necesidad.

Balthair vacila.

—Yo no debería...

—¿De verdad va a fingir que no ha visto ya bastante de mí? —replico, un atisbo de desafío en mis palabras.

—No hace falta que lo finja, señorita Harwood, porque no creo haber visto suficiente de usted —responde, su voz baja y ligeramente teñida de humor.

Con cuidado y respeto, Balthair me ayuda a deshacerme del vestido. Sus manos son firmes pero gentiles, deslizándose la tela mojada por mis hombros y brazos con una precisión y atención que me hace contener el aliento. Cada movimiento suyo es medido y considerado, mostrando un respeto que aprecio profundamente. Al final, me quedo en mis pantaloncillos y camisa, sintiendo el aire fresco de la habitación en mi piel.

Balthair coloca mi vestido a un lado sobre una silla y enciende un candelabro, añadiendo más luz a la estancia. Mientras él hace esto, me deshago de la media que aún llevo puesta.

Luego, él se sienta en la cama frente a mí y con cuidado retira el vendaje improvisado de Alexander. Tomando mi pie con una mano, inspecciona el tobillo inflamado. Sus dedos son suaves pero expertos, evaluando la hinchazón con una atención que es tanto clínica como cuidadosa.

—El caballo se asustó con un trueno y la calesa volcó —explico, aún sintiendo el eco del susto en mi voz.

Balthair asiente.

—Lo sé. Encontré el vehículo a un lado del camino. Los caballos huyeron. Alexander tiende a preocuparse más por la apariencia que por la eficiencia de los caballos y no sabe elegirlos bien —dice, su tono lleno de reproche.

Mientras Balthair continúa examinando mi tobillo, me doy cuenta de que, a pesar de sus palabras severas, su preocupación es genuina. No solo por mi bienestar físico, sino también por todo lo que podría haber salido mal esta noche.

—Es un esguince. No hay nada roto. Podrá estar caminando de nuevo en un par de días —dice Balthair, su voz llena de una tranquilidad profesional.

—Lo sé. Es lo que me dijo el señor Gordon —respondo, intentando aligerar el ambiente.

Sin embargo, mi comentario parece tener el efecto contrario en Balthair, quien suelta un

gruñido de disgusto. Al levantar la mirada hacia mí, sus ojos se pasean brevemente por mi camisa con una expresión genuina que no puedo descifrar del todo.

—Su ropa interior está mojada. Debería quitársela y ponerse el camisón —sugiere, volviéndose más práctico—. Voy a buscar una mejor venda para su tobillo.

—En ese cajón hay un trozo de lino que puede servir —le indico, señalando hacia donde se encuentra la mesilla de noche.

Balthair se acerca al mueble y abre el cajón. Pero, en lugar de buscar el lino, toma algo más, algo que reconozco al instante. Mi corazón da un vuelco al verlo sosteniendo el vibrador.

—¿Ha seguido practicando con él? ¿Ha conseguido alcanzar el clímax? —pregunta, su voz inesperadamente suave y llena de una curiosidad que me desconcierta.

—Sí, así ha sido —respondo, sintiendo cómo el rubor se apodera de mis mejillas.

—Y... ¿ha sido grata la experiencia? —insiste, aún sosteniendo el objeto en su mano.

La pregunta de Balthair abre un torrente de recuerdos y sensaciones.

—Si bien lo es, creo que no resulta tan gratificante como cuando... Bueno, como aquella vez en que usted... Ya sabe a qué me refiero —admito, mi voz apenas un susurro.

Por un momento, nuestros ojos se encuentran y hay un silencio cargado de tensión y un entendimiento tácito. El aire en la habitación parece espesarse, lleno de palabras no dichas y recuerdos compartidos. Balthair, aún sosteniendo el vibrador, parece reflexionar sobre mis palabras, y puedo sentir la intensidad de su mirada.

—Sin embargo no ha acudido a mí en busca de experiencias.

—No ha estado usted receptivo en absoluto —replico, mi voz firme aunque llena de emoción—. No soy tonta, he notado que ha tratado de evitarme de forma deliberada.

Hay una pausa mientras Balthair procesa mis palabras.

—Es cierto... —comienza lentamente, sus ojos buscando los míos—. No quería aprovecharme de su vulnerabilidad— continúa—. Después de lo que sucedió, me di cuenta de que debía poner límites, por su bienestar y por el mío.

—Usted no es quien para restringir mis ganas de experimentar, Sir Chisholm. Soy plenamente consciente de mis decisiones y acciones.

Balthair me mira, sus ojos oscureciéndose con una mezcla de frustración y una intensidad que nunca antes había visto.

—Disculpe, pero usted no entiende nada, señorita Harwood —dice con una voz llena de conflicto—. Mi intención no es restringirla, sino protegerla y no ponerla en situaciones donde mi propio autocontrol se vea comprometido. Pero ¿se da cuenta de que podría actuar impulsivamente si continúa ofreciéndose de forma tan abierta y...?

Su voz se corta, dejando la sentencia sin terminar, pero el mensaje es claro.

—Todos los caballeros tienen alguna ¿no es cierto? —Mi desafío es directo, mi mirada fija en la suya.

—¿De dónde saca esa idea? Debo restringir sus lecturas.

—¡Ya lo hace!

—Bueno, ya le dije que yo no —responde con firmeza, pero puedo ver la lucha en sus ojos.

La conversación toma un giro inesperado.

—¿Y Oliver? ¿Él tenía una amante mientras estaba conmigo? —La pregunta sale de mis labios antes de que pueda contenerla.

Balthair no responde de inmediato, su silencio y la forma en que desvía la mirada son más elocuentes que cualquier palabra. En su reacción encuentro mi respuesta.

Nos quedamos callados, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. La habitación se

llena de un aire pesado, cargado de emociones no dichas y realidades no enfrentadas.

Después de un momento, encuentro en mí la fuerza para verbalizar otro pensamiento que ha estado latente.

—¿De qué quiere protegerme, Sir Chisholm? —le pregunto, mi voz teñida de amargura—. ¿De tener un amante para luego ser entregada a un esposo que deje mi cama fría mientras se reúne con la suya?

Balthair finalmente me mira, sus ojos revelan un mar de emociones conflictivas.

—No es eso lo que quiero para usted —responde con una voz ronca—. Lo que deseo es... que encuentre la verdadera felicidad, algo que va más allá de los placeres físicos o las convenciones sociales. No quiero que sea una mera pieza en el juego de otro, como si su valor dependiera de a quién pertenece.

—Entonces, ¿qué sugiere, Sir Chisholm? ¿Cómo encuentra uno esa “verdadera felicidad” en un mundo donde las reglas parecen estar diseñadas para limitarnos? —pregunto, no sin cierto escepticismo.

Balthair toma una profunda respiración antes de hablar, como si estuviera reuniendo el coraje para revelar algo importante.

—¿Qué quiere de mí, Adele? —pregunta, su voz baja pero intensa.

Sus palabras me toman por sorpresa, y por un momento, me quedo sin replica. La pregunta de Balthair es directa, despojada de las capas de cortesía y formalidad que a menudo nos rodean. Es una invitación a la honestidad, a compartir lo que realmente deseo y siento.

—Quiero... quiero ser vista —empiezo, mi voz temblorosa pero decidida—. No como una protegida o una responsabilidad, sino como una mujer con sus propias pasiones, sueños y deseos. Quiero explorar la vida, conocerme a mí misma en todos los aspectos —admito, señalándome sin poder ignorar el espacio cargado de tensión y emoción que nos rodea.

Balthair me mira, y por un momento, veo una vulnerabilidad en sus ojos que nunca antes había percibido.

—Adele, usted es mucho más que una responsabilidad para mí —confiesa con una voz que denota un profundo sentimiento—. Desde que la conozco, ha desafiado mi comprensión del mundo y de mí mismo. Su presencia, su inteligencia, su espíritu... Todo en usted me atrae de una manera que no puedo ignorar.

La confesión de Balthair me deja sin aliento. Hay una sinceridad cruda en sus palabras que hace que mi corazón se acelere. Es una revelación que profundiza mi deseo de explorar lo desconocido que ha despertado en mí.

—Prometió proporcionarme experiencias, que solo tenía que buscarlo a usted —le recuerdo, mi voz teñida de un reto suave, flotando en la quietud de la habitación como un eco de nuestras pasiones ocultas.

Balthair sostiene mi mirada, una tormenta de deseo y conflicto agitándose en sus ojos.

—Esa promesa fue hecha antes de darme cuenta de que... cuando usted me tienta, pierdo mi compostura, me transformo en algo que no reconozco —confiesa con una franqueza que revela su lucha interna—. No tengo intenciones de reclamar su virginidad para convertirla en una mera amante... Y usted no aspira a ser una esposa.

—Entonces, ¿dónde nos deja eso? —pregunto, la incertidumbre teñida de un anhelo que no puedo ocultar.

Balthair avanza, reduciendo la distancia entre nosotros, sus ojos nunca abandonan los míos.

—Nos deja en un lugar de incertidumbre —responde con suavidad, pero luego su voz se endurece con una determinación firme—. Y para que quede claro, se acabaron los paseos en

calesa a solas con Alexander y queda totalmente prohibido ponerse en una situación comprometida con él o cualquier otro.

Sus palabras me sorprenden, y no puedo evitar el tono desafiante en mi respuesta.

—¿Se refiere a una situación como esta, por ejemplo?

—Exactamente. No sabe lo que esa camisa mojada está provocando en mí.

Mis ojos se deslizan hacia el bulto bajo su kilt, y una chispa de entendimiento se enciende en mi mente. Tengo una idea bastante clara de lo que está provocando.

Luego bajo mi mirada a mi cuerpo. La tela húmeda se adhiere a mi piel, delineando mis formas y se ha vuelto casi translúcida bajo la lluvia, dejando entrever la forma y el color de mis pezones. Soy plenamente consciente de la vulnerabilidad y la seducción que emana de esta imagen.

Puedo sentir la intensidad de la mirada de Balthair sobre mí. Traga en seco, visiblemente afectado por mi apariencia.

Por un momento, parece debatirse entre el deber y el deseo, una lucha interna que se refleja en la profundidad de sus ojos.

—Señorita Harwood, perdone, pero usted, no capta la verdadera situación aquí —dice al fin, su voz ronca—. Debería cubrirse.

Sin embargo, su tono vacila, revelando la lucha entre sus palabras y lo que de verdad siente. Sus ojos, normalmente tan llenos de resolución, ahora revelan un deseo que lucha por liberarse.

Balthair estira la mano despacio, casi como si tuviera vida propia y él luchara contra sus propios impulsos. Sus dedos, curtidos y firmes, alcanzan mi mandíbula, acunando mi cara con una delicadeza que contrasta con su tamaño y fuerza. Inclino mi cabeza contra su mano, sintiendo la promesa de una potencia que pocos caballeros pueden igualar.

Su pulgar se desliza hasta la comisura de mi labio, rozándola con una ternura inesperada.

—Balthair —susurro su nombre como si fuera calor de verano. Un nombre que al decirlo produce cosquillas en la punta de mi lengua.

La sorpresa cruza su rostro al escucharlo de mis labios, pero pronto se transforma en una mirada ardiente. Extiende su mano y con sus dedos toca con suavidad mi mandíbula, un gesto íntimo que me hace inclinar la cabeza hacia él, buscando más de ese contacto.

Sus dedos se deslizan hasta la comisura de mis labios, y abro la boca ligeramente, dejando que mi lengua roce con suavidad la yema de su dedo. Él responde introduciendo su dedo entre mis labios, jugando con él contra mi lengua en un gesto que es tanto exploratorio como lleno de deseo.

—¿Por qué me convierte en un animal en celo sin poder de razonamiento? —murmura, su voz, un susurro que apenas rompe el silencio de la habitación.

No hay palabras para describir lo que sucede a continuación. La respuesta se encuentra en el beso que nos une, un beso que rompe todas las barreras y dudas. Sus labios encuentran los míos con una pasión que refleja todo lo no dicho, todo lo reprimido.



Capítulo 22

Sus labios se encuentran con los míos, y el mundo se reduce a ese único punto de contacto. Nuestras bocas se mueven juntas en un ritmo que es tanto urgente como perfectamente sincronizado. Puedo saborear su aliento, un ligero sabor a whisky que se mezcla con el mío.

Nuestras lenguas se encuentran, primero con timidez y luego con una creciente confianza. La suya es húmeda y suave, deslizándose sobre la mía, acariciándola con la punta, explorando cada rincón de mi boca. Cada roce envía olas de cosquilleos a través de mí, haciendo que mi deseo por él crezca exponencialmente.

Entonces, en un movimiento lleno de necesidad, Balthair me levanta en sus brazos y me sienta sobre él. Mis piernas se abren instintivamente a cada lado de su cuerpo, y puedo sentir su excitación, dura y caliente, presionándose contra mí a través del kilt. La sensación es cruda y visceral, una promesa tácita de lo que podría venir.

Los jadeos y gemidos se mezclan con nuestros besos, cada uno intensificando el deseo del otro. Nuestros dientes rozan de forma ocasional, añadiendo un matiz de urgencia a nuestros encuentros. Cada movimiento es una afirmación de nuestra necesidad mutua, un reconocimiento del deseo incontrolable que nos consume.

En ese momento, somos dos seres entregados por completo al otro, perdidos en un torbellino de pasión y deseo. No hay palabras, solo el sonido de nuestros corazones latiendo juntos, el calor de nuestros cuerpos entrelazados, y el sabor inolvidable de un beso que nos ha llevado más allá de cualquier límite que antes pensábamos inquebrantable.

Mis caderas se mueven inconscientemente contra él, y una oleada de placer recorre todo mi cuerpo, disparándose desde mi sexo. Un gemido se escapa de mis labios, resonando entre nosotros mientras sigue besándome. La mano de Balthair asciende hasta mi clavícula y luego desciende por mi hombro, llevándose consigo la camisa de lino. Siento cómo la tela se engancha

en mi pezón, provocando un estremecimiento, antes de que él, con un tirón suave pero firme, deje mis pechos al descubierto.

Balthair detiene sus besos y se inclina hacia atrás, sus ojos se fijan en mi piel desnuda. Siento el peso de su mirada sobre mis pezones, ahora duros y sensibles. La intensidad de su mirada los hace doler de deseo.

Con una reverencia casi sagrada, coloca su mano sobre uno de mis pechos. Mi pezón roza la palma de su mano, un contacto que envía un escalofrío a través de mi cuerpo. Su caricia es suave, explorando con delicadeza la sensibilidad de mi piel. Al mover mis caderas de nuevo, restriego mi sexo contra el suyo, buscando más contacto, más fricción.

Eso provoca en él un gruñido profundo, lleno de deseo contenido. Antes de que pueda reaccionar, coloca sus manos en mis caderas y me presiona con más fuerza contra él, intensificando la conexión entre nuestros cuerpos. Entonces, su boca encuentra mi pezón, capturándolo con un deseo ardiente. El calor de su lengua envuelve la punta sensible, provocando un torrente de sensaciones que me inundan. Cada movimiento de su lengua es una nueva revelación, un nuevo pico de placer que me hace arquear la espalda y buscar aún más de esa exquisita sensación.

Cada lamida, cada suave mordisco, intensifica el fuego que arde dentro de mí. Me siento consumida por la pasión, por la necesidad de más de él, más de este placer que él despierta en mí. Con cada gesto, cada caricia, está llevando nuestras emociones y deseos a un lugar donde las palabras ya no son necesarias, donde solo nuestros cuerpos hablan, expresando todo lo que sentimos de forma desenfrenada.

Balthair, con un instinto que parece tan natural como la respiración, comienza a mover mis caderas contra su excitación. La fricción entre nosotros desata una cascada de sensaciones que se acumulan en mi interior, construyendo hacia un clímax inminente. Respondo a su movimiento con un ritmo creciente, tomando el control en un baile de pasión que es tan antiguo como el tiempo.

Mi cuerpo empieza a hablar en un lenguaje que solo los amantes entienden, un diálogo de movimientos y respuestas que nos lleva más allá de los límites de la razón. La intensidad crece dentro de mí, una ola de placer que se aproxima a romper en mi orilla. Me muevo con más insistencia, cada roce contra él, incrementando la sensación hasta que, finalmente, el orgasmo me envuelve en su abrazo poderoso.

El mundo se reduce a las sensaciones que me inundan: el calor de él debajo de mí, el sonido de nuestros jadeos mezclándose, y la oleada de placer que me recorre de cabeza a pies. Me dejo llevar por la corriente, entregándome por completo a la experiencia, a Balthair, a nosotros.

La sensibilidad de mi cuerpo le sorprende y le divierte a partes iguales. Puede sentir mi reacción a cada uno de sus movimientos, mi respuesta a su tacto. Su sonrisa, una mezcla de orgullo y admiración, me dice que está disfrutando tanto de mi placer como yo del suyo.

A medida que la ola de mi orgasmo comienza a disiparse, noto una expresión de sorpresa mezclada con admiración en el rostro de Balthair. Él parece genuinamente asombrado.

—¿Es posible que ya...? —bromea él, una chispa de diversión en sus ojos—. Es tan sensible, tan apasionada... Alcanza el clímax con tanta eficiencia como la que utiliza para todo.

Me ruborizo ante su comentario, sintiendo una mezcla de vergüenza y orgullo.

—Bueno, puede que tenga algo que ver con el hombre que tengo debajo de mí —respondo, mi voz aún temblorosa por la reciente oleada de placer.

Balthair ríe, un sonido profundo y genuino que llena la habitación.

—Espero que sí —dice, todavía sonriendo.

Entonces, en un movimiento inesperado, me voltea, quedando de espaldas sobre la cama. Comienza a desatar las cintas de mi pantaloncillo con dedos expertos y decididos.

—Quiero ver qué tan sensible es en realidad. ¿Cuántos orgasmos se provoca con ese chisme hasta quedar saciada? —pregunta con un tono de curiosidad y reto.

—Al menos tres —reconozco, mi corazón latiendo con fuerza mientras espero a que tire de mi ropa y deje mi sexo al descubierto.

—Tres... —repite Balthair, su voz llena de asombro y un toque de excitación—. Siento que he despertado un volcán.

—Es muy posible —respondo, pero mi voz se convierte en un gemido cuando siento sus dedos deslizándose por la piel húmeda entre mis piernas—. Así que debe asumir la responsabilidad —le digo sin aliento.

Él separa mis labios con suavidad y esparce mis jugos por todo mi sexo, explorando cada pliegue y rincón con una atención que me hace arquear la espalda.

La sensación de sus dedos, tanto delicados como firmes, es abrumadora. Cada caricia aumenta la sensibilidad de mi cuerpo, cada roce me lleva más cerca del borde. El placer que Balthair evoca en mí es intenso y descontrolado, una exploración de mi sensibilidad que desata nuevas olas de deseo.

Mientras él continúa implacable, un nuevo orgasmo domina mi cuerpo y mi mente. Me rindo a él, al movimiento de sus dedos, dejando que las olas de placer me lleven. Mi cuerpo se convulsiona bajo su tacto, cada espasmo un testimonio del intenso placer que él me provoca.

Él me observa con ojos ardientes, llenos de un deseo casi febril. Su mirada es la de un hombre al borde de su propio límite.

—Adele, necesito... —Su voz se corta, vacilando.

—Déjeme satisfacerlo —insisto, impulsada por un deseo de devolverle el intenso placer que él me ha dado.

—No —rechaza, pero veo la lucha en sus ojos.

—Sé lo que necesita —afirmo, confiada.

—Adele, lo que yo necesito... —comienza de nuevo, su voz llena de conflicto—. Es verla a usted entregada al placer. Eso me satisface más de lo que podría imaginar.

—¿Y luego qué? ¿Volverá a la biblioteca y...? —pregunto, mi voz llena de provocación.

—No lo mencione. Me prometí que no volvería a ocurrir —afirma, pero su voz tiembla.

—Me gustó —confieso.

—Adele, usted está poniendo a prueba mi cordura —dice, su voz tensa—. Si me quedo aquí, no podré contenerme. La tomaré.

—¿Y si le alivio con mi boca? —sugiero, mi voz, un susurro tentador.

Balthair emite un gemido, lleno de conflicto.

—¿Se refiere a... su boca en mi...?

Se desploma de espaldas en la cama, cubriendo sus ojos con un brazo.

—No se acerque. Pasará. Solo tengo que pensar en las imágenes que me atormentaban de usted y Alexander solos.

—¿Por qué es tan terco? —pregunto, frustrada.

—Le he dicho que no quiero que sea una amante —responde con firmeza.

—Pero yo quiero explorar y quiero ver... su pene y sus testículos.

—¿Cómo ha dicho? —pregunta casi con un gallo en su voz.

—Realmente parece enorme, ¿son todos así?

—La imagen de usted sintiendo curiosidad por la anatomía de otros hombres... es suficiente

para apagar mis ganas —dice, medio en broma, medio en serio.

—¿Y si solo miro? —pregunto, desafiándolo—. Usted me ha visto a mí.

—Señorita Harwood... —advierde, su voz temblando.

—De acuerdo, saciaré mi curiosidad de otro modo... —digo, fingiendo resignación.

En un instante, Balthair se cierne sobre mí, su cuerpo pesado y caliente, presionándome contra la cama.

—Espero que no se refiera a lo que creo —dice, su voz, un gruñido bajo—. No se acercará a otros hombres con esa intención, Adele.

—Usted es como el perro del hortelano ni come ni deja comer. Me refería a buscar información en los libros.

—Se equivoca —dice él, y comienza a deslizarse por mi cuerpo. Baja su boca por mi cuello, mis pechos, mi estómago, y finalmente se posiciona entre mis piernas—. Estoy muy dispuesto a comer.

Un grito sorprendido se escapa de mis labios.

—Oh, Dios mío, no me refería a esto —protesto, pero mi cuerpo responde con una urgencia que no puedo negar.

Él se ríe y acaricia mi sexo con su barbilla. Su aliento caliente roza mi piel, enviando olas de anticipación a través de mi cuerpo. Siento su mirada fijarse en mi sexo, desnudo y vulnerable, antes de que comience su exploración.

Primero, sus labios rozan con suavidad los pliegues sensibles, un contacto tan ligero que parece casi una caricia. Luego, su lengua se une, deslizándose por mi hendidura con una lentitud tortuosa. Es suave y cálida, moviéndose con una precisión que habla de un conocimiento íntimo y un deseo profundo.

La punta de su lengua encuentra mi clítoris, tocándolo primero con una delicadeza que contrasta con el deseo crudo que ambos sentimos. Cada movimiento es deliberado, diseñado para explorar y provocar. Va incrementando la presión poco a poco, en un ritmo que me lleva al borde del abismo antes de retroceder, manteniéndome en un estado de ansiosa expectativa.

Siento cómo su lengua se mueve en círculos alrededor de mi clítoris, alternando entre movimientos suaves y firmes. Juega con la tensión, construyendo el placer hasta que se convierte en una necesidad imperiosa. Su boca se cierra alrededor de mi clítoris, succionándolo con una intensidad que dispara chispas de placer a través de mi cuerpo. La sensación es abrumadora, una mezcla de dolor y deleite que me hace arquear la espalda y aferrar las sábanas con los dedos.

Con cada lamida, cada succión, Balthair me lleva más cerca del éxtasis. Mis gemidos llenan la habitación, un himno al placer que él me está dando. Siento cómo la tensión se acumula dentro de mí, como una ola lista para romper.

Justo cuando pienso que no puedo soportar más, él intensifica su ataque. Su lengua se mueve con una rapidez y una fuerza que me empuja sin piedad hacia el clímax. Y cuando llega, es como una explosión, un torrente de sensaciones que me inunda, dejándome temblorosa.

Todavía envuelta en la neblina del placer, siento a Balthair moverse hacia mí y esconder su cara en mi cuello. Levanta su kilt y lleva su mano a su miembro. Empieza a moverla con rapidez, sus nudillos rozando mi sexo con cada movimiento. La proximidad de su mano y la sensación de sus nudillos contra mí añaden una nueva capa de excitación.

Mis caderas, aún temblorosas del orgasmo reciente, se mueven instintivamente, provocando que la punta de su sexo caliente y duro roce contra el mío. Ese contacto, aunque ligero, es extraordinariamente íntimo y estimulante. Escucho a Balthair gemir ahogado, un sonido cargado de deseo y urgencia.

La tensión en su cuerpo aumenta, sus movimientos se vuelven más frenéticos. Puedo sentir la inminencia de su clímax, la urgencia con la que busca su propio alivio. Y entonces, con un gemido ahogado y lleno de liberación, llega. Siento el calor de su semen derramándose sobre mi clítoris, un calor que se extiende por mi piel y parece reavivar las brasas de mi propio orgasmo.

La sensación de su esperma caliente sobre mí intensifica la persistencia de mi placer, llevándome a un estado de sensibilidad aún mayor. Es una experiencia sorprendentemente íntima, compartiendo esta culminación tan personal y cruda.

Permanecemos así por un momento, cada uno recuperándose de la intensidad de lo que acabamos de compartir.

La habitación está llena de la energía residual de nuestra pasión, una atmósfera cargada que nos envuelve en una burbuja de intimidad.

Balthair, cuya presencia sobre mí es una mezcla de calor y peso reconfortante, rompe el silencio con una reflexión que revela su vulnerabilidad.

—He aquí el hombre que todo lo controlaba, el que se vanagloriaba de su estoicismo, de su templanza y su fuerza de contención, derramándose como un adolescente sin dos dedos de frente sin poder evitarlo —dice con un tono autocrítico.

Su comentario, tan honesto y desprovisto de la usual compostura que lo caracteriza, me arranca una risa abierta y genuina.

—Balthair —digo entre risas—, no hay nada de malo en perder el control de vez en cuando, especialmente cuando no se hace daño a nadie.

Él me mira, y en sus ojos veo un destello de la sorpresa que le ha causado mi reacción.

—¿Se está riendo de mí, señorita Harwood? —pregunta, aunque la esquina de su boca traiciona una sonrisa incipiente.

—Así es —respondo con una sonrisa juguetona—. Mostrar su humanidad, sus deseos, no le hace menos fuerte. Tal vez le hace aún más fuerte a mis ojos.

—¿Mi humanidad? No, Adele. Me transformas en una criatura animal dominada por instintos primarios.

—¿De supervivencia? —pregunto, mi tono ligeramente juguetón, aunque consciente de la seriedad de su confesión.

—Devorar víctimas —replica él, su voz baja, casi como si estuviera describiendo una bestia mítica.

Mis ojos se ensanchan en una expresión de fingido horror.

—Eso suena absolutamente aterrador —digo, no pudiendo evitar el toque de sarcasmo en mi voz.

—Así debería ser —afirma Balthair, aunque la esquina de su boca se curva en una leve sonrisa—. Tenga en cuenta, Adele, que usted no está exactamente en una posición de ventaja en este juego.

Levanto una ceja, mi sonrisa mostrando que acepto el reto.

—¿No lo estoy? Creo que subestima mi habilidad para manejar situaciones... peligrosas.

Balthair se inclina hacia delante, su mirada intensa y llena de un desafío juguetón mientras dos de sus dedos pellizcan uno de mis pezones.

—Oh, no tengo dudas de sus habilidades, señorita Harwood. Pero en este juego, yo soy el cazador... y usted es mi presa. No lo olvide.



Capítulo 23

La mañana siguiente, todavía sintiendo las secuelas de la pasada noche, me despierta la entrada de Mary, mi doncella. Con una bandeja de agua caliente y toallas frescas, se acerca a mí con una mezcla de preocupación y una curiosidad apenas disimulada.

—Buenos días, señorita Harwood. El Laird me informó de su malestar. Vengo a ayudarla con el baño —dice con una voz suave, aunque sus ojos revelan una curiosidad apenas contenida. Asiento con la cabeza agradecida.

—¿Cómo se ha hecho esa torcedura en el tobillo, señorita? —pregunta Mary, mientras prepara todo para mi baño.

Me muerdo el labio, recordando la versión de la historia que había acordado con Balthair.

—Iba a salir de paseo con el señor Gordon, pero me caí bajando las escaleras. Al final, no pude acompañarlo —le digo, intentando sonar lo más convincente posible.

Mary suspira y asiente, aunque noto en sus ojos un brillo de duda.

—La tormenta de anoche fue terrible. Escuché que el señor Gordon tuvo que pasar la noche en una cabaña de pastores. Sir Chisholm envió a Thomas a buscarlo esta mañana.

—Vaya, eso suena grave —respondo, fingiendo sorpresa, aunque mi mente se distrae con el recuerdo de Balthair.

—Y lo más curioso —continúa Mary, bajando la voz como si compartiera un secreto—, es que Thomas encontró una media de mujer en esa cabaña. Se rumorea que el señor Gordon podría haberse reunido con una amante allí.

Intento mantener mi expresión neutral, aunque por dentro, una mezcla de pasmo y diversión me recorre.

—Qué escándalo —murmuro.

Mary me ayuda a desnudarme para el baño, y noto cómo su mirada se detiene en una marca

en mi cuello.

—¿Y eso? ¿También se golpeó en la escalera? —pregunta, sus ojos llenos de sospecha.

Toco la señal, un recuerdo vivo del placer compartido con Balthair.

—No es nada, Mary. Solo un pequeño accidente —le aseguro, aunque siento cómo mi rostro se calienta.

Entonces, Mary se fija en la capa de Balthair sobre el sillón.

—Esa capa...

—Es de Sir Chisholm. Me la prestó anoche debido al frío —respondo con rapidez, tratando de desviar cualquier sospecha.

Mary asiente, aunque noto un atisbo de duda en sus ojos.

—Le prepararé el baño ahora, señorita.

La observo moverse, sintiendo una mezcla de gratitud por su discreción y una leve preocupación por los rumores que podrían surgir.

A pesar de todo, la memoria de Balthair y la pasión compartida hace que cualquier remordimiento se desvanezca.

Sin embargo, soy consciente de que debo ser más cuidadosa en el futuro; los secretos en una casa grande son difíciles de guardar.

—Gracias, Mary. ¿Podrías avisar a Briony de que haremos las clases aquí en mi habitación hoy? —le pido, mientras me ayuda a sumergirme en el agua tibia del baño que ha preparado sin dejar de mirarme con atención.

Mary asiente, pero luego añade:

—Oh, me dijo el Laird que él mismo vendría a buscarla para llevarla al comedor.

—Eso está bien —respondo, aunque la idea de que Balthair venga a buscarme me hace sentir una mezcla de anticipación y nerviosismo—. ¿Dijo algo más?

—Sí, señorita —dice Mary, doblando las toallas con meticulosidad—. Dijo que usted no soportaría estar mucho tiempo quieta en su habitación.

Y tenía razón. La idea de pasar el día encerrada, a pesar del cómodo entorno, me resulta claustrofóbica.

Mientras Mary me lava el cabello con movimientos expertos y cuidadosos, de pronto siento que se detiene. Me giro ligeramente para mirarla y veo una expresión de sorpresa en su rostro. Con dedos delicados, extrae algo de entre mis rizos.

—Señorita, ¿qué es esto? —pregunta, mostrándome una pequeña hoja que había quedado enredada en mi cabello.

Siento un rubor calentarme las mejillas al darme cuenta de que es un recuerdo de la noche anterior.

—Oh, eso debe haberse enganchado cuando salí al jardín ayer —digo con rapidez, intentando sonar despreocupada—. Con todo el viento y la lluvia, supongo que se desprendió de algún árbol.

Mary asiente, aunque noto un atisbo de duda en sus ojos.

—¿Salió con el tobillo así con esa lluvia?

—Soy así de inconsciente —le respondo con una sonrisa tirante y del todo impaciente.

Una vez que Mary termina y se retira, me quedo sola con mis pensamientos. No mucho después, Balthair entra en mi habitación. Sin rodeos, le digo:

—Lo saben. Saben que salí con el señor Gordon y, peor aún, piensan que tuvimos un encuentro apasionado en esa cabaña. Considerando que aún debería estar de luto por mi prometido, cualquier rumor sobre mí con otro hombre... Será un nuevo escándalo.

Balthair se detiene en seco, una mezcla de sorpresa y preocupación en su rostro.

—¿Cómo han llegado a esa conclusión? —pregunta, su voz mostrando la gravedad de la situación.

—Mary encontró una hoja en mi cabello y luego mencionó que Thomas tropezó con una media de mujer en la cabaña y que se sospecha que el señor Gordon se reunió con una amante —explico—. Luego está la marca de un mordisco en mi cuello que ella ha visto y su chaqueta en mi habitación. La verdad, si no sospechara, dudaría de sus capacidades. Y me temo que no será la única en pensar así.

Balthair se pasea por la habitación.

—Pero nadie os vio juntos, excepto yo. No hay pruebas directas —razona, aunque su voz denota una creciente inquietud.

—Usted y yo sabemos perfectamente que no hacen falta pruebas para incriminar a alguien —replico con un tono de frustración—. En este tipo de situaciones, los rumores y las suposiciones son más que suficientes.

—Lo resolveré, Adele. No permitiré que nadie piense que ha habido algo entre Alexander y tú —afirma Balthair con firmeza.

—No, no debe hacer nada. De todas formas, ya no puedo caer más bajo —respondo, sintiendo una mezcla de resignación y pena.

—No diga eso. Esa clase de amargura no es propia de usted —dice Balthair, y en su voz puedo detectar una sincera preocupación.

—Se equivoca. Yo también tengo mis momentos de debilidad y autocompasión.

Balthair se acerca a mí, su rostro serio y considerado.

—Adele, incluso en sus momentos de debilidad, usted sigue siendo una mujer de gran fortaleza y dignidad. No permita que las habladurías y los malentendidos definan quién es usted o lo que vale.

Cambio de tema, buscando algo de claridad en otro asunto que me atormenta.

—¿Se sabe algo del juicio?

Balthair suspira antes de responder.

—La justicia es lenta, Adele, pero no debe preocuparse porque también me ocuparé de que se demuestre su inocencia.

—Nadie sabe lo de mi acusación en el castillo, ¿verdad? —pregunto, consciente de cómo otra revelación podría complicar aún más mi situación.

—Nunca doy información innecesaria —asegura Balthair con un tono que me tranquiliza.

—Eso es cierto y lo sé muy bien —le respondo esbozando una ligera sonrisa.

En ese momento, tomo plena consciencia de cómo Balthair me protege. Él es un hombre de honor, que lo da todo por aquello en lo que cree, ya sea lealtad, justicia o, en este caso, a mí. A pesar de las complicaciones y los desafíos que enfrento me siento agradecida y segura bajo su cuidado. Su compromiso me da la fuerza para afrontar las adversidades, sabiendo que no estoy sola en esta lucha.

—Gracias, Balthair —digo, mirándolo directamente a los ojos—. Su apoyo significa mucho para mí. Más de lo que puedo expresar. Si no hubiera sido por usted... Me sacó de esa celda, cree en mi inocencia y me ha dado un trabajo y un hogar... Yo nunca estaré lo suficiente agradecida con usted.

Él asiente, pensativo.

—No es su agradecimiento lo que quiero. Guárdese —dice, su tono severo, aunque en sus ojos veo una profundidad que va más allá de la brusquedad de sus palabras.

—¿Tiene que ser tan brusco y estropearlo todo siempre con esa lengua despiadada? —pregunto, no pudiendo evitar un tono de reproche en mi voz.

—No puso objeciones a la brusquedad de mi lengua anoche.

Un rubor caliente sube a mis mejillas, y me quedo sin palabras, entre sorprendida y divertida por su descaro repentino.

—Eso es jugar sucio, Balthair —respondo, intentando mantener mi compostura.

Él se encoge de hombros, una sonrisa traviesa en su rostro.

—No siempre se pueden mantener las cortesías cuando se dice la verdad.

Su respuesta, tan característica de su personalidad directa y sin adornos, me hace sonreír a pesar de la situación.

—Parece que siempre tiene una respuesta para todo —digo, aún sonriendo.

—Es una de mis muchas cualidades —responde él, con un tono de broma.

Y antes de que pueda decir nada más, me coge en brazos con facilidad, apoyándome contra su cuerpo. Rodeo su cuello con mis brazos y, en esa cercanía, percibo su aroma a bosque y masculinidad, una fragancia que evoca una sensación de fortaleza y seguridad. Es un olor tan viril y agradable que mi cuerpo parece derretirse con solo estar cerca de él.

—Briony le espera con impaciencia. ¿Le había dicho que hoy iba a enseñarla a columpiarse de una rama? —pregunta, su voz cerca de mi oído.

—Sí, pero me temo que hoy no será posible —respondo, sintiendo una punzada de decepción por no poder cumplir mi promesa a Briony.

—Y doy gracias a Dios por ello —dice Balthair en tono de broma.

—Creo que hoy tomaremos el té en el invernadero —declaro.

—¿En el invernadero? —repite con el ceño fruncido.

—Sí, ¿sabía que en Japón servir el té es un arte? Conocí a un caballero que frecuentaba geishas donde lo hacían delicadamente.

—¿Y era el té por lo que las frecuentaba? ¿Está segura? —pregunta con acidez.

—Trató de enseñarme la forma de hacerlo cuando yo tenía 15 años. Me dijo que las geishas comenzaban a aprender su oficio a esa edad, también —digo, recordando aquellos tiempos en casa de mi abuelo.

—Por Dios, Adele, seguro que era un depravado y enseñarla, le complació enormemente —responde Balthair, su tono mezclando la diversión con una leve desaprobación.

—No creo que haya nada erótico en servir el té, Sir Chisholm —replico, intentando mantener la seriedad.

—Déjeme comprobar cómo lo hace antes de dar mi veredicto, Adele... Creía que habíamos avanzado en cuanto a la forma de dirigirnos anoche y que continuaría llamándome por mi nombre.

—Eso depende del grado de afabilidad que se merezca, Sir Chisholm —respondo, disfrutando de estas dinámicas con él—. ¿Vendrá entonces a tomar el té con nosotras?

—Solo para comprobar el grado de erotismo con el que sirve el té —dice, manteniendo esa sonrisa ladeada que tanto lo caracteriza.

—Entonces, espero que se sienta decepcionado, porque la única seducción que habrá será la del aroma del té —replico con un tono juguetón.

Balthair me coloca con suavidad en el suelo, después de bajar las escaleras, y entrar en el comedor, manteniendo su mano en mi espalda para asegurarse de que estoy estable.

—Decepcionado nunca, Adele. Intrigado, definitivamente —dice, antes de dirigirse a la puerta—. Espéreme para llevarla al invernadero.

Lo veo salir de la habitación, y por un momento, me quedo pensando en lo inesperado que es Balthair.

Cada interacción con él es una mezcla de desafío, sorpresa y, a menudo, una profundidad emocional que nunca deja de sorprenderme. A pesar de la complicada situación en la que nos encontramos, no puedo evitar sentirme afortunada por tenerlo en mi vida.

Me preparo para encontrarme con Briony, pensando en cómo hacer de la ceremonia del té algo especial para ella.



Capítulo 24

Narrador omnisciente

En el invernadero, Balthair observa con una mezcla de irritación y diversión cómo Lachlan prepara la mesa con una sonrisa bobalicona. Aunque por lo general tolera a Lachlan, hoy su presencia parece especialmente molesta.

La situación empeora cuando Lachlan ofrece una rosa a Adele, diciendo con un aire de suficiencia,

—Es del color que tanto le gustó.

Luego, como un intento torpe de disimular, le da otra a Briony.

—Seguro tiene muchas cosas que hacer —dice Balthair con un tono que no deja lugar a dudas sobre su deseo de que Lachlan se marche.

—Sí, por supuesto —responde Lachlan, finalmente captando la indirecta y retirándose.

Adele, con su habitual gracia, comienza a explicarle a Briony dónde está Japón, describiendo sus características y su gente. Luego habla de las geishas, mujeres dedicadas a entretener a la élite masculina con danzas, música y conversación y su relación con el té.

Briony frunce el ceño, preguntando por qué tienen que entretener a los hombres.

—Porque al parecer ellos no son lo suficientemente listos para hacerlo solos —responde Adele, lo que provoca una carcajada inesperada en Balthair.

Adele sigue describiendo a las geishas, su maquillaje, sus peinados y túnicas. A pesar de la opinión de Briony de que parecen payasos de circo, Adele las presenta como figuras poderosas y cultas con gran influencia en la política de su país.

Cuando Adele demuestra la ceremonia del té, mostrando cómo las geishas enseñan la muñeca de manera delicada, Balthair se encuentra cautivado.

Cada movimiento de Adele es pura sensualidad, y se da cuenta de que incluso el gesto más

simple en sus manos parece diseñado para cautivar.

Briony pregunta escéptica cómo eso puede hipnotizar a un hombre, y Balthair, por completo absorto en la demostración de Adele, puede atestiguar que, efectivamente, hay un encanto indescriptible en esos movimientos simples pero elegantes.

En ese momento, mientras Briony la continúa interrogando sobre las peculiaridades de la cultura japonesa, Balthair la observa reír y explicar con entusiasmo. La manera en que maneja a Briony, con esa mezcla de humor y enseñanza, solo aumenta su admiración por ella.

En el invernadero, la atmósfera cambia notablemente cuando Adele ofrece a Balthair una taza de té, la muñeca al descubierto con elegancia y una sonrisa desafiante en sus labios. Él acepta, pero su atención está fijada en la piel expuesta de Adele. Con un gesto deliberado, sujeta su muñeca y desliza el pulgar por ella, explorando la suavidad de su piel con una lentitud que carga el aire con una tensión palpable.

—Es una lección muy interesante, señorita Harwood —comenta Balthair, su voz baja y llena de intensidad.

Adele, sin perder su compostura, responde:

—Y eso que todavía no he hablado de los samuráis. —Su voz tiene un tono juguetón, pero hay un brillo de seriedad en sus ojos mientras empieza a contarles sobre estos legendarios guerreros japoneses.

Explica a Briony y a un atento Balthair sobre el código de honor de los samuráis, el bushido, que enfatiza la lealtad, el coraje y la benevolencia.

Describe sus vidas dedicadas a la perfección en el arte de la guerra y su influencia en la sociedad japonesa, pintando un cuadro de guerreros no solo valientes en batalla, sino también portadores de una nobleza que trasciende el mero combate.

Balthair se da cuenta de que Adele no solo está enseñando a Briony sobre una cultura lejana y exótica, sino también impartiendo lecciones de moralidad y ética. A través de sus palabras, ella transmite valores de coraje, honor y lealtad, mostrando a Briony un mundo más allá de su propia experiencia.

Briony, con la inocencia característica de su edad, lanza un comentario que deja a todos en la sala momentáneamente en silencio.

—Balthair es mejor que cualquier samurái de esos —dice Briony con una convicción que solo un niño puede tener. Sus palabras, tan directas y sinceras, sorprenden a Balthair. Y esa visión que parece tener la niña de él.

Adele no puede evitar sonreír ante la observación de Briony y el efecto que tiene en él.

—Vaya, parece que por una vez, Sir Chisholm se ha quedado sin palabras —bromea Adele, su tono ligero, pero sus ojos destellando con afecto y diversión—. Y siempre presume de tener una respuesta para todo.

Balthair, recuperándose de su sorpresa inicial, mira a Briony con un destello de orgullo en sus ojos.

—Bueno, esa es, sin duda, una comparación honrosa, Briony —responde finalmente—. Aunque los samuráis son leyendas, yo solo soy un hombre haciendo lo mejor que puede.

—En realidad, Briony tiene razón —comienza Adele—. Hay muchas similitudes entre la cultura de los samuráis y los escoceses de las Tierras Altas. Ambos se dividían en clanes, y cada clan tenía su propio señor o jefe, al que servían con lealtad y dedicación.

Balthair escucha con atención, asintiendo en acuerdo.

—Es cierto —interviene—. Los laird escoceses, al igual que los daimyos en Japón, son los líderes de sus clanes. Y al igual que los samuráis, los hombres de las Tierras Altas se

enorgullecían de su habilidad en la batalla y de su valentía.

Adele continúa:

—Y no olvidemos la vestimenta típica. Los samuráis tenían sus armaduras y kimonos, mientras que en Escocia, el kilt es un símbolo de identidad y orgullo dentro del clan.

Briony, escuchando fascinada, pregunta,

—¿Y también existe un código como el bushido?

—De cierta manera, sí —responde Adele—. Aunque no estaba escrito como el bushido, los escoceses de las Tierras Altas han vivido según un código de honor, lealtad y valentía. El honor del clan y la lealtad al laird son de suma importancia.

Balthair, reflexionando sobre estas comparaciones, añade,

—Y como los samuráis, los escoceses de las Tierras Altas se enfrentaron a grandes cambios en el siglo XVIII, especialmente después de las Rebeliones Jacobitas y ellos durante la Restauración Meiji, ambas culturas tuvieron que adaptarse a un mundo que cambiaba con rapidez.

Adele asiente en acuerdo.

—Puedo imaginarme a Sir Chisholm perfectamente con un kamishimo formal —dice, provocando una sonrisa en Briony.

—Y usted podría ser una geisha y servirle el té todos los días y bailar y cantar para entretenerle —sugiere la niña, con claridad disfrutando de la idea.

—Sí, yo también puedo imaginármelo —comenta Balthair, su tono lleno de burla.

—No estoy segura de que Sir Chisholm disfrutara tanto de esas atenciones. Parece preferir la soledad para sus momentos de diversión, buscando en privado aquellas actividades que le brindan placer.

Balthair se ríe entre dientes mientras lanza una mirada a Adele desafiante.

—Creo que subestima mi capacidad de apreciar el buen entretenimiento, señorita Harwood.

—Aunque me temo que no tengo la gracia necesaria para ser una geisha.

Briony mientras toma un sorbo de su té comenta:

—Bueno, creo que sería una buena geisha, señorita Harwood. Es bonita y siempre hace sonreír a la gente.

La observación de Briony, tan sincera y afectuosa, marca un momento significativo en el invernadero. Balthair y Adele intercambian miradas, reconociendo un cambio sutil, pero profundo en la dinámica entre Adele y Briony.

La niña, que una vez llamó a Adele la "bruja fea", ahora no duda en elogiar sus cualidades.

Balthair no puede evitar sonreír ante el cumplido de Briony hacia Adele.

—Parece que ha ganado una admiradora, señorita Harwood —comenta, su voz cargada de un afecto palpable.

Adele, visiblemente emocionada por el cambio de actitud de Briony, se inclina hacia la niña con una sonrisa y le da un abrazo.

—Gracias, Briony. Eso es muy amable, de tu parte —responde, y su voz refleja la sinceridad de sus palabras.

En el invernadero, Balthair observa la interacción entre Adele y Briony en silencio, su mirada oscura cargada de un deseo oculto que lucha por emerger. Aunque externamente se mantiene tranquilo y compuesto, por dentro se encuentra en una encrucijada de emociones.

La forma en que Adele ha capturado la imaginación y el cariño de Briony es algo que no solo lo impresiona, sino que también despierta en él una profunda admiración hacia ella. La gracia, el cariño y la inteligencia de Adele son cualidades que Balthair ha llegado a valorar

profundamente, y verlas en acción solo intensifica sus anhelos.

En la calma del invernadero, con la luz del sol filtrándose a través del cristal y creando un ambiente casi mágico, Balthair se enfrenta a la verdad de sus sentimientos, un deseo que se ha convertido en algo que ya no puede ignorar ni ocultar por más tiempo.

Mientras Adele y Briony continúan charlando de forma animada, el mayordomo se acerca con discreción a Balthair con una nota. Con un gesto de agradecimiento, él toma la nota y la abre para leerla detenidamente, alejándose un poco para mantener privacidad. Su expresión es seria al principio, pero a medida que sus ojos recorren las palabras escritas, una sonrisa empieza a formarse en sus labios.

La nota contiene noticias que Balthair ha estado esperando ansiosamente.

—Ya es mío —murmura para sí mismo, una mezcla de alivio y expectación llenando su mente. La información que esperaba, una pieza crucial para un asunto que ha estado manejando, al fin ha llegado. Sin embargo, conseguir lo que necesita implica un nuevo viaje a Londres.

Su atención se desvía momentáneamente hacia la conversación entre Adele y Briony. Adele, con una sonrisa afectuosa, le cuenta algo sobre Oliver.

—Siempre decía que “El patito feo” era su cuento favorito —le está contando, su voz suave y llena de cariño—. Creía con firmeza en la idea de que todos tenemos un lugar donde pertenecemos, donde podemos transformarnos y ser apreciados por quienes realmente somos —dice con un tono afectuoso, revelando un aspecto tierno y sentimental de su relación con Oliver.

Con la nota aún en mano, Balthair contempla la posibilidad de llevarse a Adele con él. La idea, aunque repentina, parece tener cada vez más sentido mientras la considera. Mirando hacia Adele y Briony, quienes siguen inmersas en su charla, sopesa cómo presentará esta propuesta cada vez más convencido de que es lo correcto y ella lo disfrutará.



Capítulo 25

Narrador omnisciente

En la biblioteca del castillo, Balthair y Alexander se encuentran sumergidos en una discusión tranquila cuando Adele toca la puerta y entra. Su repentina llegada trae un cambio inesperado a la atmósfera.

Balthair, sentado en su escritorio con papeles esparcidos, levanta la vista, sus ojos reflejando una mezcla de sorpresa y cautela. Alexander, relajado en un sillón cercano, se levanta con cortesía para saludarla,

—Señorita Harwood, ¿ya puede apoyar su tobillo sin molestias?

—Sí, ha sanado correctamente. Gracias. Hace tiempo que no le veía por aquí, señor Gordon.

—Sí, algunos asuntos me han mantenido fuera.

Balthair observa la interacción sin pronunciar palabra. Lo cierto es que fue él el que le dijo a Alexander que era mejor que se alejara unos días del castillo para apaciguar rumores.

—No quería molestar. Venía a sumergirme en la lectura por un rato —dice Adele, con un tono ligeramente incómodo por la presencia inesperada—. Dado que Sir Chisholm tiene confiscados mis libros, no tengo más opción que venir a solicitarlos.

Alexander, con claridad confundido por la declaración, mira a Balthair buscando una explicación. Él, manteniendo una fachada de seriedad, responde con gravedad.

—No los he confiscado. Los resguardo con cuidado, considerando su delicada naturaleza.

La burla no se hace esperar por parte de Alexander, que encuentra la situación divertida.

—Oh, qué precavido, Balthair —dice entre risas—. Aunque poco considerado para la señorita Harwood, me temo.

Adele, sin dejarse amilanar, agrega con un tono de resentimiento:

—No solo eso, también me obliga a leerlos en voz alta.

Alexander, con claridad entretenido, lanza una mirada cómplice a Balthair, quien intenta mantener su compostura.

—Es por el bienestar de la señorita Harwood, para que no se vea abrumada por su contenido estando sola —justifica, evitando la mirada de Adele y fingiendo interés en sus documentos.

En ese momento, Balthair se siente atrapado en un juego de palabras y miradas. Su intención de proteger a Adele y de controlar el acceso a ciertos libros ahora parece más una excusa que una justificación razonable.

La burla de Alexander y la frustración de Adele ponen de manifiesto la complejidad de la situación, y Balthair se da cuenta de que tal vez ha subestimado las implicaciones de sus acciones.

Alexander, mientras tanto, observa la escena con un interés creciente, disfrutando con claridad del ligero desequilibrio que ha provocado su presencia inesperada.

—Y para controlar lo que leo —afirma Adele, su voz tintada de desafío.

—Entonces, señorita Harwood, permítame acompañarla en esta lectura. Sería un placer escucharla leer —sugiere Alexander, su sonrisa ligera y provocativa desafiando la atmósfera tensa.

Balthair, al sentir cómo la situación se escapa de su control, responde casi instintivamente.

—Eso no será necesario —dice, su voz un intento de mantener la autoridad que siente deslizarse, al mismo tiempo que Adele responde con un firme—: De acuerdo.

La discrepancia en sus respuestas refleja el choque de voluntades en la habitación.

Alexander, sin perder su sonrisa, desafía aún más a Balthair.

—No veo el problema. A menos que, primo, tengas razones ocultas para querer disfrutar solo de la lectura de la señorita Harwood.

La resignación y la frustración se mezclan en Balthair cuando, con un suspiro, se levanta para entregarle a Adele un libro.

Selecciona "Fanny Hill", dando por hecho que será menos provocador que el de El marqués de Sade, como un compromiso entre su deseo de control y la necesidad de apaciguar la situación.

—Optemos por una lectura menos intensa para hoy —murmura, su voz baja casi un susurro.

El breve contacto de sus dedos al pasar el libro envía una corriente de sensaciones a través de Balthair, un recordatorio físico de la complejidad de sus sentimientos hacia Adele.

Por un momento, sus ojos se encuentran, y en esa mirada, Balthair siente una tormenta de emociones que lucha por ocultar.

Adele se acomoda para leer, y el silencio de la biblioteca se llena con su voz. Cada palabra que pronuncia parece resonar con un significado más profundo, creando una atmósfera cargada no solo por el contenido del libro sino también por la tensa interacción entre los presentes.

Balthair observa, su mirada intensa sobre Adele mientras ella lee, cada palabra un recordatorio de la situación en la que se encuentran.

Alexander, por su parte, escucha con una curiosidad que apenas disimula su interés en la reacción de Balthair y en la suya propia.

La lectura de Adele carga la habitación con un erotismo sutil. Adele, con voz clara y medida, recita pasajes que destilan sensualidad.

Balthair se encuentra luchando contra sus propios pensamientos y deseos, consciente de que cada palabra que Adele pronuncia tiene un efecto en él, un efecto que intenta reprimir. La tensión entre ellos es palpable, un delicado equilibrio entre la cortesía y la atracción no expresada, entre la autoridad y el deseo.

«[...] Mis enaguas y mi camisa fueron prontamente levantadas y el más fuerte centro de

atracción quedó a la merced de su tierna invasión. [...] Estando ya demasiado excitado para soportar demoras, se desabotonó sacando la máquina de los asaltos amorosos, la dirigió seguidamente, encaminándola a mi brecha ya abierta...[...] La cabeza de esa ponderosa máquina estaba bien apuntada que sintiendo su parte delantera contra el tierno orificio, un movimiento mío hizo frente a su oportuno impulso y mis labios extremadamente dilatados cedieron a su impetuosidad [...]»

La lectura de Adele, su voz resonando más allá del significado textual pone a Balthair en una situación que se escapa a su control, sentado rígidamente, escucha con una mezcla de aprensión y fascinación reprimida y se siente cada vez más afectado con la naturaleza provocativa del texto.

—Suficiente —interrumpe, su voz firme deteniendo la lectura. Su rostro refleja una mezcla de fatiga y un esfuerzo forzado por mantener el control.

Alexander, disfrutando abiertamente del momento, no puede evitar reírse.

—Oh, Balthair, estábamos en lo mejor. Quería saber cómo procedía esa máquina de los asaltos —comenta con una sonrisa traviesa, desafiándolo con su humor.

Balthair se siente atrapado entre la espada y la pared. Por un lado, la lectura de Adele le afecta más de lo que quisiera admitir; por otro, la burla de Alexander lo pone a prueba. Se pregunta si realmente esperaba algo diferente de lo ocurrido la otra vez en la biblioteca al pedir a Adele leer "Fanny Hill". Si creía que esta vez, su deseo sería menor o no lo afectaría tanto.

Alexander, aún sonriendo, eleva la apuesta.

—Si "Fanny Hill" es demasiado directo para ti, Balthair, ¿por qué no permitimos que la señorita Harwood lea algo del "Kamasutra" hindú? Es una guía para llevar una vida sana y plena, después de todo.

Balthair lanza una mirada de advertencia a Alexander.

—No estoy seguro de que eso sea apropiado —responde. Su voz, aunque reacia, no oculta por completo su curiosidad.

Adele, sin perder el ánimo, interviene con suavidad:

—En realidad, el "Kamasutra" no es solo un libro sobre sexo. Se trata de arte, de vida, de socialización y, sí, de mantener una vida sana.

Su comentario, ligero y convincente, desafía la cautela de Balthair. Alexander, riendo, insta a su primo a relajarse.

—Vamos, no seas un monje mojigato. Un poco de cultura no nos hará daño.

Al fin, Balthair suspira y, con una expresión de resignación, se levanta y selecciona la copia del "Kamasutra". La entrega a Adele, su mente en conflicto por la decisión tomada.

En la biblioteca, Balthair observa con una mezcla de irritación y fascinación contenida cómo Adele se sumerge en las páginas del "Kamasutra".

Su atención se agudiza cuando Adele, con una expresión de asombro, señala una postura intrincada en el libro. La curiosidad y la cautela se entrelazan en sus pensamientos mientras Alexander se inclina para echar un vistazo.

—Ah, veo que has encontrado una de las secciones más... instructivas —comenta Alexander con una sonrisa pícaro, desviando la atención de Balthair hacia la página.

Adele, tratando de mantener la compostura, asiente.

—Es ciertamente un libro interesante —dice, su voz revelando un toque de emoción contenida.

—Interesante, en efecto —responde Balthair, su voz teniendo un tono un poco más rígido de lo habitual—. Pero quizás sea mejor discutir su contenido en un contexto más académico.

Alexander se ríe.

—Oh, no te preocupes, Balthair. Estoy seguro de que la señorita Harwood puede manejar el tema con la misma gracia con la que maneja todo lo demás. Además, ella es una persona culta con inquietudes intelectuales.

La tensión entre Balthair, Adele y Alexander se intensifica a medida que Adele explora las páginas del “Kamasutra”. Las imágenes de felaciones, cunnilingus y penetraciones en variadas posturas no solo capturan la atención de Adele, sino también la de Alexander, quien se va acercando progresivamente a ella. Se sienta en el brazo del sillón en el que Adele está sentada, observando más a ella y sus reacciones que al libro mismo.

Para Balthair, esta cercanía creciente entre Alexander y Adele se convierte en una fuente de incomodidad. Aunque trata de mantener una fachada de indiferencia, no puede evitar sentir una punzada de celos y preocupación. Entiende que Alexander, como él, está sintiendo el mismo influjo hacia Adele y que esta sesión de lectura ha incrementado el atractivo de ella a ojos de su primo.

—Supongo que... —comienzo a decir Adele.

—¿Sí? —le anima Alexander a continuar.

—Parece que... hay muchas formas de... disfrutar del cuerpo, aunque dudo que todas sean sanas o al menos aseguren la integridad del cuerpo, aunque... Hay otras realmente atrayentes.

—¿Cuáles le interesan, señorita Harwood? —insiste Alexander.

—Bueno... desde mi ignorancia en estos temas... Creo que me gustan más... las que implican mirarse a los ojos —digo, intentando mantener la voz firme—. La conexión, el vínculo que eso crea, parece... fundamental.

Alexander sonríe con diversión,

—Interesante elección, señorita Harwood. El contacto visual ciertamente puede añadir una dimensión de intimidad.

De repente, algo en el libro captura su atención y no puede evitar exclamar:

—Oh, Dios Mío, ¿esto es posible?

Alexander se inclina para ver mejor la imagen y se ríe.

—Ah, el “Kamasutra” es conocido por su... creatividad en estas materias. Algunas de estas posturas son más una expresión artística que una guía práctica.

Balthair, que había estado en silencio, se acerca para echar un vistazo. Su ceño se frunce levemente, consciente del efecto de la imagen en Adele y Alexander.

La atmósfera se carga de un aire de intensidad emocional y sexual. Balthair se encuentra dividido entre su propio deseo y la necesidad de mantener una cierta distancia y control sobre la situación.

Observa, con una mezcla de irritación y cautela, cómo Alexander se inclina ligeramente hacia Adele, capturado por la fascinación que ella despierta.

—Bueno, creo que eso es suficiente “investigación” por hoy —decide.

—Sí... creo que... me iré a dormir ya —dice Alexander levantándose de un salto—. Esta sesión de lectura ha sido... intensa e interesante. Gracias, señorita Harwood.

—Gracias a usted, Alexander, por su entusiasta participación —responde en tono juguetón.

—Espero poder repetirlo pronto.

Balthair cierra el “Kamasutra” con un gesto decidido, pero su expresión muestra una mezcla de alivio y una leve diversión.

—Buenas noches, Alexander.

Finalmente, él se dirige a la puerta.

Levantando la mirada, Balthair se encuentra con la figura de Alexander detenida. Su primo observa a Adele con una especie de fascinación y deseo con claridad cautivado por la sensualidad de ella.

Por un momento, Balthair se queda contemplando a Alexander, notando la manera en que sus ojos siguen a Adele con algo más que simple admiración, una ambición que él no puede evitar identificar como una amenaza potencial hacia su propia relación con Adele. La percepción de la situación se agudiza en Balthair.

Un sentimiento complejo y desconocido se agita en su interior. Es una mezcla de protección hacia Adele, una conciencia de su propia posición en la compleja dinámica que se desarrolla en la biblioteca y una especie de irritación incontenible hacia Alexander que parece no tener conciencia de la profundidad de los emociones de Balthair.

Tras la salida de Alexander, la atmósfera en la biblioteca cambia drásticamente. Balthair, cargado de una mezcla volátil de excitación y deseo hacia Adele, exacerbada por un instinto casi animal de posesión, se vuelve hacia ella con la intensidad de un depredador.

Su mirada es profunda y oscura, reflejando un torrente de emociones no expresadas que han sido agudizadas por la interacción con Alexander.

La energía en la habitación se vuelve densa; la tensión sexual y emocional entre Balthair y Adele se siente como la corriente eléctrica antes de una tormenta.

Él da un paso hacia ella, su expresión es una mezcla de deseo incontenible y una feroz determinación. Cada movimiento suyo es calculado, revelando un deseo reprimido durante demasiado tiempo.



Capítulo 26

Una vez que Alexander sale de la habitación, me quedo a solas con Balthair. Hay una pausa incómoda, un silencio que cuelga en el aire, cargado con la energía de todo lo que ha sucedido en la última hora.

Finalmente, rompo el silencio.

—Siento si la elección del libro fue un poco... inapropiada —digo, no segura del todo de cómo Balthair ha tomado toda la situación.

Balthair se vuelve hacia mí, su mirada es un torbellino de emociones. Puedo sentir la ferocidad apenas contenida en sus ojos, un deseo abrasador que parece luchar por liberarse.

—No ha sido la elección del libro, sino... que haya accedido a leerlo delante de él —su voz es profunda, cada palabra cargada con una tensión que parece a punto de estallar.

—Él no le da importancia.

—Adele, ahora mismo Alexander estará... —Balthair se detiene, como si luchar contra el impulso de continuar. Parece estar lidiando con algo dentro de él, una batalla interna que se refleja en su expresión tensa—. No, prefiero no poner esa imagen en su mente.

La insinuación en su voz me hace preguntar, aunque ya conozco la respuesta.

—¿Se refiere a que cree que la lectura le habrá excitado? —pregunto, mi corazón latiendo rápido por la proximidad y la intensidad del momento.

Balthair me mira directamente, sus ojos oscuros reflejando una seriedad que contrasta con la ligereza de la situación anterior.

—Sí, estoy muy seguro, Adele —dice con un tono mordaz, su voz ronca vibrando en el aire entre nosotros.

Me quedo sin palabras por un momento, sorprendida tanto por su comentario directo como por la insinuación implícita.

—Bueno, esa no era mi intención —respondo finalmente, encontrando mi voz—. Solo estaba siguiendo la sugerencia de Alexander.

—A veces, las sugerencias de Alexander son más traviesas de lo que parecen —replica Balthair, con una leve sonrisa que no logra ocultar la tensión en sus ojos—. Y mientras que no dudo de sus capacidades de manejar tales situaciones, quizás sea mejor ser un poco más cautelosa en el futuro.

Balthair da un paso hacia mí, su presencia imponente llenando el espacio entre nosotros. Siento el calor que irradia su cuerpo, la energía cruda y masculina que lo envuelve.

—Debe ser cautelosa con cualquier hombre, Adele, y yo no soy la excepción. Yo... —Su voz se detiene, dejando la frase inconclusa, cargada de un significado no expresado.

Retrocedo instintivamente, sorprendida por la intensidad del momento, hasta que mi espalda choca con la mesa de Balthair. Me encuentro atrapada entre ella y su presencia, su cercanía provocando un torbellino de emociones en mí.

—¿Sí? —pregunto, mi voz apenas audible, mientras alzo la mirada para encontrarme con la suya. La tensión es palpable, y siento cómo mi corazón late más rápido ante la proximidad de Balthair.

Me observa profundamente, su respiración pesada y su mirada intensa.

—No puedo negar cuánto la deseo —confiesa con una voz ronca, llena de una pasión contenida. Su confesión es cruda, honesta, y siento cómo me quema hasta el alma.

En ese instante, me doy cuenta del efecto que tengo sobre él. Una mezcla de temor y atracción se entrelaza dentro de mí. La cercanía de Balthair, con su presencia intensa y abrumadora, provoca un temblor en mi cuerpo. Cada parte de él irradia una urgencia incontenible, una pasión que amenaza con arrasarlo con todo a su paso.

Nos encontramos en un precipicio, al borde de un abismo que podría cambiarlo todo. Puedo sentir su calor, su respiración agitada, la electricidad que emana de él. Es un momento cargado de tensión, de emociones no expresadas y pasiones reprimidas. En la mirada de Balthair, encuentro un espejo de mis propios sentimientos, una mezcla compleja de miedo y expectativa que resulta imposible ignorar.

Antes de que pueda formular una palabra, Balthair se apodera de mis labios con un beso feroz, despertando un fuego voraz que se había estado acumulando en lo más profundo de mí. Sus labios se mueven sobre los míos con una urgencia desenfrenada, su lengua explorando con audacia mientras nuestros dientes se rozan en un baile de pasión cruda.

Con un movimiento resuelto, Balthair me levanta con facilidad, depositándose sobre la mesa. Siento el poder de sus manos sobre mi cintura, mandando oleadas de deseo que recorren mi cuerpo. Con suavidad, pero con firmeza, separa mis rodillas y se coloca entre ellas, su presencia indudablemente firme presionando contra mí a través de las capas de ropa, provocando un jadeo incontrolable en mi garganta.

El aroma a madera y masculinidad de Balthair llena mis sentidos, mientras sus manos, ahora más audaces, aprietan mis nalgas, atrayéndome hacia él, intensificando la fricción entre nuestros cuerpos. Su lengua se entrelaza con la mía en una danza de deseo y necesidad, y siento el roce de sus dientes, una promesa de algo más intenso, más profundo.

—Aquí estamos de nuevo, perdiendo el control —susurra Balthair con voz ronca entre besos, su aliento caliente contra mi boca. En su voz, hay un tono de rendición, una aceptación del deseo que nos consume.

A cada beso, a cada roce, nos sumergimos más en esa marea de pasión, dejando atrás cualquier vestigio de racionalidad. Sus labios trazan un camino ardiente por mi cuello, y siento

sus mordiscos suaves, marcando territorio, cada uno enviando chispas de placer que se intensifican con la creciente humedad entre nosotros. La intensidad de nuestras sensaciones, alimentada por el sabor y el olor de nuestra cercanía, nos lleva a un lugar donde solo existe el ahora, solo nosotros dos, perdidos en el torbellino de nuestra conexión incontrolable.

Con un suave empujón, Balthair me guía hasta que mi espalda se encuentra contra el frío de sus papeles sobre la mesa. La tela de mi vestido se desliza hacia arriba sobre mis muslos mientras él, con movimientos deliberados, deshace el nudo de mis pantaloncillos y los rueda por mis piernas, dejando mi piel desnuda, excepto por las medias retenidas por ligas. Sus dedos trazan un camino por el interior de mis muslos, despertando cada fibra de mi piel, hasta que un solo dedo explora la suavidad de mi hendidura.

—Parece que la lectura ha tenido un efecto evidente en la señorita Harwood —murmura con una voz teñida de un deseo apenas contenido—. ¿Han sido las imágenes o las experiencias de la señorita Hill las que han despertado tal respuesta en usted?

—En realidad, ha sido... imaginar que éramos usted y yo —confieso, y veo cómo Balthair se detiene, con claridad conmovido por mis palabras.

—Adele... —su voz es un gemido de conflicto y deseo—. No debería tentarme de esta manera...

Se inclina, apoyando sus manos a ambos lados de mi cuerpo sobre la mesa, su cabeza baja en un gesto de conflicto interno. Pero no puedo contener mi curiosidad y con la falda aún hasta la cintura comienzo a desabrochar su pantalón, liberando su virilidad, fuerte y desafiante. La visión me deja sin aliento.

No esperaba tal despliegue de masculinidad y menos aún que Balthair se quedara inmóvil, permitiéndome explorar.

Observo su miembro: la cabeza gruesa, oscura y brillante, las venas marcadas a lo largo de su longitud. Lo acaricio con curiosidad, consciente de cada una de sus reacciones a mis exploración.

Sigo el consejo implícito del libro de Sade, tensando el frenillo, revelando la punta ahora de un tono rojizo casi irreal. Una gota de humedad aparece en su extremo.

—Ahhh —exhala Balthair, su respiración entrecortada—. ¿Esto es lo que querías ver?

—Quiero verlo todo —confieso, bajando mis dedos hacia sus testículos, tocándolos con una curiosidad profunda, recogiendo en la palma de su mano donde caen pesadamente.

—Dios mío —murmuro, y a pesar de la tensión palpable, Balthair no puede reprimir una sonrisa.

Regreso a su miembro, deslizando el prepucio a lo largo de su longitud, explorando cada textura y reacción. Balthair mueve sus caderas de forma sutil, acercando su sexo al mío. Nuestras miradas se encuentran, y en sus ojos veo un fuego febril. Se presiona más contra mí, sus caderas moviéndose rítmicamente, sus manos arrastrando mis nalgas hacia él. Siento la punta de su miembro presionando entre mis labios, deslizándose por ellos, encontrando mi clítoris y haciendome gemir de placer mientras nuestros besos se reanudan, llenos de urgencia y necesidad.

—Adele... —murmura, su voz, un susurro cargado de pasión.

—Sí... —le respondo, moviéndome hacia él, permitiendo que su erección encuentre mi entrada.

Con un movimiento suave pero firme, me atrae hacia él, permitiendo que la punta de su miembro encuentre la entrada a mi cuerpo. Nuestras miradas se entrelazan, y en sus ojos, un fuego ardiente y febril me envuelve. Siento la presión de su sexo contra el mío, su punta

abriéndose paso entre las paredes de mi cuerpo, una invasión que mezcla dolor y deseo.

De repente, sin previo aviso, me alza en brazos. Un grito sorprendido escapa de mis labios mientras me deposita con suavidad sobre una alfombra de pelo suave y espeso. Con gestos rápidos y decididos, tira de mi escote, liberando mis pechos al aire, y aparta mi vestido, dejando mi piel desnuda ante sus ojos.

—Yo... Adele, ya no soy capaz de contenerme —murmura entre besos, su voz un lamento que refleja la lucha interna que enfrenta—. Cada parte de mí te desea y aunque me mente grita precaución, mi cuerpo... mi corazón... ya no obedecen.

Vuelve a colocar la punta de su miembro en mi entrada. La fuerza con la que se presiona contra mí aumenta, su longitud entrando lentamente, haciendo que mis paredes internas se tensen y se resistan. Un quejido débil se escapa de mis labios, y él responde con un beso tierno, sus manos acariciando mis senos con una ternura que contrasta con la pasión que lo consume. Levanta una de mis piernas sobre su cadera, facilitando la penetración.

La textura suave de su punta avanza con cuidado, entrando poco a poco en mí. Balthair es comedido y cuidadoso, a pesar de la ansiedad desbordante que nos inunda a ambos. Contengo un grito de mezcla de dolor y sorpresa cuando penetra un poco más.

La resistencia inicial de mi cuerpo cede ante la presión insistente de Balthair. Su entrada es lenta, cuidadosa, una mezcla de dolor y placer que se entrelazan en una sinfonía de sensaciones. Finalmente entra. La penetración es un acto de descubrimiento y rendición. Se detiene, esperando que me acostumbre a su presencia, que el dolor inicial se disipe.

—¿Estás bien? —me pregunta, su voz llena de preocupación y esfuerzo, mientras se contiene de avanzar más.

—Sí —logro responder, mi voz temblorosa por la intensidad del momento.

—No quiero lastimarte —confiesa con voz ronca, sus ojos buscando los míos, buscando algún signo de dolor o incomodidad.

—Estoy bien, Balthair. No te detengas —digo, mi voz firme a pesar del torbellino de emociones.

Con cuidado, se retira lentamente y vuelve a entrar con una embestida más firme, más profunda.

—¿Bien? —vuelve a preguntar, su voz vibrante de deseo.

—Sí —confirmando, perdiendo la capacidad de formular palabras más coherentes.

La realidad de lo que está sucediendo me golpea con toda su fuerza: estoy teniendo sexo con Balthair. La experiencia, tan esperada y anhelada, se vuelve intensamente real.

Sus embestidas se intensifican, volviéndose más profundas, más rápidas, más insistentes. Gimo, un sonido que mezcla dolor, placer y asombro. El calor se extiende dentro de mí, y soy dolorosamente consciente de la pasión casi animal que nos consume. Con habilidad, abre mi sexo con sus dedos y comienza a masajear mi clítoris con una suavidad que contrasta con la ferocidad de sus movimientos.

Con cada movimiento, Balthair parece luchar contra su propia naturaleza. A pesar de la pasión que nos consume, hay una cautela en él, un deseo de proteger incluso en medio del abandono.

Sus embestidas, aunque profundas y firmes, son medidas, controladas. Cada vez que pregunta si estoy bien, hay una honestidad y un cuidado en su voz que habla de su conflicto interno.

La experiencia es intensa y profunda, una fusión de deseo y preocupación, de pasión y protección. En sus brazos, siento no solo la fuerza de su avidez, sino también la profundidad de

su lucha interna. Balthair, en su esencia, es un hombre dividido entre el deseo abrasador y la necesidad de cuidar y proteger.

De repente, él congela su movimiento al oír las voces que se filtran a través de las puertas semiabiertas. Con rapidez, pero con cuidado, acomoda mi vestido, cubriéndome. Se apresura a arreglar su pantalón, ajustándolo como puede alrededor de eso inhiesto y firme.

Levantándose con rapidez, pone un dedo sobre sus labios en señal de silencio y me indica con un gesto que me quede quieta.

Las voces de las doncellas, que con claridad no esperaban encontrar a nadie en esta parte del castillo a estas horas, continúan su charla despreocupada y reveladora.

—Estoy segura de que la señorita Harwood ha seducido al señor Gordon. Esa historia de las escaleras no me convence. Además, ¿qué hacía la capa de él en su habitación? Todo el mundo sabe que se fueron juntos.

—¿Todo el mundo? ¿Qué quieres decir?

—Los rumores ya corren por el pueblo. Y he oído que el otro día el señor Gordon confrontó a un hombre por hacer comentarios inapropiados sobre el... pecho prominente de la señorita Harwood.

—Pobre hombre, ha caído inevitablemente enamorado de ella. Se nota en cómo la mira.

—A mí me parece que ella lo ha embobado con su coquetería, seguro que hizo lo mismo con aquel barón inglés con el que estaba prometida. ¿Por qué sino, un caballero se fijaría en una institutriz?

—El Laird no tolerará que una mujer de dudosa reputación trabaje en su hogar, mucho menos como educadora de su hija. Aunque la niña la adora y le ha hecho mucho bien, tras lo sucedido en esa cabaña, lo lógico sería despedirla. A menos que el señor Gordon decida casarse con ella.

—Si nos es así. Será su ruina.

—No es justo. ¿Por qué no se juzga igual a los hombres en estas situaciones? El señor Gordon también estuvo allí.

—La mujer es quien debe mantener su virtud intacta. Ya sabes cómo es. Una vez que se entrega a alguien que no es el marido, ya no hay vuelta atrás.

Balthair reacciona con una velocidad y determinación fulminantes. En dos zancadas, alcanza la puerta y la abre bruscamente, dejando a las dos mujeres boquiabiertas ante su aparición repentina. Se desliza por el umbral, dejando la puerta apenas entreabierta para resguardar mi privacidad de sus ojos curiosos.

—Para que no queden dudas —anuncia Balthair con una voz firme y un tono que no admite réplica—, la señorita Harwood no ha comprometido su virtud con el señor Gordon. Aquel día tormentoso, fue conmigo con quien se refugió en esa cabaña. El señor Gordon, en un gesto de caballerosidad, nos ayudó a regresar al castillo, y la capa en la habitación de la señorita Harwood era mía, no suya. Mary puede corroborarlo. La dejé allí cuando acompañé a la señorita a su cuarto... para que descansara. Y para que conste, la señorita Harwood y yo nos casaremos tan pronto como las circunstancias del luto lo permitan. No toleraré más chismes, rumores o habladurías malintencionadas sobre la mujer que será mi esposa. ¿Está claro?

Las dos mujeres, por completo sobrecogidas por su presencia imponente y la seriedad de sus palabras, asienten con rapidez, incapaces de articular respuesta. Con un miedo palpable reflejado en sus rostros, se dan la vuelta y se alejan con urgencia, dejando a Balthair solo en el pasillo. Su figura autoritaria y la gravedad de su advertencia resonando aún en el aire.



Capítulo 27

Cuando Balthair regresa a la biblioteca, su mirada se posa sobre mí con una determinación férrea. Sus ojos luego se desvían hacia la mancha de sangre en la alfombra, un silencioso testigo de lo que acaba de ocurrir entre nosotros. Su expresión se torna compleja, mezclando preocupación y resolución.

—Lo lamento, pero... no nos queda otra opción. Las habladurías y rumores maliciosos volverán a circular si no actúo de inmediato —hace una pausa, buscando las palabras correctas o una respuesta en mí que aún estoy conmocionada por todo.

—He perdido el control, lo reconozco, y asumo las consecuencias. Esto podría repetirse y no puedo arriesgarme a que nos descubran... Señorita Harwood, ¿tiene algo que decir

Mis palabras tardan en llegar, confundida por su abrupta declaración.

—Lamento que se sienta presionado a tal extremo. Usted podría encontrar un matrimonio más ventajoso que conmigo.

—Las opiniones ajenas me son indiferentes, Adele. Escocia nos brinda libertades que Inglaterra nos negaría. Serás mi esposa.

—¿Repetiremos estos encuentros a menudo?

—Así lo espero. Tantas veces como quiera. Parece que tiene la habilidad de despertar mis deseos con facilidad.

—Entonces, está bien.

—¿Tan simple? ¿Como quien decide salir a pasear? Entiendo que no deseaba casarse y aún guarda afecto por Oliver.

—¿Intenta persuadirme o disuadirme, Sir Chisholm?

—No es eso. Es inevitable, Adele, pero esperaba más reacción de su parte. Me parece que me acepta a cambio de... sexo.

—¿Es peor que el que usted actúe movido por su estricto código de honor?

Balthair se acerca, apoyándose en el borde de la mesa con una mano, su postura tensa, la otra mano pasando por su cabello en un gesto de frustración visible. Su voz se hace más grave y profunda, reflejando el conflicto que lo consume.

—¿Cree que solo lo hago por eso? —Su mirada busca la mía, intentando descifrar mis pensamientos.

—Entonces, ¿por qué? —Mi voz es apenas un susurro, pero lo suficientemente firme para transmitir mi curiosidad genuina.

Balthair se endereza, cruzando los brazos sobre su pecho, su mirada se oscurece con una intensidad inusual.

—Porque me vuelve loco, porque no soportaría verla de nuevo comprometida con otro hombre, porque tengo la irracional idea de que no hay nadie como usted y despierta en mí un deseo incontrolable que me hace perder toda cordura.

Al escuchar sus palabras, un escalofrío me recorre. Mis propios sentimientos son un torbellino de confusión y deseo.

—Pensé que rechazaba mi compromiso con Oliver por la improcedencia y nuestras diferencias, sin olvidar que no podía aliviar sus deudas.

Balthair se acerca, sus ojos siguen ardiendo con una pasión apenas contenida.

—¿Cree que eso era lo que me preocupaba? ¡Estaba furioso porque yo la conocí primero! Debí haber esperado a que despertara aquella noche, o haberme dicho su nombre. Desde entonces, me volví loco buscándola, volviendo al parque cada noche, incluso arriesgándome a que los deudores de Oliver me atacaran de nuevo.

Sus palabras me sacan de mi ensimismamiento, mi curiosidad avivada por su confesión.

—¿Por qué le atacaron a usted los deudores de Oliver?

—¿Eso es lo único que le ha llamado la atención de todo lo que le he dicho? —se queja frustrado—. Oliver les dijo que yo custodiaba una cantidad de dinero que le pertenecía a él.

—Pero no era cierto.

—No, los engañó para quitárselos de encima.

—Y, aun así seguía siendo su amigo, a pesar de que casi lo matan por su culpa.

—No es peor de lo que le hizo a usted, y habla de él con cariño.

—Supongo que es algo inevitable. Él... tenía ese encanto arrollador que hacía imposible resistirse a él.

Balthair suelta un suspiro, una mezcla de frustración y resignación en su expresión. Se aparta un poco, apoyando su espalda contra la mesa y cruzando los brazos.

—Es difícil competir con un recuerdo, especialmente uno que aún sostiene tu corazón —Su voz es baja, casi un murmullo.

Tomo una profunda inspiración, eligiendo mis palabras con cuidado.

—Lo que ha pasado entre nosotros... nunca lo experimenté con Oliver.

Balthair se relaja ligeramente, pero su mirada aún muestra dudas.

—Pues me temo que no habrá más hasta que seas mi esposa de forma legal.

Mi queja brota de manera impulsiva, mezcla de frustración y deseo no satisfecho.

—Pero ni siquiera hemos terminado lo que empezamos. ¿Vas a dejarlo así? ¿No necesitas... alivio?

Observo su rostro, viendo la lucha interna que se desata en su rostro.

Balthair cierra los ojos por un momento, como si buscara fuerzas en algún lugar profundo de sí mismo.

—Adele, lo que necesito y lo que es correcto no siempre coinciden. Preferiría esperar a que estemos casados, a que haya un compromiso verdadero entre nosotros.

—Pero esto es tan nuevo para mí, y siento que... que me estás negando algo esencial —insisto, no por completo convencida por su argumento.

Balthair abre los ojos y me mira, su expresión mezcla de firmeza y cariño, dejando a un lado toda formalidad.

—No quiero que pienses que te niego algo por capricho. Lo último que quiero es hacerte sentir insatisfecha o ignorada. Es por respeto a ti. Creo que esperar es lo mejor, al menos hasta que estemos oficialmente comprometidos.

Hay un silencio entre nosotros, un espacio donde las palabras no logran llenar por completo el vacío de nuestras emociones encontradas.

—Pero te deseo y quiero volver a sentirte dentro de mí, poder verte desnudo y sentirte sobre mí sin ninguna barrera entre nosotros y poder acariciar y saborear tu cuerpo.

Balthair emite un quejido profundo, una mezcla de deseo y conflicto.

—No dejaré que leas más novelas con contenido erótico —Su voz suena tensa, casi como una súplica.

—No dejaré que dictes que puedo leer o no.

Acaricio su pecho amplio y fuerte, puedo sentir la tensión que vibra en su cuerpo. La mirada de Balthair se oscurece, reflejando la tormenta de deseo que lucha por contener.

—Maldición, Adele, regresa a tu habitación —advierte con un tono que roza la advertencia y la súplica—. No pongas a prueba mi autocontrol.

Mi mano sigue acariciando su pecho, sintiendo cada latido de su corazón bajo mi palma.

—Tal vez debería... y quizás encuentre otra forma de aliviar este deseo. —Mi voz es suave, pero llena de provocación—. Podría utilizar aquel aparato... y dejarme llevar por las sensaciones...

Balthair cierra los ojos por un instante, como si estuviera luchando contra una batalla interna. Al abrirlos de nuevo, hay un brillo de anhelo mezclado con resignación.

—Esa no es una imagen que deberías poner en mi cabeza, Adele —responde con voz ronca, con claridad luchando contra la tentación que le ofrezco.

—Pero es la verdad. Si no estás tú para satisfacerme, no me queda otra opción...

—Adele, no me provoques más. —Su voz es ronca, cargada de una pasión contenida—. No sé cuánto más puedo resistirme.

—¿Y si solo miras? —sugiero, deslizando mi mano más abajo por su torso. —Solo mirar, nada más...

Mi comentario parece golpearlo como un puñetazo. Puedo ver cómo su expresión se transforma. El efecto de mis palabras en Balthair es inmediato y profundo. Su rostro, antes lleno de conflicto, ahora muestra una mezcla de asombro y una lujuria apenas contenida.

Me doy cuenta del poder que tengo sobre él en este instante, la capacidad de empujarlo más allá de sus límites con solo unas palabras. Un sentimiento de triunfo y peligro se entremezcla en mi interior.

Retrocedo lentamente. Balthair me sigue con la mirada, intensa y hambrienta, como un depredador al acecho. Niega con la cabeza, su determinación clara en su expresión.

—No hay forma de que te escapes ahora mismo —dice con voz firme, un tono que no admite réplica.

Antes de que pueda reaccionar, él se mueve con rapidez felina. Me atrapa, colocándose sobre la mesa de espaldas a él. Sujeta mis muñecas con una mano por encima de mi cabeza, su

agarre es firme pero no doloroso. Con su otra mano, levanta mis faldas, dejando mi trasero al descubierto, la tela de mi vestido cae en cascada sobre la mesa.

La tensión en el aire se densifica, cada uno de sus movimientos es deliberado, cargado de una pasión apenas contenida.

—Acabaremos lo que empezamos y no habrá más hasta que estemos casados —asegura él, con un tono que resuena con autoridad y promesa.

—Prometidos —rectifico, un susurro que apenas se escapa de entre mis labios.

Entonces, con un movimiento fluido, saca su miembro, listo y palpitante. Se posiciona detrás de mí, alineando su cuerpo con el mío. Siento la punta de su virilidad presionando contra mí, buscando entrada. Un escalofrío me recorre al sentir la calidez y la dureza de él contra mi piel.

Con una mano aún sujetando mis muñecas y la otra guiando su miembro, Balthair empuja con suavidad, invadiendo mi intimidad desde atrás. El contacto es intenso, un fuego que se enciende al instante entre nosotros.

Cada empuje es más firme, más profundo, llevándonos a ambos al borde de un abismo de placer y deseo. La habitación se llena con el sonido de nuestra respiración entrecortada y los gemidos contenidos, un dueto de pasión que solo nosotros entendemos.

La intensidad de nuestras interacciones alcanza un punto álgido. Balthair masajea mis nalgas con firmeza, separándolas sin previo aviso y penetra con una fuerza que borra cualquier vestigio de la consideración o preocupación anterior.

Me doy cuenta de que me encanta ser tomada así, con una ferocidad animal, como si ninguno de los dos pudiera controlar sus impulsos, con la confirmación de que lo que nos hacemos sentir superara nuestra cordura.

Sus dedos, ahora aventureros y decididos, encuentran mi clítoris después de explorar sin reservas mi anatomía trasera.

La combinación de sus embestidas y sus dedos jugando con mi sexo es abrumadora. Soy extremadamente sensible a cada roce, y alcanzo el clímax con rapidez, una ola de placer que me invade por completo.

Mientras el clímax me sacude, siento cada fibra de su cuerpo, vibrando en sincronía con la mía.

Con un gruñido profundo y primal, llega a su culminación, derramando su esencia en mí, marcando un momento de pura entrega y conexión. En ese instante, el mundo exterior desaparece, dejándonos sumidos en un universo propio donde solo existimos nosotros dos y la pasión desbordante que nos une.

—Prometidos —repite él, su voz más suave ahora, un eco de mi corrección anterior.

Sonrío, aunque sé que no puede verme.

En la quietud que sigue a la tormenta de nuestras emociones, siento una conexión con Balthair que va más allá de la simple atracción física. Mientras me recupero, aún sobre la mesa, me invade una revelación profunda. Lo que hay entre él y yo es fundamentalmente distinto de lo que alguna vez compartí con Oliver. Con él, había un afecto, una ternura, un amor que creció con el tiempo y el entendimiento mutuo. Pero con Balthair, es algo más primitivo, más visceral, una pasión que quema y consume, que escapa a la lógica y a la razón.

Reconozco que hay un deseo entre nosotros que va más allá de lo físico; es una atracción magnética que nos atrae el uno al otro con una fuerza incontrolable.

Sin embargo, no es esa la razón por la que accedo a casarme con él, no por un simple apetito sexual, sino porque me hace sentir viva de una manera que nunca antes había

experimentado.

No es solo lujuria lo que siento por Balthair, sino un anhelo más hondo, más complejo. Un deseo de conocerlo en todas sus facetas, de explorar sus profundidades y sus incontables capas, de entender qué lo hace ser quien es.



Capítulo 28

Narrador omnisciente

En el desayuno del día siguiente, Balthair se sienta en la mesa junto a Alexander, su mirada llena de una mezcla de expectación y resolución. Con una calma aparente, pero con un latido acelerado en su pecho, informa a Alexander de su decisión.

—Le he pedido a Adele que se case conmigo y ha aceptado —anuncia, observando con atención la reacción de su primo.

La respuesta de Alexander es una sonrisa.

—Ya era hora —dice, con una ligereza que esconde su verdadero sentir.

Balthair asiente.

—La señorita Harwood estaba de luto, no solo en apariencia. No podía precipitarme.

—Sí, pero te mantenías distante por cosas que no entiendo —replica Alexander, una observación astuta en sus palabras.

—No me he mantenido tan distante como crees —admite Balthair, la picardía asomando en su tono, revelando más de lo que pretendía.

Alexander lo mira sorprendido, pero se calla su opinión. Al final comenta sinceramente:

—Supongo que no fuimos capaces de apagar los rumores. Creía que al final tendría que proponérselo yo.

Y Balthair, con una mirada penetrante, desafía:

—Y supongo que la idea no te resultaba mala del todo.

—No voy a negar que un matrimonio con ella parece lleno de estímulos —concede Alexander, una honestidad calculada en su voz— Y que incluso fantaseé con la idea. Pero sé que tu afecto por ella es profundo y sincero. No hay nada más real como el sentimiento de gratitud de un hombre.

Balthair se tensa ligeramente.

—No es solo gratitud lo que siento por ella y lo sabes bien.

Alexander asiente, con curiosidad, pregunta:

—¿Qué te ha decidido a hacerlo? Ayer en la biblioteca no mencionaste nada.

—Ciertas circunstancias que no comentaré contigo y la certeza de que los rumores se están esparciendo —admite Balthair.

Alexander, con un tono mezclado de humor y seriedad, reflexiona:

—Tienes el título, la responsabilidad, la inteligencia, la fuerza, la destreza... Soy plenamente consciente de que me corresponde permanecer a tu sombra, armado solo con mi sonrisa encantadora —confiesa, su voz teñida de una mezcla de resignación y una amargura apenas disimulada—. De verdad, me alegro por ti, Balthair. Ella te desarmará, desafiará tu paciencia, se adueñará de tu corazón y alma, pero, a cambio, te hará sentir vivo... al fin. Eres verdaderamente afortunado.

Balthair responde un simple—: Lo sé. —Una afirmación que lleva el peso de su propia comprensión y apreciación de Adele.

Alexander, sin embargo, no deja que el momento termine sin antes lanzar una reflexión que golpea con la precisión de un dardo:

—Es una lástima que, a pesar de todo, sigas siendo el sucesor de un amor que ella ya perdió.

La llegada de Adele y Briony al comedor inyecta una nueva energía en el ambiente, aún cargado con la tensión sutil entre Balthair y Alexander. La pequeña Briony, siempre un remolino de entusiasmo, comparte con todos que Adele le ha confesado que el desayuno es su comida favorita, una revelación que ilumina su rostro con una sonrisa expectante.

—¿Qué opinas, Balthair? —pregunta Briony, girándose hacia él con una curiosidad genuina, esperando su veredicto sobre este pequeño detalle compartido por Adele.

Él con una sonrisa oculta y un brillo de doble sentido en sus ojos, responde:

—Que no es mi comida favorita. —Su tono, aunque aparentemente despreocupado, lleva un matiz de complicidad y un mensaje subyacente que solo Adele puede entender.

Alexander, siempre atento a las sutilezas de las interacciones, percibe el cambio en la atmósfera y, movido por la curiosidad, insiste en preguntar:

—¿Ah, no? ¿Y cuál sería, entonces, Balthair? —Su pregunta, aunque hecha en tono sarcástico, es un intento de descifrar el significado detrás de su respuesta.

Él mira a Adele brevemente antes de responder a Alexander.

—Digamos que tengo preferencias más... refinadas —dice, dejando la frase en el aire, cargada de insinuación.

Adele, captando el juego de palabras y el intercambio de miradas, se sonroja ligeramente, consciente del doble sentido de la respuesta de Balthair y de la intimidad compartida que subyace en sus palabras.

—Ya veo que la boda tendrá que realizarse antes de lo usual —deja caer Alexander mientras observa la escena con una sonrisa satisfecha, aunque en su mirada hay un atisbo de melancolía que pasa desapercibido para Balthair—. No es que me sorprenda, la verdad.

—¿Boda? ¿Qué boda? —pregunta Briony con el ceño fruncido.

La pregunta inocente de Briony rompe la atmósfera cargada de insinuaciones entre los adultos. Adele, aún con un ligero rubor en las mejillas, intercambia una mirada rápida con Balthair, buscando una forma de abordar el tema con la niña.

—Bueno, Briony, parece que habrá una boda en el futuro —comienza Adele, eligiendo sus

palabras con cuidado.

Balthair, recobrando su compostura, añade con un tono más serio, pero no exento de una calidez inusual: —Sí, he pedido a la señorita Harwood que se case conmigo, y ella ha aceptado.

La sorpresa y emoción iluminan el rostro de Briony. Sus ojos se agrandan con asombro y luego se pone a llorar dejando a los adultos descolocados.

Las lágrimas en los ojos de la niña reflejan un torbellino de emociones que ella misma parece no comprender del todo.

Adele, movida por un instinto protector, se apresura a consolar a Briony, agachándose a su lado.

—Briony, ¿qué sucede? ¿Estás bien?

Entre sollozos, Briony logra articular sus palabras:

—No quiero que las cosas cambien.

La respuesta de Briony, llena de sinceridad y vulnerabilidad, toca profundamente a Adele. Se sienta junto a la niña, su expresión refleja comprensión y afecto.

—Briony, las cosas cambiarán, sí, pero eso no significa que sean malas. Cambios como estos a menudo traen felicidad y nuevas experiencias.

Balthair, que había permanecido en silencio, se une a la conversación con una voz suave y reconfortante. Se inclina hacia Briony y le asegura con cariño:

—Yo siempre estaré aquí para cuidar de ti y de Adele. Y aunque algunas cosas puedan cambiar, nuestro cariño por ti siempre permanecerá igual.

—¿Y qué pasará cuando tengáis hijos?

Adele se inclina hacia Briony, asegurándole con ternura:

—Lo que ocurrirá es que serás una hermana mayor increíble, y nuestro amor por ti no cambiará en absoluto.

Balthair se suma a las palabras de Adele, su voz firme y reconfortante:

—Serás una parte importante de nuestra familia, siempre, Briony.

Briony, aunque todavía incierta, parece encontrar algo de consuelo en sus palabras. Su expresión se suaviza y asiente lentamente, procesando la idea de ser una hermana mayor y el significado de ser parte de una familia en crecimiento.

Adele, al ver que Briony empieza a adaptarse a la idea de los cambios, se esfuerza por mantener un tono positivo y entusiasta:

—Piensa en todas las aventuras y juegos que podríamos tener. Con un hermano o hermana, siempre tendrías con quién compartir momentos especiales. Yo crecí con tres y te aseguro que nunca nos faltaba diversión. ¿Sabes quién me enseñó a trepar árboles? Mi hermano Nathaniel. Y las famosas galletas picantes... bueno, esa receta tiene un poco de todos nosotros.

Alexander, con una sonrisa cómplice, interviene:

—A juzgar por el sabor, definitivamente tiene tu toque distintivo, Adele. No puedes negarlo.

Adele ríe, aceptando la broma de Alexander con gracia.

—Bueno, puede que tengas razón. Pero la mejor parte era hacerlas con mi hermana Emily. Juntas nos inventábamos las recetas más locas.

Briony, con los ojos aún brillantes de lágrimas, pero una sonrisa comenzando a formarse en su rostro, mira a Adele y Balthair con una mezcla de esperanza e ilusión.

—Entonces, quiero muchos hermanos cuanto antes —declara con la inocencia característica de su edad.

—Es muy posible que lleguen pronto —comenta Balthair con ligereza y cierta

complacencia hasta que ve la cara de conmoción de Adele.

La posibilidad de una familia, de hijos, ha sido hasta ese momento un tema abstracto, un comentario natural para consolar a Briony, pero no una realidad inminente.

La idea de que el matrimonio con Balthair implica no solo un cambio en su estado civil, sino la fundación de una nueva familia parece haberse asentado en Adele de repente.

Alexander, siempre atento a la dinámica entre los presentes, no puede evitar soltar una risita ante la aparente desconexión de Adele con la idea de tener hijos pronto. Su sonrisa traviesa sugiere que comprende la repentina comprensión de Adele y disfruta de la pequeña confusión de ella.

—Y yo también os llamaré padre y madre, como ellos —continúa Briony, con la misma inocencia y esperanza, sin entender por completo las implicaciones de sus palabras ni el efecto que tienen en Adele.

Balthair, intentando aligerar la atmósfera que se ha vuelto repentinamente densa con la reflexión no dicha de Adele, rueda los ojos con afecto.

—Llevo años intentando que dejes de llamarme Balthair. No sé si estoy listo para un ascenso tan rápido a “padre”.

Adele, recuperando su compostura, comenta:

—Parece que tendremos que acostumbrarnos a muchos cambios.

—¿Y dónde está ese Nathaniel? ¿Sube a los árboles mejor que yo? —le pregunta Briony.

—Nathaniel es mi hermano menor —explica Adele, su voz teñida de afecto y orgullo—. Y te aseguro, Briony, que es la persona más acrobática y temeraria que he conocido. Sube a los árboles con una habilidad que incluso supera a un gato. Con la guerra contra Napoleón, recién terminada, debe de estar volviendo a casa —le dice ella.

Alexander, inclinándose ligeramente hacia delante, añade:

—La Batalla de Waterloo ha sido un punto de inflexión. Esperemos que traiga algo de paz y estabilidad.

Balthair, captando la emoción subyacente en Adele, extiende su mano sobre la mesa, ofreciendo un apoyo silencioso. Sus dedos rozan sutilmente los de ella, un gesto tenue, pero lleno de significado.

—¿Has tenido noticias? —pregunta.

Adele niega con la cabeza.

—En Londres, iremos a la mansión de los Harrington. Seguro que la correspondencia está allí. Las comunicaciones son difíciles usualmente, mucho más durante una guerra. Es probable que no sepan de tu cambio de residencia.

—Sí, tienes razón —le dice con una sonrisa.

Briony, observando el intercambio, pregunta con la inocencia de una niña:

—¿La guerra es algo malo, verdad? ¿Por qué la gente no puede simplemente llevarse bien?

Los adultos en la mesa intercambian miradas, conscientes de la complejidad de la pregunta y de lo difícil que es explicar tales realidades a una niña.

—La guerra es algo que todos deseamos evitar, Briony —responde al fin Balthair, su voz suena suave pero firme—. Sin embargo, a veces, las personas toman decisiones difíciles para proteger lo que es importante para ellos.

Adele asiente, añadiendo:

—Y por eso valoramos tanto la paz y trabajamos para mantenerla.

—Hablando de paz, ¿invitarás a los Fraser al Cèilidh, Balthair? —pregunta Alexander.

—¿Los Fraser nuevos? Sí, algunos de ellos se han asentado en nuestras tierras. Han sido

tiempos difíciles para muchos —admite con una mirada pensativa.

Alexander asiente, su expresión se torna más seria.

—Tuve un altercado hace poco con uno de ellos. Un comentario malintencionado que no pude dejar pasar —revela, recordando el incidente.

La mención de un altercado capta la atención de Adele, que mira a Alexander con preocupación.

—¿Estás bien? ¿Qué sucedió exactamente?

Balthair se inclina hacia delante, su interés evidente y con una ligera sospecha de lo ocurrido.

—Alexander, ¿qué clase de comentario fue ese?

Alexander responde con una mezcla de frustración y resignación.

—Fue un comentario sobre Adele. Algo inapropiado y fuera de lugar. No podía quedarme callado. Al parecer la vio por el pueblo.

Balthair aprieta la mandíbula, su mirada se endurece y con una expresión que refleja tanto su ira como su preocupación, responde con voz firme, marcando su territorio:

—Entiendo. Vendrán y yo me aseguraré de que ese tipo de comentarios se detengan de forma inmediata.

Luego, con un cambio de tono, Balthair fija su mirada en Alexander, una mezcla de interrogación y desafío en sus ojos.

—Y dime, Alexander, ¿qué te da el derecho de referirte a Adele por su nombre? ¿Acaso hay una familiaridad que me he perdido?

Alexander, sin dejarse intimidar por el tono de Balthair, responde con una sonrisa despreocupada, levantando las manos en un gesto de rendición parcial.

—Bueno, pronto será parte de la familia, ¿verdad? Será mi prima, después de todo.

Adele sonríe y Balthair refunfuña.

—Y bien, ¿lo anunciaréis en el Céilidh?

—Aún debemos considerar cómo y cuándo hacer el anuncio. No ha pasado un año completo desde el fallecimiento de Oliver, y una mención prematuro podría causar más chismes y complicaciones —le responde él.

La idea de un escándalo por el cambio de prometido le preocupa, pero su decisión, o mejor dicho, su poca refinada intervención confrontando a las doncellas ha hecho que la necesidad de un anuncio oficial sea aún más apremiante.

—Creo que un comunicado discreto en el periódico podría ser la mejor opción —sugiere Balthair—. Será una manera de oficializar nuestro compromiso sin hacer demasiado alarde, dadas las circunstancias.

Alexander asiente, entendiendo la posición de Balthair.

—Eso suena razonable. Y sobre el Cèilidh, podría ser una oportunidad para presentarlos como pareja comprometida, aunque de forma sutil.

Balthair se remueve incómodo. A pesar de ser el custodio de Adele, su propio deseo y su decisión de casarse con ella los coloca en una posición compleja.

—Tendremos que manejarnos con cuidado —declara al fin.

No quiere que Adele se sienta incómoda con la rapidez de los acontecimientos, pero... tampoco puede aplazar un anuncio que ya ha sido destapado. Su deseo de protegerla y su necesidad de formalizar su relación chocan en su mente.

—Enviaré un aviso al periódico esta mañana, antes de que se publique la primera edición —anuncia, finalmente, su voz reflejando la determinación que ha tomado tras sopesar sus

opciones. Mira a Adele, buscando en su mirada algún indicio de aprobación o rechazo.

Adele, captando la profundidad de su mirada, asiente lentamente, su rostro es un mar de emociones que Balthair intenta descifrar sin éxito. Es entonces cuando Briony, con la inocencia de su juventud, interrumpe el tenso silencio.

—Entonces, a partir de hoy estaréis de forma oficial comprometidos —dice con alegría genuina.

Esa declaración, simple pero cargada de significado, despierta en Adele una sonrisa genuina, un destello de diversión que ilumina su rostro al recordar la promesa de Balthair.

Él, al ver esa sonrisa, siente un remolino de emociones. La satisfacción de verla sonreír se mezcla con un ardor interno, un deseo y una pasión que lo impulsan hacia su propio tormento, recordándole la intensidad de sus sentimientos por ella, sentimientos que van más allá de la razón y se adentran en los rincones más oscuros y ardientes de su alma.



Capítulo 29

Paseo junto a Briony, envuelta en el frescor de la mañana. Las nubes, con sus formas caprichosas, se extienden por encima de nosotros, como un lienzo en constante cambio. Briony, con la inocencia de sus años, encuentra en ellas formas de dragones y castillos. Yo, sin embargo, estoy sumida en mis propios pensamientos, los cuales se agitan como las hojas bajo nuestros pies.

—Yo sabía que Balthair estaba enamorado de ti —afirma Briony, con una certeza sorprendente para su edad. Sus palabras me hacen levantar la vista hacia las nubes, buscando una respuesta en su danza caprichosa.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, mi voz trémula con una curiosidad que no puedo ocultar.

—Porque nunca he visto a Balthair mirar a nadie como te mira a ti —responde Briony, su inocencia cargada de una sabiduría inesperada.

No deseo empañar la pureza de su visión infantil revelándole que los sentimientos de Balthair quizás se inclinan más hacia lo carnal que hacia los asuntos del corazón, o que ha sido su férreo compromiso de protección y un sentido inquebrantable de honor lo que lo ha impulsado nuestra inminente unión matrimonial.

«¿No?».

—El año pasado, cuando aquel aristócrata de Londres vino con su hija, ella no paraba de coquetear con él, pero Balthair ni siquiera parecía darse cuenta. Y luego está Cora...

—¿Cora? —pregunto, intrigada.

—Sí, Cora. Una mujer del clan. Es viuda, su marido tenía tierras, y ella actúa como si fuera la reina de Saba. Se restriega contra él cada vez que lo ve, como si fuera un gato —explica con un tono que refleja su desdén por las tácticas de esa mujer.

La mención de Cora por parte de Briony despierta en mí una sensación extraña. No es celos,

al menos no quiero creerlo, pero hay algo que me inquieta en la forma en que Briony describe su comportamiento con Balthair. Es un recordatorio de que el mundo de él es vasto y complejo, lleno de historias y relaciones que aún no conozco.

Continuamos nuestro paseo, el suave murmullo de las hojas y el canto de los pájaros acompañándonos. Cada paso parece llevarme más cerca de una verdad que aún no estoy lista para enfrentar.

Quizás, solo quizás, estoy empezando a reconocer que lo que siento por Balthair es algo más profundo y complejo de lo que jamás admitiría en voz alta. Y con esa realización, viene una sensación agri dulce de temor y anticipación.

—¿Y tú, Briony? —pregunto, intentando distraerme de mis pensamientos—. ¿Cómo te sientes con todo esto del compromiso?

Ella me mira con sus ojos claros, que parecen captar más de lo que su edad sugiere.

—Me gusta que estés aquí, Adele —responde con sinceridad—. Tú haces que Balthair sonría más. Y eso es bueno.

La observación de Briony, tan pura y franca, me hace reflexionar sobre los cambios que he percibido en Balthair desde mi llegada. A pesar de su fachada de hombre severo y distante, he sido testigo de su transformación, aunque sea en pequeños gestos y momentos fugaces.

Me veo reflejando en mis pensamientos la imagen de Balthair: su sonrisas, que aunque escasas cada vez se vuelven más frecuentes y genuinas; su calidez, que aflora en momentos de intimidad y vulnerabilidad; su instinto protector, tan firme y a veces abrumador, incluso posesivo y descarado; y esa mirada suya, intensa y penetrante, que parece cortar a través de todas mis defensas.

Y entonces, mi mente se adentra en imágenes más íntimas, más ardientes. Y recuerdo la fortaleza de sus músculos bajo mis dedos..., su presencia imponente y segura; su enorme “máquina de asalto” y el sexo con él que es excitante y despierta en mí una expectación y una satisfacción que no esperaba encontrar.

Todo eso, todo lo que es Balthair, se mezcla en mis pensamientos y en mi corazón, generando una ola de emociones que me agitan.

A medida que el sol asciende, iluminando el camino de vuelta al castillo, siento un calor interno creciendo. Hay algo en esta nueva vida que se está abriendo ante mí que parece prometedor, lleno de posibilidades.

Proseguimos nuestro paseo, inmersas en la tranquilidad del entorno, cuando una escena inesperada nos intercepta. Veo a dos doncellas saliendo apresuradas del castillo con maletas en mano, y a Mary, siguiéndolas, con una expresión de tristeza. Al instante, Briony comenta:

—Papá las ha despedido. Dijo que no tolerará habladurías sobre ti en su castillo.



Me estoy dando un largo baño cuando se abre la puerta de mi habitación sin previo aviso y aparece Balthair, sobresaltándome.

—¡Estoy dándome un baño! —le digo agitada y sorprendida por su aparición.

—Oh, veo que la señorita Harwood se ha vuelto repentinamente tímida, después de haberme provocado de forma abierta. Ya estamos comprometidos. Así que aquí me tienes, cumpliendo mi promesa —dice con excesiva satisfacción en su voz.

Se inclina hacia delante, apoyándose en el marco de la puerta, su mirada recorriendo la

superficie del agua con curiosidad indiscreta.

—¿Y qué opinará Cora de todo esto? —le pregunto, desviando su atención.

La confusión se dibuja en su rostro.

—¿Cora? ¿Quién demonios es Cora?

—Deberías saberlo. Según he oído, le gusta... restregarse contra ti —digo, con un matiz de picardía mezclado con curiosidad en mi voz.

Su expresión cambia a una sonrisa ladeada.

—Ah, esa Cora —dice, con un tono que desestima cualquier importancia a la mujer en cuestión.

Sin embargo, no puedo evitar notar un atisbo de satisfacción en su expresión, una respuesta a esa idea de provocar celos en mí o, tal vez, simplemente disfruta el juego que hemos empezado o la vista...

Balthair camina hacia mí, la novela "Fanny Hill" en sus manos. Su sonrisa se ensancha, reflejando un juego pícaro que solo él parece disfrutar.

—Pensé que te interesaría seguir con tu lectura —dice, agitando el libro con un aire de burla—. Después de todo, no apareciste en la biblioteca como acostumbras.

Me incorporo en la bañera, el agua burbujeante ocultando apenas mi desnudez. A pesar de la sorpresa inicial, no puedo evitar sentir una chispa de emoción ante su descarada presencia.

—¿Fanny Hill? Ya he avanzado más allá de tales lecturas. Pensé que un caballero de tu erudición tendría obras más... estimulantes en su colección.

Su sonrisa se ensancha, disfrutando la provocación.

—Quizás debería explorar mi biblioteca para encontrar algo más acorde a tu... refinado gusto —responde, manteniendo la atmósfera juguetona.

—Entretanto, tal vez puedas leerme algunos pasajes que me he tomado la molestia en marcar mientras te esperaba.

La sorpresa y el deleite se entrelazan en mi expresión al escuchar su propuesta.

—Muy bien. Dámelo —digo, extendiendo la mano hacia él.

Balthair, con una sonrisa cautelosa, me responde:

—Tendrás que salir de ahí primero. No quiero que el libro se moje.

La idea de invertir nuestros roles me intriga y, con una sonrisa juguetona, le propongo:

—Tal vez puedas leerme tú esta vez mientras salgo del baño.

—De acuerdo —acepta él, con un asentimiento.

Balthair lanza una mirada cautelosa hacia la puerta. Tras un breve momento de reflexión, se acerca y la cierra con seguridad. En ausencia de un pestillo, coloca una silla bajo el pomo para asegurarse de nuestra privacidad.

Luego, se sienta sobre la cama y abre el libro, su atención fijada en mí. Comienza a leer en voz alta, su tono profundo llenando la habitación. Aprovecho ese momento para salir de la bañera, envolviéndome en una bata de seda que ato con cuidado alrededor de mi cintura. La tela suave se adhiere a mi piel aún húmeda, delineando mi figura.

Me doy cuenta de que Balthair ha dejado de leer y ahora me observa, sus ojos recorriendo mi imagen cubierta por la bata de seda. Hay una intensidad en su mirada que me hace sentir desnuda a pesar de la tela que me cubre.

Me acerco a él, cada paso calculado para mantener la tensión que se ha creado entre nosotros. Balthair sigue observándome, su expresión una mezcla de deseo y admiración.

—Continúa —insisto, sentándome a su lado en la cama. Su cercanía es palpable, y puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

Balthair, con una voz que mezcla malicia y deseo, comienza a leer el pasaje que ha marcado:

«Sin previo aviso, me vi despojada de mis ropajes, dejándome en un estado de desnudez completa, expuesta a la mirada hambrienta de mi observador. Mis brazos y piernas fueron hábilmente atados a las extremidades de un banco, cubierto con un cojín rojo, dejando mi cuerpo en una posición de entrega total.

En aquel lecho de voluptuosidad, mi observador, ahora transformado en un maestro de ceremonias de placer, decidió elevar el juego de la seducción. Con una sonrisa maliciosa, que más bien reflejaba un aprecio por la belleza expuesta ante él, levantó su mano y dejó caer un par de azotes firmes pero cuidadosos sobre la curva desnuda de mis nalgas. Cada golpe resonaba en la habitación como un eco de la pasión que nos consumía, dejando una sensación ardiente y deliciosamente dolorosa en mi piel.

Tras los azotes, su mano se deslizó con suavidad sobre la piel aún caliente, sus caricias aliviando el leve ardor. Luego, con una lentitud tortuosa, se inclinó sobre mi cuerpo inmovilizado. Sentí el aliento cálido de su boca rozando mi piel, sus labios explorando cada rincón de mi ser con una mezcla de reverencia y hambre. Su lengua, ágil y osada, encontró el centro de mi deseo, y comenzó a acariciar y lamer sin reservas, provocando olas de placer que se estrellaban una y otra vez contra los límites de mi ser sin que yo pudiera resistirme o moverme.

Así, en aquel banco de lujuria, me vi sometida a los caprichos de mi acompañante. Entre azotes y caricias, entre el calor de su boca y la suavidad de sus dedos, fui conducida a través de un paisaje de sensaciones que desafiaban todo entendimiento. Él era el amo de aquel rito de pasión, y yo, su devota y entregada esclava.».

Exhalo con fuerza, mi respiración se mezcla con la tensión que flota en el aire. La pregunta surge de mis labios, tintineando con curiosidad.

—¿Hay algo en ese pasaje que te haya llamado especialmente la atención?

Balthair, con una sonrisa que aflora en sus labios, similar a la de un depredador que ha encontrado a su presa, se inclina ligeramente hacia delante. Su voz es un susurro cargado de intenciones no dichas.

—Sí, desde luego que sí —responde él, la mirada encendida por una chispa de deseo.

—¿Y qué ha sido exactamente? —insisto, mi voz desafiante, pero no exenta de un temblor de anticipación.

El brillo en sus ojos se intensifica, y su sonrisa se ensancha con una confianza que bordea la arrogancia.

—La idea de atarte —dice con una voz baja y seductora—. La imagen de tenerte a mi merced, por completo expuesta y vulnerable, es... intrigante.

Su confesión envía un escalofrío por mi espina dorsal. La propuesta despierta en mí una mezcla de temor y fascinación.

«Es una propuesta ¿no?».

—¿Atarme? —repito, curiosa.

Balthair cierra la distancia entre nosotros inclinándose hacia mí, abriendo mi bata a la altura de mis pechos. Se detiene justo ahí, su presencia imponente y llena de un magnetismo que resulta casi irresistible.

—Sí, Adele. Atarte de forma que cada caricia, cada beso, cada mordisco se sienta intensificado por tu incapacidad de escapar o resistirte. Sería... una experiencia interesante, ¿no te parece?

La proximidad de Balthair, con esa voz profunda y cargada de seducción, y la idea de rendirme por completo a sus deseos crean un torbellino en mi interior. Mis emociones se debaten entre el miedo a la vulnerabilidad y la excitación ante lo desconocido y prohibido.

Permanezco en silencio, reflexionando sobre su propuesta, sintiendo cómo mi corazón late con una mezcla de ansiedad y anticipación.

—¿Ahora? —Mi voz sale temblorosa, revelando mi indecisión.

Balthair, con un gesto lento y deliberado, extrae un trozo de cinta de su chaqueta, mostrándomelo sin pronunciar palabra. Su silencio es elocuente, lleno de promesas no dichas y de una tensión que se siente en el aire.

—¿Es esto alguna especie de venganza por lo ocurrido la última noche? —indago, mi voz apenas un susurro.

—¿Te refieres a si quiero vengarme de ti por llevarme al límite y volverme loco con tus insinuaciones y provocaciones? —responde Balthair, su voz baja y peligrosamente suave. —Es posible.

En sus ojos se enciende una chispa de desafío y deseo, una mezcla que me hace temblar. La posibilidad de que esto sea una especie de juego retorcido, un castigo y al mismo tiempo un placer, despierta en mí una curiosidad temeraria.

Me muerdo el labio inferior, considerando sus palabras y la propuesta implícita en su gesto. La idea de entregarme a este juego, de rendirme a sus caprichos, es tanto aterradora como tentadora.

—No creo que el resentimiento sea la mejor piedra angular para sentar las bases de nuestro matrimonio —digo, intentando mantener la calma.

Balthair, con esa chispa traviesa en sus ojos, me responde:

—No te preocupes, Adele. No construiré nuestro matrimonio sobre el rencor, sino sobre momentos... inolvidables —su tono sugiere un sinfín de promesas y aventuras ocultas.

Su respuesta me hace sonreír, a pesar de la situación. Hay algo en su tono, en su manera de ver las cosas, que siempre logra sorprenderme.

—¿Confías en mí? —pregunta entonces, su voz baja, cargada de una intensidad que hace que mi corazón se acelere.

Respiro hondo, considerando su pregunta. Confianza. Esa es la clave. A pesar de todo, a pesar de las dudas y los miedos, sé en lo más profundo de mí que lo hago.

—Sí, confío en ti —afirmo con una voz más firme de lo que me siento—. Muy bien. Hagámoslo.

Balthair esboza una sonrisa, una que esconde tanto triunfo como un anhelo profundo.

—Ponte de pie —me ordena con una voz que no admite réplica.

Obedezco, moviéndome lentamente. Me tiende una mano para ayudarme a hacerlo y colocarme frente a él. Su tacto es firme, seguro, pero hay una suavidad subyacente que me sorprende.

Sus manos encuentran la delicada tela de mi bata de seda. Sus dedos rozan mi piel a medida que desata el nudo, dejando que el tejido se deslice con suavidad por mis brazos hasta caer al suelo.

Sus ojos recorren mi cuerpo, una contemplación que siento como un roce físico, caliente y directo. Me estremezco bajo su escrutinio, cada pulgada de mi piel cobrando vida bajo su mirada.

La respiración de Balthair se vuelve más pesada, un sonido bajo y rítmico que resuena en la habitación. Él coge la cinta y sujeta mis muñecas con ella, tirando con firmeza para asegurarse de que no pueda liberarme. La sensación de estar atada, de estar por completo a su merced, aviva un

fuego dentro de mí que no sabía que existía.

—Tumbate —me indica, su voz baja pero clara.

Me tiendo en la cama, sintiendo la suavidad de las sábanas bajo mi espalda. Balthair se mueve con una gracia depredadora, cada gesto calculado para aumentar la tensión que ya nos envuelve. Se inclina sobre mí, con cuidado, ata la cinta al cabecero de madera, inmovilizándome mis manos por encima de mi cabeza.

Una vez acostada, Balthair se sienta, la cama cediendo bajo su peso. Sus manos encuentran mis tobillos, y los sostiene con firmeza. La sensación de estar atada y expuesta es abrumadora.

Abre mis piernas con una lentitud tortuosa. Cada movimiento suyo es deliberado, diseñado para hacerme sentir cada segundo de la espera.

Estoy por completo a su merced, y eso intensifica cada sensación. Cada roce de sus manos sobre mi piel es un estímulo que me hace arquear ligeramente, una respuesta instintiva a su toque. La anticipación se acumula dentro de mí, un deseo que crece y se extiende, esperando ser satisfecho.

El calor de su aliento roza mi piel en mi rodilla doblada, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Su mirada recorre mi sexo, un estudio minucioso que me hace sentir deseada, venerada.

—Desnúdate también —le susurro, anhelando ver su cuerpo, compartir esa vulnerabilidad.

Pero él niega con la cabeza, una sonrisa maliciosa asomando en sus labios.

—No, no quiero que te distraigas. Vas a enfocarte en tu propia desnudez, vulnerable y ofrecida solo para mí, Adele. En serio... me vuelves loco. Te castigaré por ello hasta que llores, supliques y grites por más. Y luego, te penetraré profundamente. —Su voz es un ronco susurro que me hace temblar de anticipación.

Balthair se inclina hacia mí, su boca encontrando el pecho desnudo. Su lengua dibuja círculos lentos y deliberados alrededor de mi pezón, antes de capturarlo entre sus labios. El calor y la humedad de su boca se combinan en una sensación que desciende de manera directa a mi centro, haciendo que mi espalda se arquee instintivamente. La suave succión de su boca, la forma en que su lengua juega con la sensibilidad de mi pezón, es un tormento delicioso que me hace gemir.

—Hay una sed que crece dentro de mí, cada vez que estoy contigo, siento el impulso de marcar cada rincón de tu cuerpo como mío —murmura contra mi piel, su aliento caliente enviando ondas de placer por toda mi piel.

Sus manos, firmes y seguras, me recorren entera, trazando caminos de fuego. Cada toque es un reclamo, una afirmación de su posesión sobre mí. La forma en que se mueve, lento y metódico, hace que cada sensación se amplifique, construyendo un deseo que se siente casi insoportable.

Soy consciente de cada parte de mí, de la forma en que mi cuerpo responde a él, de la vulnerabilidad de mi posición atada y de la intensidad de cada caricia, cada lamida, cada mordida. Balthair, con su control y su deseo evidente, me lleva al borde de un abismo de placer, manteniéndome allí, suspendida en un éxtasis que es tanto tortura como delicia.

Me da la vuelta de forma brusca y me obliga a levantar las caderas y abrirme de piernas.

En ese momento, atrapada en las ataduras de la cama y en las ataduras de su deseo, comprendo que este juego de dominación y sumisión es más que un encuentro físico. Es una danza de poder y vulnerabilidad, un acto de confianza y entrega que trasciende el acto en sí mismo. Y en esa entrega, encuentro una libertad y un placer que nunca antes había conocido.

Me da una suave palmada sobre una nalga.

—Balthair...

El impacto de su mano contra mi piel es una mezcla de sorpresa y un fuego lento que se enciende en mi interior. Puedo sentir su sonrisa detrás de mí, una sonrisa que no necesita palabras para comunicar su satisfacción y su intención.

Siento sus dedos recorriendo mi espalda, un camino de calor que desciende hacia mi centro. La espera es tortuosa, cada segundo que pasa alimenta mi deseo, mi necesidad de él.

Finalmente, sus dedos encuentran mi sexo, y puedo sentir la humedad que se acumula y se esparce, un testimonio de mi excitación. Con una satisfacción casi palpable, Balthair separa mis labios con sus dedos y penetra con uno de ellos de manera brusca y decidida.

Gimo al sentir su invasión, moviendo mis caderas contra su mano de forma descontrolada. Mi posición, atada y expuesta, me impide cualquier tipo de soporte o estabilidad, dejándome a merced de sus deseos.

La presión y el ritmo de su dedo se intensifican, explorando y estimulando con una precisión que me lleva al borde del abismo. Cada movimiento suyo es un reclamo, una afirmación de su control sobre mi cuerpo y mi placer.

Me siento consumida por la intensidad del momento, por la crudeza y la ferocidad de nuestras emociones. Este no es solo un encuentro físico; es una batalla de voluntades y deseos, una danza de poder donde cada uno busca dominar y ser dominado.

Balthair aumenta la presión y la velocidad, y yo me encuentro atrapada en un torbellino de sensaciones que me arrastran hacia un clímax inminente. Mi cuerpo responde a su toque con una urgencia desesperada, buscando más, anhelando una culminación que se siente tan inevitable como necesaria.

En ese instante, cuando el placer se convierte en una ola que me arrastra sin piedad, Balthair me lleva al borde y más allá, guiándome a través de un éxtasis que me sacude hasta el núcleo. Cada embestida de su dedo es un golpe de placer que me hace estremecer y gemir, perdida en la intensidad de lo que él me hace sentir.

Balthair, con una mezcla de provocación y desafío, me da otra palmada en el trasero, un gesto que enciende en mí sorpresa, pero que me calienta más que el sol de agosto, aunque en mi mente, hago un juramento silencioso de venganza por esa osadía.

Mientras giro mi cara para enfrentarlo, la tela que ata mis muñecas al cabecero se tensa, restringiendo mis movimientos y aumentando mi sensación de vulnerabilidad. Siento la firmeza de sus manos en mi cuerpo, controlando cada una de mis agitaciones con una fuerza que es a la vez intimidante y excitante.

La tela raspa ligeramente contra mi piel, un recordatorio constante de mi sumisión en este juego de poder y deseo. Con cada movimiento, la tensión de la cinta se intensifica.

En ese momento, la sensación de sus dientes y sus labios se desliza sobre la piel sensible de mi culo, enviando ondas de choque a través de mi cuerpo. Balthair, con una mezcla de ternura y dominio, alterna entre mordiscos suaves y besos que recorren mis glúteos, dejando un rastro de sensaciones intensas y contradictorias.

De repente, siento sus dedos separar con firmeza mis nalgas, y un nuevo nivel de vulnerabilidad me invade. Mi respiración se entrecorta cuando su lengua comienza a deslizarse a lo largo de mi piel, explorando con una audacia que me hace temblar. La sorpresa y el placer se mezclan cuando siento su lengua recorrer toda mi hendidura, un roce húmedo y audaz que me hace gritar de sorpresa.

Me remuevo inquieta, intentando en vano escapar de su control, pero él me sujeta con una firmeza que anula cualquier tentativa de resistencia. Su lengua continúa su atrevida exploración, trazando un camino ardiente hasta llegar a mi sexo. La sensación es abrumadora, una

combinación de vergüenza y placer extremo que me hace luchar entre el deseo de escapar y el anhelo de más.

Balthair ajusta mi posición, elevando aún más mis caderas, dejando mi sexo por completo expuesto y a su alcance. Siento cómo su lengua continua su tortuosa danza, ahora concentrándose en el epicentro de mi placer. La punta de su lengua traza círculos alrededor de mi clítoris, alternando entre caricias ligeras y suaves succiones que me hacen arquear la espalda en busca de más.

En un movimiento audaz, Balthair introduce dos dedos en mi interior, abriéndome con una firmeza que me roba el aliento. La sensación de estar tan expuesta, tan vulnerable bajo su control, es tanto desconcertante como increíblemente excitante. Siento cómo su lengua se desliza dentro de mí, explorando con un apetito insaciable que responde a cada uno de mis jadeos y movimientos involuntarios.

El contraste de sus dedos, firmes y decididos, con la suavidad de su lengua es una dualidad que me lleva al borde del abismo. La forma en que alterna entre succionar mi clítoris y lamer mi entrada, cada movimiento sincronizado con las embestidas rítmicas de sus dedos, crea una sinfonía de sensaciones que me sumerge en un mar de placer.

Balthair observa con una mezcla de satisfacción y orgullo mientras lucho por contener los sonidos de mi éxtasis. Mi boca muerde las sábanas y mi puño se cierra fuera de mi alcance en un intento vano de silenciar los gemidos que se escapan de mi garganta, mientras el clímax me envuelve una vez más.

Después de un momento, Balthair se inclina hacia mí, su voz teñida de una satisfacción evidente y un tono ligeramente burlón.

—No puedes resistirte, ¿verdad? —continúa, su voz, un susurro seductor que se desliza sobre mi piel, aún temblorosa por el reciente clímax. — Cada vez que te toco, te deshaces bajo mis dedos, como si estuvieras hecha para responder a mis caricias. Eso me vuelve loco de deseo por ti. Lo fácil que es llevarte al clímax, Adele. Es tremendamente satisfactorio saber que eres tan receptiva, tan sensible a mi tacto de forma increíble.

La energía de Balthair, feroz y desenfrenada, me gira con un ímpetu que no solo denota su creciente pasión, sino también una especie de hambre descontrolada. La cinta que ata mis muñecas se tensa aún más, convirtiéndose en un símbolo tangible de la intensidad que nos envuelve.

Ambos estamos envueltos en un calor intolerable, una especie de furia que se manifiesta no solo en el deseo, sino también en la urgencia con la que nos buscamos el uno al otro. Es una pasión cruda y visceral, que borra cualquier pensamiento coherente de nuestras mentes, dejándonos sumergidos en una tormenta de sensaciones y emociones.

Con un movimiento fluido, arroja su ropa superior al suelo, dejando al descubierto un torso que es una oda a la virilidad. Sus músculos están bien definidos, cada uno tallado como si fueran obra de un escultor experto en capturar la esencia de la fuerza masculina. Su pecho ancho y sus hombros robustos conforman una silueta que irradia una poderosa presencia.

La luz de la habitación juega sobre su piel, resaltando el relieve de cada músculo, cada curva de su anatomía perfectamente esculpida. Sus brazos, fuertes y firmes, son un testimonio de su fuerza física, mientras que su vientre plano revela una tensión y un control que hablan de una disciplina implacable.

Cada parte de él es imponente, desde la línea firme de su mandíbula hasta la expresión intensa y concentrada en sus ojos. Balthair es un hombre que no solo posee una fuerza bruta, sino también una presencia magnética que atrae e intimida al mismo tiempo.

Su pecho, cubierto de un vello suave y oscuro, se eleva y desciende con cada respiración profunda, un ritmo hipnótico que me atrapa. La forma en que se mueve, con una confianza y una gracia que desmiente su tamaño, es cautivadora. Cada gesto suyo es una manifestación de masculinidad pura y sin restricciones.

Incluso en su estado de semi desnudez, la tela en mis muñecas se tensa, y me doy cuenta de que él no solo domina mi cuerpo, sino también el espacio a su alrededor. Es un hombre que, con solo su presencia, es capaz de llenar una habitación, de dominarla.

Y mientras observo a Balthair, con su cuerpo esculpido y su aura de masculinidad indomable, siento una mezcla de admiración, deseo y un atisbo de miedo. Es abrumador, sí, pero también irresistiblemente atractivo. En su figura encuentro la encarnación de una pasión arrebatadora que promete tanto placer como peligro.

Mi pie, impulsado por una curiosidad traviesa, se desliza bajo el kilt de Balthair, ascendiendo por sus muslos firmes y duros. La textura de su piel bajo la tela gruesa es una revelación de sensaciones, rugosa y suave a la vez.

—¿Es verdad que no se lleva nada bajo? —le pregunto, curiosa y divertida.

La sonrisa ladeada de Balthair es una mezcla de desafío y complicidad. Con un gesto silencioso, me da permiso para seguir explorando. Mis dedos ascienden, deslizándose sobre la calidez de su piel, hasta que encuentro la realidad de su sexo desnudo. La ausencia de cualquier barrera entre su piel y mi tacto es un descubrimiento emocionante.

Balthair responde con una voz teñida de orgullo y un deje de humor:

—Un verdadero escocés nunca lleva nada debajo de su kilt; de lo contrario, sería simplemente una falda.

Su declaración, dicha con ese tono de certeza y orgullo, aumenta el calor del momento. La idea de que Balthair, un hombre tan imponente y controlado, esté ahí, tan expuesto y vulnerable bajo su kilt, añade una capa de excitación y audacia a nuestro juego.

La textura de su piel es inesperadamente suave, contrastando con la dureza de su musculatura. Mis dedos continúan su exploración, sintiendo cada detalle, cada línea y cada curva de su virilidad con una mezcla de asombro y deseo.

El gemido ronco de Balthair resuena en la habitación, un sonido crudo y visceral que vibra en el aire entre nosotros. Observo su garganta, cómo su nuez se desplaza con cada trago, revelando la tensión que se acumula en su interior. Entonces, como impulsado por una necesidad incontrolable, se despoja de su ropa en un movimiento fluido y decidido, quedándose por completo desnudo ante mí.

La presencia de Balthair desnudo, su cuerpo poderoso inclinándose sobre el mío, es una visión abrumadora. Siento el calor de su pecho contra mi piel, el roce de sus caderas entre mis piernas, el suave contacto de su muslo contra mi nalga, y, lo más intenso de todo, la presión de su virilidad en mi entrada.

—Nos casaremos en cuanto volvamos de Londres —dice con voz firme, llena de una promesa que no es solo verbal, sino también física—. Serás mi mujer en unos meses. No voy a arriesgarme a que te quedes embarazada sin que estemos casados.

Su voz, aunque contenida, está cargada de una pasión que no puede ocultar, especialmente en el momento en que me penetra con una lentitud que es a la vez tortura y delicia.

La ironía de sus palabras sobre evitar riesgos en un momento de entrega tan absoluta no se me escapa.

—Hablar de evitar riesgos ahora es una contradicción, Balthair —respondo, mi voz temblorosa por la intensidad del momento.

—Tienes razón. Deberíamos casarnos lo antes posible —responde, su voz temblorosa por la mezcla de emociones y sensaciones que nos inundan—. Porque no veo posible detener esto ya... y Dios sabe que he intentado resistirme con todas mis fuerzas.

Lentamente, Balthair comienza a moverse dentro de mí, cada embestida es una mezcla de fuerza y cuidado, como si estuviera explorando un territorio desconocido y precioso al mismo tiempo.

—Balthair, suéltame ya. Quiero tocarte —le suplico, la necesidad de sentir su piel bajo mis dedos es abrumadora.

Pero él se niega, su voz firme y decidida.

—Aún no, Adele. Todavía no he terminado.

Con esas palabras, me penetra con una profundidad que roza el límite entre el placer y el dolor. Levanta mis muslos, colocándolos en sus caderas, y clava sus dedos en mis nalgas con una fuerza que resuena en cada fibra de mi cuerpo. La combinación de su control y mi restricción es exquisitamente tortuosa.

—Por favor... —le suplico no sabiendo qué con exactitud, mi voz quebrándose bajo la intensidad de mis emociones.

Él responde no con palabras, sino con una acción aún más íntima: sus labios se encuentran con mi pecho, besando, mordisqueando, y succionando con una mezcla de ternura y posesión. Su sonrisa contra mi piel es una confirmación de su disfrute, un juego de dominio y deseo que nos tiene a ambos en su centro.

En este momento, somos dos seres atrapados en un torbellino de sensaciones, un baile de poder y pasión que nos lleva más allá de los límites de la razón. Cada toque de Balthair, cada movimiento, cada respiración, es una exploración de los términos de nuestra conexión, una búsqueda frenética y desesperada por una unión más profunda.

La habitación se llena del sonido de nuestros cuerpos moviéndose juntos, un ritmo primal que marca el compás de nuestra danza. El mundo exterior se desvanece, dejándonos solos en nuestro universo de pasión y placer, un lugar donde solo existimos nosotros y la intensidad abrumadora de lo que compartimos.

Bajo la influencia de Balthair, descubro aspectos de mí misma que nunca antes había conocido. Cada momento en sus brazos es una revelación, un descubrimiento de una pasión que no conocía límites, de un deseo que se negaba a ser contenido.

Y mientras nos sumergimos más profundamente en esta experiencia que nos lleva a encontrar el final de una forma casi furiosa, sé que en sus brazos, me siento completa, como si hubiera encontrado la otra mitad que siempre había estado buscando.

En la entrega total a este hombre, encuentro mi libertad, una libertad que nunca había imaginado posible.



Capítulo 30

A medida que el sueño comienza a envolverme, me aferro al calor de Balthair, su cuerpo es un refugio seguro y reconfortante. Su olor, una mezcla de nuestro reciente encuentro y su esencia propia, se infiltra en mis sentidos, un recordatorio notorio de la intimidad que acabamos de compartir.

—Huyamos a Gretna Green mañana y casémonos sin esperar más —me dice con un tono de humor que esconde un rastro de seriedad.

Por un momento, esa proposición me remonta a otro tiempo, a otras palabras similares pronunciadas por Oliver. Sin embargo, elijo no mencionarlo, no ahora. Prefiero quedarme suspendida en esta nube de felicidad y satisfacción que Balthair ha creado a mi alrededor.

Deslizo mis dedos por su pecho, ya liberada de las ataduras, y noto que él sigue con la mirada el camino que recorren. Las marcas en mis muñecas, recordatorio de los momentos de pasión, hablan más de mi frenesí que de cualquier exceso por su parte.

Dormir a su lado es una experiencia nueva y sorprendentemente agradable. A pesar del espacio que ocupa con su presencia imponente, me siento cómoda en sus brazos de una manera increíble.

Hay un contraste fascinante entre el hombre dominante y apasionado que conozco y este otro lado tierno y protector que solo se muestra en la intimidad de nuestra habitación.

Es en este momento, en la tranquilidad del post-sexo, cuando realmente me doy cuenta de la profundidad de los sentimientos que estoy empezando a desarrollar por Balthair. Más allá de la pasión y el deseo, hay un vínculo que se está formando, uno que trasciende lo físico y toca algo más profundo y significativo en mi interior.

En la quietud de la noche, acunada por el rítmico latido de su corazón bajo mi oído, me permito sumergirme en sueños de un futuro liberado de juicios y condenas, un mundo donde las

rejas de la expectativa y el ostracismo social se disuelven, dejando solo espacio para la comprensión y la aceptación. Un futuro donde la soledad, esa fría y constante sombra, se desvanece ante la calidez de una vida compartida con él.

De repente, Balthair rompe el silencio, su voz, un susurro ronco en la tranquilidad de la habitación.

—Creo que han sido cuatro... eso me convierte en el primero en hacer eso por ti, ¿no es así? Rio con suavidad, el sonido danzando en el aire tranquilo de la habitación.

—¿Estás comparándote con un juguete que vibra? —pregunto, mi voz teñida de diversión y afecto.

Balthair, con una seriedad que trasciende la broma, responde:

—Compito con mucho más que eso, Adele. Con recuerdos, con sombras del pasado...

Asiento, consciente de la profundidad de su afirmación.

—Has sido el primero en muchas cosas, Balthair, no solo en esto —confieso, mis palabras flotando entre nosotros, cargadas de un significado que va más allá de la simple pasión física.

—Balthair —susurro, buscando sus ojos en la semi oscuridad—, este viaje a Londres... ¿será solo por negocios o... hay algo más?

Hay una pausa, un momento en el que el mundo parece detenerse, y luego él responde, su voz más baja y más íntima:

—Hay algo más, Adele. No solo negocios. Hay asuntos... personales que necesito resolver. Y te quiero a mi lado para eso.

Su confesión me sorprende y al mismo tiempo me llena de una sensación cálida, de pertenencia y complicidad.

—Te acompañaré —afirmo, la decisión clara en mi voz.

La curiosidad en mi voz es palpable mientras planteo la pregunta que ha estado rondando en mi mente.

—¿Es verdad que me buscaste después de aquella primera vez que nos vimos? —inquiero, mi mirada fija en la suya, indagando la verdad en sus ojos.

Balthair, acostumbrado a su propio silencio y reflexiones, responde con brevedad:

—Sí, te busqué.

—¿Solo para agradecerme? —inquiero, buscando algo más en sus palabras.

Hay una pausa, y luego, con una sinceridad que me toma por sorpresa, él admite:

—Sí, para agradecerte... y porque había algo en ti que me intrigaba.

—Debió de resultarte asombroso encontrarme prometida con Oliver, tu amigo.

Balthair suspira, y con una franqueza que es tan típica de él, reconoce sin rodeos:

—Fue como una patada en los huevos.

La respuesta de él resuena en la habitación, un eco de honestidad cruda que me arranca una risa suave.

—Balthair, siempre tan sutil —comento con una sonrisa, mi voz teñida de cariño y diversión.

Él se gira hacia mí, su expresión seria, pero sus ojos revelan un destello de humor.

—No hace falta ser sutil, Adele. La sorpresa fue... impactante... y desagradable.

—Solo me viste una vez —le recuerdo, ligeramente sorprendida por la intensidad de sus emociones.

—Una vez fue suficiente —responde con una convicción que me deja sin aliento—. Supe que eras especial, diferente. Y ver que estabas con Oliver... Fue difícil de aceptar.

—Y esa es la razón de que fueras... ¿brusco y áspero?

—Soy brusco y áspero sin necesitar razones —me responde con una sonrisa.

Ese gesto de Balthair, travieso y un tanto provocador, me hace reír, a pesar de la seriedad del tema.

—Eso no responde a mi pregunta, ¿sabes?

Él me mira, sus ojos oscuros llenos de un brillo que nunca deja de sorprenderme.

—Mi naturaleza puede ser áspera, Adele, pero hay momentos en los que necesito esa coraza. Con Oliver... fue diferente. Ver a alguien que consideraba un amigo contigo, alguien que yo... bueno, que yo había empezado a... —Se detiene, luchando con las palabras—. Era un sentimiento... complejo. No era solo una atracción física. Verlo contigo me produjo una sensación de pérdida, aunque nunca te tuve.

La mención de Oliver hace que mis pensamientos se desvíen hacia un pasado no tan lejano, lleno de emociones encontradas. Abro la boca para hablar, para compartir esos recuerdos y sentimientos que aún persisten en algún rincón de mi corazón, pero Balthair me interrumpe con una voz firme.

—No espero que lo borres de tu mente, Adele —dice, su mirada intensa y directa—. Sé que lo que tuviste con él fue corto, pero intenso. Esa es mi lucha, no la tuya.

—Yo... también quedé bastante impresionada... con... tu pecho esa primera vez, Balthair.

La queja de Balthair es inmediata, aunque su tono lleva un matiz de humor que no puede ocultar por completo.

—He sido reducido a un simple juguete sexual para ti.

Me apresuro a corregirle, con una sonrisa juguetona.

—Nada de juguete, Balthair. Una máquina de asalto... la más formidable y... satisfactoria que he conocido.

La sonrisa ladeada de él revela su diversión ante mi comentario, pero no quiero dejarlo ahí.

—Contigo, todo es más intenso, más real. No es solo físico, Balthair. Es todo tú. Tu fuerza, tu pasión, tu manera de ser. Eres abrumador en el mejor sentido.

Hay un momento de silencio en el que solo el latido de nuestros corazones llena el espacio entre nosotros. En ese silencio, siento una oleada de emociones que nunca antes había experimentado con tanta intensidad.

Balthair se inclina hacia mí, su aliento cálido acariciando mi piel, mis labios, su lengua entrando en mi boca, entrelazándose con la mía.

No necesito palabras. Nuestros cuerpos hablan un lenguaje que trasciende las palabras, un lenguaje de deseo, pasión y esa conexión profunda que se ha forjado entre nosotros.

Mientras Balthair me levanta con suavidad y me coloca sobre él, nuestras caderas se encuentran en un ritmo perfectamente sincronizado.

La sensación de unirme a él de nuevo es increíble, una mezcla de familiaridad y descubrimiento constante.

Siento la fuerza de Balthair, su pasión inagotable, y me entrego por completo a la experiencia. Mientras me muevo con él, cada onda de placer se amplifica, construyendo un éxtasis que promete ser inolvidable.

Y ahí, en sus brazos, sobre él, siento una certeza inquebrantable de que, pase lo que pase, este hombre y lo que compartimos siempre será una parte fundamental de mi vida.



Capítulo 31

Narrador omnisciente

En el ajetreado y colorido día del Cèilidh, Balthair se prepara para participar en un partido de Shinty, un deporte tradicional escocés conocido en la zona. Mientras se calza las botas y ajusta su kilt, es consciente de las miradas que lo rodean, especialmente una: la de Adele. Su presencia es como un rayo de sol, brillante y llamativa en su vestido amarillo limón tras dejar atrás los trajes oscuros y serios del luto.

Balthair mismo se ha encargado de que una modista llenara su armario de vestidos de crepé y seda de todos los colores.

Los hombres del clan, entre risas y palmadas en la espalda, lo felicitan por su compromiso.

—¡Vaya, Balthair! ¡Por fin has decidido casarte! —bromea uno de los arrendatarios.

Él sonríe, asintiendo con la cabeza.

—Es cierto, ya era hora —añade otro, riendo.

La figura de Adele, resplandeciente y llena de vida, no pasa desapercibida.

—Es hermosa —comenta uno de los ancianos, y Balthair no puede evitar sentir un orgullo lleno de afecto.

Alexander se une a él mientras esperan su turno para el juego.

—Parece que todo marcha bien. Nadie se siente escandalizado por tu compromiso con la institutriz de tu sobrina y, además, antigua prometida de tu amigo, a pesar de esa tensión sexual clara entre vosotros y los rumores sobre un posible encuentro en una cabaña.

Balthair lo mira con poca paciencia.

—Gracias por tus siempre agudas observaciones.

Alexander levanta las manos en señal de rendición.

—Lo siento, lo siento. ¿Cuándo os iréis a Londres?

—En unos días.

—Cuánta información, primo. Espero que seas más abierto con tu futura esposa — responde Alexander, con diversión.

En ese instante, una voz femenina se suma a la conversación desde detrás:

—Sir Chisholm no necesita cambiar por ninguna mujer. Cualquiera estaría más que complacida con su forma de ser.

Balthair y Alexander se giran para ver a Cora. Hoy, evidentemente, ha optado por un atuendo diseñado para captar la atención de Balthair: un corsé apretado, un escote pronunciado y un peinado llamativo.

Los hombres la saludan, pero Balthair, con una educación fría, pronto se excusa y se aleja.

Cora no se rinde y lo sigue, intentando ser más directa en una tentativa más para capturar su interés. Siente que ahora que está prometido tiene que dejarse de insinuaciones y tentarle abiertamente.

—Yo puedo ser esa mujer complaciente. Soy una dama experimentada, mucho más que una institutriz estirada siempre metida en aburridos libros.

Balthair escucha las palabras de Cora y no puede contener una carcajada resonante y llena de desdén. La imagen de Adele, con su curiosidad insaciable, su fascinación por las experiencias que desafían los límites de lo convencional y su interés en los libros más escandalosos, flota en su mente.

Adele, con su fuego interior y su profundo conocimiento de la vida y de sí misma, es todo menos lo que esa mujer intenta insinuar. Para Balthair, ella representa una promesa de pasión sin fin.

Dejando atrás a Cora sin una segunda mirada, se aleja con una sonrisa todavía dibujada en su rostro.

Ella se queda parada, frustrada y confundida, murmurando para sí misma:

—Por completo ignorada de nuevo.



El Shinty es un deporte tradicional escocés que se juega con palos y una pelota. Se asemeja al hockey, pero con reglas y estilos de juego distintos. Los jugadores usan palos curvos, llamados «camans», para golpear una pequeña bola, intentando anotar goles en la portería del equipo contrario. Es un deporte rápido, requiere habilidad, destreza y resistencia, y se juega sobre un campo de hierba.

Balthair se prepara para el partido, ajustándose las botas y revisando su caman. Su mirada está fija y determinada, revelando su naturaleza competitiva y su habilidad en el deporte. Se mueve con la confianza de alguien que conoce bien el juego, ajustando su equipo y calentando sus músculos para el desafío que se avecina.

Para Balthair, el Shinty es más que un simple deporte; es una extensión de su carácter y su pasión. Cada golpe del caman, cada carrera por el campo, cada estrategia en el juego es una oportunidad para demostrar su fuerza, su habilidad y su espíritu competitivo. Y hoy, con Adele observando, está aún más decidido a mostrar lo mejor de sí mismo.

—Este será un buen juego —comenta uno de los espectadores, admirando la preparación de Balthair.

Él sonríe brevemente, su mirada fija en el campo.

—Nuestro Laird no nos decepcionará —responde Alexander con confianza.

El partido de Shinty comienza con una energía vibrante, los jugadores moviéndose con rapidez sobre el campo verde. Balthair se destaca por su destreza y habilidad, manejando el caman con una precisión asombrosa. Cada movimiento suyo es un espectáculo de fuerza y agilidad, atrayendo las miradas de todos los presentes.

Durante el juego, hay momentos cómicos y ligeros cuando los kilts de algunos jugadores se levantan más de lo habitual debido a la intensidad del juego. Esto provoca risas y exclamaciones entre las damas, algunas ruborizándose y otras disfrutando abiertamente del inesperado espectáculo. Los hombres en el campo responden con risas y bromas, tomándolo con buen humor y espíritu deportivo.

—¡Vaya espectáculo estás dando, Bruce! —exclama una dama, cubriéndose la boca con una sonrisa, su esposa sin duda alguna.

Balthair, por completo inmerso en el juego, parece ajeno a estos incidentes cómicos. Su enfoque está en el partido maniobrando con habilidad para llevar la pelota hacia la portería contraria. Con un golpe final, preciso y poderoso, lo consigue, anotando un gol espectacular.

El público estalla en aplausos y vítores, y se escucha la satisfacción en la voz de Balthair cuando grita triunfante.

En ese momento, mira hacia donde está Adele, buscando su reacción.

—¡Bien hecho, Balthair! —grita ella, haciéndole sonreír.

Las mujeres comentan entre ellas, con una mezcla de admiración y curiosidad, sobre cómo Adele, con su presencia serena y su inteligencia evidente, ha logrado capturar el corazón del Laird.

Mientras Briony, con su inocencia infantil, observa con ojos brillantes, con claridad emocionada por el día de fiesta.

—Sir Chisholm nunca antes había organizado un Cèilidh como este. Siempre estaba tan ocupado con sus responsabilidades y su cargo en Londres comenta una mujer llamada Aria.

Una segunda mujer asiente, añadiendo:

—A pesar de su seriedad, no se puede negar que Balthair siempre ha cuidado bien de su gente.

Estas mujeres, esposas de comerciantes o de dueños de rebaños de ovejas, se mueven con una simplicidad que contrasta notablemente con la complejidad y el bullicio de Londres. Sus vestidos, aunque modestos, están limpios y bien cuidados, reflejando un sentido de orgullo y dignidad en su estilo de vida.

Una de las mujeres, sosteniendo un pedazo de pan entre sus dedos, mira a Adele con un brillo de esperanza en sus ojos.

—Tal vez la señorita Harwood podría acercarse a la escuela de la comunidad. El Laird está muy empeñado en que todos los niños acudan a ella y tengan acceso a la educación. Según tengo entendido, la señorita es una persona muy culta, que ha tenido una educación privilegiada.

Adele, con una expresión de interés genuino, responde:

—Mi abuelo era tutor en Bath, y ciertamente tuve acceso a una amplia red de conocimientos. Sería un placer poder compartirlo y contribuir a la educación de los niños de la comunidad.

Las mujeres asienten con aprobación, intercambiando miradas de aprobación.

—Eso sería maravilloso. Nuestros pequeños se beneficiarían mucho de alguien con su experiencia y conocimiento.

Briony, con una mezcla de admiración y diversión en su voz, se une a la conversación.

—Adele es la persona que más sabe de historia, de otros países y de recetas de galletas con sabores horribles —dice con una sonrisa traviesa.

Adele ríe ante el comentario de Briony, pero su risa se detiene de forma abrupta cuando una voz despectiva interrumpe la conversación. Cora, con una actitud condescendiente, comenta:

—¿De qué sirve la historia en un lugar como este? Un hombre valora más en una esposa las cualidades en la cocina y en la casa en general... y otros menesteres más íntimos, por supuesto. Pero esos son conocimientos que no se aprenden de los libros.

Adele, sorprendida por el comentario, siente una mano pequeña que le da un leve tirón. Briony, con voz baja, le susurra:

—Esa es Cora.

Adele sonríe de forma ligera, preparándose para responder. Con una calma serena y una voz clara, dice:

—Ciertamente, las habilidades prácticas son valiosas. Pero subestimar el poder del conocimiento y la educación es un error. La historia nos enseña no solo sobre el pasado, sino también cómo construir un futuro mejor. Y en cuanto a esos menesteres que menciona... hay más de una forma de explorar y descubrirlos y algunas de ellas, efectivamente, pueden aprenderse de los libros.

Un silencio sigue a la disertación de Adele hasta que Aria pregunta:

—¿Y qué libros son esos?

La pregunta de Aria rompe la tensión en el aire, y la risa espontánea que sigue es un alivio bienvenido. Varias de las mujeres se ríen abiertamente, mientras algunas más reservadas se cubren con gestos vergonzosos, sus mejillas teñidas de un rubor suave.



Una fina lluvia comienza a caer, cambiando el curso del día en el Cèilidh. Las gotas se hacen más densas y pesadas, tiñendo el campo de juego con un manto de barro que se adhiere a las botas de los jugadores. Los espectadores, tomando nota del cambio en el clima, comienzan a buscar refugio bajo los toldos de lona dispuestos alrededor del campo, donde se ha preparado una variedad de alimentos.

Allí, el ambiente se vuelve más íntimo y acogedor. La gente se agrupa alrededor de las mesas, sirviéndose comida y bebida, mientras continúan charlando y riendo, imperturbables ante el cambio del clima. La lluvia, lejos de disminuir el espíritu festivo, parece haberlo intensificado, creando un ambiente de camaradería y cercanía.

Adele y Briony se unen a los demás bajo uno de los toldos, observando cómo la lluvia transforma el paisaje y da un toque aún más especial al evento.

Los jugadores de Shinty, incluido Balthair, parecen casi impasibles ante la fina lluvia que ahora cae sobre el campo. Con una resiliencia típica de los habitantes de estas tierras, continúan su juego con una pasión y energía inalteradas. El barro se adhiere a sus botas y salpica sus kilts, pero lejos de desalentarlos, esto parece añadir un elemento adicional de desafío y entusiasmo al partido.

El juego se vuelve aún más intenso, con los jugadores deslizándose y chocando entre sí, mientras la pelota va y viene a través del campo embarrado. Cada golpe del palo contra la esfera resuena con fuerza, arrancando vítores y exclamaciones de los espectadores que, a pesar de la lluvia, permanecen cautivados por la acción.

La multitud irrumpe en una ovación estruendosa al concluir el partido, y entre ellos, Adele y Briony destacan por su entusiasmo, aplaudiendo y vitoreando desde su cobijo bajo el toldo. Balthair, triunfante y satisfecho tras su victoria, se dirige hacia ellas con una sonrisa juguetona en su rostro cubierto de barro.

Al acercarse, hace una fingida intención de abrazarlas, su figura embarrada y empapada provocando un momento de pánico cómico. Adele y Briony, en un instinto combinado de diversión y repulsión, retroceden apresuradamente.

—¡No te atrevas, Balthair! —ríe Adele, empujándolo con suavidad.



Ese día, como si fuera una revelación compartida, todos los presentes pueden percibirlo: la unión familiar que forman Balthair, Adele y Briony.

Los murmullos y las habladurías sobre Adele, que una vez fueron de sospecha y duda, ahora toman un rumbo por completo diferente. Se transforman en relatos de admiración y respeto hacia ella.

Adele es vista como una mujer de inteligencia extraordinaria y educación profunda que ha conquistado al Laird no solo con su belleza, sino también con su agudeza mental y su calidez humana.

La señora MacKintosh se aproxima a Balthair, quien se encuentra secándose la cara con una toalla. Con una sonrisa sabia y un brillo astuto en sus ojos, le habla en su tono característico, uno que mezcla la experiencia de los años con una perspicacia que pocos poseen.

—Veo que ha seguido mi consejo, Laird —le dice, su voz resonando con un tono de aprobación—. No era difícil prever cómo acabaría esto. Lo supe desde el momento en que puse mis ojos en ella... y en usted.

Balthair, tomando una pausa de su tarea, mira a la señora MacKintosh. Su expresión, por norma severa y reservada, se suaviza de forma ligera al reconocer la sabiduría de sus palabras. Aunque no es hombre de admitir abiertamente su gratitud por los consejos no solicitados, en este momento, hay una especie de entendimiento tácito entre ellos.

—Tiene buen ojo para estas cosas, señora MacKintosh —responde Balthair, con una voz que lleva un tono de respeto que rara vez otorga.

La señora MacKintosh sonríe, complacida, pero no excesivamente sorprendida por su acierto. En sus años, ha visto suficientes historias de amor y desamor como para reconocer cuándo dos almas están destinadas a unirse.

—Solo tenía que ver cómo la miraba, laird. Esa clase de mirada no se puede fingir. Y es la misma mirada que ahora guarda ella para usted... Es el tipo de cosas que solo se da una vez en la vida, si se tiene suerte. De gracias, Chisholm.

Balthair, al escuchar las palabras de la señora MacKintosh, queda momentáneamente sorprendido, procesando la insinuación de que Adele le mira con amor.

Su gesto se transforma un poco al considerar esta posibilidad. Lenta y de forma deliberada, gira su mirada hacia Adele, quien aún se encuentra inmersa en su conversación, ajena a su atención.

La señora MacKintosh observa la interacción con una sonrisa satisfecha, sabiendo que ha sembrado una semilla de conciencia en la mente de Balthair. Este hombre, conocido por su fortaleza y su reserva, está comenzando a mostrar signos de una transformación guiada por algo

más poderoso que la lógica o el deber.

—¿Sabe que Mary, su antigua empleada, ahora trabaja para mí? —le informa la mujer con una sonrisa que indica que está al tanto de más de lo que aparenta.

Balthair frunce el ceño ligeramente, aunque no está sorprendido.

—No debería fiarse. Es una chismosa —advierde con seriedad, sin embargo, en su voz hay un matiz de diversión.

La señora MacKintosh ríe con suavidad, una risa que resuena con una astucia que solo vienen con los años.

—¿Por qué cree que la he contratado? Me ayuda y me entretiene —responde con un brillo en los ojos. Luego hace una pausa, considerando sus siguientes palabras—. Realmente espero que no solo la chaqueta fuera suya, sino la marca en el cuello de la señorita también.

Balthair, captando la insinuación, no puede evitar sonreír. Es un gesto raro en él, uno que suaviza sus rasgos habitualmente duros.

—No le quepa duda.

—Lo sabía —dice la señora MacTavish asintiendo con una mezcla de reconocimiento y diversión—. Mary me debe diez libras.



Capítulo 32

Mientras el carruaje avanza hacia Londres, me siento envuelta en un torbellino de emociones. Briony, con su inocencia y alegría, nos acompaña en este viaje, y sorprendentemente, Alexander ha decidido unirse a nosotros.

Su presencia, aunque inesperada, ofrece un alivio inusual a la tensión de la situación. Gracias a ellos, la necesidad de una nueva carabina se desvanece, aunque seguimos sujetos a un escrutinio social más intenso.

Balthair y yo estamos oficialmente prometidos, lo que nos otorga cierta libertad, pero la excepcionalidad de nuestra situación nos mantiene bajo la lupa de la sociedad.

Aunque él, con su presencia imponente y su reputación de hombre serio y respetado, ofrece un contrapeso a mi etiqueta como «la institutriz del escándalo».

Con su autoridad y honorabilidad, tiene el poder de albergarme en su casa sin levantar demasiadas habladurías, pero sé que su principal preocupación es proteger mi reputación. No desea que sea señalada o juzgada, especialmente en una sociedad tan implacable como la londinense.

Ha considerado sabiamente que la presencia de Briony serviría como una barrera natural contra cualquier impulso pasional que pudiera surgir durante el viaje que nos pudiera poner en una situación comprometida...

Aunque personalmente me gusta desafiar las convenciones sociales y sus restricciones con Balthair. He encontrado en ello un entretenimiento muy lúdico y saludable... e interesante en múltiples niveles.

Ahora, dentro de este carruaje, cada interacción, cada mirada compartida, cada roce accidental o intencionado se convierte en un juego sutil de desafío y provocación, un baile en el filo de lo permitido y lo prohibido.

A pesar de mis intentos, Balthair se mantiene enigmático sobre los motivos de nuestro viaje a Londres, y eso se ha convertido en un desafío personal para mí.

Pero Balthair... es Balthair. Tratar de descifrarlo es como intentar leer un libro cerrado con candado.

He aprendido que su única debilidad son mis insinuaciones y provocaciones de índole sexual, una táctica que he descubierto que no solo lo desarma, sino que también me confiere un sentido de empoderamiento y satisfacción personal.

Esta dinámica entre nosotros es algo que me da una sensación de control y, de alguna manera, equilibra el poder en nuestra relación.

Balthair puede ser un muro de reserva y seriedad, pero cuando se trata de la tensión sexual entre nosotros, descubro un lado suyo más vulnerable y receptivo. Eso me hace sentir más conectada con él, no solo en el ámbito físico, sino también emocionalmente, sabiendo que tengo el poder de afectarlo de una manera que pocos pueden.

No obstante, sigo intrigada y algo impaciente por descubrir la verdadera razón detrás de este viaje. Sé que Balthair tiene sus motivos para mantener el secreto, pero mi curiosidad y mi deseo de estar más involucrada en su mundo me llevan a buscar formas de hacer que se abra conmigo.

«Como la de anoche...».

En la intimidad de mi habitación me encontré explorando una faceta por completo nueva de nuestra relación. Fue una experiencia que me permitió ver a Balthair de una manera absolutamente diferente. Mientras yo estaba arrodillada ante él, tomando su miembro en mi boca, tuve la oportunidad única de verlo en un estado de absoluta vulnerabilidad.

Su usual compostura y control daban paso a una expresión de puro placer y abandono. Mientras mi lengua recorría y jugueteaba con su miembro, pude observar sus reacciones: una mezcla de asombro y placer que apenas podía contener.

Sentir su cuerpo responder a mis caricias, escuchar sus gemidos ahogados, tener sus dedos, tan firmes y controlados, enredados con suavidad en mi cabello, guiándome y marcando el ritmo y ver la tensión en sus músculos mientras luchaba por mantener el control fue increíblemente gratificante.

Era fascinante ver cómo la barrera de su habitual reserva se desvanecía y se rendía a las sensaciones.

En ese momento íntimo, mientras seguía explorándolo con mi boca, mis dedos curiosos encontraron el camino hacia sus testículos, esa extensión de su virilidad, firmes y llenos de una tensión, como si encapsularan la esencia de su fuerza y deseo.

Su cuerpo reaccionó de forma inmediata al tacto, un estremecimiento le recorrió entero, como una ola de energía contenida a punto de descargarse. Y entonces, inesperadamente para ambos, se derramó en mi boca.

Su liberación fue una sorpresa, un estallido de sabor y calor. Su esencia fue intensa, un recordatorio crudo y directo de su masculinidad.

El asombro en sus ojos cuando levanté la mirada hacia él fue evidente, como si acabara de descubrir un nuevo aspecto de sí mismo a través de mi acto.

«No obstante, no soltó prenda y no sé cuál es nuestra misión en Londres».



—Estás distraído esta mañana, Balthair —le reprocha Alexander. —No me escuchas en

absoluto.

Es entonces cuando Briony interviene con su usual franqueza infantil. —Es que eres muy pesado, tío —dice con una sonrisa pícara. —A nadie le interesa saber todos esos detalles aburridos sobre política y economía.

Alexander finge un gesto de ofensa, pero su sonrisa traiciona su diversión.

—¿Estás seguro de que llevar a Londres a esto —señala a Briony— es una buena idea? Puede que se una a un gremio de pilluelos y te cause más de un dolor de cabeza.

Balthair, sin perder su seriedad habitual, responde con un tono decidido.

—Briony estará bien. Además, su presencia es una excelente excusa para evitar ciertas... situaciones durante el viaje. —Su mirada se desliza con brevedad hacia mí antes de volver a Alexander.

Alexander sonríe con complicidad, como si entendiera a la perfección a lo que Balthair se refiere.

—Ah, qué difícil es para un hombre débil mantenerse lejos de las tentaciones —dice Alexander, con una sonrisa astuta.

—¿Débil? —repite Balthair con una ceja alzada.

—No me malinterpretes. No te estoy juzgando. Yo también lo sería.

—Habla por ti mismo, Alexander —responde, su tono seco y cortante—. Yo no soy de los que se distraen fácilmente.

Alexander lanza una mirada pícara a Balthair, con claridad disfrutando del momento.

—Por supuesto. Eres un auténtico roble escocés.

—Incluso los robles pueden ser derribados por la tormenta adecuada —comento con una sonrisa.

—¿Estamos hablando de una tormenta particular? Tal vez una con ojos como el cielo y cabello como la noche —me pregunta Balthair inclinándose un poco hacia delante.

—Ya estamos. Ahora será como si estuvieran solos en su propio drama —se queja Alexander.

Balthair sacude la cabeza, pero no puede evitar una pequeña sonrisa.

—Si te concentraras más en tu propio drama, tal vez encontrarías menos tiempo para meterte en el mío.

—Mi drama es aburrido —contesta Alexander con un suspiro fingido—. Tal vez debería tomar algunas lecciones de ti. Después de todo, parece que has encontrado la fórmula perfecta: un poco de misterio, un toque de escándalo y una pizca de lecturas prohibidas.

Balthair se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras ladea la cabeza para observarme.

—Me temo que no encontrarás nada igual.

Le devuelvo una sonrisa y bajo los ojos, arrinconada por la intensidad de su mirada.

Alexander se echa a reír.

—Bueno, espero que seas tan fuerte como dices. Porque, entre nosotros, creo que vas a necesitarlo.



Durante nuestro viaje hacia Londres, cruzamos diversas localidades, cada una con su propio encanto y peculiaridades. Nos alojamos en posadas acogedoras donde Briony y yo compartimos

habitación. Por las noches, la niña se acurruca a mi lado, su presencia es una fuente de calidez y comodidad. Respiro el dulce aroma de su pelo infantil y me siento reconfortada por su inocente cercanía.

Una noche, mientras la oscuridad nos envuelve en la intimidad de nuestra habitación compartida, Briony, con su curiosidad insaciable, me pide que le hable de mi familia.

—Crecí en Bath —comienzo, mi voz suave en la quietud de la noche—. Era muy niña cuando mis padres murieron en un accidente de carruaje. Después de eso, crecí con mis abuelos.

Le cuento sobre mi abuelo, un profesor y un idealista dedicado a la educación y nuestro hogar que era un hervidero de conversaciones y discusiones apasionadas.

—Él solía involucrarse en debates intelectuales y literarios. Bath era un centro social y cultural, conocido por sus baños curativos, y atraía a muchas personas interesantes.

—Mi abuela, por otro lado, era costurera. Trabajaba muy duro para complementar los ingresos de la familia, hasta que su vista se lo impidió —le explico—. A pesar de las dificultades, siempre nos mantuvo unidos y nos enseñó el valor del esfuerzo.

Briony escucha con atención mientras le cuento cómo crecí en un hogar donde la imaginación y la creatividad eran muy valoradas y donde recibí una educación poco convencional para una mujer, con énfasis en literatura, filosofía y arte.

Se ríe con suavidad al narrarle mis intentos fallidos con el piano y el bordado.

—Era terrible en ambos. Mi hermana Emily, sin embargo, tenía un talento natural para esas cosas. Su habilidad para el bordado era algo que su marido encontró irresistible. A mí, ese hombre siempre me pareció insufrible, pero Emily creía que debía aceptar su propuesta de matrimonio, preocupada por quedarse soltera porque ya era mayor para encontrar esposo.

—¿Qué edad tenía cuando se casó con él? —me pregunta soñolienta

—Veintisiete años —le respondo—. Pero, entre nosotras, siempre pensé que se merecía alguien mejor.

—¿Y Nathaniel? —pregunta Briony sin poder evitar su curiosidad.

—Ah, Nathaniel —digo con una sonrisa—. Él es el aventurero de la familia. Siempre estaba metido en algún lío o inventando historias fantásticas. Soñaba con viajar y explorar el mundo, algo que finalmente está haciendo. Es un alma libre, con una pasión por la vida que siempre admiré.

—¿Será mi tío también?

—Sí, supongo que se convertirá en una especie de tío para ti —respondo, imaginando la sorpresa de Nathaniel al enterarse de su nueva "sobrina".—. Y no solo él, Briony. Mi hermano mayor, Avery, también se sorprenderá. Él siempre ha sido el más responsable y sensato de todos nosotros. Tenía una paciencia infinita, especialmente con mis travesuras y las locuras de Nathaniel.

Briony sonríe, entusiasmada con la idea de conocer más sobre mi familia.

—Avery era el ancla de nuestra familia, siempre manteniendo el orden cuando las cosas se ponían caóticas. Era él quien me enseñaba lecciones de vida importantes y me consolaba cuando las cosas no salían como esperaba. Siempre ha sido mi roca, mi protector.

La pequeña asiente, procesando toda la información.

—¿Y él también escribe historias como tú? —pregunta con una mezcla de admiración y curiosidad.

—No exactamente —explico—. Avery es más práctico y centrado en los hechos. Pero tiene una gran habilidad para la oratoria y sabe cómo mantener la calma en situaciones complicadas. En cierto modo, él es quien me inspiró a buscar mi propia voz, aunque de una manera muy

diferente a la suya.

Briony se acomoda más cerca de mí, escuchando con atención. Puedo ver cómo su imaginación comienza a formar imágenes de mis hermanos, llenándolos de vida en su mente.

—Creo que te llevarías muy bien con ellos, Briony. Tienen mucho que enseñar y, a su vez, estoy segura de que ellos aprenderían mucho de ti —concluyo, sonriendo ante la idea de presentar algún día a Briony a mi familia.

Briony me escucha, sus ojos brillantes de interés. Es una pequeña ventana a mi pasado, un pasado que parece tan lejano ahora, pero que sigue siendo una parte intrínseca de quién soy.

En ese momento llaman a la puerta. Es solo un nudillo aislado y apenas perceptible, pero lo oigo.

Despego el cuerpecito de la niña de mí y voy descalza hasta la puerta donde la abro poco a poco. Me quedo inmóvil por un momento, sintiendo el corazón latir con fuerza en mi pecho.

La luz del pasillo se filtra en la habitación oscura. Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, una mano firme agarra mi brazo y me arrastra fuera de la habitación, empujándome con suavidad contra la pared del pasillo.

Apenas tengo tiempo para reaccionar cuando los labios de Balthair ya están sobre los míos. Es un beso intenso, apasionado, que me roba el aliento y me deja temblando. Sus labios se mueven con una urgencia que despierta un sinfín de emociones dentro de mí y en cierto lugar en concreto. Su beso es profundo, explorador, reclamando cada parte de mi boca como suya.

Cuando finalmente se aparta, nos quedamos allí, frente a frente, nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros corazones latiendo al unísono. Balthair me mira con una sonrisa ladeada, sus ojos brillando con una mezcla de diversión y deseo.

—Buenas noches, Adele —dice con voz ronca, todavía sonriendo al ver mi reacción. Sus dedos acarician mi mejilla brevemente antes de darme un último y suave empujón de vuelta hacia la habitación.

Me quedo parada sin moverme dentro de ella, tratando de recuperar mi compostura mientras escucho el suave clic de la puerta al cerrarse detrás de mí. Mi corazón todavía late desbocado y mis labios aún arden con la memoria de su beso. En ese momento, todo lo que puedo hacer es sonreír tontamente en la oscuridad, sabiendo que el hombre que acaba de dejar esa marca indeleble en mi alma estará esperándome al otro lado de esa puerta también mañana.



Capítulo 33

Llegamos a Londres y Balthair nos acomoda en su casa. El servicio al cuidado de la mansión se apresura a cumplir sus indicaciones con eficiencia casi militar. Eso dice mucho del dueño. Del respeto que impone sobre sus asalariados.

Mientras observo el entorno, no puedo evitar recordar aquella noche en su despacho, tras la muerte de Oliver.

Nuestra situación era tan distinta entonces, y sin embargo, Balthair se mostró muy atento, aunque de una forma muy propia lo que conlleva que no utilice palabras amables, pero ya he aprendido que él no es hombre de revelar sus emociones a través de ellas. En su lugar, se expresa con gestos, con acciones concretas, y con una presencia que comunica más que mil palabras.

Esos pequeños detalles, esos actos que a veces pueden parecer insignificantes, son los que verdaderamente muestran quién es Balthair. Un toque suave, una mirada intensa, un movimiento protector... todas estas son formas en las que manifiesta sus sentimientos, de un modo tan claro y elocuente como si los gritara desde los tejados.

Su atención hacia mí ha evolucionado, pasando de una cortesía distante a una cercanía que es tanto protectora como... ardiente.

No necesita decirme cuánto me valora o me desea; lo veo en la forma en que ajusta el chal sobre mis hombros, en su mirada que me sigue por la habitación, con una intensidad que revela más de lo que quizás él mismo se da cuenta. Es una mirada que comunica su interés, su preocupación, su deseo; una mirada que me hace sentir vista y valorada cada instante. Y lo veo en la mano que busca la mía en momentos inesperados, un contacto fugaz pero lleno de significado.

En Balthair, he descubierto un lenguaje único. Un conjunto de señales que aprendo a leer y apreciar cada día.

Al entrar en la casa, en Londres, no puedo evitar notar la bandeja de la entrada, repleta de tarjetas de visita. La mayoría pertenecen a madres ansiosas con hijas casaderas, todas ellas esperando asegurar una unión favorable con un noble escocés de la estatura de Balthair. No es de extrañar, considerando su posición: un hombre con influencia en el parlamento británico, una asignación anual considerable, sin vicios conocidos, y hasta hace poco, una reputación immaculada.

Además, Balthair posee un atractivo innegable. Es un hombre que combina una apariencia robusta y seductora con una mente cultivada, lo que lo convierte en un partido deseable en cualquier círculo social. Pero hay un detalle que estas madres y sus hijas no conocen, o quizás no quieren reconocer: Él ya ha tomado una decisión, y es a mí a quien ha elegido.

Esta realidad me llena de un sentimiento de posesión y orgullo. Él, con todas sus cualidades, su fortaleza, su inteligencia, su atractivo, es por completo mío. A pesar de las convenciones sociales y los escándalos que puedan surgir, Balthair ha desafiado las expectativas al comprometerse conmigo, una simple institutriz.

Él me encuentra examinando las tarjetas de visita con una mirada pensativa. Se detiene a mi lado, observando la colección de invitaciones con una ceja alzada.

—¿Hay algún evento social al que desees asistir? Tal vez un baile —pregunta con un tono sutilmente burlón—. Recuerdo aquella noche en la fiesta del regente, donde verte bailar parecía una de las pocas alegrías en medio del tumulto social. Supongo que si te hubiera pedido un baile esa noche, habrías dicho que no —comenta, con un tono que mezcla la broma y la seriedad.

Levanto la vista hacia él, una sonrisa juguetona asomando en mis labios.

—Una dama no puede rechazar a un caballero, Balthair. No sería apropiado. Pero no solo por eso... sí, lo hubiera aceptado.

Su sonrisa se ensancha, y hay un brillo intenso en sus ojos.

—Entonces habríamos asistido a otro escándalo —responde con una voz suave pero firme—. Porque no me hubiera conformado con un solo baile.

—Por supuesto que habría dicho que no a más de un baile —respondo con un tono juguetón—. Era una dama en una situación muy delicada, después de todo.

Balthair se inclina un poco hacia mí, sus ojos brillando con ese matiz de desafío que tanto me atrae.

—¿Y ahora? ¿Qué dirías si te pidiera un baile en este preciso momento?

Hay un breve instante de silencio, un juego de miradas entre nosotros.

—Ahora —digo lentamente—, creo que no podría negarme a un solo baile contigo.

—Entonces, es una lástima no tener música —responde él, su voz baja y teñida de una promesa implícita.

—No necesitamos música para bailar —sugiero, acercándome un poco más a él. La idea de estar en sus brazos, moviéndonos al unísono, incluso en el silencio, es tentadora.

Balthair extiende su mano hacia mí, una invitación silenciosa pero clara. Acepto, y en ese momento, en la intimidad de su casa, sin música, bailamos un baile solo nuestro, un movimiento lento y cercano.

—Oh, por Dios, Balthair bailando y sin música. Creo que ya no me queda nada más por ver en esta vida que me cause más sorpresa, aunque eso más que un baile parece... —bromea Alexander apareciendo por el inmenso recibidor.

—Cállate —le ordena Balthair sin dejar de moverse.

Briony, con su entusiasmo infantil, interviene emocionada:

—Alexander, ¿bailarías conmigo? No necesitamos música para disfrutar de un baile.

Él finge una queja dramática:

—¿Bailar sin música? ¡Eso desafía toda lógica! ¿Dónde está la diversión en eso?

Briony insiste con una mezcla de impaciencia y diversión:

—¡Vamos, Alexander! ¡Solo necesitas un poco de imaginación! Adele siempre dice que es importante.

La risa de Briony resuena en el recibidor, llenando el espacio con una alegría infantil contagiosa. Alexander, con una sonrisa resignada y una mirada juguetona hacia Balthair, se agacha para ponerse a la altura de Briony y comienza a moverse en un baile imaginario, siguiendo el ritmo que solo ellos pueden escuchar.

Mientras tanto, Balthair me toma de la mano, su agarre firme pero cariñoso.

—Es hora de prepararnos. Tenemos una cita importante esta noche —me dice con un tono serio, pero sus ojos reflejan un brillo de anticipación.

Me quedo pensativa por un momento, intrigada.

—¿Puedo saber al fin cuál es el propósito de nuestro viaje a Londres? —pregunto con curiosidad.

Balthair sonríe, una sonrisa que promete misterios y aventuras.

—Paciencia, Adele. Todo a su tiempo. Esta noche desvelaré el motivo de nuestra visita.



En la tenue luz del carruaje, observo a Balthair mientras me tiende un antifaz. Él ya lleva el suyo puesto, transformando su expresión en algo enigmático y profundo. Sus ojos grises, ahora parcialmente ocultos, brillan como rendijas de luz fría y luminosa.

Balthair, imponente en su traje negro, complementa a la perfección el misterio que evoca con esa máscara. La chaqueta bien cortada acentúa su porte y su fuerza, mientras que la camisa blanca resalta contra la oscuridad de su traje, creando un contraste que enfatiza su presencia.

Ajusto el mío de seda plateada sobre mi rostro, su tacto es firme pero delicado y parece que su elección no está hecha al azar porque conjunta perfectamente con mi vestido lujoso elegido por Balthair para esta ocasión.

—Pareces uno de los personajes de mis novelas —le digo con una sonrisa, intentando aliviar mi nerviosismo.

Balthair sonríe de forma sutil.

—Siempre que el personaje sea digno de tu atención...

Me acerco y le doy un beso suave, mis dedos recorriendo la tela de su chaqueta.

—Creo que acabas de inventar una nueva forma de coqueteo: “el flirteo enmascarado” y confieso que me resulta irresistible —le digo con otro beso.

Él tira de mis brazos y me sienta sobre sus muslos. Aprovecho para lanzar los míos a su cuello.

Balthair se ríe antes de que su expresión se torne más seria.

—Estamos a punto de entrar en un mundo que es tanto fascinante como peligroso, Adele. Mantén tus ojos y oídos abiertos.

—Siempre lo hago —le respondo.

El carruaje se detiene y Balthair se baja primero de un salto, extendiendo su mano después para ayudarme a descender.

El lugar en el que nos encontramos parece apartado de las calles principales de Londres, un

rincón oculto donde la opulencia y el misterio se entrelazan. A nuestro alrededor, otros carruajes lujosos están estacionados, cada uno con sus propios secretos.

Caminamos hacia un edificio oscuro y poco atractivo.

Nos detenemos frente a la puerta roja, cuyo aspecto desgastado contrasta con la elegancia de nuestro atuendo. Balthair golpea con decisión. Pronto, una pequeña ventana se abre en la puerta, revelando unos ojos curiosos que nos examinan detenidamente.

—¿Cuál es la melodía que silban los gatos bajo la luna llena? —pregunta la voz desde detrás de la puerta, su tono sugiriendo que es una contraseña poco común.

Sin vacilar, Balthair responde con una sonrisa apenas perceptible en sus labios.

—El eco de sus fantasías —dice, su voz baja y segura.

La ventana se cierra y, tras un breve momento de silencio, la puerta se abre lentamente, invitándonos a entrar en un mundo de misterios y transacciones ocultas.

Al adentrarnos en el edificio, Balthair aprieta mi mano con firmeza.

—No te apartes de mí —me advierte con un tono que revela su preocupación protectora.

El interior del lugar es un sorprendente contraste con la sencillez de su fachada. Nos encontramos en un antiguo anfiteatro, cuya arquitectura descarnada y ausencia de adornos le confieren un aire de crudeza y misterio. Las paredes son de piedra desnuda y los asientos, dispuestos en círculo alrededor de un centro vacío, están desgastados por el tiempo.

A medida que avanzamos por el pasillo circular, nos cruzamos con otras personas, todas ocultas tras máscaras variadas y enigmáticas. Algunas de ellas son sencillas, otras son verdaderas obras de arte, pero todas ocultan la identidad de sus portadores. En este lugar, la norma no escrita parece ser la de ignorar al prójimo, cada cual sumido en su propio mundo de secretos y silencios.

El ambiente está cargado de una tensión palpable, una mezcla de expectación y cautela. A pesar de la falta de lujo y adornos, el lugar emana una sensación de importancia, como si las paredes guardaran historias de innumerables acuerdos y conspiraciones. Balthair me conduce con confianza a través de la multitud, su presencia una garantía de seguridad en este laberinto de misterios.

Mientras Balthair y yo ascendemos hacia un palco en el piso superior, un hombre nos interrumpe, con claridad sorprendido al reconocernos.

—¿Señorita Harwood? —exclama, olvidando por un momento las reglas no escritas del lugar.

Balthair frunce el ceño, visiblemente molesto.

—¿Acaso no sabe que aquí no se mencionan nombres? —reprende con severidad.

—Oh, lo siento, Sir Chisholm —se disculpa el hombre volviendo a cometer el mismo desliz—. Ha sido la sorpresa de encontrarme a tan bella señorita en este lugar. Es la última persona con quién pensaba tropezar en este lugar.

El hombre se levanta ligeramente el antifaz, y reconozco al instante a George Brummel.

—Señor Brummel, debí reconocerle por esa corbata impecable —digo, devolviéndole la sonrisa con una ligera broma.

Brummel, con su encanto habitual, responde coqueteando.

—Me alegra y me satisface verla bien, señorita Harwood. Después de todo, tuve un pequeño papel en alertar a Sir Chisholm sobre su situación.

—Así es —confirmo—, y estoy profundamente agradecida por ello.

George Brummel mantiene su tono galante y un tanto provocador al dirigirse a Balthair.

—Deben salir antes del final, les aseguro que lo que ocurrirá no será agradable —advierte con seriedad inusual en él.

Balthair, con una mirada escéptica, responde:

—Y, sin embargo, parece que ese es precisamente el motivo de su presencia aquí, Brummel. Él con una sonrisa irónica y un brillo en sus ojos, replica:

—No soy tan puro como usted, Sir Chisholm. Me temo que por mis venas corre la sangre de Caín.

Después observa nuestras manos entrelazadas con una mirada astuta.

—Veo que... están muy unidos —comenta con curiosidad.

—Estamos prometidos —aclarar Balthair con rapidez, marcando su territorio.

La sorpresa de Brummel es evidente en su expresión.

—Oh, Dios mío, ¿lo sabe él?

Antes de que Balthair pueda responder, el sonido de la campana nos recuerda que la subasta está a punto de comenzar. Con un gesto de cabeza, Balthair nos guía hacia nuestro palco, dejando atrás la enigmática presencia de Brummel. A pesar de sus palabras, una sensación de inquietud se instala en mí, preguntándome qué es lo que realmente nos espera en este lugar.

Una vez asentados en el palco, mi curiosidad me lleva a explorar el ambiente con la mirada. Está lleno de personas, todas vestidas con sus mejores galas, lo que deja claro que aquí se reúne la alta aristocracia y los más acaudalados de la sociedad, todos ocultos tras máscaras.

Mi atención se centra en un palco cercano, donde una mujer destaca entre los demás. No es especialmente joven, pero hay algo en su porte y sus gestos calculados que irradia un atractivo innegable. Su vestimenta, elegante y de un gusto exquisito, sugiere que se trata de alguien de gran importancia. Dos lacayos, vestidos con igual elegancia, permanecen de pie detrás de ella, en una actitud de vigilancia y respeto.

Por un momento, me pregunto si podría tratarse de la reina Carlota. Es bien sabido que, dada la frecuente locura de su esposo, el rey Jorge III, ella busca distracciones que alivien su pesar diario. Pero con rapidez descarto la idea. Sería demasiado escandaloso que la reina se encontrara en un lugar como este.

Mi mirada se desplaza entonces hacia el otro palco, donde un caballero llama mi atención. Su máscara, en forma de pájaro, recuerda las utilizadas durante la peste en la época medieval. Se mantiene inmóvil y concentrado en el escenario, sin desviar la mirada ni un segundo. Hay algo en su postura y en la tensión de sus hombros que sugiere una determinación y un propósito.

El hombre que se para en el centro del escenario irradia un carisma teatral, su vestimenta es una explosión de colores y texturas, digna de un personaje sacado de una novela de aventuras. Con una sonrisa pícaro y una voz que resuena con confianza, comienza su discurso:

—Señoras y señores de distinguida procedencia y gustos exquisitos, bienvenidos a una noche donde lo imposible se vuelve alcanzable, donde los sueños más audaces toman forma. Esta noche, les presento una colección de objetos de valor incalculable, cada uno con una historia tan fascinante como su precio.

Desde coronas que han adornado las cabezas de reyes y reinas, arrancadas con astucia de sus regios cabellos, hasta delicias del mundo que satisfarán sus deseos más ocultos y exquisitos... Aquí, nada es tabú, todo es un deleite para los sentidos.

Pero eso no es todo. Les traigo también lo prohibido, lo inalcanzable, lo que les han dicho que nunca podría ser suyo. Tengan la seguridad de que esta noche, esos límites se desvanecen. Todo lo que siempre han codiciado, lo que han deseado en las sombras, está ahora al alcance de su mano... si su bolsillo es lo suficientemente profundo.

Así que, prepárense para una noche de maravillas y extravagancia, donde el lujo y el misterio se entrelazan. Aflojen esos bolsillos, queridos invitados, y dejen que sus deseos más

salvajes y sus caprichos más originales se hagan realidad.

El hombre hace una reverencia dramática, su sonrisa amplia y astuta, mientras una mezcla de emoción y expectación se propaga por la sala. El ambiente se carga con una energía eléctrica, un presagio de lo que está por venir.

Mientras observo la escena, una mezcla de curiosidad y sorpresa se apodera de mí. La idea de una subasta no era lo que esperaba, y mucho menos una de naturaleza tan clandestina.

—¿Una subasta? —pregunto, aún asimilando el discurso.

—Sí, Adele. Pero no una subasta cualquiera —explica Balthair—. Aquí se venden objetos robados, prohibidos o del mercado negro.

Sorprendida, no puedo evitar preguntar:

—¿Y qué nos trae a un lugar como este, Balthair el puro?

—Lo descubrirás pronto —responde con una sonrisa enigmática.

A medida que avanza la subasta, una serie de objetos extravagantes y raros desfilan por el escenario, cada uno con su propia aura de misterio y prohibición.

Un conjunto de joyas de la corte de Versalles elaboradas, con diamantes y rubíes que destellan con cada movimiento. Según el subastador, fueron sustraídas durante la Revolución Francesa.

Un manuscrito inédito de un famoso poeta romántico que contiene versos tan escandalosos que podrían arruinar la reputación del autor.

Una pintura renacentista presuntamente robada de un museo privado con una escena mitológica llena de simbolismo y misticismo.

Y hasta un esqueleto de un animal mítico. Algo parecido a un unicornio, con un cuerno largo y retorcido que el subastador sugiere que podría ser un hallazgo arqueológico.

La expectación en la sala crece con cada artículo presentado. La emoción y el misterio se entrelazan en el aire, mientras las ofertas se suceden, impulsadas por el deseo y la competencia.

Me vuelvo hacia Balthair, curiosa, preguntando con un toque de sarcasmo:

—¿Me has traído aquí por algún libro escandaloso, Balthair?

—No exactamente —responde él, guardando silencio sobre el verdadero propósito de nuestra visita. Su expresión es seria, pero sus ojos destellan con un brillo de anticipación por lo que está por venir.

La revelación me golpea como una ola inesperada. Allí, en el centro del escenario, bajo las luces que realzan su brillo, veo mi anillo. No hay duda al respecto; reconozco su diseño único, las líneas grabadas que alguna vez recorrí con mis dedos.

—Es mi anillo —le digo a Balthair con una voz apenas audible.

El subastador comienza a narrar la historia del anillo con un tono teatral y envolvente. Describe cómo se trata de una pieza egipcia de valor incalculable, codiciada por muchos. Según cuenta, es más que una simple joya: se rumorea que es la llave a un tesoro oculto en la misma pirámide de Keops. El anillo, que alguna vez estuvo en posesión de Napoleón, fue arrebatado en un acto de traición y engaño, pasando de mano en mano hasta llegar a esta subasta. La historia se torna aún más trágica al revelar cómo fue arrancado de las manos de una joven enamorada que lo consideraba su amuleto de la suerte, utilizado para saldar una deuda impagable.

La sala cae en un murmullo de asombro y codicia. Siento un revuelo en mi estómago al escuchar la historia, una mezcla de indignación y tristeza por la forma en que mi anillo, cargado de tantos recuerdos y significado personal, ha sido reducido a un mero objeto de deseo para los ricos y poderosos.

Balthair aprieta mi mano, un gesto que me ofrece algo de consuelo en medio del torbellino

de emociones que me embarga. Miro hacia el escenario, hacia mi anillo, sintiendo una conexión profunda con esa pequeña pieza de mi pasado que ahora se encuentra tan lejos de mi alcance.

—Vamos a recuperarlo, Adele.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Llevo mucho tiempo siguiéndole la pista—me responde escuetamente.

Sin embargo, no me hace falta mucha más información para darme cuenta de que ahí detrás hay una historia de mucho esfuerzo y búsqueda para encontrarlo.

—Pero, Balthair... —comienzo, la voz temblorosa por la emoción—, esto... todo este esfuerzo por mí...

Él me mira directamente a los ojos, su expresión seria y decidida.

—Primero lo conseguimos, Adele. Luego, hablamos.

Su tono es pragmático, pero se mezcla con una cautela que entiendo a la perfección. A pesar de su confianza, no quiere darme falsas esperanzas hasta que el anillo esté de nuevo en mis manos.

Balthair se inclina hacia delante, sus ojos fijos en el escenario, listo para entrar en acción.

El subastador inicia con una puja alta. Algunas manos se levantan, señalando su interés. Miro a Balthair, quien permanece inmóvil, observando.

—¿No vas a pujar? —le susurro, ansiosa.

—Espera —me dice con calma—, hay que saber cuándo entrar.

La subasta se intensifica. El caballero del palco adjunto, oculto tras su antifaz de pájaro, parece particularmente interesado y sube la oferta de manera significativa. Algo en su presencia me resulta familiar, pero no puedo ubicarlo.

Finalmente, Balthair levanta la mano, entrando en la puja. Su primera oferta es firme y decidida, superando la del misterioso caballero. Me agarro a su brazo, sintiendo una mezcla de esperanza y nerviosismo.

—Es mucho dinero, Balthair —murmuro.

—Da igual —responde él, su voz firme—. Es tuyo, y lo vamos a recuperar.

La puja se convierte en un duelo silencioso entre Balthair y el hombre del antifaz de pájaro. Cada oferta aumenta la tensión en el aire, pero Balthair no muestra signos de ceder. Sin embargo, puedo notar la preocupación en su mirada; es consciente del valor que el anillo tiene para mí, más allá de su precio material.

En un momento de silencio, me quito el antifaz y me acerco al borde del palco, buscando una mejor vista del caballero que compite con Balthair. Nuestros ojos se encuentran y, en un instante, reconozco esos rasgos, esa mirada.

—¡Adele! —exclama el caballero. La sorpresa en su voz es innegable.

Mis ojos se abren de par en par, mientras las piezas del rompecabezas comienzan a encajar. La manera en que inclina la cabeza, la forma de sus labios al pronunciar mi nombre... No puede ser, pero es imposible negarlo: es Oliver Ashford, vivo y presente.

Antes de que pueda procesar por completo el shock, siento cómo el mundo gira a mi alrededor y la oscuridad me envuelve. Me desmayo, abrumada por la emoción y la sorpresa de la revelación.



Capítulo 34

En la penumbra del cuarto, despierto sobre un diván. Aunque mis ojos luchan por enfocar, mis oídos captan con claridad dos voces conocidas en una tensa conversación.

—Te vi muerto, Oliver. ¿Cómo puedes esperar que acepte esto sin más? —la voz de Balthair resuena con incredulidad.

—No era yo, era uno de ellos. Le puse mi ropa y alteré su rostro un poco, lo desfiguré. Tenía que desaparecer, esos hombres me habrían asesinado si no pagaba lo que debía —responde una voz que reconozco como la de Oliver, llena de un tono defensivo.

—Dejaste a Adele sola, expuesta a todo tipo de peligros. ¿Y qué hay de tu familia? —la frustración de Balthair es palpable.

—Mi familia sabe que estoy vivo. He vuelto, Balthair. ¿Acaso no te alegras? —El tono de Oliver es de reproche.

—Tus acciones fueron temerarias, ¿no lo ves? Causaste un dolor innecesario a todos... —Balthair suena exasperado.

—Me redimiré. Viajé a las colonias caribeñas y allí... Bueno, recuperé mi fortuna. Necesito ese anillo para devolvérselo a Adele. Tú... tú hiciste una oferta final escandalosa por él. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Solo para impedir que yo lo consiguiera? Dámelo, Balthair. Es lo único que puede hacer que me perdone. —La voz de Oliver lleva un tono de súplica.

—Recuperar a Adele con un anillo... ¿Realmente crees que eso basta? Desapareciste, provocaste un escándalo, y ahora... ¿esperas retomar todo como si nada? —Balthair cuestiona con severidad.

—Ya he arreglado el asunto de las joyas de mi hermana. Ella retiró los cargos. ¿No lo sabías? Recuperaré todo lo que perdí —dice Oliver con una confianza que raya en la obstinación.

—Adele y yo estamos comprometidos ahora. —La declaración de Balthair es firme,

inequívoca.

—¿Comprometidos? ¿Es esto algún tipo de broma macabra? Apenas ha pasado un año desde mi... «muerte» y ya tratas de tomar mi lugar. Pensé que eras mi amigo. —La voz de Oliver es un mezcla de incredulidad y acusación.

—¡Tuve que rescatarla de un calabozo! Renuncié a mi cargo en el Parlamento para asumir su custodia. Le di un hogar y un propósito cuando el mundo entero la rechazaba —Balthair habla con una mezcla de ira y dolor.

—Entiendo que has estado a su lado y te lo agradezco. Sin embargo, Adele me ama a mí. Tal vez esté agradecida contigo, pero soy yo quien ocupa su corazón —insiste Oliver, con un tono que busca aferrarse a una verdad que teme perder.

—No te hagas ilusiones. Lo que Adele y yo compartimos va mucho más allá de la simple gratitud. No puedes simplemente reaparecer y pretender que nada ha cambiado. —La voz de Balthair es un reflejo de su convicción firme.

—Adele es mi prometida. ¿No comprendes? He regresado por ella. —Oliver suena desesperado.

—No, no sabes nada de lo que hemos vivido juntos. No tienes ni idea de lo que Adele significa para mí —responde Balthair, su tono denotando una mezcla de frustración y desafío.

—¿Y tú crees que puedes hacerla feliz? ¿Tú, que no conoces el amor más allá de tus deberes y responsabilidades? —Oliver contraataca, con claridad herido y buscando herir a su vez.

—Adele no es solo un deber para mí, es... ella es todo. —La voz de Balthair se quiebra ligeramente, revelando una vulnerabilidad que rara vez muestra.

—No lo entiendes. Adele y yo... lo nuestro era especial. Tú solo estás aquí porque yo no pude estarlo —insiste, Oliver, su voz cargada de un dolor profundo y un anhelo irrefrenable.

Me levanto, aún con la cabeza dando vueltas. Necesito salir de allí. Me acerco a Balthair y, con una voz que apenas reconozco como la mía, le pido que me lleve a casa. Oliver intenta hablar conmigo, pero no puedo enfrentarlo ahora. Solo logro decirle,

—Me alegra que estés bien, Oliver. —Antes de dejarme llevar por Balthair.

Oliver da un paso hacia mí, su rostro lleno de una confusión que refleja la mía.

—Adele, por favor, necesitamos hablar —suplica, extendiendo su mano en un gesto de desesperación.

Pero antes de que pueda alcanzarme, Balthair interviene. Con una firmeza protectora, me toma en sus brazos, alejándome de Oliver.

—Dale tiempo. Debe procesar todo esto —le dice con una voz que transmite una calma forzada.

Rodeo el cuello de Balthair con mis brazos y entierro mi cara en su pecho. Es tan sólido, tan inquebrantable, tan seguro.

Mientras nos alejamos, mi mirada se desliza hacia el anfiteatro, donde presencio una escena surrealista. Un hombre por completo desnudo es exhibido como si fuera un objeto, un mero juguete para el placer de los postores. Detrás de él, una joven espera su turno, su destino incierto.

—¿Balthair, qué está pasando ahí? —Mi voz es apenas un susurro, ahogada por el horror y la incredulidad.

Él aprieta su agarre, como si intentara protegerme de la crudeza de la realidad.

—Son personas que sacan de las prisiones o de las calles. Les prometen comida y dinero, pero... se convierten en esclavos a merced de las fantasías de sus dueños. —Su voz se torna más dura—. Avisaré a las autoridades para que detengan esta atrocidad.

—¿Yo... podría haber acabado como ellos? —La pregunta se escapa de mis labios antes de que pueda contenerla.

La respuesta de Balthair es inmediata y firme.

—Nunca lo permitiría, Adele. Nunca.



El viaje de regreso a casa transcurre en un silencio denso, cargado de pensamientos no pronunciados y emociones contenidas. Me siento sumida en una maraña de recuerdos y preguntas sin respuesta, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para describir el torbellino que agita mi interior.

Balthair, siempre atento y perceptivo, no intenta forzar una conversación. Su presencia silenciosa a mi lado es un bálsamo en medio de la confusión que me rodea. Siento su respeto por mi necesidad de espacio, su comprensión tácita de que hay momentos en los que las palabras son insuficientes.

Una vez en la seguridad y privacidad de nuestra casa, Balthair se acerca a mí con algo entre sus manos. Es el anillo egipcio, ahora recuperado. Lo toma delicadamente y lo desliza en mi dedo con un cuidado reverencial.

La sensación del anillo en mi mano, un objeto que creí perdido para siempre, desata en mí una cascada de emociones. Las lágrimas empiezan a fluir, liberando la tensión y la angustia acumuladas. Es un llanto de alivio, de gratitud, de amor y, en cierto modo, de duelo por todo lo que ha sido y lo que pudo haber sido.

Balthair me rodea con sus brazos, ofreciendo un refugio silencioso para mi desconsuelo. Su abrazo es firme y reconfortante, un anclaje en la tempestad emocional que me sacude.

En ese momento, más que nunca, comprendo la profundidad del vínculo que nos une, un lazo forjado en la adversidad y fortalecido por la comprensión y el afecto mutuo.

—Balthair... —Mi voz es un susurro roto—, ...no sé cómo agradecerte. Este anillo... significa tanto para mí.

Él me mira, sus ojos grises y profundos, un destello de algo que no puedo descifrar.

—No fue nada, Adele. Era lo correcto.

Mi respuesta es directa, un reflejo de la confusión y la sorpresa que aún siento.

—¿Lo correcto? Balthair, has ido a una subasta ilegal, has gastado una fortuna... ¿Por qué? ¿Por qué arriesgarte tanto por un anillo?

—No es solo un anillo, Adele. Es parte de tu historia, de quién eres. Y eso... eso es importante para mí. No necesitas agradecerme —responde con suavidad—. Hacer esto por ti... es lo que más sentido tiene en mi vida.

Hay un silencio entre nosotros, lleno de palabras no dichas y emociones contenidas.

—No sé qué decir, Balthair. Es... es más de lo que esperaba.

—No digas nada —responde con una voz que es casi un susurro—. Solo... recuérdalo.

Asiento, aún procesando todo. El anillo en mi mano ya no es solo una parte de mi pasado, sino un símbolo de algo más, que representa un gesto indescriptible de un hombre que, a pesar de su aparente dureza y su naturaleza reservada, ha demostrado una consideración que desafía toda mi comprensión previa de él.

—Es tarde. Ve a dormir, Adele —sugiere Balthair con una voz cansada.

Lo miro, notando el peso del día reflejado en su expresión.

—¿Y tú? —pregunto.

—Me quedaré un rato en el despacho. Necesito un whisky —responde, su tono revelando más de lo que pretende.

—No dejaré que bebas solo —afirmo con determinación—. Yo también necesito un whisky. Más que dormir.

Balthair me observa, su habitual compostura teñida de una tristeza sutil. Una sonrisa leve, triste y tierna asoma en su rostro, un gesto que revela la complejidad de sus emociones.

En ese momento, lo veo derrotado. No es la imagen del hombre decidido que conozco; es un Balthair más humano, tocado por la vacilación y el conflicto.

—Balthair... —empiezo, buscando las palabras adecuadas para expresar todo lo que se agolpa en mi mente.

Él me interrumpe con suavidad, levantando una mano.

—No, Adele. No digas nada aún —dice con voz baja, pero firme. En sus ojos, veo un mar de emociones: preocupación, cuidado, tal vez incluso miedo.

Me quedo en silencio, respetando su petición. Hay tanto que quisiera decir, tantas preguntas que necesitan respuestas, pero entiendo que este no es el momento. Balthair precisa tiempo, al igual que yo, para procesar todo lo que ha sucedido.

Nos sentamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, pero la presencia del otro brinda un consuelo sutil que las palabras no podrían ofrecer.



La oscuridad de la noche se ve interrumpida por la llegada inesperada de Oliver Ashford, cuya figura se tambalea visiblemente en el umbral de la puerta cuando Balthair la abre, destilando alcohol y desesperación. Su voz, ronca y desordenada, resuena con una demanda clara y perturbadora.

—¡Quiero ver a Adele! —exige, su tono agresivo atravesando la tranquilidad de la casa—. ¡Balthair, quítate de en medio!

Balthair, con una calma imperturbable, se enfrenta a la figura tambaleante de Oliver. Su postura es la de un guardián, firme y resuelto.

—No la verás en este estado, Oliver.

La risa amarga de Oliver es casi dolorosa de escuchar para mí desde el despacho donde observo todo desde la puerta.

—Ella me conoce así. Me acepta tal como soy —dice, tratando de convencerse a sí mismo más que a Balthair—. Tú no tienes lugar en nuestra historia. Es un relato épico de amor, destinado a ser contado en los libros. Adele lo escribirá. ¿No sabías que ella escribe? Claro que no lo sabías. Esos son secretos que solo se comparten entre amantes.

Balthair escucha, su semblante sereno pero cargado de una emoción contenida.

—No permitiré que la perturbes en tu estado actual.

Desde mi escondite, observo cómo Oliver, con pasos tambaleantes, intenta empujar a Balthair. Pero frente a la inquebrantable firmeza de él, Oliver parece poco más que una sombra en la noche, incapaz de igualar la fuerza física y la resolución del Laird. Con un último esfuerzo inútil, Oliver se rinde y se aleja, murmurando palabras borrosas y acusaciones sin peso.

Cuando Oliver desaparece en la oscuridad, Balthair se queda solo, sumido en sus pensamientos. Puedo ver en su postura la carga de sus reflexiones, la comprensión de que las

verdaderas batallas no se ganan con la fuerza, sino con algo mucho más profundo y complejo.

En su silencio, siento su lucha. Balthair no es un hombre de declaraciones grandilocuentes ni de gestos teatrales; su afecto, si es que puede llamarse así, se manifiesta en la constancia, en su presencia inquebrantable a mi lado, en la forma en que me mira cuando cree que no lo veo. Es un guerrero de un tipo diferente, armado con una comprensión que Oliver parece haber perdido en su propio laberinto de desesperación y orgullo.

Y ahí, en la quietud de esa noche, en medio de la tensión y el desasosiego, algo en mí se aferra a la esperanza, a la promesa implícita en la postura erguida y la mirada firme de Balthair, una presencia sólida y tranquilizadora que me ancla a la realidad y me promete un futuro que siento que quiero explorar a su lado.

Balthair me mira entonces, y en sus ojos veo una vulnerabilidad que contradice la fortaleza de su estatura. Se acerca, su movimiento medido, respetando un espacio entre nosotros que parece más un abismo emocional que una mera distancia física.

—No he sido del todo honesto contigo. Y no entiendo por qué o tal vez sí, sentía que debía ocultarlo... para protegernos a ambos. —Su voz, usualmente firme y autoritaria, ahora fluye con una suavidad y una sinceridad que perfora directamente mi corazón—. Pero debes saber. Cuando te hablé sobre el amor, quizás pensaste que mis palabras eran meras generalidades o reflexiones de un corazón que había pertenecido a otra, pero la verdad es que cuando te dije que sí creía en él, incluso cuando hablé con Oliver de una obsesión infundada por una mujer... me refería a ti, siempre has sido tú, Adele. Desde esa primera noche, cuando sin vacilar extendiste tu mano hacia mí, llevándome a través de la oscuridad para curar mis heridas, supe que había encontrado a alguien especial. Nunca en mi vida había conocido a alguien como tú.

Su confesión, cargada de una pasión reprimida y una honestidad cruda, me sacude hasta el núcleo.

Balthair, el hombre que creí moldeado solo de deber y fortaleza, se revela ante mí en toda su complejidad humana. La idea de que haya albergado tales sentimientos por mí, en secreto, mientras yo navegaba mis propias tormentas emocionales, me llena de una mezcla de asombro y un dulce dolor.

Balthair continúa, su voz cargada de emoción.

—Te busqué como un hombre desesperado —prosigue—, como alguien a quien le hacías falta para que su corazón volviera a latir... Quizás no lo supe entonces, pero lo sé ahora: no puedo... no puedo amar a nadie más que a ti, Adele. Eres mi condena y mi salvación.

Siento un nudo en la garganta, sus palabras abren compuertas que había cerrado con firmeza.

—Sé que tal vez no me elijas, que tu corazón todavía le pertenece a él —dice Balthair, su voz teñida de resignación—. Y lo respetaré. Pero debes saber que si te vas, me dejarás incompleto. Me arrancarás el corazón y el alma cuando lo hagas.

Sus ojos buscan los míos, una tormenta de emociones chocando entre sí.

Mis palabras luchan por salir. En su mirada veo un hombre que se ha desnudado emocionalmente ante mí, un hombre dispuesto a arriesgarlo todo.

—Tú nunca hubieras hecho algo como lo que hizo Oliver, ¿verdad, Balthair? Siempre antepones el bienestar de los demás sobre el tuyo. He tenido la suerte de caer en tu órbita y pertenecer a ese grupo de privilegiados que cuidas y proteges —comienzo a decir.

—Tú no eres una más, Adele. Lo que he hecho por ti, lo he hecho porque te amo. Absolutamente todo.

Asiento, mi corazón lleno de gratitud y un nuevo entendimiento.

—Y por eso te doy las gracias. Eres el mejor hombre que he conocido, pero...

—Ah, «el pero» —me interrumpe él con un sarcasmo que apenas puede ocultar la herida que le infringe esa simple palabra.

—Balthair —susurro, mi voz apenas audible—, no hay peros, no entiendes... lo que trato de decir es que no es cuestión de elegir entre tú y él. Es cuestión de reconocer lo que ya existe en mi corazón.

Mis palabras fluyen con una claridad que me sorprende.

—Tus acciones, tus gestos... han significado más para mí que cualquier palabra romántica. Es posible que me sintiera un poco deslumbrada por Oliver, halagada incluso, y que tocara mi corazón con su encanto. Pero has sido tú quien ha tocado mi alma. Has sido tú quien me ha enseñado lo que significa ser amada de verdad, con una pasión y un respeto que nunca imaginé posible. Has sido tú quien ha iluminado mi mundo, no solo como un hombre preocupado por mí, sino como alguien cuyo amor y dedicación trascienden cualquier cosa que haya conocido antes.

Balthair se acerca más.

—Lo que siento por ti es por completo diferente a lo que sentí por Oliver. Es más profundo, más real. Es algo que he ido descubriendo poco a poco, en cada momento compartido, en cada mirada, en cada toque. No sé qué pasará con Oliver o cómo procesaré su regreso. Pero sé esto: lo que he vivido y sentido contigo... no se compara con nada anterior. Ahora mismo, lo único que siento por Oliver es resentimiento.

—¿Y cuando lo hayas perdonado?

—Dormiré mejor, pero será a tu lado, Balthair.

Él me mira, su expresión un reflejo de sus sentimientos, una mezcla de sorpresa y esperanza.

—¿Estás diciendo...?

Asiento, mi corazón latiendo con fuerza.

—Sí, Balthair. Es contigo con quien quiero estar. Tú has encendido algo en mí que no sabía que existía. No es solo gratitud o admiración. Es amor, Balthair. Te amo.

Él me mira, su expresión llena de una intensidad que nunca antes había visto en él. Se acerca lentamente, como si temiera que mi confesión fuera un espejismo que pudiera desvanecerse al menor contacto.

La habitación parece detenerse en el tiempo cuando Balthair se acerca a mí, sus ojos reflejando una mezcla de incredulidad y esperanza. Con una delicadeza sorprendente, toma mi rostro entre sus manos, sus dedos cálidos contra mi piel. Nuestras frentes se juntan con suavidad y cerramos los ojos, compartiendo un momento de conexión intensa y silenciosa.

Mis labios se encuentran con los de Balthair en un beso que con rapidez se despoja de cualquier suavidad inicial. Es un beso hambriento, exigente, que reclama y concede a la vez. Nuestras bocas se abren en un intercambio feroz y apasionado, nuestras lenguas chocando en una danza salvaje y desinhibida.

Puedo sentir cada aliento, cada suspiro de Balthair como si fueran míos. Su sabor, una mezcla embriagadora de whisky y pura masculinidad, se adentra en mí, avivando un fuego que solo crece con él.

Cada mordisco suave, cada tirón en mis labios es una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo, desatando un deseo voraz.

La intensidad del beso se incrementa, los mordiscos se vuelven más profundos, más atrevidos. Siento los labios de Balthair explorar los míos, reclamando cada centímetro, cada rincón, como si quisiera memorizar cada curva y textura. Sus manos se aferran a mi cara,

manteniendo un control preciso sobre cada movimiento, cada roce.

Este beso no es solo una unión de bocas; es una confrontación de deseos, una lucha por el dominio donde ambos queremos ganar y perder al mismo tiempo. Es crudo, es real, es visceral. Un choque de almas que se reconocen y reclaman en la tormenta de sensaciones que nos envuelve.

Balthair toma, devora, pero también cede y acepta, en un equilibrio perfecto que me deja temblando y anhelante. En este beso, no hay lugar para la dulzura ni la delicadeza; es puro deseo, pasión sin filtros, un reclamo primario que nos consume a ambos por completo.

Con una urgencia que raya en la desesperación, Balthair me empuja contra la pared, sus manos ávidas levantando mis faldas en un frenesí de ansias y necesidad. Cada movimiento es un reflejo de su deseo implacable, un deseo que se ha estado construyendo y conteniendo durante todo el trayecto a Londres.

Ayudo a deshacerme de mis pantaloncillos, la tela de lino cayendo al suelo en un susurro silencioso. Y entonces, con un gesto brusco y decidido, Balthair libera su miembro. Su necesidad de poseerme es palpable, casi tangible en el aire que nos rodea.

Sin preámbulos, me levanta una pierna, colocándola sobre su cintura, y en un movimiento que es tanto una afirmación de posesión como un acto de pura pasión, me penetra de una sola estocada. La violencia de la acción es un eco de su deseo voraz, una necesidad visceral de reclamarme, de marcarme como suya en ese instante preciso y abrumador.

Cada embestida es una declaración, un reclamo que grita que soy de él, que nadie más puede provocar en mí esta tormenta de sensaciones, que nadie más puede despertar en él esta fiebre arrebatadora. Es una fusión de carne y deseo, un acto primario y crudo que borra todo lo demás, que nos sumerge en un mundo donde solo existimos él y yo, unidos en una danza de pasión y posesión.

Balthair me toma con una intensidad que bordea la desesperación, cada movimiento una afirmación de su deseo, cada empuje una promesa silenciosa de que no hay marcha atrás, de que lo que estamos compartiendo es un lazo que no se puede romper. En sus ojos, veo el reflejo de mi propia pasión, un espejo de la conexión profunda y visceral que nos une.

La sensación de Balthair dentro de mí es abrumadora, cada embestida una invasión de puro deseo que me consume por completo. Siento cómo su miembro, grueso y duro, se abre camino en mi interior, cada empuje una mezcla de dolor placentero y satisfacción profunda. El roce constante de él contra las sensibles paredes internas me arranca gemidos incontrolables, cada sonido un testimonio de la intensidad del placer que me está brindando.

La fuerza con la que me penetra es implacable, sin tregua ni pausa, llevándome a un límite que nunca había experimentado. Siento la cabeza de su sexo, dura y exigente, empujándose más y más adentro con cada avance, desafiando mi capacidad de recibirlo todo. Es como si con cada movimiento estuviera reclamando cada rincón de mi alma y mi cuerpo, dejando claro que soy por completo suya.

Con cada retirada, la sensación de pérdida es casi tan intensa como el placer de sentirlo volver a entrar. Es un ciclo constante de abandono y reencuentro que me lleva al borde de la cordura. La textura de él, su calor y su firmeza, todo contribuye a una tormenta de sensaciones que me envuelve, me domina, me somete a su voluntad.

La combinación de su fuerza y la profundidad con la que me alcanza, sin dejar espacio para el aliento o el descanso, es abrumadora. Me siento consumida por una necesidad que es tanto suya como mía, una necesidad que va más allá del cuerpo y toca el alma.

Mientras Balthair continúa con sus intensos movimientos, su aliento caliente y agitado, roza

mi oreja.

—¿Lo sientes, Adele? —murmura con voz ronca—. Cada pulgada de mí, reclamando cada parte de ti... cada suspiro, cada gemido. ¿Puedes sentir cómo nos pertenecemos el uno al otro?

—¡Balthair! —exclamo, mi voz quebrándose mientras una ola de placer me abrume.

Siento el orgasmo arrasándome, un torbellino de sensaciones que me hace temblar y perder el aliento. Mis uñas se clavan en su espalda, marcando mi propio territorio.

Casi al mismo tiempo, siento a Balthair tensarse, su cuerpo rígido y alcanzando su clímax con un gruñido profundo.

Y entonces, justo cuando creo que no puedo soportarlo más, otra ola de placer me envuelve de nuevo. Un grito ahogado escapa de mis labios al mismo tiempo que siento a Balthair liberarse dentro de mí.

Aún con él dentro de mí, siento su cuerpo relajarse poco a poco. De repente, rompe el silencio con una determinación inesperada.

—Adele, no esperaremos a volver a Escocia para casarnos —dice, su voz resonando con una certeza que me sorprende—. Nos casaremos aquí. Podríamos ir a Bath, visitar a tu abuela y organizar allí una pequeña ceremonia en una capilla. No necesito nada más, ¿y tú?

La idea me toma por sorpresa y no puedo evitar que una risa genuina de alegría escape de mis labios.

—Balthair, eso suena... increíblemente perfecto. Una ceremonia íntima en Bath, con mi abuela... Sería más significativo que cualquier gran celebración.

Él me regala esa sonrisa de medio lado que le da aspecto de canalla.

—Pero... tendré que hablar antes con Oliver.

Balthair, impulsado por un instinto protector y una emoción que no puede ocultar, responde con rapidez, casi sin pensar.

—No. —Su voz reflejando un deseo de mantenerla a salvo, lejos del dolor y la confusión que Oliver podría causarle.

Pero casi de inmediato, parece reprenderse a sí mismo por su reacción con un juramento bajo. Con un suspiro, su expresión se suaviza, y con una voz más calmada y resignada, dice:

—De acuerdo.

Me percató de que Balthair está lidiando con sus propios demonios internos, reflexionando sobre lo que debo hacer. Sus ojos me revelan un mar de emociones conflictivas, pero también una firme resolución.

—Adele, sé que necesitas enfrentarte a Oliver y a tus propios sentimientos —dice con voz serena, aunque veo la inquietud en sus ojos—. Es algo que tienes que hacer por ti misma. Lo sé, pero no le debes nada a él. Me preocupa lo que pueda suceder...

Me emociona la confianza que deposita en mí. Su amor se manifiesta en su respeto por mi autonomía y mis decisiones, por más difíciles que sean para ambos. Con un gesto de apoyo, me da el espacio que necesito para cerrar ese capítulo de mi vida, un acto de amor en su forma más pura y desinteresada. Y eso solo hace que lo ame más.



Capítulo 35

La invitación del príncipe regente llega, inesperadamente, un sobre de lujo que destaca entre el correo habitual y que con el sello real no podemos ignorar. Aunque a mí me inquieta, Balthair acepta con la seriedad de quien entiende la importancia política del evento.

—Es un baile —anuncia, deslizándolo entre sus dedos—. Y creo que es fundamental que vayas conmigo, como mi futura esposa.

Hay una firmeza en su voz que no deja espacio para el debate. A pesar de mis reservas.

—¿No crees que será... problemático? —pregunto, consciente de los murmullos y las miradas que aún me siguen.

Balthair me mira directamente, sus ojos grises reflejando una determinación inquebrantable.

—Nada que no podamos manejar. Es hora de que todos vean que no tenemos nada que esconder.

Prepararnos para el baile se convierte en una experiencia en sí misma. Balthair, siempre meticuloso, se asegura de que cada detalle esté perfecto. Para él, es más que una cuestión de apariencia; es un acto de jactancia, un mensaje al mundo de que estamos juntos, orgullosos y desafiantes.



A las puertas de la casa Harrington, el pasado y el presente se entrelazan de una manera extraña. Mientras Balthair desaparece tras la gran puerta de madera, me quedo en la calesa, con Briony a mi lado. La niña me observa con una mezcla de curiosidad y reserva.

—¿Eras la institutriz de las niñas de esta casa? —pregunta, su tono lleva una inocente pero evidente dosis de celos.

Asiento, sintiendo una ola de recuerdos inundarme.

—Sí, Briony. Durante un tiempo.

Ella frunce el ceño, mirando hacia la imponente fachada de la casa.

—¿Y te gustaban más que yo? —Su voz es pequeña, casi ahogada por la inseguridad.

Me inclino hacia ella, buscando sus ojos con los míos.

—Nadie podría ocupar tu lugar, Briony. Eres única para mí.

La puerta se abre de repente, interrumpiendo nuestra conversación. Dos figuras emergen, corriendo hacia la calesa con una energía incontenible. Son Charlotte y Amelia Harrington, quienes se lanzan a mis brazos con exclamaciones de alegría.

—¡Señorita Harwood! ¿Volverás a ser nuestra institutriz? —pregunta Amelia, sus ojos brillantes de emoción—. Nadie nos enseña como tú. Las demás son... simplemente espantosas.

—Un poco tarde para eso —les dice Balthair, apareciendo detrás de ellas con una sonrisa que no llega a ocultar su firmeza.

Briony, que ha estado observando en silencio, se inclina hacia delante.

—Va a ser mi madre —anuncia con una mezcla de orgullo y desafío—. Se va a casar con mi padre y nos iremos a Escocia.

Amelia y Charlotte parecían confundidas.

—¿A Escocia? —se queja Charlotte—. Eso suena a un secuestro. La llevarás a ese lugar tan oscuro y lejano...

Balthair se inclina un poco para estar a la altura de las niñas.

—Exacto. Yo soy el dragón que se llevará a la princesa a su territorio y se comerá a cualquiera que quiera impedirlo. Así que... ¿algún inconveniente?

Charlotte y Amelia intercambiaron una mirada, una mezcla de miedo e incredulidad en sus ojos.

—¿Un dragón? —repite Amelia con los ojos entrecerrados.

—Es solo una broma —intervengo con rapidez con una sonrisa—. Balthair no es un dragón. Es... bueno, es Balthair.

Él suelta una carcajada. Las niñas se quedan mirando a Balthair, luego a mí, y finalmente a Briony. Hay un aire de comprensión, aunque también de tristeza, en sus jóvenes rostros.

—¿Y nosotras qué haremos sin ti, señorita Harwood? —preguntó Charlotte, su voz, reflejando una genuina preocupación—. Promete que nos visitarás.

—Por supuesto —afirmo con una sonrisa.

—Aunque no esperéis que sea muy a menudo. Estará ocupada siendo mi madre —les advierte Briony.

Al apartarnos de las niñas Harrington y su hogar, una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Me siento aliviada de haber cerrado ese capítulo de mi vida de esa manera —reflexiono en voz alta—. Siempre tuve la sensación de que algo quedó pendiente tras nuestro último encuentro.

Balthair, al escuchar mis palabras, añade con una mirada pensativa:

—Espero que puedas hacer lo mismo con Oliver. Aunque tengo la impresión de que mi actitud adoptará la de Briony, restregándole que serás mi esposa. Y no creo que él lo tome tan bien como ellas.

Su comentario lleva un tono medio en serio, medio en broma, pero no puedo evitar sentir una mezcla de anticipación y nerviosismo al pensar en el inminente encuentro con Oliver.

—Eres un dragón, papá, ¿qué puedes temer?

La observación inocente de Briony despierta en mí una risa suave.

—Tienes razón, Briony —respondo, mirando a Balthair con una sonrisa cómplice—. ¿Qué podría temer un dragón?

—Incluso los dragones tienen su talón de Aquiles —dice con un tono de humor seco.

Balthair me extiende un fajo de cartas, y mis ojos se iluminan al reconocer la letra familiar.

—Sabía que estarían allí. Parece que tus hermanos no han dejado de escribirte —dice, con un tono de satisfacción.

Al tomar las cartas, siento una oleada de emociones. Cada sobre lleva el nombre de uno de mis hermanos: Nathaniel, Emily, Avery. Mis dedos acarician las letras con cuidado trazadas, cada una portadora de noticias y sentimientos que he estado anhelando conocer.

—Gracias, Balthair —digo, mi voz temblorosa por la emoción—. Esto... esto significa mucho para mí.

Con delicadeza, comienzo a abrir las cartas, cada una revelando una parte de mi pasado y mis raíces, recordándome quién soy y de dónde vengo. A través de sus palabras, mis hermanos vuelven a mi vida, llenándola de calor y recuerdos.

Briony, curiosa, se inclina hacia mí.

—¿Puedo oír lo que dicen? —pregunta con entusiasmo.

Sonrío, emocionada por compartir este momento con ella.

—Claro, Briony. Vamos a ver qué aventuras han vivido mis hermanos.

Emily escribe con su habitual preocupación fraterna, quejándose de la falta de mis cartas. Su tono refleja un claro descontento con su marido Jerry, a quien culpa por no recibir mis correspondencias. Sospecho que él tiene algo que ver con el silencio impuesto.

—No me sorprende —murmuro, sintiendo una punzada de frustración hacia Jerry.

Nathaniel, por su parte, menciona haber sido herido y su intención de regresar a casa, con nuestra abuela. La preocupación me inunda; su naturaleza aventurera siempre lo lleva a situaciones peligrosas.

—Tendré que avisarle a la abuela —pienso en voz alta.

Las cartas de Avery, en cambio, son un enigma. Sus palabras son escasas y evasivas, dejándome con más preguntas que respuestas. Habla de no preocuparme, pero el abrupto cese de sus cartas solo incrementa mi inquietud.

—¿Qué le estará pasando a Avery? —me pregunto, mordiéndome el labio.

Balthair, observando mi cambio de humor, aprieta con suavidad mi mano.

—Podemos investigar más sobre esto antes de volver a Escocia —me dice, ofreciendo su apoyo.

Asiento, agradecida por su presencia y comprensión.

—Lee esta de Nathaniel —me pide Briony.

«Querida, Adele:

Recientemente tuve un encuentro bastante inusual en el campo de batalla. Estábamos en una tensa espera, escondidos y preparados para atacar al enemigo. En esos momentos de silencio, uno no puede evitar reflexionar sobre la vida y sus extrañas vueltas.

De repente, un soldado francés, con claridad perdido y desorientado, tropezó en nuestro campamento. Lo sorprendente es que, en lugar de armas, ¡llevaba un saco lleno de baguettes! Sí, lo has leído bien: baguettes. Al parecer, había confundido su dirección mientras entregaba pan a sus compañeros.

En vez de un enfrentamiento violento, lo que siguió fue una especie de tregua no declarada.

Compartimos nuestras raciones con él a cambio de su pan. Por un breve momento, en medio de la guerra, tuvimos una tregua inesperada gracias al poder unificador de un buen pan francés.

Cuando finalmente se marchó, lo hizo con una escolta para asegurarnos de que regresara sano y salvo a su línea. Fue un recordatorio de que, a pesar de los conflictos y diferencias, hay momentos de humanidad que trascienden las barreras.

Espero no haber disparado contra él más tarde. Era un buen tipo».

Leo la última línea de la carta en voz alta, y no puedo evitar sentir tristeza.



Capítulo 36

Nos encontramos frente a la residencia del Príncipe Regente Jorge, Carlton House, donde se celebra el baile. Este imponente edificio, con su arquitectura opulenta y sus jardines meticulosamente cuidados, es el escenario perfecto para un evento de la alta sociedad.

Balthair, con su traje a medida, se ve más imponente que nunca. Su presencia comanda atención y respeto. Yo, por mi parte, llevo un vestido azul muy elegante que complementa el color de mis ojos, un detalle que él ha asegurado no pasar por alto al elegirlo.

—¿Lista para esto, Adele? —me pregunta, ofreciéndome su codo.

—Tan lista como uno puede estar —respondo, tomando su brazo. Siento una mezcla de excitación y nerviosismo ante la idea de enfrentar a la alta sociedad londinense.

A medida que entramos en Carlton House, nos sumergimos en un ambiente de exquisita elegancia. La música de la orquesta llena el aire, y la sala de baile, iluminada por candelabros brillantes, está repleta de los miembros más distinguidos de la sociedad.

Notamos varias miradas dirigidas hacia nosotros, algunas de curiosidad, otras de reconocimiento. Balthair, imperturbable, mantiene una expresión serena y confiada.

—Todo saldrá bien —me susurra, notando mi ligera tensión.

Nos movemos entre los invitados, saludando a conocidos de Balthair y a varios miembros de la aristocracia. Él me presenta con orgullo como su prometida. Cada introducción es un sello de aceptación en este círculo exclusivo de la aristocracia londinense. Mis respuestas son medidas, buscando equilibrar la formalidad con un toque de la personalidad que me caracteriza.

En un momento del baile, el Príncipe Regente se acerca. Su porte real y su carisma son inconfundibles y me pide un baile.

En medio del fulgor de la sala, el Príncipe Regente se acerca, su presencia es tan magnética como se dice. De estatura media y con un porte real que se impone sin esfuerzo, su rostro refleja

una mezcla de sofisticación y una leve travesura.

—Señorita Harwood, es un placer conocerla al fin —dice con una voz suave y autoritaria—. El señor Brummel ha insistido en que debía bailar con usted. Su historia es de lo más intrigante: una institutriz que capturó el corazón de un aristócrata, luego acusada y encarcelada, y finalmente salvada por un noble escocés... al que también ha robado el corazón. Dicen que es una seductora de hombres. ¿Qué hay de cierto en eso?

Mientras bailamos, siento la curiosidad y el escrutinio del Príncipe. Su pregunta, aunque formulada con elegancia, lleva un filo de provocación.

—Su Alteza, creo que las historias tienden a adornarse con el tiempo —respondo con una sonrisa discreta—. Lo que sí puedo asegurar es que la vida a veces escribe los guiones más inesperados.

Él ríe, apreciando la respuesta.

—Eso es indudable, señorita Harwood. La vida en la corte sería mucho menos entretenida sin tales giros del destino. Pero la entiendo. Yo mismo soy objeto de un buen número de chismorreos y exageraciones.

La danza continúa, y el Príncipe Regente me guía con una destreza que denota años de práctica.

—Imagino que es un precio que se paga por vivir bajo el foco de la atención pública —comento, manteniendo el tono ligero pero sincero—. Aunque, me atrevo a decir que algunas de esas exageraciones deben ser bastante entretenidas.

Él sonríe, una sonrisa que revela que está acostumbrado a lidiar con tales situaciones.

—Oh, sin duda. A veces, incluso yo me sorprendo de las historias que circulan sobre mí. Si creyera todo lo que se dice, dudaría de mi propia identidad. Creo que aún no me han adjudicado ninguna institutriz entre mi lista de amantes. Y cuento con una actriz, la mujer de un médico, una poetisa, un par de damas de honor... ¿Qué cree que se dirá si bailo con usted más de un baile, señorita Harwood?

—Creo que en ese caso, Su Alteza, la gente podría empezar a pensar que estoy añadiendo al “Príncipe Regente” a mi supuesta lista de conquistas —respondo con un toque de sarcasmo—. Y eso sin duda pondría en entredicho su impecable criterio, aunque aumentaría mi reputación como seductora de hombres de forma exponencial.

El Príncipe Regente sonríe ampliamente, con claridad entretenido por mi respuesta.

—Ah, entonces me consideraré advertido —dice con un guiño—. Claro que sobre su fama para seducir a los hombres, no puedo culparlos, señorita Harwood.

Su comentario me hace reír, una risa sincera que parece resonar incluso en este salón lleno de conversaciones susurradas y música suave.

—¿Qué dice, señorita Harwood? ¿Es valiente como para permitirme un baile más?

—Su Alteza, creo que un baile más con usted no sería más que un placer —respondo, manteniendo el tono ligero y juguetón—. Pero temo que si continúo acaparando su atención, Sir Chisholm podría empezar a cuestionar mi lealtad.

El Príncipe Regente sonríe, con claridad disfrutando de la interacción.

—Ah, la lealtad es un tema complicado, ¿no cree? En especial en la corte. Y sobre Sir Chisholm, no me cabe duda de que es un hombre de convicciones fuertes. Su renuncia al Parlamento fue un acto de lealtad hacia usted, un gesto bastante... caballeresco, diría yo. Se le echa de menos por allí. Era... muy vehemente en su deber y lo que consideraba justo.

Miro hacia Balthair de nuevo, encontrando su ojos fijos en nosotros. A pesar de su actitud imperturbable, hay una chispa de algo indefinible en ellos.

—Creo, Su Alteza, que Sir Chisholm es un hombre de muchas facetas. Y sí, su altruismo y sentido de la justicia son tan fuertes como su lealtad. Es una de las razones por las que... bueno, es una de las razones por las que estoy aquí con él.

El príncipe asiente, mostrando una comprensión más allá de las palabras.

—Entonces, ya que está aquí aprovechemos esta oportunidad para disfrutar de otro baile. Y quién sabe, tal vez Sir Chisholm se anime a unirse a nosotros después. Sería interesante verlo en acción en un terreno diferente al del Parlamento.

Con una sonrisa, me dejo llevar por el príncipe por el centro del salón para otro baile, sabiendo que cada paso que doy está siendo observada por toda la sociedad londinense y en especial, por Balthair.



—¿Te ha obligado? —me pregunta cuando me reúno con él, con un tono que no esconde su molestia.

—Digamos que fue bastante persuasivo, y en su posición, es difícil decirle que no —respondo, manteniendo la voz firme.

Él asiente, su expresión tensa.

—El príncipe a menudo utiliza estos eventos para demostrar su poder y su posición por encima de las convenciones sociales... Pero no me gusta que te utilice para sus juegos de poder. Es un hombre caprichoso y manipulador.

Sonrío, sabiendo que tiene razón y consciente del murmullo que ya habrá empezado.

—Estamos en Londres, Balthair, no en tu castillo en Escocia. Aquí las reglas son diferentes —le recuerdo.

Él me mira con una seguridad que me reconforta.

—Ojalá estuviéramos ya en Escocia, nada de lo que digan aquí tendrá importancia allí. Lo único que nos afectará será lo que somos tú y yo juntos.

—Bailemos nosotros, Balthair.

—Si con el regente tuviste dos bailes, conmigo serán cuatro.

—Qué escándalo —susurro con una sonrisa juguetona.

—No hay escándalo en bailar con mi prometida —replica Balthair con firmeza.

Justo en ese momento, Oliver aparece ante nosotros, su semblante mostrando signos de haber bebido más de la cuenta.

—Adele, ¿qué tal un baile con un viejo amigo? —pregunta con un tono que roza la insolencia.

—Lo siento, Oliver, pero ya he prometido este baile a Balthair —respondo con cortesía, aunque percibo la tensión crecer entre los dos hombres.

Oliver se ríe con desdén.

—¿Por qué conformarte con un simple noble escocés cuando podrías aspirar a más? Tal vez incluso llamar la atención del príncipe regente.

Balthair se tensa a mi lado, su mirada se endurece.

—Adele ha hecho su elección.

Sin embargo, Oliver, imperturbable, insiste.

—Pero ¿de qué hablamos aquí? ¿De un simple baile o de algo más... permanente? Dime, Adele, ¿a quién prefieres para cada uno?

Su provocación es descarada, y no puedo evitar sentir un nudo en el estómago.

—Oliver, estás al borde de causar un malentendido. No es el lugar ni el momento.

Él se inclina hacia mí, su voz cargada de sarcasmo.

—¿Desde cuándo te preocupan los escándalos, Adele? Parece que la compañía de Sir Chisholm te ha hecho cambiar. Antes eras más... espontánea.

Balthair interviene, su tono es calmado pero firme.

—Oliver, es suficiente.

—Balthair, espera, bailaré y hablaré con él —le digo buscando su mirada para poder aplacar en él lo que parece a punto de estallar.

—No tienes por qué hacerlo, Adele. Te lo he dicho. No le debes nada.

—Lo sé, pero es la única forma de acabar de una vez con todo esto. Estamos llamando demasiado la atención.

Respiro hondo y me dirijo hacia Oliver.

—Acepto.

—Ah, ya eres mía, querida, Adele —dice tratando de provocar a Balthair de forma deliberada.

—Tú y yo hablaremos después, Oliver, y no seré suave contigo esta vez.

Oliver, al oírlo, se ríe con desdén.

—¿Vas a darme una lección? ¿Es eso lo que crees? —Oliver se tambalea un poco, su estado ebrio haciéndolo más torpe—. No necesito tus lecciones de moral, Balthair.

Tomando una respiración profunda para calmar mi nerviosismo, acepto la mano de Oliver y nos dirigimos a la pista de baile. Su agarre es firme, pero siento la inestabilidad en su paso debido a su estado de ebriedad.

—¿Qué es lo que pretendes, Oliver? —pregunto, tratando de mantener la compostura mientras bailamos.

Oliver me mira con una mezcla de nostalgia y desafío.

—No puedo simplemente dejarte ir, Adele.

—Pero las cosas han cambiado, Oliver. No puedes esperar que todo vuelva a ser como antes —respondo, mi voz firme a pesar de la situación incómoda.

Él sonríe con tristeza.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Aún te amo, Adele. Pensé que al recuperar el anillo...

—El anillo no cambia lo que ocurrió —interrumpo—. Tu supuesta muerte me hizo pasar el peor momento de mi vida.

La música continúa, pero nuestro baile es más un forcejeo emocional que una danza elegante. Oliver parece luchar consigo mismo, su rostro muestra una tormenta de emociones.

—Lo siento, Adele. De verdad lo siento —murmura, su voz apenas audible por encima de la música.

Miro a Balthair desde la distancia, viendo la tensión en su postura, la preocupación en sus ojos.

—Sé cuál es el problema —continúa—. Crees que él ha hecho mucho por ti, te rescató, te mantuvo segura y estás agradecida, pero yo también he cometido... He tenido que recurrir a atrocidades para poder volver con fortuna, Adele, para poder presentarme de nuevo en Londres sin acreedores detrás.

—¿Qué clase de atrocidades, Oliver?

—Digamos que he tenido que tomar decisiones difíciles, Adele. Decisiones que no me enorgullecen, pero eran necesarias para recuperar mi posición y fortuna. Pero no te las diré. Eso me convertirá en alguien más despreciable a tus ojos y él parecerá mucho más uno de esos héroes tuyos de novela.

Sus palabras me llenan de inquietud.

—No puedes justificar tus acciones si han causado daño a otros. —Mi voz es firme, aunque mi corazón late con tristeza por el hombre que una vez amé.

—No entiendes, Adele. El mundo no es blanco y negro. A veces hay que ensuciarse las manos para sobrevivir —dice, su voz adquiere un tono amargo.

Le miro, sintiendo una profunda decepción.

—Sobrevivir no debería costar nuestra humanidad, Oliver.

Él se acerca, su expresión es de alguien que cree tener la razón. En su mirada hay un destello de desesperación, de un hombre que se aferra a lo que cree que es amor.

—He hecho todo esto por amor, Adele —insiste él—. ¿No lo entiendes? Te amo y sé que juntos podemos enriquecer nuestras vidas. Podría buscar consuelo en los brazos de cualquier otra mujer, pero es tu mente, tu agudeza, tu ingenio lo que anhele. No quiero una esposa que sea un mero adorno o alguien que se vea obligada a casarse conmigo. Tienes que ser mía. No soporto verte con él.

Respondo, mi voz es un hilo de firmeza:

—Los celos no son amor, Oliver. El amor no se basa en la posesión ni en la envidia.

—¿No? —replica él, su voz subiendo de tono—. Eso es lo que veo en los ojos de tu prometido desde que empezamos a bailar. Celos, Adele.

Respiro hondo, buscando mantener la calma en medio de la tormenta de emociones que Oliver desata.

—Lo que Balthair siente por mí no se puede comparar con lo que tú describes —respondo, mi voz firme a pesar del torbellino emocional que me rodea.

Oliver me mira, una mezcla de frustración y desafío en sus ojos.

—Sé que Balthair es un hombre apuesto. Mi hermana lleva años enamorada de él, pero nunca será capaz de hacerte sentir viva como lo haré yo.

Sonrío indulgente ante sus palabras, encontrando una extraña ironía en su percepción. Es curioso cómo la gente de fuera suele malinterpretar la verdadera naturaleza de una persona.

Balthair no solo me hace sentir viva; ha resultado ser un hombre apasionado y ardiente, capaz de despertar en mí emociones y deseos que nunca antes había experimentado.

Su pasión, a menudo oculta tras una fachada de seriedad y control, es intensa y verdadera, encendiendo llamas que ni siquiera sabía que existían dentro de mí.

La idea de que alguien pueda considerar a Balthair incapaz de evocar tal pasión solo refleja cuán poco conocen sobre lo que realmente yace bajo su superficie.

Al girar hacia donde he dejado a Balthair, veo a Lady Elizabeth acercándose a él. La expresión de disgusto en el rostro de él es evidente. Parece querer librarse de ella, pero sin resultado.

—No te preocupes, Adele —dice Oliver con un tono casual—. Ella está pagando por sus errores con un matrimonio infeliz. Supongo que los celos y la rabia la llevaron a denunciarte.

—Veo que en tu familia las emociones negativas dictan a menudo las decisiones —reprocho con firmeza.

—Quizás lo heredamos de nuestro padre —admite Oliver—. Pero no puedes negar mi encanto, Adele.

—Ya es tarde, Oliver. La imagen del hombre que creí amar se ha desvanecido. Yo amo a Balthair.

Su rostro se transforma en una mezcla de incredulidad y dolor.

—No, Adele. Dices eso para herirme, pero fue un error. No sabía que mis acciones te afectarían así. Déjame explicarme. Vamos a un lugar más tranquilo; aquí tenemos demasiados ojos sobre nosotros.

Asiento, con la intención de poner fin a esta conversación de una vez por todas.

Mientras nos alejamos de la sala de baile, echo un vistazo a Balthair. Con un gesto silencioso, le indico que voy a hablar con Oliver. Su mirada, llena de preocupación y tensión, me sigue mientras me alejo con Oliver.

Me guía hacia una sala más privada y siento cómo la tensión aumenta con cada paso que damos. El peso de su mirada, llena de deseo y dolor, me incomoda, pero sé que es necesario enfrentar este momento para cerrar definitivamente un capítulo de mi vida.

Al llegar a una pequeña biblioteca, un instante de duda me recorre, y con rapidez le digo:

—Deja la puerta abierta, Oliver. No quiero malentendidos.

Sin embargo, él ignora mi solicitud y la cierra con un golpe seco. Su mirada se endurece, y por un momento, veo al hombre que una vez conocí, aquel que creí lleno de encanto y aventura. Pero ahora, solo veo a alguien consumido por la desesperación y el orgullo herido.

Se dirige hacia una ventana y comienza a abrirla. Confundida, le pregunto:

—¿Qué estás haciendo, Oliver?

—Debo hacer un viaje a las Barbados y llevar cierta... mercancía. Si me voy sin ti, Adele, temo no volver a verte —responde con una voz ronca. —He decidido que lo mejor es llevarte conmigo.

La alarma se dispara en mi mente.

—¿Estás loco? No iré contigo a ningún lado —replico, retrocediendo.

Antes de que pueda reaccionar, Oliver me agarra con firmeza del brazo y me empuja hacia la ventana. Veo a dos hombres esperando abajo. Mi corazón late con fuerza, el miedo y la incredulidad me inundan.

—Voy a gritar... —comienzo a decir, pero un golpe repentino en la cabeza corta mis palabras. El dolor se irradia por mi cráneo y el mundo comienza a girar. En un instante, todo se vuelve negro, sumergiéndome en un abismo de oscuridad y desesperación.



Capítulo 37

Despierto en un entorno lúgubre y húmedo, y el constante balanceo me hace consciente de que estoy en un barco. No estoy sola; a mi alrededor, veo figuras quebradas, seres humanos reducidos a meras sombras de lo que una vez fueron. Estamos atados con gruesas cadenas a las paredes del casco del barco, y soy la única vestida con cierta dignidad. A mi alrededor, hay hombres y mujeres, algunos incluso desnudos, un reflejo de la miseria y la deshumanización que sufren.

La escena es desoladora, con personas de diferentes colores de piel, todas unidas en un destino cruel e injusto. Hay un olor insoportable que impregna el aire, una mezcla de sudor, orín y miedo que me asfixia. El hacinamiento y las condiciones infrahumanas son palpables, y en los ojos de mis compañeros de cautiverio veo la desesperación y el vacío, como si toda esperanza hubiera sido arrancada de sus almas.

Las colonias británicas, especialmente en el Caribe como Jamaica y Barbados, así como en partes de la India y África, son infames por su implicación en la trata de esclavos. El comercio de seres humanos está en su punto más álgido, y las plantaciones de azúcar en las colonias caribeñas son notorias por su brutalidad y las inhumanas condiciones de trabajo.

El temor me recorre al pensar que mi destino podría estar en uno de esos lugares oscuros y lejanos, donde la dignidad y la vida humana se ven reducidas a meras mercancías. La idea de ser llevada a una de estas colonias, donde la esperanza y la libertad son palabras vacías, me llena de una desesperación profunda y un miedo que cala hasta los huesos. Es un mundo donde la compasión y la humanidad parecen haber sido olvidadas, y ahora, de alguna manera, mi vida parece estar inexorablemente ligada a este sombrío capítulo de la historia.

Mi cabeza late con un dolor punzante y mi cuerpo comienza a temblar de forma involuntaria.

La voz de Oliver irrumpe en la atmósfera opresiva, su tono encolerizado corta el aire viciado como un cuchillo. Aparece en la entrada, un pañuelo cubriendo su nariz y boca, una mueca de disgusto dibujada en su rostro.

—¡Te dije que ella no iba aquí! —grita a uno de los hombres. —¡No es como los demás! La quiero en mi camarote ahora mismo, ¡inútil!

El hombre, evidentemente asustado, se apresura a obedecer, deshaciendo las cadenas que me atan. Me pongo de pie, tambaleante y débil, sintiendo cada moretón y cada rasguño en mi cuerpo. Oliver me aferra del brazo, su agarre es firme pero cuidadoso, como si temiera hacerme daño.

Mientras me conduce fuera de ese infierno, paso junto a rostros marcados por la desesperanza, cada uno contando una historia de tragedia y pérdida. No puedo evitar preguntarme cómo he llegado a este punto, cómo el hombre que una vez amé se ha convertido en alguien capaz de semejante atrocidad.

Al entrar en el camarote de Oliver, el contraste es abrumador. Aquí hay aire fresco, luz y una cama limpia. Sin embargo, el alivio que siento es efímero; estoy con un hombre que ya no reconozco, un hombre que ha cruzado límites que nunca imaginé posibles.

—¿Estás bien? —pregunta Oliver, su voz cargada de una preocupación que me parece fingida—. Ordenaré que te preparen un baño y ropa limpia de forma inmediata. Lo siento, Adele.

Mirándolo fijamente, siento un escalofrío recorrer mi espina dorsal.

—¿Quiénes son esas personas, Oliver?

Él se encoge de hombros, su indiferencia me hiela el alma.

—Son una mezcla. Algunos capturados en la costa africana y vendidos en subastas, en camino a las plantaciones de azúcar. Otros son condenados, interceptados antes de ser enviados a las colonias penales en Australia. También hay desertores del ejército. Las viudas pagan bien por estos exsoldados. Les doy una oportunidad de vida, Adele.

La indignación y el asco me inundan.

—Son esclavos, Oliver —digo con voz temblorosa—. ¿Cómo puedes justificar traficar con vidas humanas?

Oliver parece incómodo, pero su justificación es rápida.

—No tenía alternativa para salir adelante. Cuando llegué a las Antillas, estaba sin un céntimo. Un conocido de mi padre me ofreció este... negocio. La mano de obra es necesaria allí.

Su explicación me repugna.

—¿Llamas a la esclavitud y al trabajo forzado “mano de obra”?

Oliver evita mi mirada, consciente de la monstruosidad de sus acciones. En ese momento, comprendo que el hombre que una vez amé se ha perdido en un laberinto de justificaciones y ambiciones desmedidas, un laberinto del que ya no parece haber salida.

—Supongo que tu perfecto Balthair nunca se vería envuelto en algo así, ¿verdad? —dice Oliver con un tono de sarcasmo amargo—. Siempre abogando contra la esclavitud en el Parlamento, como si entendiera realmente su complejidad y su importancia para la economía de Inglaterra. Pero esto es solo temporal, Adele. No planeo hacerlo siempre.

Observo su rostro, tratando de encontrar algún atisbo del hombre que creí conocer. Pero solo veo a alguien que se ha perdido en sus propias justificaciones y ambiciones.

—Oliver, ¿cómo puedes hablar así? —le reprocho—. No importa si es temporal. Estás comerciando con vidas humanas. ¿No ves lo monstruoso que es eso?

Oliver desvía la mirada, incómodo, pero su determinación parece inquebrantable.

—No hablemos más de esto ahora. Voy a prepararte ese baño. Necesitas descansar y

refrescarte.

Mientras se aleja para dar las órdenes, sin dejarme sola del todo, me veo atrapada en un torbellino de emociones y pensamientos.

La revelación de la verdadera naturaleza de las acciones de Oliver me golpea con una fuerza devastadora, dejándome con una sensación de desolación y horror. En mi mente, una sola pregunta persiste: ¿Cómo pude haberme enamorado de un hombre capaz de tales atrocidades?



La situación en la que me encuentro es inquietante y tensa. Los hombres que llenan la cubeta con agua caliente no dejan de lanzarme miradas indiscretas, colmadas de lujuria, mientras Oliver supervisa con una expresión sombría. Tras terminar su tarea, él les ordena que se preparen para zarpar y cierra la puerta del camarote, quedando solo nosotros dos.

—Desnúdate y entra en el baño. No dejes que el agua se enfríe —me ordena Oliver con una voz que intenta ser suave, pero que no oculta su verdadera intención.

Mi sorpresa es evidente.

—¿Delante de ti? ¿Estás delirando?

Él sonríe con una confianza mal colocada.

—No te dejaré sola; podrías intentar escapar —replica, sentándose en el catre con aire expectante—. Seremos marido y mujer pronto. No temas por tu reputación. Adele, cuando tú y yo estemos en las Islas..., nada de esto importará. Seremos felices. Lo sé. Además... quiero ver lo que escondes bajo ese vestido. Creo que he sido suficiente caballeroso y respetuoso contigo hasta ahora, pero... no voy a negar que te deseo... —Su voz se vuelve más suave—. Te prometo ser cuidadoso contigo, en tu primera vez.

La afirmación de Oliver me provoca una mezcla de repulsión y desafío.

—Te equivocas. Ya le entregué mi primera vez a Balthair. Y no solo una vez.

La risa de Oliver resuena en el camarote, incrédulo y confiado.

—No me hagas reír, Adele. Balthair no es un hombre que se deje llevar por las tentaciones. Es más honorable que yo. Estoy seguro de que no te ha tocado.

La incredulidad y el desprecio se entremezclan en las palabras de Oliver, pero la verdad ya ha sido dicha.

—No importa lo que creas —digo con firmeza, sosteniendo su mirada.

Él se levanta, acercándose a mí con una lentitud intimidante. Puedo ver el conflicto en sus ojos, la lucha entre el deseo y la incredulidad.

—Adele, no juegues conmigo. Si lo que dices es verdad, entonces... —Su voz se quiebra, la máscara de confianza comenzando a desmoronarse—. Borraré de tu cuerpo cualquier huella que él haya podido dejarte.

La situación en la que me encuentro con Oliver es aterradora y violenta. Él se levanta y se acerca a mí, sus ojos reflejando una tormenta de emociones contradictorias. Puedo ver la lucha interna que atraviesa, dividido entre el deseo y la incredulidad.

De repente, con un movimiento brusco y desesperado, Oliver agarra el borde de mi vestido y lo tira con fuerza, rasgando la tela. Grito, sorprendida y aterrada por su acción violenta. No tengo tiempo de reaccionar antes de que continúe arrancándome la ropa. Con cada tirón, siento cómo se desgarran no solo mi vestido, sino también una parte de mi dignidad.

Me arrincona contra la pared, inmovilizándome con su brazo mientras lucha para quitarme

el corsé. A pesar de mis esfuerzos por zafarme, él es más fuerte. Siento la tela de la prenda, cediendo bajo sus manos bruscas y despiadadas, hasta que finalmente me lo arranca y lo tira al suelo.

Entonces, con un giro violento, me da la vuelta y me besa con fuerza. Sus palabras:

—Soñaba con volver a besarte, Adele —resuenan en mis oídos, pero no hay amor en ellas, solo posesión y desesperación.

Continúa despojándome de mi ropa con una ferocidad ciega, hasta dejarme por completo desnuda. Su mirada no es la de un amante, sino la de alguien que se aferra a una ilusión que se desvanece.

Sin un ápice de cuidado o consideración, me empuja hacia la bañera llena de agua caliente. El choque del agua hirviendo contra mi piel me hace gritar por el dolor. Es como si cada gota de agua caliente quemara la poca dignidad que me queda, dejándome expuesta y vulnerable en un mundo que se ha vuelto loco y peligroso.

Atrapada en la bañera con el agua hirviendo envolviéndome, me encuentro frágil y expuesta ante Oliver. Él se inclina sobre mí, su mirada reflejando una mezcla de deseo y triunfo.

—¿Ves? Siempre supe que bajo esa fachada de dama perfecta había una pasión salvaje esperando ser liberada —murmura con una sonrisa maliciosa.

Trato de protegerme con los brazos, pero él los aparta sin esfuerzo, su contacto me hace estremecer. En ese momento, me siento más aislada y desamparada que nunca, una presa fácil para su mirada depredadora que me recorre con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Con un gesto que destila confianza, sumerge su mano en el agua y comienza a acariciar mi rodilla con una lentitud deliberada y tacto es firme y decidido. Sus ojos, mientras tanto, no dejan de recorrer mi cuerpo, como si cada centímetro de mi piel estuviera bajo su escrutinio.

Intento encontrar las palabras para hablar, para razonar con él, pero el miedo se apodera de mí, y las palabras se quedan atrapadas en mi garganta. La bañera se siente como una trampa, y Oliver, un carcelero disfrutando de su poder sobre mí.

De repente, los ruidos del barco aumentan en intensidad, una clara señal de que está a punto de zarpar. El sonido metálico de cadenas, los gritos de los marineros y el retumbar de los pasos en la cubierta resuenan a través de las paredes del camarote. Es un recordatorio cruel de que estamos a punto de dejar atrás todo lo familiar, de que mi destino está siendo arrastrado hacia lo desconocido.

A medida que los ruidos se intensifican, una mezcla de pánico y desesperación me invade. Me siento atrapada, no solo en esta bañera sino en una situación que parece no tener salida. Miro a Oliver, esperando encontrar algún indicio de humanidad, pero solo veo la determinación de un hombre dispuesto a llevar a cabo su plan sin importar las consecuencias.

Es en ese momento de máxima tensión y desesperación, cuando siento que todas las esperanzas se desvanecen, que la puerta del camarote se abre bruscamente.

Balthair irrumpe en la habitación, como una tormenta personificada, su figura imponente llenando el umbral. Una clara señal de que el equilibrio de poder está a punto de cambiar.

En su rostro se refleja una mezcla de ira y determinación, y en un instante, comprendo que ha llegado mi salvación.

En un abrir y cerrar de ojos, Balthair está en la puerta y, al siguiente se abalanza sobre Oliver con una furia desenfrenada. Los golpes se suceden con una brutalidad implacable. Con un rugido de rabia, descarga su puño contra el rostro de Oliver, quien, sorprendido, retrocede. La sorpresa en su semblante con rapidez da paso a la ira.

—¡Bastardo! —grita Oliver, mientras se recupera y devuelve el ataque. La pelea se torna

desesperada y feroz, con ambos hombres intercambiando golpes con una furia ciega.

—¡Has ido demasiado lejos, Oliver! —gruñe Balthair, mientras le propina un puñetazo que hace retroceder a su adversario.

Oliver, jadeando, escupe sangre y responde con una sonrisa burlona y sangrienta.

—¿Celoso, Balthair? ¿Es eso lo que te ha llevado al borde?

La pelea continúa, moviéndose por el camarote en un baile violento y caótico. Hay un momento en que Oliver intenta agarrar algo para usarlo como arma, pero Balthair, con una velocidad sorprendente, lo detiene y lo arroja contra la pared.

En medio de la contienda, los insultos y las acusaciones vuelan con cada puñetazo.

—¡Ella me pertenece, Balthair! ¡Tú no tienes derecho! —responde Oliver, intentando contraatacar.

—No se trata de posesión, ¡se trata de respeto y amor, algo que con claridad no entiendes! —Balthair consigue agarrar a Oliver por la chaqueta, estrellándolo contra una pared.

La pelea es desgarradora, no solo por la violencia física, sino también por el choque de dos hombres que alguna vez fueron amigos, ahora enemigos irreconciliables. Muebles se rompen, libros caen de los estantes, y el sonido de la madera astillándose se suma al caos.

Oliver, desesperado, logra agarrar un objeto pesado de la mesa y lo arroja hacia Balthair, quien apenas consigue esquivarlo.

—¡No dejaré que te la lleves! ¡Ella debería estar conmigo!

—¡Estás ciego por tu obsesión, Oliver! ¡Adele ha elegido, y no es a ti! —responde, esquivando otro golpe y contraatacando con una fuerza implacable.

En medio del tumulto, veo a Balthair dominar finalmente a Oliver, inmovilizándolo contra el suelo. Con una rodilla presionando el pecho de Oliver, él lo mira con una mezcla de desprecio y triunfo.

—Esto termina ahora, Oliver. No permitiré que lastimes a Adele otra vez.

La habitación está en un desorden total, testigo mudo de la lucha despiadada que acaba de suceder. Oliver yace en el suelo, derrotado y jadeante, mientras Balthair, aún respirando con dificultad, se levanta y se dirige hacia mí, su mirada llena de preocupación y alivio.

Se mueve con rapidez, ayudándome a salir del agua y cubriéndome con su capa.

Mi corazón late con fuerza mientras me acerco a él. mis dedos temblorosos tocando su rostro, examinando las heridas que la pelea ha dejado. Siento una mezcla de alivio y preocupación al ver que, aunque golpeado, no parece tener nada grave. Me abalanzo hacia él, abrazándolo con una intensidad que refleja todo el miedo y el alivio que siento. Balthair responde al abrazo, su brazo rodeándome con fuerza y protección.

Oliver, al ver nuestro abrazo, parece perder lo poco que le queda de cordura. Con un grito de rabia, se lanza hacia el catre, buscando algo escondido bajo la almohada.

Con un esfuerzo visible, tambaleándose ligeramente, apunta el mosquete hacia Balthair. Parece alguien consumido por la ira y la desesperación.

—He matado a hombres por mucho menos —dice con voz entrecortada, la pistola temblorosa en sus manos.

De forma inmediata Balthair me coloca a su espalda actuando de barrera entre el arma de fuego y yo.

—No lo hagas, Oliver. No añadas más errores a los que ya has cometido —le dice con una calma fría y desafiante, sin rastro de miedo.

La tensión en la habitación es palpable, un silencio pesado solo roto por el sonido del mar chocando contra el barco. Me siento atrapada entre dos fuerzas incontrolables, mi voz apenas un

susurro en el aire cargado de amenazas.

—Oliver, iré contigo, no pondré resistencia y te daré todo lo que quieres, pero por favor, no hagas esto. Deja que Balthair se vaya —suplico, mi voz tiembla con la urgencia de la situación.

Balthair, con la mirada fija en el arma que Oliver empuña, responde con una firmeza que contrasta con la tensión del momento:

—No me marcharé sin ti, Adele.

Mi corazón late desbocado, temiendo por lo que pueda pasar.

—Si te hace daño, me forzaré a ir con él de todos modos y mi dolor será insoportable. Prefiero mantener la esperanza de que sigues vivo, aunque tenga que estar lejos de mí.

Oliver parece tambalearse en su decisión, el conflicto claro en su rostro mientras sopesa las palabras. Por un instante, hay una vacilación, un atisbo de duda en sus ojos que revela la lucha interna entre su deseo de poseerme y el conocimiento de que sus acciones podrían destruir todo.

En ese momento crucial, Balthair aprovecha la oportunidad. Se lanza hacia Oliver en un intento desesperado de desarmarlo. La lucha que se desata es feroz y caótica, una batalla de fuerza y voluntad entre dos hombres que lo arriesgan todo.

Aterrorizada, observo cómo se enfrentan, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. El miedo por Balthair me envuelve, cada golpe y cada movimiento me hacen temer lo peor. En mi mente, ruego por un milagro, por la fuerza para proteger al hombre que amo.

El sonido sordo del disparo del mosquete resuena en la estrecha habitación, rompiendo el aire cargado de tensión. Mi grito de terror se une al eco del disparo, un sonido que perfora la lucha y paraliza el momento.

Por un instante que parece eterno, el tiempo se detiene. Mi mirada se fija en Balthair, el miedo me consume ante la posibilidad de haberlo perdido. Los segundos se sienten como horas mientras espero alguna señal, algún movimiento que me indique que está bien.

Para mi alivio inmenso, Balthair sigue de pie, aunque con claridad sacudido por la cercanía del peligro. La bala ha ido a dar en alguna otra parte de la habitación, lejos de nosotros detonada por Balthair para inutilizar el arma.

Oliver, desarmado y derrotado, se tambalea, la realidad de sus acciones finalmente cayendo sobre él con todo su peso.

Balthair se acerca con rapidez a mí, su mirada reflejando alivio y preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz llena de urgencia.

Asiento, aún procesando el torbellino de emociones y el peligro que acabamos de superar. Balthair me mira con firmeza.

—Esta es la última vez que te perdono la vida, Oliver. Si te veo cerca de ella otra vez, te mataré —amenaza Balthair con una voz cargada de una determinación helada.

Acto seguido, me toma en sus brazos con cuidado, preparándose para sacarme de ese lugar. Mientras nos dirigimos hacia la salida, observo que Balthair ha incapacitado a parte de la tripulación. Algunos yacen en el suelo, inconscientes o semiconscientes, mientras otros están siendo vigilados por Alexander y un grupo de hombres desconocidos para mí. Todos ellos, armados con mosquetes, mantienen a raya a los miembros de la tripulación que aún permanecen en pie.

—¿Todo bien? —pregunta Alexander, su voz llena de preocupación mientras observa nuestro estado.

Balthair asiente con la cabeza, indicando que la situación está bajo control.

—Espera. Tenemos que liberar a la gente de la bodega —le suplico, consciente de la desesperada situación de los prisioneros.

Balthair me mira, su expresión suavizándose ante mi preocupación.

—Las autoridades ya están en camino. Alexander, ocúpate de asegurar la liberación de los prisioneros —instruye Balthair con firmeza.

La voz de Alexander resuena con una mezcla de preocupación y determinación.

—Lo tengo bajo control. Nos encargaremos de todo aquí.

Me aferro a Balthair, aún temblando por la adrenalina, cuando una pregunta surge en mi mente.

—¿Quiénes son esos hombres? —digo, señalando a los desconocidos que nos ayudaron.

Balthair me mira, sus ojos mostrando un destello de intrepidez.

—Mercenarios. Los contraté en cuanto supe que estabas en peligro. No iba a arriesgarme a perder la oportunidad de salvarte —explica, su voz revelando un tono de pragmatismo mezclado con una urgencia protectora.

—Debería ser yo la que te llevara a ti, Balthair. Has corrido, luchado y arriesgado más que yo —le digo con pena.

—Eso no es cierto. Esto ha debido ser un infierno para ti. Yo puedo manejar mis propias heridas.

—¿Acaso eres invencible, Balthair Chisholm?

Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Tengo un par de debilidades.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son esas debilidades? —pregunto, con una curiosidad innata.

Balthair me mira, su sonrisa se ensancha ligeramente, un destello de humor en sus ojos.

—Bueno, la primera es una mujer bastante obstinada y valiente que tiene la capacidad de hacerme perder la compostura con solo una mirada y pone mi mundo patas arriba.

Siento cómo mis mejillas se calientan ante su comentario, una mezcla de vergüenza y felicidad que estalla dentro de mí.

—Y la segunda... —continúa, su tono bajando a uno más serio—, es el temor de no estar a la altura de lo que ella merece, de no poder protegerla siempre.

Su confesión me deja sin palabras. El vínculo que compartimos, forjado en circunstancias extremas y en momentos de vulnerabilidad, se siente más fuerte que nunca.

—Esa mujer es francamente afortunada. Has demostrado estar más que a la altura —digo con suavidad, apoyando mi cabeza y mi mano sobre su pecho donde me encuentro, cálida y reconfortante—. Gracias, Balthair.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —dice Balthair, cambiando de tono. Su mirada escudriña el entorno, siempre alerta, mientras nos dirigimos hacia la seguridad, lejos del peligro y de ese barco de pesadilla.



Capítulo 38

Narrador omnisciente

En el corazón de Bath, bajo un cielo de un azul pálido, Adele camina lentamente hacia el altar. Su vestido, de una sencillez elegante, fluye como una cascada de seda y encaje, realzando su grácil figura. Los pequeños detalles del bordado, hechos a mano por su hermana Emily, relucen con una delicadeza que solo puede ser superada por la luz de sus ojos, llenos de esperanza y un amor profundo por Balthair.

La ceremonia se realiza en un pequeño jardín, decorado con flores silvestres y luces que parpadean como estrellas diminutas. Los invitados, pocos pero íntimos, se reúnen alrededor, cada uno sumergido en sus propios pensamientos y emociones.

Alexander intenta aligerar el ambiente, mientras observa con un ojo crítico al esposo de Emily, cuya presencia genera un aire de tensión inconfundible.

La abuela de Adele, sentada en una silla adornada con cintas y flores, mira la escena con ojos nublados por la edad pero brillantes de amor. A su lado, Lorelei, su cuidadora, una viuda de respetable compostura, le ofrece su brazo en un gesto de apoyo constante.

El hermano de Adele, Nathaniel, llega con una elegancia sombría y una cojera notable, sus ojos oscuros explorando la multitud. Adele se llevó una sorpresa al saber que ya había vuelto y se estaba quedando de forma provisional con la abuela hasta que su herida mejorase.

Briony, pese a sus diez años menos y su aún tierna infancia, lo observa con una mezcla de admiración y una curiosidad que roza lo prohibido.

En un momento tranquilo, se acerca a él.

—¿Le duele mucho la pierna, señor?

—Es un recordatorio constante de errores pasados, señorita. Pero el dolor es tolerable. Lo que realmente me duele está en el corazón —le responde él misterioso.

En el altar, Balthair queda absorto al ver a Adele avanzar hacia él. Lleva mucho tiempo soñando con su hermosura, con esos ojos del color del cielo, con su cascada de pelo oscuro, que no hace tanto estaba derramado sobre su pecho desnudo tras estar dentro de ella. Poseyéndola con una pasión casi furiosa después de haber creído que estaba a punto de perderla.

Habría podido matar a Oliver, lo hubiera hecho con sus propias manos, si no llega a estar Adele delante. Nunca había sentido tanta ira contra nadie.

Al ver a Adele, tan expuesta, con marcas que le desgarraron el alma, entendió todo sin necesidad de palabras. El miedo a confirmar sus temores lo paralizó, pero fue Adele quien lo calmó, diciéndole que solo había sido un beso robado. Aunque para Balthair, estaba claro que Oliver tenía planes mucho más oscuros. La sola idea le encendía una furia salvaje, un torbellino de emociones crudas que apenas podía contener.

Y todo esto podría haberse evitado si no fuera porque Lady Elizabeth lo había entretenido más de la cuenta. Si no hubiese sido por su insistencia en acaparar su atención, Balthair habría salido mucho antes en busca de Adele. La culpa por ese retraso se mezcla con su ira, añadiendo leña al fuego de sus emociones ya turbulentas.

Cuando las autoridades llegaron al barco, él ya había desaparecido. Era un superviviente. Eso debía reconocerlo, pero hizo falta que llegara a Adele para que abriera los ojos y se diera cuenta realmente de quién era en realidad Oliver Ashford.

Ahora, frente a Adele, Balthair siente un amor profundo y arraigado. Ella se ha convertido en una parte esencial de él, despertando un calor y una pasión que nunca había conocido.

Adele lo desafía, lo saca de su introspección y transforma su mundo, sacudiendo sus cimientos.

Balthair reconoce que este amor es único, un tesoro que solo se encuentra una vez en la vida, tal como predijo la señora Mackintosh. Para él no hay duda: Adele es y siempre será la única para él, la mujer que lo completa y transforma.

En cuanto Adele pronuncia su —sí, quiero—, él, con un gesto audaz y lleno de amor, la toma entre sus brazos y la besa apasionadamente sin esperar el permiso del párroco.

Este acto, espontáneo y sincero, es un reflejo perfecto de su relación: intensa, inesperada y desafiando las normas establecidas.

Para ellos, un escándalo más no significa nada en comparación con la profundidad de su amor y la sinceridad de sus sentimientos. Este beso, robado en un momento de pura emoción, sella su unión de una manera que las palabras y las ceremonias nunca podrían igualar.

El beso desata una ola de risas y desconcierto entre los invitados, mientras en el rostro de Adele se dibuja una sonrisa enorme, reflejo de la felicidad y el amor que siente.

Interrumpiendo brevemente el momento, el sacerdote que oficia la ceremonia llama la atención de Balthair con una mezcla de seriedad y diversión:

—Los anillos, Sir Chisholm —le amonesta.

Con una sonrisa aún en sus labios, Balthair se apresura a seguir con el protocolo, consciente de que su gesto ha sido un reflejo perfecto de su temperamento: profundamente enamorado.



Tras la ceremonia, el aire de Bath se llena de la suave risa y el murmullo de los invitados dispersándose en pequeños grupos, compartiendo impresiones y felicitaciones. Balthair y Adele, ahora unidos, caminan de la mano hacia un rincón más tranquilo del jardín, donde la luz del

atardecer tiñe todo de oro.

La abuela Margaret, con su cabello plateado recogido en un moño elegante y vestida con una sencillez distinguida, mira a Adele y Balthair con ojos llenos de emoción y una pizca de intranquilidad.

—Estoy realmente preocupada por Avery —comienza, su voz teñida de inquietud—. Es muy extraño que no hayamos tenido noticias suyas en tanto tiempo. A pesar de su naturaleza reservada, siempre ha sido el más responsable.

Nathaniel, de pie junto a ellos, asiente con seriedad, la luz del sol acentuando las líneas de preocupación en su rostro aún joven.

—Avery siempre ha tenido un sentido del deber inquebrantable. No es propio de él este silencio.

Balthair, aunque ajeno a la conexión familiar profunda con Avery, no puede evitar sentirse afectado por la preocupación evidente.

—Hare todo lo posible por encontrarlo —interviene—. Tengo contactos en el ejército que podrían proporcionar alguna información y algún que otro recurso —afirma sin dar detalles.

A lo largo de los años, ha tejido una red de contactos no solo dentro del ejército o entre personas influyentes, sino también en los márgenes de la ley, incluidos aquellos en el lucrativo y peligroso mundo del contrabando.

Estas relaciones, forjadas en la necesidad mutua y en la confianza ganada a través de intercambios equitativos, le proporcionan acceso a información que pocos podrían obtener. Quizás, piensa, pueda utilizar estos contactos clandestinos para descubrir el paradero de Avery, explorando tanto los canales oficiales como los subterráneos.

Por experiencia sabe que la verdad a menudo yace en los rincones más oscuros.

Nathaniel, levantando una ceja con una sonrisa con un matiz burlón, se gira hacia Adele.

—Vaya, eso ha sonado tremendamente serio y algo misterioso. ¿Siempre es así de intenso?

—Intenso es poco para describirlo —afirma ella, compartiendo una mirada cómplice con Balthair.

Nathaniel, fingiendo una exagerada expresión de desdén, responde:

—Quizás haya preguntado más de lo que quería saber —dice, arrancando una risa suave de los presentes.

—¿Vendrá a visitarnos al castillo Erchless en Escocia, teniente Harwood? —le pregunta Briony.

—Por supuesto. ¿Cómo podría resistirme a la idea de tener un cuñado con un castillo? Estoy seguro de que debe estar lleno de fantasmas.

—¡Oh, sí! Hay una doncella que su marido encerró y que canta a medianoche —le cuenta Briony entusiasmada.

Emily, con un gesto elocuente, añade:

—Típico de los maridos, encerrando doncellas y esperando que canten.

Su gesto, lleno de significado, no pasa desapercibido para Adele, quien siente una punzada de curiosidad y preocupación. Decidida, toma a Emily del brazo, apartándola del grupo para un paseo.



En su antigua habitación, donde aún están las camas juntas y las colchas de patchwork, las

hermanas comparten un momento de complicidad, donde Emily revela sus verdaderas sensaciones sobre el matrimonio.

—Adele, te diré algo que nadie se atreve a decir: el matrimonio no es el cuento de hadas que pintan. Mi esposo piensa que puede dictar desde lo que como hasta con quién hablo. Algunos días, siento que mi corsé es menos restrictivo que mi matrimonio.

—Emily, ¿estás bien? Pareces... diferente desde la última vez.

Emily, con una mirada que revela más de lo que quisiera, suspira profundamente antes de hablar.

—Desde que me casé, siento que he perdido una parte de mí. Ya no tengo libertad para sumergirme en mis libros, para enfocarme en mis pensamientos o para dar rienda suelta a mi creatividad.

—¿Cómo que no tienes libertad? ¿No te anima él a ser tú misma?

—Todo lo contrario. Cualquier pensamiento que él considere demasiado elocuente o, cielo santo, independiente, es motivo de escándalo. Me siento como si viviera en una jaula dorada, Adele. Una jaula, al fin y al cabo.

Adele, tomando las manos de su hermana entre las suyas, la mira con tristeza.

—Emily, mereces ser feliz, ser verdaderamente tú. No debes aceptar menos, nunca. ¿Por qué no le dices cómo te sientes?

—Como si pudiera. No es solo eso, Adele... —comienza Emily, mirando hacia el suelo antes de levantar la vista con una mezcla de frustración y resignación—. Tiene unas rarezas que... Bueno, por ejemplo, mira los vasos a contraluz para asegurarse de que no haya manchas, pasa los dedos por las encimeras en busca de polvo. No consiente que nadie toque sus cubiertos, su material de escritura o sus enseres personales. Y no te imaginas su manía de olerlo todo, absolutamente todo.

—¿En serio? —pregunta Adele, incrédula, mientras intenta contener una sonrisa ante la peculiaridad de las manías descritas.

—Claro, y lo que más duele es esa mirada cargada de desprecio que me lanza cuando no estoy perfectamente arreglada... Como si mi apariencia fuera un espejo de su propio valor. Me siento bajo escrutinio de forma constante, incluso en la intimidad de mi hogar —confiesa Emily, su voz revelando una vibración de vulnerabilidad al hacer esta admisión.

—¿Y no encuentras ningún aspecto de tu matrimonio que te brinde alegría o satisfacción?

—¿Te refieres a... nuestras noches?

Adele asiente, esperando a que continúe.

—La verdad es que no encuentro placer alguno en esos momentos. Es como si estuviera sentada sobre algo incómodamente duro, pero eso no es todo; es como si además tuviera que soportar una presión adicional e indeseada. Todo el acto se siente desprovisto de conexión o significado, como si faltara la esencia misma que debería unirnos.

Emily hace una pausa, recogiendo sus pensamientos antes de continuar.

—Creo que lo que más me pesa no es solo la falta de satisfacción física, sino también la desconexión emocional. Siento que estamos juntos pero no conectados, compartiendo un espacio aunque viviendo mundos aparte. Él está constantemente irritado y eso me irrita a mí. A veces me pregunto si alguna vez lograremos encontrarnos en un punto medio, donde ambos podamos sentirnos valorados y comprendidos.

Adele escucha con atención, su expresión es un reflejo de lo apenada que siente por Emily.

—Pero no quiero influenciarte, Adele. Hoy es tu primera noche de bodas y seguro que estás nerviosa y esperando algo... distinto.

—En realidad, Emily... No será mi primera vez. Balthair y yo... ya hemos tenido experiencias antes —confiesa Adele.

Ella se sorprende, incapaz de ocultar su asombro ante la confesión de Adele.

—¡No puedo creerlo, Adele! De verdad, de ti no me sorprende, pero él... parece tan contenido y correcto. Jamás hubiera imaginado...

Adele sonríe con una mezcla de complicidad y alivio.

—Sí, es cierto. Balthair tiene esa fachada de serenidad y control, pero cuando estamos solos, se abre de una manera que nadie más ve. Hay una pasión y una conexión entre nosotros que nunca esperé encontrar. Es algo que creció con el tiempo, y aunque al principio tenía mis dudas, ahora siento que realmente nos entendemos el uno al otro en un nivel muy profundo.

Emily mira a su hermana con una sonrisa melancólica, su expresión se entristece.

—Me alegra por ti, Adele, de verdad. Pero temo que yo nunca encontraré algo así con mi marido. Lo cierto es que estoy comenzando a cansarme de la falta de libertad y el control constante que ejerce sobre mí. Incluso revisa las cartas que recibo. Por eso no pude escribirte —confiesa con pesar—. Cuando supo lo que te había ocurrido, decidió que ya no eras una buena influencia para mí. Estoy segura de que ahora me está buscando con desesperación y me regañará por haberlo dejado solo tanto tiempo. Así que... es mejor que regrese. Además, creo que tu nuevo esposo te espera.

Dicho esto, Emily se levanta de la cama y camina hacia la puerta. En ese caminar hay algo decidido, como si cada paso fuera un adiós. Al cruzarse con Balthair, le dedica una breve sonrisa, un gesto de gratitud y despedida, un reconocimiento silencioso de la felicidad que Adele ha encontrado con él.

Él le devuelve la sonrisa con una mirada que parece decir que entiende, que ahí está para lo que necesite, aunque sea con un simple gesto de complicidad en ese breve encuentro.

Y así, Emily se va, cerrando con suavidad la puerta detrás de ella. Su salida marca un contraste enorme con lo que queda dentro de la habitación: la esperanza y el amor que Adele y Balthair comparten, frente a las dudas y la soledad con las que Emily tiene que lidiar.

Balthair, que se ha acercado en silencio, captando el final de la conversación muestra una expresión reflexiva.

—Nunca permitiré que nos convirtamos en eso, Adele. Nunca —promete, con una voz que parece llegar más allá del aquí y ahora. Adele, mirándolo fijamente, siente que cada palabra suya es pura verdad, sale desde lo más profundo de su voluntad—. Si alguna vez te sientes atrapada, tienes mi permiso para golpearme con el libro más pesado que encuentres —añade con una sonrisa.

El aire entre ellos cambia, se carga de esa magia única que solo ellos saben crear. En un abrir y cerrar de ojos, se besan, un beso que es más que un simple roce de labios; es como si dos almas destinadas se reencontraran, deseándose con todo lo que tienen. La pasión los rodea, subiendo la temperatura del momento. Cada caricia, cada suspiro, cuenta la historia de un deseo que arde fuerte y compartido.

En este remolino de sentimientos, Adele no puede evitar pensar en lo que Emily dijo, y se le escapa una risa entre besos.

—Emily debe estar loca diciendo que es como sentarse sobre algo duro —dice, no puede creer lo diferente que es su experiencia.

—¿Es esa una petición formal? —contesta Balthair, con esa sonrisa traviesa que tanto le gusta a Adele.

La noche se despliega llena de promesas, promesas de una pasión que promete nunca

apagarse. Están empezando una vida juntos, una vida que será una aventura llena de amor, risas, y sí, esa autonomía que tanto valoran.

Lo que tienen es raro y precioso. No es solo pasión, es una conexión forjada en aceptación total. Balthair que ama a Adele tal como es, con su pasado lleno de escándalos, sus aficiones poco convencionales, y todo lo que eso significa para su vida tan ordenada. Ha abierto su corazón y su mundo a ella sin pensarlo dos veces, viendo en Adele no sus desafíos, sino su espíritu libre y su corazón apasionado.

Y Adele, al mirar a Balthair, ve más que el caballero perfecto. Reconoce en él una fortaleza tranquila, una paciencia infinita, y una capacidad de amarla no solo a pesar de, sino por sus peculiaridades y su forma de ver las cosas. En sus ojos, Adele encuentra un hogar, una promesa de aceptación y amor incondicional.

Juntos, Adele y Balthair nos enseñan que el amor verdadero no se trata de cambiar al otro, sino de abrazar todo lo que son, con sus historias, sus rarezas, y sus sueños.

No es el final de su viaje, sino el comienzo de una aventura compartida, una donde cada uno es el compañero perfecto del otro, enfrentando juntos lo que venga con amor, risas, y un compromiso inquebrantable de permanecer siempre auténticos.

Este no es el final de su historia, sino el comienzo de todo lo que pueden ser juntos...

Fin



Epílogo

Entre montañas de harina y salpicaduras de crema, intento dominar el arte ancestral de la tarta de manzana junto a Briony. La señora Griggs, nuestra intrépida cocinera, observa desde la esquina con una mezcla de terror y fascinación.

—¿Será este el día que su cocina conozca su Waterloo? —bromeo, intentando aligerar su pánico.

Justo cuando la masa empieza a parecer menos una masa y más una obra de arte abstracto, Balthair entra, volviendo de algunos de sus deberes como laird. Sus ojos brillan con diversión al vernos y suelta una carcajada.

—Así que estos son los famosos fantasmas de Erchless —bromea, al vernos cubiertas de harina, con esa sonrisa que ilumina la estancia y hace que cualquier esfuerzo valga la pena.

Briony, con los ojos brillantes de entusiasmo, le reta:

—Cuando terminemos la tarta, tú serás el primero en probarla, ¿verdad?

—No, jamás. No me fío de vuestras recetas. Seguro que esta vez me pongo morado o algo por el estilo — replica él, aunque el brillo en sus ojos dice que está más que dispuesto a arriesgarse.

Luego, en un gesto lleno de ternura, Balthair se acerca a mí y coloca su mano sobre mi vientre, ya bastante abultado.

—¿No deberías descansar? —me pregunta, su voz teñida de una preocupación cariñosa—. El médico dijo que nuestro pequeño podría llegar en cualquier momento.

—Descansaré —le aseguro—. En cuanto haya terminado esta tarta.

Mientras en nuestro hogar las manzanas caramelizan en el horno, liberando un aroma que es la esencia misma del bienestar, parece fácil olvidar la convulsión que sacude al mundo.

Corre el año 1816, y aunque Napoleón ha sido derrotado, dejando tras de sí una Europa

exhausta y en busca de paz, las repercusiones de su ambición aún se sienten.

Jorge III, recluso en su locura, ha visto pasar el auge y caída de un emperador, mientras su hijo, el Príncipe Regente, se hunde en deudas y escándalos, ignorando las crecientes presiones sobre su desafortunada esposa.

Mientras tanto, las colonias se agitan bajo el peso de antiguas cadenas, la esclavitud sigue siendo una mancha en el tejido de nuestra sociedad, y las voces por la abolición crecen cada día más fuertes.

El panorama literario es un hervidero de genios y controversias. Desde Jane Austen a la poesía romántica de Byron y Shelley que desafían las convenciones, explorando las pasiones humanas con una intensidad antes inimaginable.

Y cómo no, nuestras noches se han tejido de lecturas que desafían lo convencional, explorando los límites de la pasión y el ingenio humanos a través de autores que ahora siento como partícipes y testigos de nuestro amor y de nuestra complicidad.

Nuestras veladas se llenan de discusiones sobre estas obras que desafían el statu quo, y en la intimidad de nuestro hogar, compartimos libros que muchos considerarían escandalosos. Pero para nosotros, son simplemente la expresión del espíritu humano en su búsqueda de libertad y comprensión. Quizás, en esas noches de lectura compartida y exploración de mundos prohibidos, encontramos no solo una conexión más profunda entre nosotros, sino también la chispa que encendió la llegada prematura de nuestro pequeño milagro.

He escrito, bajo la luz tenue de las velas y el aliento de Balthair en mi nuca, una novela. No es solo mía, es nuestra, nacida de las innumerables noches en vela, debatiendo, soñando, amando. Él me anima a publicarla, convencido de que el mundo necesita historias que desafíen, que conmuevan, que rompan moldes. Y quizás tenga razón, porque si algo he aprendido es que las palabras tienen poder, el poder de cambiar, de inspirar, de concebir nuevos mundos, nuevas vidas.

La literatura, en todas sus formas, ha sido el telón de fondo de nuestro amor, enseñándonos que, al igual que los personajes de nuestras historias favoritas, podemos enfrentar juntos cualquier adversidad. Y mientras espero el momento de dar la bienvenida a una nueva vida, sé que las historias que hemos compartido serán el legado más hermoso que podemos ofrecerle.

Entre los planes y sueños que Balthair y yo compartimos, hay uno que destaca: el viaje para descubrir si mi anillo es realmente una llave hacia un tesoro oculto. Aunque parte de mí duda de las leyendas, la aventura que promete es demasiado tentadora para ignorarla.

La casa ahora resuena con más voces, más risas. Mi abuela, con sus historias y sabiduría, ha traído una nueva dimensión a nuestro hogar. Lorelei, la viuda que la cuidaba, ha heredado unas tierras fructuosas de un tío lejano, así que ahora Alexander, parece el encantador de damas, distraído y escandalizando a la vez con sus conversaciones llenas de humor y sarcasmo a mi abuela Margaret y su tía la señora MacKintosh, ya que ambas han hecho buenas migas.

Y pronto, Nathaniel nos visitará, trayendo consigo el aire fresco de nuevas aventuras y noticias de Emily, además, de la promesa de momentos compartidos que Briony espera con ansias.

En cuanto a Avery, ese enigma sigue tejiendo sombras y luces en nuestro horizonte. Los rumores de su desertión chocan con lo que conocemos de él, y aunque las pistas son esquivas, la última nos da esperanza: Avery está vivo.

Quizás, ese sea un capítulo de nuestra historia que aún está por escribirse. Un capítulo lleno de reencuentros y verdades por descubrir.



Nota de la autora

Entonces quiero empezar diciendo ¿por qué un libro sobre la regencia? Fácil porque una lectora especial: ¡Hola, Estefanía!, me pidió una historia sobre una institutriz y además quería que apareciera un niño o niña y ¿cuál es la época de las institutrices por antonomasia? ¡Ea! La regencia.

Con sus corsés tanto físicos como morales era difícil meter sexo a tutiplén como a mí me gusta, pero... Me ha dado mucho juego y la verdad... Las escenas de alto voltaje han quedado niqueladas, ¿habéis sentido mariposillas? Porque yo sentía elefantes escribiéndolas.

Desde lo más hondo de mi corazón, espero que esta historia haya tocado la fibra de quien la soñó conmigo y, os tengo que decir, me ha encantado escribirla. Balthair y Adele se han robado un pedacito de mi alma. Sobre todo él, no voy a engañaros.

Y ahora, sé que os ronda la curiosidad: ¿Tendremos más de Avery, Nathaniel, Alexander, Emily y Briony? Aunque no soy muy dada a estirar las historias más allá de su final natural, he de confesar que ya bulle en mi mente un caldero de ideas para seguir explorando sus vidas. Así que sí, habrá más.

¿Os apetece saber más del trasfondo histórico?

Una época que conocemos muy bien gracias a la indiscutible Jane Austen, pero hay cosas que nunca os han contado seguro, como por ejemplo.

Más cositas, Brummel es un personaje real, que pasó al ostracismo social después de ser el Dandi de la época porque se tomó demasiadas confianzas con el regente.

La historia del regente Jorge IV tiene mandanga, mujeriego, vividor, derrochador... Vamos, lo mejorcito de su casa... Bueno, igual no, que el padre tenía una clara locura, como consecuencia de la porfiria, una enfermedad sanguínea que ha afectado a varios monarcas británicos.

Poco se sabe de su mujer, Carlota de Mecklemburgo-Strelitz, como muchas otras mujeres de esa época, tuvo que soportar que su marido estuviera "locamente" enamorado de otra, en este caso puede que sea de manera literal y, además, se dice que Jorge se estremeció cuando vio por primera vez a la poco agraciada Carlota, que conoció el mismo día de su boda. Pero vamos, que tuvieron 15 hijos, así que no fue tan mal la cosa y tanto no le desagradaba. Digo yo.

Durante los periodos de locura de este hombre, su hijo el príncipe actuaba de Regente, de ahí que esa época histórica se llame Regencia, que a lo mejor ya lo sabíais, pero yo soy de esas que a veces no da bien las puntadas y me gusta que me digan las cosas que se dan por hecho porque igual para mí no lo son. Nunca he sido la más espabilada del patio, que le vamos a hacer.

Napoleón dio mucha guerra durante ese año y como no era Joaquín Phoenix no se lo perdonamos y es cierto que se desató una espectacular fascinación por todo lo que venía de Egipto. A mí, personalmente, me fascina también.

El clan Chisholm... tengo que decir que en realidad su laird real no libró a los suyos de las clearances y los Chisholm también tuvieron que abandonar sus tierras y su forma de vida igual que en los demás clanes.

El fenómeno conocido como Highland Clearances, o en gaélico escocés, Fuadach nan Gàidheal, lo que traduciríamos como "la expulsión de los Gaélicos", marcó una época de profundos cambios en las Tierras Altas escocesas durante los siglos XVIII y XIX. Esta ola de desalojos forzosos no solo transformó el tejido social y cultural de las Highlands, sino que también desencadenó una notable migración hacia las costas escocesas, los Lowlands y tierras lejanas.

Este capítulo de la historia, parte de una reforma agrícola en el Reino Unido, donde arrendar las tierras para su explotación menor, ya no se suponía rentable.

El fin del sistema de clanes que había prevalecido hasta entonces y la severidad con la que se llevaron a cabo numerosas expulsiones sin respaldo legal y otros factores contribuyeron a que las Highland Clearances se grabaran en la memoria colectiva, dejando las Highlands despojadas de una parte esencial de su alma y esencia y las tierras una vez ocupadas baldías y tristes...

Anotad, chicas, nuestros Highlanders también meten la pata... hasta el fondo.

Pero el laird Chisholm de la regencia sí era miembro del Parlamento y se graduó con honores en Cambridge, así que sí le he copiado un poquito la vida. Aunque efectivamente no era nuestro Balthair porque él es único, irremplazable y... no es real. ¡Cachis!

No desistáis, hermanas. Ellos viven en nuestro corazón.

En cuanto a las lecturas de Adele, ja, riéte tú del "horno" actual... No recomiendo las lecturas de El marqués de Sade a almas sensibles...

¡Ozú! A veces tiraba el libro mientras lo leía, jajajaja. Tenía que parar para poder continuar. Os he sacado los trozos de libro más amables y, bueno, el de Fanny Hill, es más llevadero, pero hay que ver lo que sabían y nosotros creyéndonos lo más. Cuando vi que ponía clítoris con todas las letras, flipé. Es posible que supieran más sobre eso que nuestras propias abuelas.

Y... tengo que desmitificar una leyenda. Lo de la histeria y los médicos meneando los bajos para aliviarla. Esa es una de esas bolas de nieve que van creciendo y se creen... porque se quieren creer, pero todo surgió del libro La tecnología del orgasmo que ha sido repetido casi textualmente en decenas de obras académicas a pesar de que no es cierto.

Los médicos victorianos no provocaban orgasmos a las pacientes. Las fuentes utilizadas en el libro no dicen nada sobre ello y la misma autora confirmó al ser desmentida por gente muy lista que eran todo hipótesis.

La verdad sonaba un poco raro para la época y me extraña que no se continuara con esta

práctica tan... tan... Tú sabe. Porque a ver... Yo también me pongo histérica de vez en cuando y una ayuda así... de algún médico tal que así... Corramos un tupido velo.

Pero no, cualquier procedimiento médico que pudiera haber sido percibido como sexual seguramente habría atraído la atención de los moralistas censuradores... Y eran muchos y muy feos en aquella época. No hay fuentes, pero también es una hipótesis basada en mis conclusiones.

Y... lo vibradores, haberlos hailos. Los juguetes sexuales han existido por al menos 30.000 años, pero han sido vendidos como aparatos medicinales para propósitos supuestamente no sexuales... Ya.

Por ejemplo, a finales del siglo XVIII vendían dilatadores de recto como tratamiento para el estreñimiento, hemorroides y hasta asma, el asma sí, queridas,... era uno de esos productos locos de curanderos.

Claro, que luego lo que hiciera cada uno con ellos en la intimidad era otra cosa, pero no hay fuentes que lo avalen, que quede claro. Again.

Cierro esta nota esperando haber encendido vuestra curiosidad y deseando que estas pinceladas sobre la Regencia, mezcladas con mis propias fantasías, os hayan transportado, aunque sea por un momento, a un mundo donde la pasión y la historia se dan la mano. No perdáis la fe, queridas lectoras. Aunque nuestros queridos personajes no caminen entre nosotros, viven y respiran en las páginas de nuestros libros, y, sobre todo, en la imaginación sin límites que compartimos.

Así que aquí me tenéis, con el bolígrafo en una mano y el corazón en la otra, lista para seguir compartiendo sueños, aventuras y, por supuesto, mucho amor y desenfreno. Porque, al final, ¿qué sería de nosotras sin una buena historia de amor para soñar despiertas?

No dejéis de hacerme llegar vuestros mensajes que me alegran los días y la vida. Como autora, como persona, como escoobsesa y como vuestra admiradora, porque sí, como siempre digo, sé que mis lectoras son especiales: mujeres inteligentes, fuertes, con valores y sencillamente geniales.

Si queréis contarme una idea, tener vuestro nombre en un personaje, que cuente sobre algo en concreto o que haga el pino... No, esto no. No es verdad, pero lo otro ¡sí! Me podéis encontrar en las redes.

Intento responder siempre, pero soy un poco despistada, eso sí. A veces estoy más presente en el mundo de los libros que en el real y eso hace que me pierda.

Por todo y más os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón...

Os quiere

Anne.

Agradecimientos

Aquí estoy, intentando encajar las piezas de gratitud que tengo dispersas por el corazón y la mente. Comenzaré soltándolo directo, sin rodeos: gracias. Pero no un gracias cualquiera, sino uno de esos que se sienten hasta en la punta de los pies, ¿sabéis? Cada vez que uno de mis libros sale al mundo, mi corazón se pone a mil, mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré conectar, si conseguiré arrancaros alguna que otra emoción.

Entonces llegáis vosotras, con vuestras palabras, vuestras risas compartidas a través de pantallas, vuestras lágrimas que se mezclan con las mías, y de repente, todo cobra sentido. Me hacéis sentir como si hubiéramos ganado un maratón juntas, brazo con brazo, corazón con corazón.

A vosotras, que os habéis desvelado por seguir una página más, que habéis acogido a mis personajes como si fueran amigos de toda la vida, que os habéis emocionado, enfadado y reído en los momentos justos. ¿Y qué me decís de esa complicidad que surge de la nada, esa que nos hace soñar despiertas con aventuras en tierras lejanas, castillos en brumas y miradas que dicen más que mil palabras? Eso, eso es magia pura.

No puedo dejar de mencionar esos mensajes que me llegan, cada uno es como un abrazo, un café compartido, una confidencia entre amigas. Vuestra empatía, vuestro entusiasmo, vuestra capacidad de soñar conmigo, eso es lo que le da vida a este oficio de contar historias.

Así que, gracias, un millón de veces gracias. Vuestra pasión, vuestra entrega, vuestra fidelidad, son el motor que me impulsa a seguir adelante, a seguir soñando, a seguir creando. Y sí, aunque a veces me pierda entre tanto personaje y tanta trama, sabed que siempre, siempre, encontraré el camino de vuelta a vosotras.

Con todo mi amor y una montaña de papeles por escribir, os mando un abrazo gigante, de esos que no se olvidan. Seguimos en este viaje juntas, y eso, queridas mías, es lo más grande que me llevo.

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juanjo: Por intentarlo...

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un

guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero “mis chicas”:

Rocío Yuste, Jessica Cruz, Susana Vila, Lidia Armario....

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespués: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor

como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger: Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizando: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluable para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríaJose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandotentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un

gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agris dulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo... Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Tu constante apoyo y amor por mis historias son como el abrazo cálido de un ser querido después de una larga jornada.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una “fuente” de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Estefanía Cobo, Mónica (@slayertxu), Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, Meli Berzaghi, Paqui Dede, Marisa Mengual, Inma Camino, Pepa Urea, Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, Aurora Gómez, Isabel Mari Cruz, Tani Montellano,, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Tere Reixach, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramirez, Izaskun Rivas Hernandez, Patricia López Alburquerque, Gloria Benitez Sody (a quién he adoptado), Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Pepi Armario, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba.

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

Bibliografía

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History
Breve Historia de Escocia de Ana Barrera
Filosofía en el tocador de Marqués de Sade
Jane Austen. Vida privada en la época de Regencia.
Fanny Hill de John Cleland.
Escocia Misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán.
[Biografía de Louisa May Alcott](#)
[Biografía de Charlotte Brontë](#)
[Fashion Timeline.19-th century :: Behance](#)
[Scottishish Castle For Hire | Erchless Castle](#)
[Castillo de Erchless - Wikipedia](#)
[Strathglass Shinty Club - Wikipedia](#)
[Glen Affric - Wikipedia](#)
[Orgullo y prejuicio - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Clan Rose - Wikipedia](#)
[Clan Chisholm - Wikipedia](#)
[Guerras napoleónicas - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Gentry - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Jane Austen - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Alexander Chisholm \(MP\) - Wikipedia](#)
[Roxburghshire - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[qués es el shinty juego - Buscar con Google](#)
[Cannich - Wikipedia](#)
[Strathglass - Wikipedia](#)
[Piedra de Rosetta: la batalla entre Jean-Francois Champollion y Thomas Young por descifrarla \(sin la que no conoceríamos la historia del Antiguo Egipto\) - BBC News Mundo](#)
[Napoleón pasó una noche en la pirámide de Keops en Egipto y se llevó con él un misterioso secreto - Vandal Random](#)
[Egiptomanía, locos por los faraones | Cultura | EL MUNDO](#)
[5 fuentes GRATIS para usar en tu novela romántica – Cor de Xiz – Autopublicación para autoras](#)
[El patito feo - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Jorge IV del Reino Unido - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Napoleón Bonaparte - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Kilt - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[Historia del kilt, el sello de identidad de los escoceses](#)
[Así era el manual de sexualidad del siglo XIX](#)
[¿Realmente usaban los médicos vibradores para tratar la histeria en las mujeres? - BBC News Mundo](#)
[Los vibradores tenían una larga historia como charlatanería médica antes del cambio de marca como juguetes sexuales – Esinsolito.com](#)
[Pierre Louÿs - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
[30 curiosidades de las plantas - ¡Asombrosas!](#)

["Céilidh", una fiesta tradicional de pueblos gaélicos.](#)

[Danza tradicional escocesa | International School Link](#)

[Chanoyu, la ceremonia del té japonesa | El Club del Té](#)

[▷ ARMADURAS Y VESTIMENTAS SAMURÁI Y SUS CEREMONIAS](#)

[Los Juegos de las Highland](#)

[Imperio británico - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)

Biografía



Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla...

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19¿? Otra verdad

impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con las grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.

Otras novelas de la autora

Serie Highlanders:

ENTRE LAS PÁGINAS DEL TIEMPO



Catherine, una ávida lectora de romántica, encuentra un viejo libro oculto en un desván que la cautiva de manera irrevocable: una historia de amor apasionada y desgarradora ambientada en las bravas Tierras Altas de Escocia del siglo XVIII.

Sin embargo, este no es un libro ordinario. Mientras se sumerge en sus páginas, el límite entre la realidad y la ficción se desvanece y de forma inexplicable se ve inmersa en el mismo corazón de la trama, en la época y lugar donde se desarrolla la historia.

Allí, en medio de la salvaje y hermosa Escocia del pasado, se encuentra cara a cara con el protagonista de la historia, el apuesto y valiente guerrero, John MacLeod, un hombre por el que cualquiera suspiraría. Pero su encuentro está lejos de ser tan idílico como ella había imaginado mientras leía su historia. Ahora es una extraña, con una mentalidad moderna, que aparece de forma misteriosa en la isla de Skye, generando desconfianza y una multitud de preguntas sin respuesta.

De ser una simple lectora, Catherine se convierte en un personaje de la historia, teniendo que navegar en un mundo desconocido lleno de peligros, secretos y un amor que crece día a día, desafiando las normas de su tiempo.

Descubre en "Entre las páginas del tiempo", cómo la historia puede atrapar a su lectora, cambiando su realidad, desafiándola y permitiéndole vivir la aventura más apasionante y el amor más intenso que jamás hubiera imaginado.

¿Hasta dónde está dispuesta a llegar por un amor que trasciende el tiempo y la realidad?

BAJO UN CIELO ESCOCÉS



Elizabeth Stanford, una joven inglesa criada entre los refinados salones de la aristocracia, ve su mundo cambiar abruptamente cuando su madre, viuda del conde de Sunderland, se une en matrimonio con el líder del clan Stewart de Appin, buscando proteger su dote de las garras del nuevo Conde.

De repente, Liz se halla en el corazón de las Tierras Altas de Escocia, rodeada de montañas indómitas y tradiciones ancestrales, y en compañía de cinco hermanastros highlanders, hombres tan imponentes como el paisaje que los ha forjado.

La adaptación es un desafío. Las tensiones entre la "inglesa" y los Stewart son palpables, y la repentina muerte de su madre la deja desamparada en un entorno desconocido.

Pero las Highlands le reservan más sorpresas: una noche, una maldición la envuelve, desatando en ella un deseo y una lujuria arrolladora que amenaza con consumirla.

En medio de su angustia, descubre que la solución podría residir en James, su hermanastro mayor, un guerrero de mirada penetrante y honor inquebrantable.

Liz se ve sumida en un remolino de emociones, intrigas y secretos del clan.

Mientras lucha por comprender y controlar la pasión que la controla, se plantea una cuestión esencial: ¿puede el deseo superar las barreras del odio y el prejuicio? ¿Es posible que un corazón inglés encuentre refugio en los brazos de un highlander?

Adéntrate en una historia donde la sensualidad y la tradición se entrelazan, creando un puente entre dos mundos que chocan y se desean.

Advertencia: Este libro puede hacer que anheles la pasión y protección de un highlander

obstinado y posesivo. Abre sus páginas bajo tu propio riesgo. Es posible que te sumerjas tanto en esta ardiente aventura que el mundo real se desvanezca.

365 AMANECERES Y UN ATARDECER EN ESCOCIA



En el corazón de las imponentes tierras altas de Escocia, el clan Cameron lleva a cabo un ritual ancestral para garantizar la continuidad y fortaleza del clan.

Cada año, en la festividad de Imbolc, el consejo selecciona a un hombre y una mujer para unirse mediante el sagrado rito del Handfasting.

Durante un año y un día deben compartir sus vidas con la esperanza de concebir un hijo. Si no lo logran, sus destinos pueden separarse, liberándolos de cualquier lazo.

Isla, la audaz hija del jefe del clan Cameron, nunca imaginó que sería parte de este ritual. Pero su vida da un giro inesperado cuando su padre decide unirla a Aidan, el capitán de la guardia.

Aidan no es un miembro común del clan; es un MacGregor, pertenece a un clan que ha sido proscrito, por lo que sus miembros están obligados a mantenerse ocultos.

Sin embargo, Aidan ha logrado ganarse un lugar de honor entre los Cameron gracias a su inquebrantable lealtad, su destreza como guerrero y su nobleza. Aunque su exterior es duro e imperturbable y para Isla siempre ha sido un hombre de piedra, sin emociones ni corazón, detrás de esos ojos de acero, hay un alma que pocos han tenido el privilegio de conocer.

La unión de Isla y Aidan no es solo un deber, es una necesidad. El clan MacKintosh amenaza con reclamar a Isla si la unión se deshace en pago a unos territorios que reclaman como suyos.

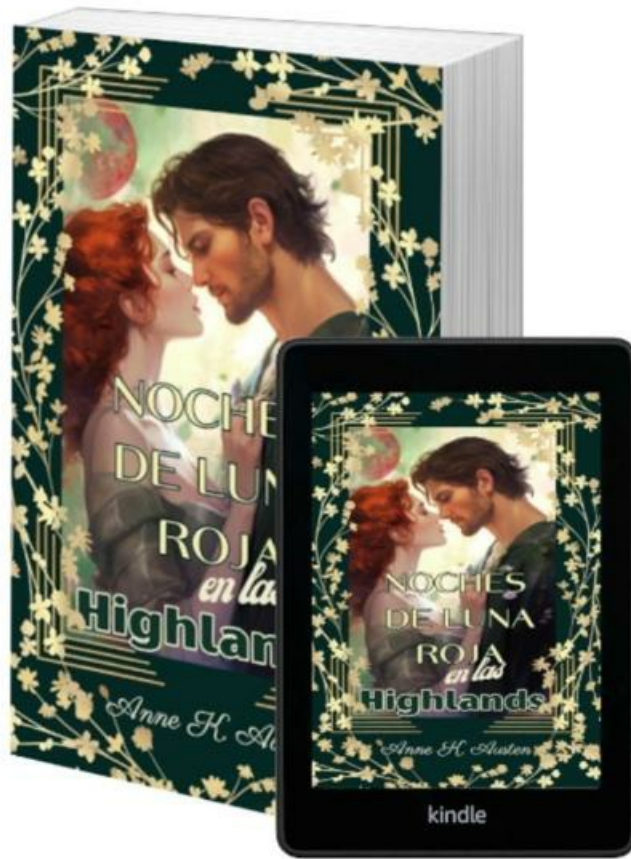
En este juego de poder y pasión, concebir un hijo se convierte en un desafío, más aún

cuando enemigos ocultos conspiran para impedirlo. Esta tensión los obliga a buscar la intimidad en cada momento y rincón, estrechando lazos que jamás imaginaron.

En las tierras altas de Escocia, donde las lealtades se prueban y los secretos se guardan celosamente, ambos deben enfrentar no solo los desafíos de su unión sino también las sombras del pasado y las amenazas del presente.

Entre robos de ganado, llamamientos a las armas y la inminente guerra, su relación se pone a prueba en cada paso, pero en medio de la turbulencia, descubren una pasión ardiente, una que los consume y los lleva a límites insospechados.

NOCHES DE LUNA ROJA EN LAS HIGHLANDS



En la Escocia del siglo XVI, Ailis Keith, una noble de las Tierras Bajas, educada para complacer y obedecer a su marido, se encuentra atrapada en un matrimonio arreglado con Douglas MacKay, el poderoso laird de un clan del norte.

Douglas, un hombre mayor con ambiciones políticas, anhela un heredero que asegure su legado, pero tiene un gran problema bajo su tartán que le impide consumar su matrimonio.

Cuando Hugh, el hijo ilegítimo de Douglas, regresa de la guerra como un héroe, el Laird ve en él la solución a su dilema. Hugh es fuerte, sano y joven y, lo más importante, de su propia sangre.

Douglas trama un plan peligroso y secreto: que sea Hugh quien dé a Ailis el hijo que él no puede concebir, asegurándose así un heredero legítimo para su clan.

Pero Hugh, un hombre que desprecia profundamente a su padre, rechaza esa orden que lo convierte en un mero semental de cría. Ailis se encuentra en una encrucijada moral y emocional, atrapada entre la obediencia que se espera de ella y la propuesta escandalosa que la coloca en una situación comprometida.

La tensión entre Hugh y Ailis se intensifica a medida que son obligados a compartir lecho y sus encuentros clandestinos e ineludibles se vuelven cada vez menos forzados, aunque más

peligrosos y, sobre todo, prohibidos.

Pero en cada roce, en cada mirada cargada de deseo, Ailis y Hugh descubren que algunas imposiciones pueden ser deliciosamente placenteras.

¿Podrán resistirse a la tentación que amenaza con consumirlos? ¿O se arriesgarán a todo por un deseo que no debería existir?

ENTRE LAS PÁGINAS DEL TIEMPO 2: EL REGRESO: ¿Volverías al pasado en Escocia para recuperar al amor de tu vida?



Tras un desgarrador adiós, Catherine se ve arrancada de la Escocia del siglo XVIII, dejando atrás a Iain Macleod, el ardiente laird de la isla de Skye. Pero cuando un poema ancestral señala un camino de regreso, ella no duda en seguirlo, anhelando reencontrarse con su amor perdido.

Sin embargo, el reencuentro con Iain no es el esperado.

El poderoso líder, que una vez la amó con una pasión desenfrenada, no la recuerda. Ahora, ella debe luchar no solo contra las barreras del tiempo, sino también contra el olvido.

A pesar de que no recuerda a Catherine, el corazón de Iain lleva las cicatrices de una ausencia que nunca ha entendido, pero lo han marcado, haciendo de él un guerrero más fiero, salvaje y deslumbrante que nunca.

Mientras Iain intenta entender por qué esta mujer le resulta tan irresistible, los problemas con los MacDonald resurgen. Y cuando Liam MacDonald vuelve a escena, el instinto protector de Iain se desata, demostrando que algunos sentimientos son más fuertes que el olvido.

¿Podrá el amor verdadero superar las sombras del pasado y las heridas del olvido?

Si te cautivó "Entre las Páginas del Tiempo", esta continuación te hará vibrar, llorar y desear con una intensidad abrumadora.

BAJO LA MIRADA DEL HIGHLANDER



En las profundidades de las Highlands de Escocia, se susurra el nombre de Alexander Fraser, un guerrero implacable y temible, con verdadero temor. Su fama de brutalidad y poder se extiende como una leyenda que atterra incluso a los más valientes. Pero Alexander oculta bajo su fachada de firmeza un secreto que podría destruirlo, un oscuro tormento que emerge con la luna llena.

En este escenario de sombras, Eilidh, una joven criada en el castillo de Lovat, se topa con Alexander en el peor momento posible: cometiendo un asesinato. Aterrorizada y consciente de que su vida pende de un hilo, finge amnesia para protegerse. Pero Alexander, desconfiado y calculador, la arrastra a su mundo y la enreda en un falso compromiso para mantenerla bajo su vigilancia.

Alexander, conocido por su corazón helado y su mirada indomable, descubre en Eilidh una fascinación inesperada. Sin embargo, está decidido a que ninguna emoción lo perturbe. Mientras el engaño del compromiso se despliega, Eilidh se ve sumergida en una vorágine de peligro y pasión, luchando por descubrir los enigmas de su identidad y los secretos que Alexander oculta.

Lo que comienza como un juego de poder se transforma en un tira y afloja de deseo ardiente. La tensión entre Eilidh y el despiadado Highlander arde, traspasando el umbral del miedo y la atracción. Pero Alexander no solo es despiadado, sino también insaciable, y su deseo por Eilidh traspasa los límites de la pasión.

Bajo la Mirada del Highlander es una novela que te sumerge en un torbellino de deseo incontenible y secretos oscuros. Prepárate para ser seducida por la intensidad de un amor que desafía peligros y revelaciones, donde cada encuentro es una promesa de placer sin límites. Una historia que te mantendrá atrapada hasta la última página, donde el erotismo y la pasión se entrelazan con el misterio y la aventura.

EL HIGHLANDER DE MIS SUEÑOS



Lady Amicia de Roslin no es una dama común. Dueña de un ingenio y resolución que desafía las normas, guarda un secreto extraordinario: tiene sueños proféticos. Amicia no solo predice el clima en Escocia (lo cual ya es un súper poder), sino que ve el futuro de toda una nación. Y no cualquier futuro, sino uno lleno de libertad, kilts ondeando al viento, y un hijo suyo con una misión épica: salvar al futuro rey que liberará a Escocia de las garras de Eduardo I de Inglaterra.

Aquí es donde todo se complica. El padre de ese niño no es su esposo (ups), sino el hermano de este, el irresistible y testarudo Laird de los Sinclair, William. Sí, el mismo que años atrás rechazó casarse con ella.

Cuando William llega con la trágica noticia de la muerte del marido de Amicia, ella sabe que el destino ha puesto en sus manos una misión crucial: seducir al hermano de su difunto esposo para cumplir la profecía.

Pero en el juego de la seducción, las reglas nunca son claras. A medida que Amicia intenta enredar a William en sus planes, descubre que la pasión también puede ser un campo de batalla.

En las tierras altas, donde el honor y la lealtad se enfrentan con deseos y misiones inconfesables, Amicia descubre que el que juega con fuego termina envuelto en llamas.

El Highlander de mis sueños es una historia arrolladora de amor prohibido, pasiones desatadas y destinos entrelazados en la Escocia medieval. Entre batallas por el poder, escenarios de ensueño y momentos de intimidad ardiente, acompaña a Amicia y William en su viaje hacia un amor tan peligroso como apasionante.

EL DUQUE MALVADO



Imagina un amor tan intenso y prohibido que incluso el tiempo intenta separarlo. Esta es la historia de Astrid, una mujer apasionada y audaz cuyo destino está en manos de un príncipe y un duque... y el flujo incontrolable del tiempo.

Tras una traicionera acusación y una sentencia de muerte injusta, Astrid es lanzada hacia atrás en el tiempo. Antes de que todo esto ocurriera.

Sabe que, si no cambia el curso de los acontecimientos, estará condenada a revivir su terrible final una y otra vez. Su salvación reside en el hombre más temido del reino, el misterioso y sanguinario Duque de Lothringer, Wenner.

Wenner, un hombre marcado por su reputación, resulta ser mucho más de lo que aparenta. Frío y calculador en público, Astrid descubre en él un hombre apasionado y decidido, cuya feroz protección puede ser la clave para su supervivencia.

Pero ¿cómo puedes seducir a un hombre que todos temen? Y lo que es más importante, ¿cómo puedes evitar enamorarte de él?

"El duque malvado" es una historia deslumbrante de amor y destino, una novela romántica histórica con toques de fantasía y una deliciosa pizca de erotismo. A través de una trama llena de intrigas, pasión y un amor inesperado, Astrid te llevará de la mano a través de su épico viaje para cambiar su destino y encontrar un amor capaz de desafiar al tiempo.

Prepárate para caer bajo el hechizo de Wenner y seguir a Astrid en su viaje lleno de deseo y peligro.